

Censo BIENES del ESTADO 1965

Inventario N°.....74183

*Leer especialmente pg. 145*

ENSAYO SOBRE UNA TEORIA GENERAL  
DE LAS FLUCTUACIONES ECONOMICAS



5/1781

74183

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES  
FACULTAD DE CIENCIAS ECONOMICAS

ENSAYO SOBRE UNA TEORIA GENERAL  
DE LAS FLUCTUACIONES ECONOMICAS

Elementos de Dinámica Económica

por

LUIS ROQUE GONDRA

Profesor de Economía Política de la Facultad de Ciencias Económicas



BUENOS AIRES  
IMPRENTA DE LA UNIVERSIDAD

1943







BIBLIOTECA

## Ensayo sobre una Teoría General de las Fluctuaciones Económicas

### CAPÍTULO I

#### Nociones Fundamentales de Dinámica Económica

SUMARIO: 1. El residuo dinámico de la colectividad. Variaciones espontáneas e inducidas de los réditos. 2. El dinamismo económico-social. 3. Intercambio material y espiritual. 4. Los empresarios. 5. La estructura de las empresas y su tendencia. 6. Variaciones de las cantidades económicas. 7. El conjunto económico. 8. Acción del Estado. 9. Capitalización y descapitalización. 10. Variaciones del rédito nacional. 11. El problema de la previsión. 12. Su posibilidad. 13. Régimen contractual y régimen monopolístico. 14. La política del *mal menor*. 15. La V gran *previsión pareticua de 1913*. 16. La política del presidente Yrogoyen. 17. El estereograma de las fluctuaciones económicas.

1. «La división del trabajo, que tantas ventajas trae a la sociedad, no es en su origen efecto de una premeditación humana que provea, y se proponga como fin intencional aquella general opulencia que la división dicha ocasiona: es como una consecuencia necesaria, aunque lenta y gradual, de cierta propensión genial del hombre: la de negociar, cambiar o permutar una cosa por otra» (1). Esta propensión distingue al hombre de los demás animales.

En toda colectividad humana existe siempre cierta cantidad económica, una suma total de utilidad, creciente, en función del tiempo, salvo las fluctuaciones normales del ciclo, que los

(1) A. SMITH, *Wealth of Nations*, libro I, cap. II.

individuos están dispuestos a negociar o cambiar, como quiera que sea, y que promueve de continuo la actividad económica. Es como el residuo dinámico de la colectividad.

La existencia de este residuo es condición necesaria pero no suficiente de los cambios que promueven la actividad económica, y originan las fluctuaciones de la misma. Es menester además que los individuos sean enteramente libres, que no sufran coacción alguna, o si se quiere que las coacciones individuales se neutralicen: que todos ejerciten igual violencia contra todos.

Cuando estas condiciones se verifican no pueden darse precios distintos por la misma cantidad de una mercancía de calidad uniforme. Los individuos, como consumidores o como productores, venden sus servicios útiles, o los de las cosas de que disponen y obtienen como retribución ciertas sumas de bienes raros o costosos, que son sus réditos individuales.

Aumentando y disminuyendo sus réditos individuales, esto es, transformando unos bienes útiles en otros, todos ellos, consumidores o productores, alcanzan el máximo de utilidad compatible con los obstáculos. El cambio, pues, ocasiona espontáneamente *redistribuciones* de réditos o de consumos.

A estas *variaciones* espontáneas se agregan las *forzadas* o inducidas, por *intervención* del Estado en los cambios individuales, mediante diversos arbitrios, o por la coacción de grupos monopolísticos, sean éstos naturales o legales. Hay, por consiguiente, dos tipos de redistribuciones de réditos o consumos: espontáneas o de libre concurrencia, y forzadas, inducidas o de monopolio.

2. Los individuos, solos o agrupados en profusa variedad de formas, son como los átomos o puntos inextensos de la concepción leibniziana de la materia. De entre las fuerzas que explican el dinamismo de la actividad económica, destacamos particularmente, de manera empírica: *a)* los empresarios de la producción y circulación de los bienes raros o costosos (mercancías) y los demás individuos que con ellos se asocian y concurren, o que de ellos dependen; *b)* el Estado, forma preponderante de

gestión colectiva, y las agrupaciones políticas que se disputan su manejo.

Todos estos grupos e individuos forman en su conjunto la clase activa de la sociedad. A ellos corresponde la iniciativa de la producción y circulación de los bienes raros o costosos. Son por otro nombre los *deudores* o especuladores de las más recientes teorías monetarias.

Los otros constituyen la clase pasiva: Son los *acreedores* o rentistas de aquellas teorías, los cuales permanecen inactivos después que prestan sus ahorros o capitales monetarios.

Todo individuo, cualquiera sea su posición en la sociedad, puede pertenecer sucesiva o simultáneamente, a la clase activa y a la clase pasiva. Puede ser hoy rentista, después de haber sido empresario; o puede participar al mismo tiempo de uno y otro carácter.

3. Supónganse miles, centenares de miles, millones de intercambios individuales y se tendrá una imagen de la actividad que despliega la sociedad en su conjunto: conglomeración de individuos, bajo grandísima variedad de formas, que obran como elementos activos y pasivos.

Pero la sociedad no se descompone inmediatamente en un atomismo individual; no es mero conjunto de individuos, porque éstos se conglutinan por múltiples vínculos espirituales y materiales o económicos en numerosos grupos, clases sociales y profesionales. La afinidad social es mucho más compleja que la de los elementos físico-químicos y biológicos (1).

La dinámica económico-social resulta, pues, del intercambio espiritual y material o económico, del incesante contacto, del choque y frotos continuos de grupos de individuos, en suma, de todos los elementos que integran la sociedad o contenido social del Estado.

La lucha política, esto es, la lucha por el gobierno, es como la manifestación más significativa de este dinamismo social.

(1) L. R. GONDRA, *Tratado de Economía Política*, curso general, parte II, cap. IX, Buenos Aires, 1940.

En síntesis, lucha política — mezcla de ingenio, de habilidad o astucia y hasta de fuerza — es la actividad de todo individuo que no se encierra dentro de un egoísmo exclusivamente personal.

4. Los empresarios constituyen la gran fuerza dinámica del ordenamiento económico. Se supone un sistema de libre concurrencia. En un sistema tal y en un mundo como el de nuestros días, el consumidor por si solo no podría realizar todas las transformaciones que reclama la satisfacción más completa de sus gustos.

Las catástrofes desencadenadas en todas partes por la demagogia totalitaria lo están evidenciando. Esa demagogia, como se dirá, es en general la que suscitan bandas de foragidos, como los Al Capones, Dillingers y otros brotes epidémicos del hampa *yankee*, cuyas tristes hazañas asolaron por breve tiempo regiones riquísimas de los Estados Unidos.

5. La historia de la estructura económica de las empresas muestra que éstas se desenvuelven a través de un proceso de complejidad creciente, que provoca lo que Pantaleoni denomina muy acertadamente la diseminación de los empresarios.

En una empresa rudimentaria, en un taller ínfimo, un comercio minorista, un trabajador libre, por ejemplo, es fácil advertir donde se halla el empresario. Ya es menos fácil advertirlo cuando se trata de una sociedad en nombre colectivo o en comandita. La dificultad sube de punto en el caso de una sociedad anónima, o de un conglomerado de sociedades anónimas que constituye un *conjunto* económico, y entre las cuales median relaciones complicadísimas de producción, intercambio y crédito.

En realidad, hasta donde alcanza la conexión entre empresas que se dividen el trabajo, nos hallamos ante un único conjunto económico. Los tejidos que vinculan las partes de este conjunto, de fuertes y gruesos como lo son en el centro de aquél, se tornan cada vez más sutiles hacia la periferia, y tales que hasta puede prescindirse de ellos.

6. Los empresarios, al transformar los servicios productivos en bienes costosos, sean éstos mercaderías o capitales nuevos, *características de las cantidades económicas*

tratan de combinar los *coeficientes de fabricación* (cantidades necesarias de cada uno de aquéllos para obtener una unidad de producto) de la mejor manera que consienten los obstáculos.

Los coeficientes, constantes o variables, son susceptibles de combinaciones y *substituciones*, entre las cuales los empresarios optan por las más ventajosas que consienten los obstáculos aludidos, las dificultades de la técnica productiva, la limitación de los medios disponibles, la concurrencia de otros empresarios, etcétera.

La cantidad total producida depende o *es función* de la suma de medios disponibles, multiplicados por las *productividades marginales*, y tiene un valor total que, por efecto de la concurrencia, tiende al límite del costo <sup>(1)</sup>. También por efecto de ella el ahorro disponible tiende a distribuirse, de manera que la suma de todas las cantidades así distribuídas es igual a la cantidad disponible del mismo, y la tasa neta de los capitales nue-

<sup>(1)</sup> Con auxilio de las matemáticas estos conceptos se ven con claridad. Sean  $a, b, \dots$ , los coeficientes de fabricación de los productos  $A, B, \dots$ ,  $Q$  la cantidad o cantidades producidas, que se diferencian una de otra mediante un índice,  $S, T, U, \dots$ , las cantidades de servicios,  $p$  los precios de productos y servicios, distinguidos uno de otro por un índice. La cantidad total de  $A$  producida es:

$$Q_a = F(S_a, T_a, \dots).$$

La definición de los coeficientes de fabricación da:

$$S_a = a_s Q_a, T_a = a_t Q_a, \dots$$

La definición de la productividad marginal es  $\frac{\delta Q_a}{\delta S_a} dS_a$ :

$$S_a \frac{\delta Q_a}{\delta S_a} + T_a \frac{\delta Q_a}{\delta T_a} + \dots = Q_a.$$

Mientras los empresarios verifican que  $p_a \frac{\delta Q_a}{\delta S_a} > p_s$ ,  $p_a \frac{\delta Q_a}{\delta T_a} > p_t, \dots$ ,

siguen aumentando los incrementos de servicios que agregan a la producción. Cesan cuando verifican que:

$$p_a \frac{\delta Q_a}{\delta S_a} = p_s, p_a \frac{\delta Q_a}{\delta T_a} = p_t = \dots$$



vos fabricados tiende al límite del interés corriente del capital monetario (1).

7. Sólo por motivos prácticos se limita el conjunto económico, que teóricamente alcanza hasta donde se extienden las relaciones de orden complementario, tanto entre los bienes directos como entre los instrumentales (2). Pero donde quiera que tengamos un conjunto económico, una división del trabajo, tenemos también una división de la empresa, o un fraccionamiento del empresario entre muchos otros, vinculados por ofertas y demandas recíprocas. Tal es el caso de cualquiera de las naciones del mundo contemporáneo.

La libre concurrencia, cuando es activa opera esta fusión de los grandes conjuntos económicos nacionales, sólo entorpecida por tropiezos o estorbos que suele suscitarle la acción demagógica. El influjo pernicioso de la mala política, so pretexto de tutelar el interés de la sociedad, fomenta y protege, disimulada o abiertamente, intereses particulares de ciertos grupos que no coinciden con aquél, sin advertir, de buena o de mala fe, que el problema del gobierno económico, cuando realmente se contempla el interés de la sociedad, no consiste en limitar o destruir la libre concurrencia, sino en protegerla eficazmente contra todo género de violencia ilícita.

8. El Estado, directamente por la regalía de la moneda que se atribuye, o indirectamente por su gestión de la hacienda pública y su carácter de copartícipe de bancos centrales poderosamente armados, de los cuales depende la acción del sistema bancario, influye a veces en forma decisiva, sobre el flujo del ahorro disponible, y sobre las posibilidades de su inversión.

Si el Estado asegura el conjunto de las condiciones bajo las cuales el arbitrio de cada uno puede coexistir con el de todos

(1) L. R. GONDRA, *op. cit.*, apéndice, §§ 27-30, donde se demuestran las proposiciones enunciadas en el texto.

(2) Sobre la interdependencia de las distintas formas de utilidad puede verse: M. PANTALEONI, *Principios de Economía Pura*, parte I, cap. VI, Buenos Aires, 1918.

conforme a un principio general de libertad, según la definición kantiana, cumple sus fines peculiares, evitando «los peligros de la extorsión» (R. von Jhering) mediante su *intervención* en la actividad económica privada <sup>(1)</sup>.

Tal es la hipótesis del Estado auténtico, comprobada por numerosos ejemplos históricos, como se verá: la hipótesis del Estado que concreta su gestión en los límites que la colectividad le traza, por exigencia de máximo de bienestar, o de dimensión más económica de las empresas de la producción y distribución. Más allá de tales límites, puramente empíricos, sobrevienen la demagogia y la burocracia, males entrambos correlativos.

Dentro de los límites referidos, el costo de los servicios que presta el Estado, esto es; la tara impositiva, es un valor mínimo constante, que las empresas consideran e incluyen en sus gastos de administración. Si tales límites se sobrepasan, la constante se transforma en variable y crece arbitrariamente, en función del tiempo, según los intereses particulares de grupos predominantes, que se disputan el manejo del Estado. El interés auténtico de la colectividad aparece entonces más o menos contaminado de intereses particulares que son su negación más flagrante.

9. Bajo libre concurrencia, el conjunto económico nacional tiende a realizar una *capitalización* indefinida y creciente. Las grandes empresas de la producción y circulación disminuyen en número, y crecen en su dimensión, aumentando los vínculos de su interdependencia, en todas las formas del régimen de coalición.

Los gobiernos desmandados por el influjo de la demagogia tienden por lo común hacia una *descapitalización* indefinida y creciente. Su expresión máxima es la absorción totalitaria. Todos ellos presentan entonces las mismas características: el desorden y la corrupción en el manejo de la hacienda pública, la

(1) L. R. GONDRA, *op. cit.*, *ibid.*

inflación de los gastos, y la expansión burocrática que multiplica empleos y funciones inútiles (1).

(1) El auxilio de las matemáticas nos permite decir clara y rigurosamente estas cosas. Sea  $K$  el capital nacional,  $n$  el número de empresas,  $p_i$  el producto de cada empresa,  $A_i$  el capital de cada una de ellas ( $i = 1, 2, \dots, n$ ),  $z$  la tasa del interés corriente. En consecuencia  $K = \sum_{i=1}^n A_i$ , y el rédito nacional  $E = \sum_{i=1}^n e_i$  ( $e_i$  es el ingreso bruto de cada empresa). El dinamismo de la actividad económica puede expresarse mediante el siguiente sistema de ecuaciones:

$$\left. \begin{aligned} p_i &= F(T) \\ K &= \sum (A_i - c_i) \\ p_i &= (e_i - c_i) + (e_i - c_i) z. \end{aligned} \right\}$$

$T$  es el tiempo,  $c$  la tara impositiva que puede ser o no constante.  $\sum A_i$  crece normalmente con el aumento de la población y de la prosperidad general; si  $c$  es constante, diferenciando la segunda ecuación respecto a  $T$ :

$$\frac{dK}{dT} = \frac{d\sum A_i}{dT} > 0.$$

Si  $c$  es una variable que crece indefinidamente, aun cuando  $\sum A_i$  continúe creciendo normalmente:

$$\frac{dK}{dT} = \sum \left( \frac{dA_i}{dT} - \frac{dc_i}{dT} \right) = \sum \frac{dA_i}{dT} - \sum \frac{dc_i}{dT}.$$

La primera derivada de  $\sum A_i$  puede o no ser positiva; la segunda derivada será negativa. En consecuencia, a partir de un momento dado:

$$\frac{dK}{dT} < 0.$$

El capital nacional  $K$  decrece. Por consiguiente  $\sum p_i$  concluye también por decrecer:

$$\frac{d\sum p_i}{dT} < 0.$$

Esta sería la fórmula de una descapitalización continua y creciente. A tal extremo profundamente nocivo no se llega, como lo prueban los ejemplos históricos estudiados en el curso de esta obra; antes sobreviene: 1) la *evasión* fiscal, 2) la *ocultación y emigración* de los capitales, 3) la *revolución*. Véase L. R. GONDRA, *Tratado*, curso general §§ 330, 352 y 353.



En el proceso natural de transferencia y transformación del ahorro está, como sabemos, la posibilidad de la producción. Se concibe teóricamente que puedan substituirse los empresarios privados de aquélla, por funcionarios a sueldo o por directores *destajistas* en un Estado totalitario; pero su función es siempre y en todo caso la misma: obtener cantidades tales de productos que, distribuídas de manera conveniente, permitan a cada uno de los individuos de la sociedad alcanzar un máximo de bienestar material.

Lo que no puede concebirse de ninguna manera es que aquel proceso de transferencia se perturbe o se suprima, como quiera que sea, sin ocasionarse daños gravísimos a toda la colectividad o, como dice la frase proverbial, sin «matar la gallina de los huevos de oro».

Supóngase para mayor suplicidad, *ab uno disce omnes* que toda la fabricación de capitales nuevos y de productos se halla concentrada en una sola empresa privada, la cual emplea en la formación de sus capitales el ahorro propio y de los individuos que forman la colectividad y toma prestado, y que son al mismo tiempo sus obreros. Supóngase asimismo que los balances anuales de la empresa arrojan en uno de sus ejercicios una ganancia de 5 %.

Si el superior político acuerda un beneficio a los obreros como tales o como consumidores de los productos, y si para cubrir su costo (porque el beneficio, como quiera que sea, tendrá un costo, que debe pagarse con cierta suma de ahorro), impone a la empresa un impuesto de 1 % sobre aquella ganancia, se vería ella luego reducida a 4 %, suponiendo que variasen no el consumo ni las otras condiciones de la producción. Por hipótesis el superior político no puede tomar el impuesto de los réditos de los obreros: les daría por un lado y les quitaría por otro.

Con prescindencia del costo de la recaudación, una ganancia neta de 4 % continuará siendo un incentivo para que la producción de la empresa única no disminuya. Pero si animado por el éxito de su primera iniciativa, el Estado acuerda un nuevo

beneficio a los obreros, y luego otro y así sucesivamente, la ganancia de la empresa se reducirá a 3, a 2 y a 1 %. Aun así es probable que la empresa no desaparezca, por la esperanza de que un perfeccionamiento técnico, una economía de gastos de explotación, consecuencia de un mayor consumo, etcétera, permitan provocar un aumento de la ganancia.

Si sobrevienen pérdidas, y éstas resultan mayores que los gastos de liquidación y retiro de los capitales invertidos, la empresa desaparece. Esos capitales serán empleados en títulos de la deuda pública, que rinden menos, pero que son más seguros (la diferencia es la *prima* de aquella seguridad), o serán simplemente atesorados.

Si el Estado toma entonces a su cargo la empresa única se plantea el dilema; o se suprimen los beneficios acordados a los obreros (es lo que ocurre con mayor frecuencia y gran variedad de pretextos) o se procede a la *conversión* de la deuda pública, para rebajar el interés, ahora que la mayor demanda de títulos asegura el éxito de la operación. La baja del interés será soportada por los rentistas como antes soportaban la reducción de los beneficios.

Pero sobrevendrán nuevos descubiertos o *déficit* en la empresa *socializada*, porque la administración del Estado, menos experta, será más costosa. De ahí la necesidad de nuevos impuestos, que alcanzarán a los títulos antes libres de ellos, porque la demagogia es insaciable, como se verá.

Comienza entonces la expoliación de los rentistas, la persecución a supuestos actos de *sabotage*, la reagravación *progresiva* de los impuestos, la confiscación o *incautación*, etcétera. Los amenazados o perjudicados recurren entonces a la ocultación a *atesoramiento*. La depresión se torna crónica y desciende a los peores extremos de la *postración* económica. Es la época de los entierros o *tapados* de oro y piedras preciosas, que conocieron en el pasado los países de América, en los tiempos de tiranía, y que hoy soporta ciertamente la Europa oprimida por Hitler.

Los gobiernos de tendencia totalitaria — antes se los llamaba simplemente dictaduras o tiranías — se diferenciaban por la diversidad de matices históricos, según las edades y los países. La dictadura suprime toda distinción entre los intereses del tirano y su facción, y los del país que la soporta. Se presenta bajo distintas formas en el Imperio Romano de la decadencia, en la Francia jacobina, en la Rusia de Lenine, en la Italia fascista y en la Alemania nacional-socialista.

10. Mientras la tara impositiva es una constante mínima, o sólo muestra variaciones relativas pequeñas, que no impiden a las empresas de la producción y distribución alcanzar su dimensión más económica y el máximo de ganancia compatible con los obstáculos de la libre concurrencia, el rédito nacional crece. Aunque sólo sea por aumento normal de la población y del bienestar general, ese rédito tiende a crecer.

Si la tara impositiva deja de ser constante, y crece indefinidamente, a los obstáculos normales de la libre concurrencia se suman obstáculos anormales, que impiden y retardan, según los casos, la dimensión más económica y el máximo de ganancia para la colectividad.

En uno y en otro caso, tara impositiva constante y variable, podemos definir tendencias muy prolongadas, seculares (*secular trends*) de la producción y distribución, en suma, de la actividad económica. Las determinamos con alguna aproximación, aplicando los procedimientos corrientes de ajustamiento e interpolación a las series estadísticas cronológicas, que denotan prosperidad *creciente* o *decreciente*.

Distinguimos así de manera empírica un período *breve* de un período *prolongado*. Si se trata de un período breve, podemos sin mayor arbitrariedad considerar que ciertas fuerzas no influyen sobre un fenómeno determinado, o por lo menos sobre determinada variaciones del mismo; como ya observó A. Marshall <sup>(1)</sup>.

Podemos asimismo generalizar esta observación. En nuestro

(1) A. MARSHALL, *Principios de Economía*, libro V, cap. V, 2.

caso los hechos prueban que en período breve la tara impositiva es constante; no impide a las empresas de la producción y distribución alcanzar su dimensión más económica, aun tomando en cuenta el influjo político de las luchas entre los grupos predominantes.

Si se trata de período prolongado sería erróneo admitir la constancia de ciertas fuerzas económicas y sociales y, entre ellas, la de la tara impositiva, de influjo tan profundo sobre la actividad de aquellas empresas. Si esa tara es constante, decrece relativamente, porque el rédito nacional tiende a crecer por aumento normal de la población y de la prosperidad general. Si por el contrario la tara es una variable y crece indefinidamente, el rédito nacional, como quiera que sea, tiende a decrecer según se dijo.

11. Hay, pues, en la ciencia económica dos maneras de previsión que pueden denominarse: previsiones del *cómo* y previsiones del *cuándo*. Para las primeras bastan los esquemas de la estática económica. Las segundas sólo serían posibles en un mundo imaginario, en el que apareciesen y desapareciesen espontáneamente los grupos predominantes, y en el que fuera dable calcular, aplicando probabilidades, las valencias y la duración de los centros de gravedad que se formasen en el sistema económico.

Esto lo sabemos desde los tiempos de Platón, en cuanto se refiere a los sentimientos e ideas de los que hoy llamamos agrupaciones políticas y grupos predominantes. Preocupado el filósofo de la Academia del grave problema del gobierno, prescribió en su *República* el comunismo, la comunidad de mujeres y de bienes materiales, para la clase gobernante (soldados y filósofos). Libre así aquella clase de los sentimientos que podían perturbarla, podría regir con desinterés perfecto a la colectividad.

Al percatarse, sin embargo, de que tal desinterés sólo era realizable en un pueblo «de dioses e hijos de dioses», escribió *Las Leyes*. Para el Estado de éstas, arbitró la teoría del *tirano*

*perfecto*, tan utópico como el comunismo impuesto en la *República* para soldados y filósofos (1).

El problema quedó sin solución. Pero estos dos mitos, igualmente incompatibles con la naturaleza humana, quedaron desde entonces como incitación demagógica y delirio de sectarios feroces.

12. La observación de los hechos, así de los más antiguos como de los más recientes, prueba que en todas las formas de organización político-social persisten siempre, con los mismos caracteres, las luchas de los grupos predominantes que se disputan el manejo del Estado, y a través de las cuales es forzoso que toda actividad económica se desarrolle.

Estas luchas, de duración e intensidad inciertas, de consecuencias múltiples y complejas, se desarrollan tanto en período breve como en período prolongado, y se abstraen a la forma de previsión económica que más interesa conocer.

Para que una ley de los fenómenos económicos en función del tiempo pueda proyectarse en el futuro, es necesaria la determinación de ciertas constantes experimentales o *parámetros*, susceptibles de corrección periódica, como las que se observan en el estudio de ciertos fenómenos biológicos. La previsión del *cuándo* sólo podría fundarse en la definición de una ley así formulada.

Sin aventurarnos por intrincadas cuestiones matemáticas, puede afirmarse que el empleo de la media aritmética para la reducción de los llamados errores de observación se justifica, cuando éstos se conforman a la ley de Gauss. Es necesario, según esa ley que se trate de observaciones independientes y realizadas en las mismas condiciones.

Para tales observaciones es verdad que dos desviaciones pequeñísimas de la media aritmética, de signo contrario, son igualmente probables, que las desviaciones más pequeñas son las

(1) L. R. GONDRA, *Estudios de Historia y Economía*, 2ª serie, págs. 57-73, Buenos Aires, 1938.

más probables y que las menos pequeñas, las menos probables (1).

Pero las medidas de la magnitud de los fenómenos económicos, en general, no son independientes ni observadas en las mismas condiciones, ni son por otra parte variaciones pequeñísimas. «La idea de aplicar a tales variaciones la ley de Gauss, dice Keynes, es uno de esos brillantes errores, fundados en una falsa analogía entre las ciencias físicas y las sociales, cuya paternidad pertenece a Cournot» (2).

La teoría de equilibrio económico ha puesto en evidencia, cabalmente, la estrecha interdependencia de todos los precios y de todas las cantidades. Entre estos precios y cantidades podemos efectuar de manera empírica una clasificación según su importancia.

Entre todos ellos hay cierto grupo de precios y cantidades, cuya grande importancia nos obliga a considerarlos separadamente. Cualquiera de los precios incluidos en este grupo puede

(1) Por aplicación del método de los mínimos cuadrados pueden determinarse *experimentalmente* las constantes de integración. Si  $\alpha_1, \alpha_2, \dots, \alpha_n$  son números que representan  $n$  medidas de cierta magnitud, obtenidas *operando siempre en las mismas condiciones*, el valor más plausible de  $n$  es el que vuelve mínima la suma de los cuadrados de los errores:

$$x - \alpha_1, x - \alpha_2, \dots, x - \alpha_n.$$

Esto es, el valor de la variable  $x$  que vuelve mínima la función:

$$f(x) = (x - \alpha_1)^2 + (x - \alpha_2)^2 + \dots + (x - \alpha_n)^2.$$

La derivada de esta función es:

$$f'(x) = 2[nx - (\alpha_1 + \alpha_2 + \dots + \alpha_n)].$$

Y esta derivada sólo se anula para:

$$x = x_0 = \frac{\alpha_1 + \alpha_2 + \dots + \alpha_n}{n}.$$

Obsérvese que para  $x < x_0$  es  $f'(x) < 0$ ; y para  $x > x_0$  es  $f'(x) > 0$ . Es evidente, pues, que el valor  $f'(x) = 0$  es mínimo. Estas comprobaciones se refieren a variaciones pequeñísimas de fenómenos físico-naturales.

(2) J. M. KEYNES, *Treatise on Money*, vol. I, pág. 80, New York, 1930.

verse afectado por una fuerza particular de perturbación, entre las múltiples y complejas condiciones en que se desenvuelve la actividad económica. Los efectos de tal fuerza de perturbación se propagarían a todos los precios y cantidades del grupo, en razón de la interdependencia que los vincula. La experiencia nos enseña que cualquiera de éstos puede verse sometido a una fuerza particular de perturbación, y tal hecho se halla prácticamente fuera de toda previsión.

Lo está también la conveniencia de un empresario de la producción y circulación, o de varios de ellos, y la de un conductor o jefe de grupos predominantes, o de más de uno de ellos, cuyo influjo puede ser decisivo, sobre toda la actividad del sistema económico. Estos hechos son expresiones individuales del libre albedrío, y se hallan fuera de previsión.

Dice Newman: «Llamo accidentes a las particularidades de cada individuo, no obstante el reinado universal de la ley, porque cada individuo, separadamente, se halla en relación con una ley, y no se ha descubierto la ley de tales coincidencias. De nada vale referirse a la ley de las probabilidades, que sólo trata de medias... Los accidentes son las características de cada individuo, como las *differentie* lo son de cada especie. La ley de tales coincidencias nos es desconocida» (1). Esta ley sólo Dios la conoce. De ella sería un caso particular la ley de las probabilidades.

Las constantes con que suele operar una supuesta teoría matemática de la dinámica económica no son tales constantes sino variables. No son ni siquiera parámetros susceptibles de corrección periódica. No valen sino para el período en que fueron observadas. No pueden proyectarse hacia el futuro sin caer en graves errores. Sólo pueden admitirse como tales para períodos brevísimos, durante los cuales los suple la intuición de cualquier hombre de negocios sin necesidad de aparato matemático.

(1) J. H. CARDINAL NEWMAN, *An Essay in aid of a grammar of assent*, pág. 84-85, London, 1930.

Para que la construcción de tal aparato pueda ser útil, «y no vana fatiga del espíritu, es menester que haya ventaja en considerar la construcción y no sus elementos» (1). No es esto lo que resulta de las premisas que formulan los que luego se entregan a la fantasía de considerar constantes a simples *futuribles*, hechos potenciales que no acaecieron y no acaecen, y que no existen sino en la mente de Dios, valores imaginarios desmentidos a cada paso por los hechos.

13. La historia patentiza la existencia de dos regímenes económico-sociales, asuman o no las formas peculiares del Estado, el *contractual* y el *monopolístico*. El primero, propio de la libre concurrencia, se regenera de continuo a sí mismo. Tiene vitalidad propia. El segundo suscita fuerzas sociales de resistencia que concluyen por demolerlo, aunque luego reaparezca bajo formas distintas en apariencia.

Caracterizan el régimen contractual las convenciones libremente celebradas por los individuos. El segundo es la presión que un individuo o un grupo de individuos ejercita de modo permanente contra los demás.

El régimen contractual, cuando da su tono a la organización del Estado, tiene en la Edad Antigua y en la Edad Media un alcance muy reducido. Es prerrogativa de clases aristocráticas o privilegiadas; asume, pues, forma monopolística, y como tal desencadena las fuerzas sociales de resistencia que concluyen por demolerlo. En la Edad Contemporánea, en países libres de la disgregación totalitaria, esa prerrogativa se niega como tal

(1) H. POINCARÉ, *La Science et l'Hyothese*, pág. 26-27, París, 1929.

Los diferenciales exactos a que recurre L. Amoroso (*Las ecuaciones diferenciales de la dinámica económica*, Nuova collana di economisti, vol. V, pág. 421 y sigs.) adolecen del mismo defecto: se hallan expuestos a graves errores, cuando no se trata de simples futuribles. La singular previsión de V. Pareto, *Alcune relazioni tra lo stato sociale e le variazioni della prosperità economica* (Rivista italiana di sociologia, 1913) se debió, más que al aparato matemático, a la intuición genial y al inmenso saber. Determinó las causas de la declinación económica del mundo, y advirtió que si aquéllas persistían ésta subsistiría con carácter secular.



y se universaliza; su rasgo característico es la libertad que, para ser efectiva, limítase a sí misma, según la clásica definición kantiana.

Aunque amenazado por la insidia demagógica que lo desnaturaliza, y tiende a destruirlo, el régimen contractual es de suyo mucho más durable que el monopolístico. Cuando éste a su vez da el tono de la organización del Estado, se destruye á sí mismo en tiempo relativamente corto, por obra de agentes internos o externos. Esos agentes son la insidia demagógica, que también lo ataca como al régimen contractual, la formación endoparasitaria de la burocracia que concluye por extenuarlo, y la guerra exterior que provoca en su esfuerzo por prolongarse.

14. Las redistribuciones espontáneas de réditos o consumos, propias del régimen contractual, tienen un costo mínimo, que no impide a los individuos aproximarse indefinidamente al máximo de utilidad. Negocian aquéllos y cambian sus residuos dinámicos de utilidad, aumentando y disminuyendo, según los casos, sus réditos individuales.

Las redistribuciones inducidas o forzadas tienen un costo que crece de continuo con la tara impositiva y la intervención repetida del Estado en la actividad privada. Ese costo creciente impide o retarda la posibilidad de lograr el máximo de utilidad, y puede hasta asumir proporciones de catástrofe, como se verá.

Las resoluciones ministeriales del 28 de noviembre de 1933, sobre *control* de cambios, precios básicos de los cereales y juntas reguladoras de los mismos, son formas típicas de redistribuciones inducidas o forzadas, que pueden ser el *mal menor* y justificarse como tal en casos excepcionales, y que llegan a ser onerosísimas, si se repiten con frecuencia (1).

En período prolongado el costo de las redistribuciones forzadas tiende a crecer indefinidamente, y su recargo se acumula

(1) Véase la nota de la pág. 5, en todo aplicable al caso. Puede verse la descripción y funcionamiento del sistema en L. R. GONDRA, *Tratado*, curso general, §§ 410-416.

según se ha dicho, aunque el rédito nacional aumente por incremento normal de la población y de la prosperidad general. Ese rédito alcanzará un punto de inflexión, y tenderá luego a decrecer, si su tasa de aceleración fuere menor que la del crecimiento de la tara impositiva.

15. Supóngase que el rédito nacional tiende a crecer normalmente como la línea ondulada en el gráfico inserto. Las ondulaciones representan las fluctuaciones del ciclo económico, en sus dos fases de prosperidad y depresión, y la línea de puntos la tendencia secular creciente del estado económico. El punto Q

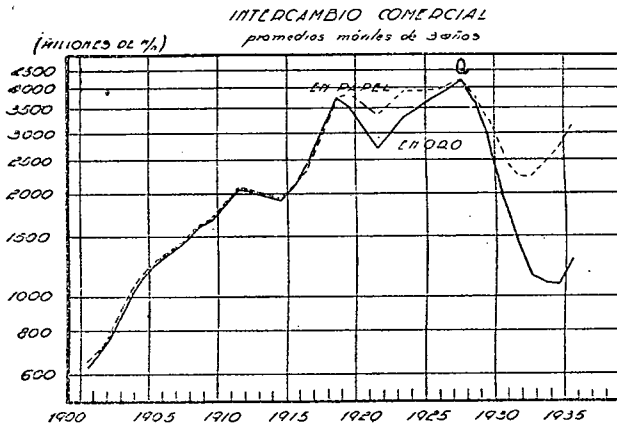


Fig. 1

es el punto de inflexión, en el cual la tendencia secular y, por consiguiente, el rédito nacional se tornan decrecientes.

Consideraciones de este orden condujeron a Pareto, a las conclusiones de su clásico estudio: *Algunas relaciones entre las variaciones del estado social y la prosperidad económica*, publicado en 1913, y al que se ha hecho referencia en la nota 2 de la página 8. El mundo entraba entonces en las coordenadas del *receso*, después de haber alcanzado el apogeo de un período secular de prosperidad.

El proteccionismo, que no se adornaba todavía con la denominación de *nacionalismo económico*, ni ostentaba el decorado

de sofismas con que hoy se lo justifica, la política de la paz armada, y una legislación social bien inspirada, pero costosísima, reagravada por la confabulación de la plutocracia y de la demagogia, elevaban ya en términos impresionantes el peso de la tara impositiva.

En la República se señaló la tendencia creciente de aquella tara, que ya se advertía en 1934. Se advirtió que cuando la administración pública se circunscribe a sus fines peculiares, los realiza sin dificultad, pero que cuando aborda los propios de la actividad privada, se transforma en burocracia, y la tara se vuelve insoportable (1).

La multiplicación arbitraria de las funciones públicas entraña en tal caso la inflación de los gastos a cargo del Estado, y de tal suerte los dos males correlativos de la burocracia y la demagogia ponen al organismo-huesped en riesgo de extenuación: es el daño de todo parásito maligno (2).

Los hechos han confirmado la previsión angustiosa. Ahora son las instituciones representativas de toda la actividad económica, la Bolsa de Comercio, la Unión Industrial Argentina, la Confederación de la Industria y del Comercio y la Sociedad Rural Argentina, las que se lamentan y llevan su clamor al Congreso Nacional para que se ponga término al crecimiento de los gastos públicos (3).

No puede negarse, sin embargo que, en circunstancias excepcionales, el arbitrio de las redistribuciones inducidas puede ser el *mal menor*. En tales circunstancias tiene, como se ha visto, un costo que puede ser el precio soportado por la sociedad para evitar males harto mayores.

(1) L. R. GONDRA, *Problemas económicos y sociales del momento*, pág. 125. Buenos Aires, 1934. Id., *Estudios de historia y economía*, págs. 3-14, segunda serie, Buenos Aires, 1938.

(2) L. R. GONDRA, *Problemas etc.*, *ibid.*

(3) Véanse las notas publicadas en los principales diarios de la capital, en diciembre de 1942, principalmente *La Prensa* del martes 29, pág. 8.

16. El presidente Yrigoyen practicó en dos ocasiones ese arbitrio. En 1918, durante la prosperidad originada en el país por la primera guerra mundial, mejoró las condiciones de trabajo y los salarios de los trabajadores, realizando una obra vastísima de justicia social, entre las críticas acerbas de las grandes empresas y de los grupos opositores. Le bastó para ello abstenerse de poner el poder público al servicio de aquellas empresas durante un período de grandes huelgas. Fué tal vez su error, convencido acaso de que tropezaría en el escollo de una tenaz oposición parlamentaria, si promovía con el mismo propósito una vasta obra de reformas legislativas.

En 1921 hacíanse sentir en el país los efectos de gran depresión mundial de 1920. Nuestros productores, propietarios, ganaderos, agricultores e industriales, se vieron muchos de ellos al borde de la ruina. La falta de pago y las ejecuciones judiciales consiguientes, en plena baja de todos los valores, amenazaban con destruir las fortunas acumuladas por el trabajo de generaciones.

El presidente Yrigoyen, como había prestado apoyo a los trabajadores, lo dió a los productores, promoviendo una nueva política del crédito bancario, mediante esperas, rebajas de interés y ampliaciones de crédito, sin usar el peligroso y sócorrido medio de la inflación monetaria, que habría provocado redistribuciones inducidas. Echó mano simplemente a una inflación del crédito bancario, recomendada pocos años después por dos eminentes economistas ingleses, D. H. Robertson y J. M. Keynes (1). Prefirió, como dice éste, a una política de salarios flexibles que sólo puede realizarse por decreto en un país socializado, una política bancaria flexible, «que permite mantener invariable la relación entre el trabajo y los otros factores cuya remuneración se fija por contrato en términos monetarios, señaladamente, la clase de los rentistas» (2). El presidente Al-

(1) L. R. GONDRA, *Teoría cuantitativa de la moneda. Las ecuaciones dinámicas de K. M. Keynes*, págs. 12-14, Buenos Aires, 1942.

(2) J. M. KEYNES, *The general theory of employment interest and money*, pp. 267-269, London, 1936.

vear que le sucedió en el gobierno prosiguió esa misma política bancaria.

17. El estereograma inserto ilustra gráficamente las fluctuaciones económicas más significativas, en función del tiempo. En el eje horizontal  $OK$  se representan las variaciones de las cantidades o demandas, y en el eje vertical  $OY$  las de los precios. Un plano cualquiera  $OKY$ ,  $O'K'Y'$ , representa la interdependencia de demandas y precios. El eje  $OO'$  es el eje del tiempo, y la línea ondulada que delimita por su parte superior el plano que pasa por la recta  $KK'$ , paralela al eje del tiempo, representa un período en que se advierten dos ciclos económicos completos, con sus fases de depresión y prosperidad. Representa también la tendencia secular de la actividad económica.

Las cimas que corresponden a puntos máximos de la prosperidad son crecientes. Por entre esos puntos y los de depresión pasaría la curva secular creciente de la actividad económica en el período representado por el estereograma.

La economía estática enseña que la demanda es función decreciente del precio. Si el precio sube la demanda se contrae, si no varían los gustos de los consumidores. Pero en función del tiempo, en términos de economía dinámica, esos gustos varían sea en período breve o en período prolongado.

El estereograma ilustra el hecho. En el punto agudo de la prosperidad, por haber variado los gustos y la solvencia de los consumidores, las demandas crecen compatiblemente con un aumento del precio. Por el contrario, en el punto más bajo de la depresión los precios y demandas pueden contraerse simultáneamente.

La superficie superior ondulada, mejor dicho, quebrada o fragosa,  $YO'Y'O'$ , es la superficie del consumo. La imaginación del lector puede suplir debajo de ella otra superficie análoga que sería la de la producción. Como puede suplir debajo de las curvas  $OK$ ,  $O'K'$ , otro sistema de curvas de demanda que serían las de la producción.

En general los movimientos de los fenómenos sociales se realizan en forma ondulada. La crisis periódica o ciclo económico, sobre el cual influyen, como se verá, factores psicológicos y sociales, es, pues, un caso particular de aquellos movimientos oscilatorios. No excluye, por consiguiente, sino que, por el contrario, supone movimientos de amplitud mucho mayor (movimientos seculares y también milenarios, probablemente); y de amplitud mucho menor: anuales, estacionales, mensuales, etc. (1).

(1) L. R. GONDRA, *Tratado de economía política*, curso especial, pág. 122, Buenos Aires, 1940. Cf. J. Grizziotti Kretschmann, *Ricerche sulle fluttuazioni economiche di lunga durata*, *Giornale degli economisti*, julio, 1933.



A

PRECIO

O

A DEMANDA (CANTIDAD)

TIEMPO





## CAPÍTULO II <sup>(1)</sup>

### BIBLIOTECA

### Fluctuaciones del Intercambio con el Exterior

SUMARIO: 18. Transformaciones interiores y exteriores de la riqueza. 19. Autarquía económica y proteccionismo. 20. Cantidades producidas y aumento de riqueza. 21. Formación e inversión de capitales. 22. Tendencias seculares de la inversión de capitales. 23. Libre cambio y propaganda proteccionista. 24. Proteccionismo y distribución. 25. Ejemplos históricos. 26. Variaciones de los prosperidad económica.

18. Las transformaciones de la riqueza mediante las cuales aumentamos la suma total de satisfacciones de que podemos disponer son *interiores* (industria nacional, comercio o tráfico interno), o *exteriores* (comercio internacional), esto es, se realizan dentro o fuera del mercado.

Todas las transformaciones que podemos realizar dentro del mercado aumentan hasta cierto punto la suma de satisfacciones. Para aumentarla más aun, es decir, para substituir a un máximo de bienestar otro mayor es necesario sobrepasar los límites del mercado, y continuar más allá de los mismos las transformaciones de la riqueza.

19. La *autarquía* económica es, pues, un concepto arcaico, retrógrado, y entraña siempre la idea de una transformación insuficiente, limitada o mezquina de la riqueza. Es autárquico

(1) Publicado por vez primera en mis *Estudios de historia y economía*, Buenos Aires, 1930, págs. 140-165, obra hoy agotada.



el salvaje. Lo fueron la ciudad antigua y la corte feudal. Lo son en general todas las economías retardadas o estacionarias.

El proteccionismo teórico, vale decir, el proteccionismo perfecto (fuera de los casos excepcionales en que representa el *mal menor*), sería un estado límite de inercia o tal vez de regresión económica, cuyo máximo de bienestar estuviese impuesto por los límites del mercado.

En este sentido puede afirmarse que el proteccionismo trueca lo excepcional en general, lo anormal en normal. Una plaza sitiada, una economía enteramente aislada, serían así el ideal de la más perfecta existencia económica.

20. Las transformaciones interiores enriquecen realmente a la colectividad cuando la libre concurrencia selecciona con entera eficacia los productores más aptos; y las cantidades de bienes producidas son aquellas que verifican con pérdida mínima el equilibrio de la oferta y de la demanda.

El problema de la verdadera riqueza no consiste, pues, en producir cantidades excesivas, sino en producir las cantidades necesarias, alcanzando prestamente la dimensión más económica de la empresa. Es errónea, por consiguiente, la afirmación de J. M. Keynes, según la cual, si los productores prevén un descenso general de los precios disminuyen la producción y de tal manera empobrecen a la sociedad (1).

Si el mercado a término guía eficazmente a los empresarios y hombres de negocios, y éstos aumentan o disminuyen la producción, según prevean un alza o una baja de los precios, se alcanza, salvo errores inevitables y con pérdida mínima, el ajustamiento de la demanda y de la oferta. En uno y en otro caso, la colectividad se enriquece, por cuanto se transforman las cantidades necesarias, y se reducen al mínimo las pérdidas inevitables de la transformación.

(1) J. M. KEYNES, *A tract on monetary reform*, págs. 4, 32-39, London, 1924.

21. La posibilidad de multiplicar las transformaciones de la riqueza depende de la formación previa de un fondo de bienes instrumentales (capitales). La formación del ahorro y la actividad de su transformación en capitales nuevos dependen a su vez, en gran parte, de un cúmulo de condiciones (raciales, psicológicas, culturales), que escapan en mucho al análisis del economista.

Si la formación previa del ahorro fuese la que requieren las condiciones naturales y técnicas del mercado para lograr con el menor sacrificio el máximo de satisfacción, las transformaciones de la riqueza seguirían la orientación impuesta por la ley de la renta ricardiana, y descenderían desde las transformaciones que dan el máximo de rendimiento, a las que tienen por límite la tasa del interés corriente de los capitales, así sea ésta constante o variable.

En tal supuesto (véase la figura 2), si la curva  $A n n' B$  es la curva dinámica de la productividad, en las diferentes ramas de la producción, sus ordenadas  $m n, m' n' \dots$ , representan, con abstracción de los costos, las ganancias unitarias

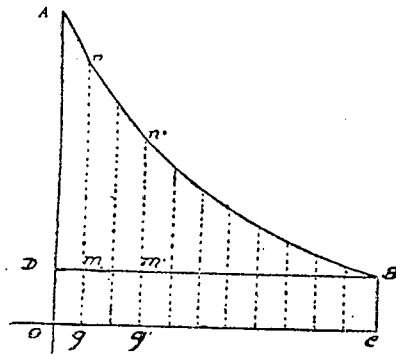


Fig. 2

líquidas y las abscisas  $O q, O q' \dots, O C$ , superpuestas, las cantidades totales de bienes transformadas o producidas. Por definición, el eje de las abscisas es el eje del tiempo.

Mientras ciertas ramas de la producción dan un rendimiento líquido  $m n$ , no se explotan las que dan un rendimiento líquido menor,  $m' n'$ . Pero la libre concurrencia, cuanto más activa, deprime las ganancias hasta el límite del interés corriente de los capitales  $O D = B C$ .

En la realidad las cosas no ocurren con esta simplicidad. En términos de dinámica, la formación previa del ahorro y su transformación en capitales nuevos suelen no ser y, de ordinario, no son las que demandan las condiciones naturales y técnicas del mercado para lograr en el menor tiempo posible el máximo de rendimiento. Y así acontece que, por insuficiencia de capitales, explótanse las industrias que dan un rendimiento líquido  $m'$   $n'$  antes que aquellas que rinden  $m$   $n$ .

En realidad, pues, la curva dinámica de la productividad, tiene la forma irregular de la  $A n n' B$  en la figura 3. La dimensión de su ordenada inicial es arbitraria; pasa luego por diferentes máximos; alcanza un máximo de máximos, y descende hasta el límite del interés corriente. Este último presenta una

*secular*  
*en de*  
22. Si se consideran períodos seculares la información histórico-económica de que hoy podemos disponer, a pesar de su deficiencia, pone de manifiesto que el desarrollo industrial de un país depende de un cúmulo de factores que sobrepuja inmensamente a la eficacia de cualquier política restrictiva, necesariamente limitada y efímera.

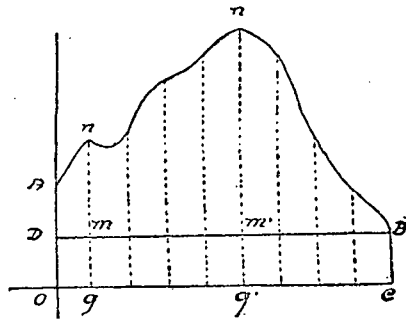


Fig. 3

En edades anteriores, la política de restricción proteccionista (mercantilismo) era durable y, hasta cierto punto eficaz, por fuerza de las circunstancias. La población exigua, la formación reducidísima de fondos de ahorro, limitada casi a los de previsión o seguro (en la demanda de crédito prevalecen los préstamos usurarios de consumo), el bajo nivel de cultura, el desarrollo incipiente de la producción y, por consecuencia, las ra-

rísimas oportunidades de inversión productiva, imponen el aislamiento económico (1).

En tal ambiente la concepción mercantilista y anonaria, la política de las barreras proteccionistas, del estorbo burocrático a la producción y al libre comercio de cereales (esto último tal vez por ingenua ignorancia histórica no se les ha ocurrido aún a nuestros nacionalistas), era como el lado teórico de un movimiento punto menos que instintivo de defensa, impuesto por la dura realidad histórica, bien que a veces produjera efectos contrarios a los que se tenían por mira (2).

Pero en los grandes mercados de la economía mundial contemporánea, en los cuales el comercio exterior es necesidad vital de colectividades humanas cuyos individuos se cuentan por decenas de millones, esa política es un remedio efímero y anodino, con el que no se contemplan, por otra parte, sino los intereses particulares de determinados grupos, generalmente con daño de la colectividad.

La multiplicación prodigiosa del ahorro y de su inversión, el perfeccionamiento incesante de la herramienta industrial, la creciente complejidad de las distintas ramas de la producción, el aumento cada día mayor de todo género de bienes sucedáneos, la formación de los grandes trusts modernos y, por consiguiente, la disminución de los costos de fabricación y el perfeccionamiento de los métodos comerciales, reducen el proteccionismo, en la generalidad de los casos, a una inofensiva panacea burocrática.

23. El libre cambio está hoy fuera de todo comercio doctrinario. Tiene el valor de un concepto puramente teórico. Ya Flaubert insertaba en su diccionario de ideas triviales que la práctica era superior a la teoría. Por esto, sin duda, el libre cam-

(1) W. J. ASHLEY, *Histoire et doctrines économiques de l'Angleterre*, vol. I, págs. 186-206, vol. II, págs. 71-78, 458-171, París, 1900.

(2) L. R. GONDRA, *Las ideas económicas de Manuel Belgrano*, págs. 51-52, 2ª edición.

bio es mercadería de propaganda que no se cotiza en el mercado.

En un ambiente de libertad económica sólo viven los organismos fuertes, las grandes empresas que han alcanzado rápidamente su dimensión más económica, y luchan y triunfan en el mercado mundial, esto es, en un medio que, por definición, es el de la libre concurrencia.

Ofrecer libre cambio a tales empresas es algo así como recomendar oxígeno en pleno campo a los pulmones de un atleta. En cambio, las empresas anémicas, las que sólo viven en los invernáculos de las barreras proteccionistas necesitan el oxígeno de la propaganda interesada, y recompensan, a veces con sospechosísima largueza, los servicios del dulcamara que profesa, con admirable intrepidez, la filosofía económica del rábano por las hojas.

El proteccionismo recalcitrante de ciertos escritores propagandistas es una concepción troglodítica. Y los trogloditas, como los tres infusorios de Bartrina, en su gota de agua, viven en la penumbra de la caverna y suponen que el mundo está contenido en ella. Toman, pues, con muy explicable desenvoltura las providencias mejor proporcionadas para gobernar el mundo. Si un muro se agrieta, le componen prestamente, y repiten la maniobra tantas veces cuantas por distintos lados reaparecen los desperfectos. Porque los trogloditas, naturalmente, todo lo prevén, menos el derrumbamiento de la caverna.

24. El comercio internacional es un caso particular de la teoría general del cambio, en el que se suponen dos colectividades o grupos *no concurrentes*, esto es, dos colectividades en estado de concurrencia para los productos, y no para ciertos servicios productores. Si la libre concurrencia es muy activa, se verifican para las dos colectividades las condiciones ya referidas de máximo de bienestar.

En otros términos, si la libre concurrencia opera con eficacia máxima, cada una de las colectividades consideradas se dedica exclusivamente a la producción de aquel o de aquellos bienes

en que su trabajo alcanza mayor rendimiento, en conformidad a las condiciones definidas.

Si a las condiciones de libre concurrencia se substituyen las del proteccionismo, esto es, si los grupos considerados dejan de concurrir para todos los productos o para varios de ellos, la producción no se verifica en la llamada línea de las transformaciones completas, es decir, los costos totales de la transformación de los bienes crecen, y aquélla no alcanza, por consiguiente, su dimensión más económica.

El proteccionismo, en consecuencia, provoca una redistribución inducida de la riqueza social, o, lo que importa lo mismo, desvía la corriente de los beneficios. Se demuestra, en efecto, que: a) las ganancias de las empresas en las industrias protegidas aumentan y la renta de los consumidores disminuye; b) la redistribución es una pérdida colectiva, porque los consumidores pierden una suma mayor que la que ganan los productores (1).

Como prueba de las bondades del proteccionismo, sus propagandistas suelen formular una cuenta de ganancias *sin* pérdidas a cuyo *débito* llevan todos los quebrantos que la colectividad sufriría si se suprimiese la protección, y en cuyo *crédito* omiten las ventajas que resultarían de la supresión. Como es lógico igualado arbitrariamente a cero el crédito, el saldo de la cuenta resulta igual al débito. En otros términos, la cuenta arroja pérdida (2).

25. Señalemos, en la historia económica del mundo antiguo y del mundo contemporáneo, dos ejemplos de valor universal y de significación profunda.

A. — Después de las conquistas romanas, todas las regiones ribereñas del Mediterráneo quedaron bajo el cetro imperial de Roma. La solución de la más amplia libertad económica posible

(1) V. PARETO, *Cours*, II, §§ 721-723 y notas correspondientes.

(2) Véase la cuenta muy regocijante formulada por E. J. SCHLEH, *La industria azucarera ante la crisis*, págs. 86-87, Buenos Aires, 1923. Sobre la demostración del teorema ricardiano de los costos comparados, véase apéndice, págs. 245-250.

se impuso de una manera espontánea. Extirpóse la piratería de la cuenca oriental de aquel mar; y una red de caminos comerciales cubrió todas las provincias del imperio.

El comercio y la industria gravitaron naturalmente hacia los sitios de mayor productividad y mayor consumo, determinándose así la más conveniente división internacional del trabajo. Empezó entonces, con la victoria de Actium (31) la época de la paz augusta, que se prolongaría por espacio de 200 años. De ella se ha dicho muy atinadamente que fué la época en que la idea del libre cambio encontró su más extensa aplicación en la zona relativamente más extensa (1).

No obstante la propagación de los latifundios improductivos en muchas regiones del imperio, la consiguiente desaparición de la clase media y los pesadísimos tributos que agobiaban a las provincias, el mundo conoció entonces un período de distribución hasta cierto punto equitativa de la riqueza social.

La libre concurrencia, el desarrollo de la riqueza privada y pública, la baja del precio del grano y del interés (del 12 % en los últimos tiempos de la república, descendió a 4 % en tiempo de Augusto, y no subió de 6 % en los de Claudio y Nerón), llevaron el bienestar y hasta la prosperidad a todas las clases sociales (2).

Las condiciones reales se aproximaban en cuanto era posible a las condiciones teóricas del problema. Pero en la segunda mitad del siglo III, una serie de acontecimientos desfavorables provoca un movimiento inverso.

El comercio pasivo con el Oriente lejano, el peso cada vez

(1) R. MAYR, *Manuale di storia del commercio*, pág. 32, Milano, 1915.

(2) R. VON POELMANN, *L'età imperiale romana e la caduta del mondo antico*, incluido en la *Storia universale* de Pflugk-Harttung, vol. I, pág. 579 y siguientes; L. FRIEDLANDER, *Sul prezzo del grano e il valore del danaro nel tempo che va de Nerone a Traiano*, pág. 301; ROBERTUS, *Per la questione del valore reale del danaro nell'antichità*, pág. 358; J. MARQUARDT, *Monete, misure e commercio del danaro*, págs. 527-530, en *Biblioteca de Storia Economica*, vol. III. Milano, 1915.

más insoportable de los tributos, las falsificaciones repetidas de la moneda (formas remotas de inflación), el alza constante de los precios, la imposición de un sistema de variados precios políticos (edicto de *pretiis venalium rerum*, promulgado por Dicleiano en el año 301), la inmovilización legal de las clases sociales (forma la más odiosa de la tiranía fiscal), y la inflación morbosa de la burocracia imperial, trajeron por consecuencia la depresión económica y la miseria.

B. — Durante la segunda mitad del siglo XIX, las condiciones económicas y políticas de Inglaterra fueron gradualmente

aproximándose a las condiciones teóricas. La emancipación política de los católicos, las reformas electorales repetidas, la difusión de las ideas manchesterianas, el reconocimiento de la libertad de huelga y asociación en favor de los trabajadores, la abolición de las leyes de cereales y de navegación, el tratado y comercio anglo-francés (1860), inspirado en los principios del libre cambio, tuvieron por efecto una gran prosperidad.

Desde 1850 hasta 1880 (período de mas completa libertad económica mundial), el rédito total de las clases trabajadoras creció hasta igualar el rédito total de Inglaterra en 1850. En otros términos, en 1896 los trabajadores de Inglaterra se encontraron en posición pecuniaria mas ventajosa que la que habrían tenido sus padres en 1850, si hubiesen podido expropiar y repartirse la totalidad del rédito nacional (1).

El más fanático socialista y el radical más exigente — agrega el escritor de quien tomo los datos — no podría pretender que a las clases trabajadoras se diesen cantidades de riqueza mayores que la existente, cualquiera sea el género de revolución a reali-

zar. En 1878, una reacción proteccionista empieza en la Europa central, por obra de Bismarck. Cuando la onda proteccionista

(1) W. H. MARLOCK, *Classes and masses*, págs. 26-29, London 1896, Id., *Labour and the popular welfare*, VI, págs. 156-167, London, 1896.

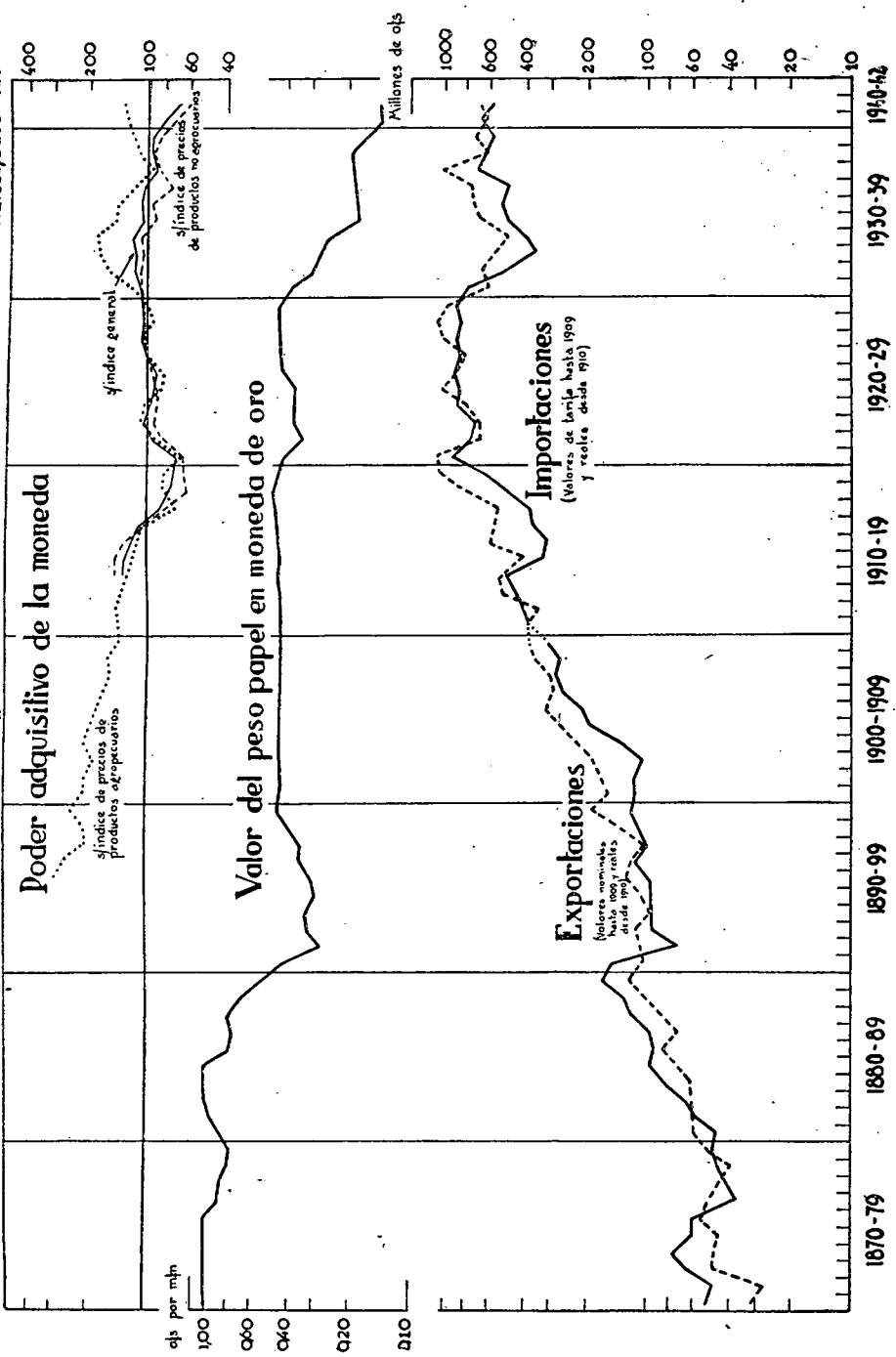


se propaga por todo el mundo civilizado, las condiciones económicas empeoran, como lo prueban el alza constante del costo de la vida y la consiguiente disminución de todos los réditos y salarios reales, que las estadísticas de todos los países verifican en el período 1873-1896.

26. La dependencia entre el estado social y la prosperidad económica no sólo es estática sino dinámica, según observó Pareto. Esa dependencia no solamente se comprueba entre condiciones sociales y económicas determinadas, pero también entre éstas y la velocidad de sus variaciones.

El gráfico de la figura inserta y las series estadísticas correspondientes representan el movimiento comercial de la República Argentina, durante el período 1870-1941, y la fluctuaciones del poder adquisitivo de la moneda, y del valor del peso en moneda de oro. Sus importaciones dan los valores de tarifa hasta 1909 los valores reales desde 1910. En las exportaciones se dan valores nacionales hasta 1909 y reales desde 1910.





**COMERCIO EXTERIOR ARGENTINO, VALOR DE LA MONEDA NACIONAL,  
PRECIOS MAYORISTAS Y PODER ADQUISITIVO DE PESO**

Años	Comercio exterior (1)			m\$.n. por o\$.s.	m\$.n. por o\$.n.	Precios mayoristas (5)			Poder adquisitivo s/		
	Impor- tacio- nes (2)	Expor- tacio- nes (3)	Saldos			Agro- pecua- rios	No agro- pecua- rios	Gene- ral	Precios agrope- cuarios	Precios no agrope- cuarios	Indice general
	(En millones de o\$.s.)			(4)	(4)	(Indices, base 1926 = 100)					
1870	49	30	— 19	1,00	1,00	—	—	—	—	—	—
1871	46	27	— 19	1,00	1,00	—	—	—	—	—	—
1872	62	47	— 15	1,00	1,00	—	—	—	—	—	—
1873	73	47	— 26	1,00	1,00	—	—	—	—	—	—
1874	58	44	— 14	1,00	1,00	—	—	—	—	—	—
1875	58	52	+ 6	1,00	1,00	—	—	—	—	—	—
1876	36	48	+ 12	1,14	0,88	—	—	—	—	—	—
1877	40	45	+ 5	1,17	0,85	—	—	—	—	—	—
1878	4	38	— 6	1,27	0,79	—	—	—	—	—	—
1879	46	49	+ 3	1,29	0,78	—	—	—	—	—	—
1880	45	58	+ 13	1,22	0,82	—	—	—	—	—	—
1881	56	58	+ 2	1,08	0,93	—	—	—	—	—	—
1882	61	60	— 1	1,00	1,00	—	—	—	—	—	—
1883	80	60	— 20	1,00	1,00	—	—	—	—	—	—
1884	84	68	— 26	1,00	1,00	—	—	—	—	—	—
1885	92	4	— 8	1,37	0,74	—	—	—	—	—	—
1886	95	70	— 25	1,39	0,72	—	—	—	—	—	—
1887	117	84	— 33	1,35	0,74	—	—	—	—	—	—
1888	128	100	— 28	1,48	0,68	—	—	—	—	—	—
1889	165	123	— 42	1,91	0,52	—	—	—	—	—	—
1890	142	101	— 41	2,51	0,40	—	—	—	—	—	—
1891	67	103	+ 36	3,87	0,26	—	—	—	—	—	—
1892	91	113	+ 22	3,32	0,30	—	—	—	—	—	—
1893	96	94	— 2	3,24	0,31	—	—	—	—	—	—
1894	93	102	+ 9	3,57	0,28	—	—	—	—	—	—
1895	95	120	+ 25	3,44	0,29	35,3	—	—	283,3	—	—
1896	112	117	+ 5	2,96	0,34	38,5	—	—	259,7	—	—
1897	98	101	+ 3	2,91	0,34	51,4	—	—	194,6	—	—
1898	107	134	+ 27	2,58	0,39	47,9	—	—	208,8	—	—
1899	117	185	+ 68	2,25	0,44	42,5	—	—	235,3	—	—
1900	113	155	+ 42	2,31	0,43	49,1	—	—	203,7	—	—
1901	114	168	+ 54	2,34	0,42	50,4	—	—	198,4	—	—
1902	193	179	+ 76	2,32	0,43	53,8	—	—	185,9	—	—
1903	131	221	+ 90	2,27	0,44	49,7	—	—	201,2	—	—
1904	187	264	+ 77	2,27	0,44	51,5	—	—	194,2	—	—
1905	205	323	+ 118	2,27	0,44	56,3	—	—	177,6	—	—
1906	270	292	+ 22	2,27	0,44	59,8	—	—	167,2	—	—
1907	286	296	+ 10	2,27	0,44	64,7	—	—	154,6	—	—
1908	273	366	+ 93	2,27	0,44	64,7	—	—	154,6	—	—

Años	Comercio exterior (1)			m\$N. por o\$S.	m\$N. por o\$S.	Precios mayoristas (5)			Poder adquisitivo s/		
	Impor- tacio- nes (2)	Expor- tacio- nes (3)	Saldos			Agro- pecua- rios	No agropes- cuarios	Gene- ral	Precios agropes- cuarios	Precios no agropes- cuarios	Indice gene- ral
	(En millones de o. s.)			(4)	(4)	(Indices, base 1926 = 100)					
1909	303	397	+ 94	2,27	0,44	71,8	—	—	139,3	—	—
1910	379	389	+ 10	2,27	0,44	71,8	—	—	139,3	—	—
1911	405	342	— 63	2,27	0,44	69,8	—	—	143,3	—	—
1912	447	502	+ 55	2,27	0,44	72,3	—	—	138,3	—	—
1913	496	519	+ 23	2,27	0,44	77,8	70,3	75,5	128,5	142,2	132,5
1914	323	403	+ 80	2,30	0,43	81,8	70,3	76,4	122,2	142,2	130,9
1915	306	582	+276	2,32	0,43	90,9	78,7	81,9	110,0	127,1	122,1
1916	366	573	+207	2,28	0,44	92,5	97,2	92,6	108,1	102,9	108,0
1917	380	550	+170	2,20	0,45	131,3	123,7	114,6	76,2	80,8	87,3
1918	501	801	+300	2,17	0,46	117,2	159,1	126,1	85,3	62,9	79,3
1919	656	1.031	+375	2,22	0,45	122,3	150,1	129,5	81,8	66,2	77,2
1920	935	1.044	+109	2,46	0,41	146,4	153,1	135,6	68,3	65,3	73,7
1921	750	671	— 79	3,03	0,33	110,2	119,6	108,2	90,7	83,6	92,4
1922	690	676	— 14	2,68	0,37	93,0	106,1	98,5	107,5	94,3	101,5
1923	868	771	— 97	2,80	0,36	98,4	108,4	101,8	101,6	92,3	98,2
1924	829	1.011	+182	2,81	0,36	117,8	110,1	109,5	84,9	90,8	91,3
1925	877	868	— 9	2,40	0,42	122,9	103,6	111,0	81,4	96,5	90,1
1926	822	792	— 30	2,38	0,42	100,0	100,0	100,0	1,000	100,0	100,0
1927	857	1.009	+152	2,33	0,43	97,6	96,7	97,1	102,5	103,4	103,0
1928	837	1.055	+218	2,27	0,44	108,6	94,3	98,5	92,1	106,0	101,5
1929	862	954	+ 92	2,28	0,44	102,6	94,5	96,4	97,5	105,8	103,7
1930	739	614	—125	2,64	0,38	85,9	94,0	92,2	116,4	106,4	108,5
1931	516	641	+125	3,33	0,30	63,8	94,4	89,0	156,7	105,9	112,4
1932	368	567	+199	3,75	0,27	59,0	97,5	89,5	169,5	102,6	111,7
1933	395	493	+ 98	3,89	0,26	56,9	93,3	85,6	175,7	107,2	116,8
1934	488	633	+145	5,49	0,18	70,7	105,7	98,2	141,4	94,6	101,8
1935	517	691	+174	5,66	0,18	72,2	103,7	97,0	138,5	96,4	103,1
1936	491	729	+238	5,56	0,18	86,6	102,5	99,2	115,5	75,6	100,8
1937	685	1.017	+232	5,28	0,19	105,1	114,4	112,6	95,1	87,4	88,8
1938	643	616	— 27	5,40	0,19	90,6	109,4	105,5	110,4	91,4	94,8
1939	589	692	+103	6,26	0,16	83,6	114,8	108,2	119,6	87,1	92,4
1940	659	628	— 31	6,91	0,14	80,4	135,4	123,4	124,4	73,9	81,0
1941	562	644	+ 82	6,91	0,14	76,4	163,8	145,1	130,9	61,1	68,9

(1) Cifras de la Dirección General de Estadística. A partir de 1910 se han convertido a pesos oro para obtener una serie homogénea.

(2) De 1870 a 1909, valores de tarifa de 1910 a 1941, valores reales.

(3) De 1870 a 1909, valores nominales de 1910 a 1941, valores reales.

(4) De 1870 a 1882, cifras de la Dirección General de Estadística convertidas de acuerdo con la proporción 25 pesos igual a 1 peso oro. De 1883 (fecha de vigencia de la ley monetaria N° 1.130) hasta 1900, cifras de la Dirección General de Estadística. De 1901 a 1934, cifras del Instituto de Economía Bancaria desde 1935, cifras calculadas sobre la base de la cotización del dólar tipo vendedor oficial.

(5) Cifras de la Oficina a partir de 1926. Anteriormente, cifras de la Sociedad Rural para el índice agropecuario y de la Dirección General de Estadística para las otras series.

El problema tratado en el caso consiste en hallar un índice de las variaciones económicas. Si nos propusiéramos determinar un índice algo preciso, las dificultades serían insuperables. Pero las diferencias o variaciones del estado económico son tan grandes, en función del tiempo, para los países del mundo civilizado, que podemos considerar las fluctuaciones del movimiento comercial, como índice groseramente aproximado sin mucha inexactitud.

Cuando se verifican interpolaciones en las curvas de fenómenos económicos y sociales, se observa generalmente que las aproximaciones no crecen con el número de términos de la fórmula de interpolación (1). Se tienen grupos de términos para los cuales aquéllas crecen con rapidez; luego grupos para los que crecen muy poco o nada; y por fin grupos que las hacen crecer de nuevo rápidamente.

Estos tres grupos corresponden a partes distintas del fenómeno. El primer grupo da las variaciones de período prolongado; el segundo las de período breve; y el tercero las variaciones accidentales (2).

El estudio de Pareto comprueba: 1) un período de rápido progreso de 1854 a 1872; 2) un período de progreso atenuado de 1873 a 1897; 3) un nuevo período de progreso rápido de 1898 a 1913, que en este último año estaba por terminarse, y presentaba signos manifiestos de regresión. Prescindiendo de guerras eventuales, ajenas a toda previsión, los efectos gravosos de la inminente depresión económica se manifestaban en la ya muy elevada tasa neta de todos los capitales, y en las dificultades crecientes para la colocación de empréstitos públicos, por parte de naciones de primer orden (3).

Por lo que se refiere a la República Argentina, la consideración de los datos originarios permite apreciar y distinguir con facilidad las tres distintas partes ya referidas del fenómeno.

(1) V. PARETO, *Fatti e teorie*, pág. 5, Firenze, 1920.

(2) V. PARETO, *op. cit.*, págs. 16-24.

(3) V. PARETO, *op. cit.*, *ibid.*

En el período 1870-1875 se verifica un descenso persistente del saldo del intercambio con el exterior. en millones de o\$.s. Pero el saldo tiende a crecer de — 19 a — 6. Se trata de una variación de todas luces accidental provocada por la guerra de 1870-1871 y los disturbios de la conmociones internas y de la revolución de 1874.

El bienio 1876-1877 corresponde a una variación cíclica de prosperidad, interrumpida poco después por una variación accidental. El índice crece a 12 y disminuye luego a 6. El período 1879-1881 corresponde a una nueva variación cíclica. El mismo carácter presenta el período siguiente 1882-1890, perturbado inicialmente por la revolución de 1880, esto es, por disturbios interiores. El período 1891-1893 corresponde a los efectos de la gran crisis mundial de 1890, perturbado a poco por la influencia accidental de los disturbios interiores y de la nueva guerra civil (1893). Pacificado el país, en el período siguiente 1895-1890 se advierte una nueva variación cíclica. El índice varía de 25 a 3 en 1897, y crece luego a 27 en 1898, a 68 en 1899, para descender a 42 en 1900.

En el período 1900-1903, los saldos del movimiento comercial crecen de 42 a 54, a 76 y a 90. Superada la crisis de 1900, sobreviene un ciclo de prosperidad reflejado en aquel crecimiento. En 1904 desciende bruscamente a 77. Es una variación accidental. El movimiento de ascenso se reanuda en 1905, llegando a 118. En los años 1906-1907 se advierte una nueva variación accidental: la paralización que ocasionó la revolución de febrero de 1905. A ésta sigue otro rápido movimiento ascensional, y el saldo crece a 93 y 94. Es nuevamente la tendencia creciente de período prolongado. En los años 1910 y 1911 se hacen sentir con intensidad los efectos de la depresión mundial de 1907. El saldo desciende a 10 en 1910, y es negativo e igual a — 63 en 1911.

En 1912 la tendencia de período prolongado se reanuda, y el saldo es de nuevo positivo e igual a 55. En 1913 el país entra en los preliminares de la gran guerra mundial de 1914. El ín-

dice desciende a 23. Estamos en los comienzos de una nueva y grande variación accidental, que afecta de distintas maneras a los países beligerantes y neutrales. La ficticia prosperidad de la guerra se hace sentir en la República, y el índice crece a 80 en 1914, a 276 en 1915, para descender de nuevo a 207 en 1916, y a 170 en 1917, para crecer una vez más a 300 en 1918 y a 375 en 1919.

En 1920 el índice desciende a 109. El cuatrienio 1921-1924 es una variación de período breve. Siéntense de modo intenso en la República los efectos de la gran depresión mundial de 1920 ocasionada por la desmovilización económica que siguió a la Paz de Versalles. El índice fluctúa irregularmente. Desciende a — 79 en 1921; asciende a — 14 en 1922, para descender de nuevo a — 97 en 1923. Es evidente que la fluctuación cíclica se complica en estos años con una variación accidental. Este mismo carácter de variación accidental presenta el brusco ascenso a 182 en 1924. En cambio los años 1925-1926 ofrecen de nuevo el carácter de una variación cíclica de período breve. El índice desciende a — 9 en el primero, y a — 30 en el segundo. Carácter análogo presenta el período siguiente 1927-1928.

Superada, definitivamente al parecer la gran crisis mundial de 1920, la convalecencia monetaria que siguió al restablecimiento del régimen de oro en casi todo el mundo, hacia 1927, suscitó la esperanza de que imponiéndose al cabo el buen sentido, un cordial acercamiento de vencedores y vencidos, conjurase los males a que la Paz de Versalles no había puesto remedio, y fuese como el principio de una era de prosperidad. Eran los días de la ilusión de Locarno (1). En nuestro país el índice asciende a 152 en 1927, y a 218 en 1928. Pero sobreviene la catástrofe de Wall Street y la gran depresión mundial de 1929, que sorprendió a todos. El índice desciende a 92 en 1929, y a — 125 en 1930. Las variaciones del trienio 1931-1934 tienen carácter

(1) L. R. GONDRA, *Estudios de historia y economía*, 2ª serie, pág. 8, Buenos Aires, 1938.

a todas luces accidental. El índice salta a 125 en 1931, a 199 en 1932, y cae a 98 en 1933.

El trienio siguiente 1934-1937 es también una variación accidental. Todo el mundo civilizado se halla en las vísperas de la gran guerra de 1939. Los beligerantes probables presienten la lucha y se preparan para ella, efectuando grandes compras en el exterior. Nuestro índice crece a 145 en 1934 (el año de gran *depuración* hitlerista del 30 de junio), a 174 en 1935, a 238 en 1936, para descender levemente a 232 en 1937. Desde 1938 la gran depresión paretiana de período prolongado se reanuda y acentúa.

Como puede verse, no existen criterios absolutos para separar en las series empíricas la parte constante o regularmente variable, que denotaría la verdadera ley del fenómeno, de la parte irregularmente variable, a través de la cual pueden sospecharse los efectos de causas accidentales (1). Limitar el grado de arbitrariedad de los procedimientos de interpolación, a fin de aproximar las leyes empíricas a las leyes naturales, en esta materia, es cosa que depende de la intuición genial de un operador como Pareto.

(1) R. BENINI, *Statistica metodologica*, pág. 178, Torino, 1906.



## CAPÍTULO III (1)

### El Materialismo Histórico

SUMARIO: 27. Su enunciado. 28. Conceptos ambiguos. Actividad política y actividad jurídica. 29. La ilusión dialéctica. 30. Su error fundamental. 31. Materialismo histórico e interpretación económica. 32. Su influencia en la historiografía. 33. Las fuerzas psicológicas y las correcciones de Marx. 34. El influjo demagógico y la teoría soreliana del *mito*. 35. Los verbos históricos del despojo y de la matanza.

27. Despojada de su imponente apariencia, la concepción materialista de la historia, después de los retoques fundamentales que, según Bernstein, debieron introducirle sus autores, Marx y Engels, se reduce a una papilla filosófica (2). En la producción de la riqueza, los hombres contraen ciertas relaciones necesarias, determinadas, que corresponden a cierto grado de desarrollo de las fuerzas productivas materiales, y cuya totalidad forma la estructura económica de la sociedad: base real, según Marx, sobre la cual se asienta una superestructura jurídica y política. El modo de producción determina, pues, de una manera general, el proceso social, político e intelectual de la vida. Si las fuerzas productivas entran en conflicto con las relaciones de producción existentes, esto es, con las relaciones de propiedad en que hasta entonces se han movido, se origina una revolución social:

(1) Publicado por vez primera en mis *Estudios de Historia y Economía*, Buenos Aires, 1930, obra hoy agotada.

(2) E. BERNSTEIN, *Socialisme théorique et socialdémocrate pratique*, págs. 7-23, París, 1900.

el cambio de la base económica arruina más o menos rápidamente toda la enorme superestructura (1).

Esta construcción doctrinaria, *mito* demagógico destinado, entre otros a provocar la guerra social o *civil* en todo el mundo, contra la presunta tiranía capitalista, es errónea y ha sido desmentida por los hechos de la historia, que se propone *interpretar*. Pero como de vez en cuando la repiten infelizmente algunos comentaristas anacrónicos, es necesario repetir la demostración de sus incoherencias y sofismas.

28. *Modo de producción, producción social de la vida, estructura o base económica*: son conceptos ambiguos, oscuros, que Marx omite definir, y de los cuales nacen los equívocos deslumbrantes que forman la doctrina. Si no se define cuidadosamente el concepto de *actividad económica*, del que son simples corolarios o formas subordinadas, los de *modo de producción, producción social* y *base o estructura económica*, el sofisma, como se verá, se disimula en un simple artificio verbal, ridícula jerigonza hegeliana que a la postre nada dice.

El acto humano es económico en cuanto tiene por objeto la satisfacción de nuestros deseos y necesidades, con el sacrificio mínimo posible; en otros términos, es económico, si se ajusta al que suele llamarse postulado hedónico. En tal supuesto, la actividad jurídica y política es una forma, una variante particular, de la actividad económica. En general, toda la actividad humana es esencialmente económica; lo que no excluye que, desde otro punto de vista, pueda y deba afirmarse el valor moral de la misma. En definitiva, según lo evidenció la demostración aristotélica, el acto económico es el que circunscribe los deseos y satisfacciones normales, esto es, los que aseguran la dignidad de la vida humana, la conservación y propagación de la especie, las buenas costumbres y la convivencia social (2).

(1) K. MARX, *Critique de l'économie politique*, pref., págs. 5-8, C. París, 1899.

(2) Cf. M. PANTALEONI, *Erotemi di economia*, págs. 67 y siguientes, Bari, 1925.

La conveniencia de obtener la satisfacción máxima posible de ciertos deseos y necesidades transforma estos últimos en necesidades públicas o colectivas, definiendo la esfera de la actividad política, vale decir, los límites de la acción del Estado. De idéntica manera, la necesidad de asegurar el orden y la convivencia social define una parte importante de la actividad económica como actividad jurídica (1).

En conclusión, los actos jurídicos y políticos son actos económicos, a los que, por motivos de orden práctico, damos un calificativo especial, y les llamamos *políticos* y *jurídicos*. Por su naturaleza son, sin embargo, esencialmente económicos. De tal suerte, cuando Marx distingue la actividad económica y, más particularmente, productiva, de la actividad política y jurídica, clasifica de un modo empírico, y pone, uno al lado del otro, dos órdenes o categorías de actos económicos, dos formas diferentes de actividad económica. El procedimiento clasificatorio sería científicamente irreprochable, si Marx no pretendiese, además, como lo pretende, que uno de ellos, a saber, la llamada actividad productiva, es, en la dinámica histórico-social, el elemento determinante, y el otro, es decir, la actividad jurídica y política, el elemento determinado. Todo ello, sin tomar en cuenta el absurdo, la exageración monstruosa de otras explicaciones, abandonadas después por el mismo Marx, como lo ha demostrado Bernstein (2), según las cuales la actividad teórica del espíritu, en su forma suprema de pensamiento religioso, y en sus otras manifestaciones, filosóficas y artísticas, sería determinada, en definitiva, por la base o estructura económica.

29. La realidad no verifica la teoría. Antes al contrario, la desmiente según se ha dicho como lo prueban a mayor abundamiento las investigaciones históricas del profesor Mathiez. El propio Sorel, intérprete y conocedor profundo del marxismo,

(1) B. CROCE, *Riduzione della filosofia del diritto alla filosofia dell'economia*, pág. 35 y sigts. Ricciardi, Napoli, 1926. Cf. L. R. Gondra, *Tratado* cap. IX.

(2) ED. BERNSTEIN, *op. cit.*, págs. 18-19.

a pesar de sus esfuerzos, dirigidos a reparar los runbos que, al contacto de la realidad, se iban abriendo en las concepciones de Marx, concluye por admitir el error fundamental del materialismo histórico. «La ilusión dialéctica, dice, consiste en el empeño de ver en los esquemas del marxismo, más que simples resúmenes de una exactitud relativa, la acción de una ley desconocida que gobierna la marcha de la historia. Llegase de tal suerte al determinismo absoluto, y se admite que las fuerzas productivas determinan a los otros elementos de la actividad social; mientras en realidad no hay regla fija ninguna para pasar del pretendido elemento determinante al elemento determinado» (1).

Las juiciosas correcciones de Bernstein, las explicaciones de Sorel — entre ellas, su teoría tan sugestiva del *mito*, imagen de lucha y acción futura, que explicaría los grandes movimientos colectivos de la historia — y, en general, las interpretaciones de Antonio Labriola y Benedetto Croce, no son sino un cúmulo de hipótesis ingeniosísimas, acerca del marxismo, no tal como realmente fué, sino como debiera o pudo ser, en las que se trata más que de investigar la verdad, de ponerlo a cubierto de análisis que muestran por todas partes sus contradicciones e incoherencias (2).

30. El error del materialismo histórico consiste, a mi juicio, en substituir arbitrariamente a un orden de relaciones de dependencia mutua, un orden de relaciones de causalidad. Entre la distintas formas de la actividad económica, o, si se quiere, entre la actividad económica propiamente dicha, por una parte, y la actividad jurídica y política, por la otra, no median solamente relaciones de causalidad, que permitan definir un elemento de-

(1) G. SOREL, *Saggi di critica del marxismo*, pág. 72, Milán, 1906.

(2) Cf. G. SOREL, *op. cit.*, págs. 67-72; ANT. LABRIOLA, *Del materialismo storico*, Roma, 1902; B. CROCE, *Materialismo storico ed economia marxistica*, Milán, 1909. Señalando el fatalismo de la concepción, dice Bernstein, atinadamente, que: «el materialista de la historia es un calvinista sin Dios». BERNSTEIN, *op. cit.*, pág. 8.

terminante (la actividad económica), y otro determinado (la actividad jurídica y política); median también relaciones de dependencia funcional. La actividad económica influye sobre la actividad política y jurídica; y recíprocamente, ésta sobre aquélla (1).

Perturbaciones políticas, que pueden o no reconocer causas económicas, influyen sobre el ordenamiento económico existente, y hasta pueden destruirlo. A su vez, crisis o trasformaciones económicas, cuyas causas la ciencia en gran parte ignora, aunque reconoce que pueden ser y son con frecuencia de orden psicológico, ajenas a la actividad económica, perturban y aun destruyen el ordenamiento jurídico y político existente (2). De una manera semejante, la posición de uno de los platillos de la balanza depende de la posición del otro; y el peso que les hace oscilar puede indistintamente arrojarse sobre el uno o sobre el otro. De donde no se infiere (ni se le ha ocurrido a nadie afirmarlo), que la *causa* de la posición del uno sea la posición del otro.

31. Reducida, pues, a términos razonables, la concepción materialista de la historia viene a decirnos, en definitiva, que, entre los fenómenos económicos, median influencias recíprocas; que la organización económica influye sobre la organización política; que los hechos económicos y políticos han de explicarse concretamente, por medio de otros hechos, pues ni el historiador ni el economista deben perder de vista el intento maquiavélico de investigar la verdad efectual y no la ficción de las cosas; en suma, según suele decirse vulgarmente, que los hechos de la historia social y política tienen *causas* económicas.

La teoría o concepción materialista de la historia, sin embargo, no es precisamente la llamada *interpretación económica de la historia*, sino una variante, una modalidad particular de la misma,

(1) Marx y Engels ignoran la distinción entre *ordo fiendi* y *ordo essendi*; entre relaciones de *interdependencia* y relaciones de *causalidad*. Cf. M. PANTALEONI, *op. cit.* vol. I, pág. 71 y sigs.

(2) V. PARETO, *Cours d'économie politique*, vol. II, § 929. Cf. M. PANTALEONI, *op. cit.* II, págs. 75 y sigs.: *Di alcuni fenomeni di dinamica economica*.

por la que se pretende definir, según se ha dicho, en forma rigurosa, un orden puramente imaginario de causalidad o determinación histórico-económica, a saber: 1º, medios materiales de producción; 2º, modos de producción; 3º, ordenamiento social (jurídico y político).

En su forma vaga de *economismo histórico*, generalmente admitida, aparece más o menos claramente formulada desde los tiempos de Tucídides, por numerosos escritores, filósofos, historiadores, economistas. Antonio Labriola expresaba su justo enojo contra los que confundían la concepción materialista de la historia con las distintas formas de interpretación económica de la historia, o con el materialismo filosófico; y proponía denominarla, para evitar equívocos, *concepción psicológica de la historia*. Croce, por su parte, apuntando la necesidad de verificar en el marxismo ciertos remiendos de economía marginalista, considera el materialismo histórico, apenas como un canon de interpretación, que el investigador debe hallarse listo a dejar de lado en muchos casos (1).

32. Tal vez el único resultado positivo del materialismo, histórico como se ha dicho, haya sido la grande actividad que, en un momento dado, promovió en los estudios históricos, desviando con gran provecho, hacia la historia económico-social, los ojos del investigador, y ensanchando, por consiguiente, la curiosidad histórica. Se realizaron así excelentes estudios históricos: desde luego, los ensayos de Marx, el creador de la doctrina, sobre *La lucha de clases en Francia*, sobre *Revolución y Contrarrevolución en Alemania*, y sobre *El XVIII Brumario de Luis Bonaparte*; y en nuestro días, los trabajos de Salvioli, Barbagallo y Ciccotti en Italia; los de Sombart Werner, Davidshon y Von Poelmann en Alemania; los de Ashley y Rostovtzeff en Inglaterra, y los de Mathiez en Francia.

No debe, sin embargo, exagerarse la importancia del hecho, ni mucho menos, pretenderse que, a no mediar la interpreta-

(1) B. CROCE, *op. cit.*, pág. 115. Cf. págs. 131-144.

ción materialista de la historia, no se habrían escrito las obras referidas. Una vigorosa corriente historiográfica, anterior y ajena por completo a la doctrina, habría sido por sí sola estímulo más que suficiente para despertar en los escritores nombrados la vocación por este género de estudios. Bastaría simplemente recordar, a este propósito, los nombres ilustres de Gibbon, Robertson, Hume, Dickson, Macaulay, Toynbee y Thorold Rogers, en Inglaterra; los de Thierry, Guizot, Dureau de la Malle, Fustel de Coulanges, Taine, Levasseur, D'Avenel y Albert Sorel, en Francia; los de Boeck, Marlo, Stein, Rodbertus, Niebhur, Curtius, Ranke, Meyer, Mommsem, Mardtquart, en Alemania; y los Cuoco, Villari, Pais, De Sanctis y Croce, en Italia. Escritores en cuyas obras, con gran acopio de erudición, se pondera cuidadosamente, según los casos, cada uno de los distintos factores de la actividad histórico-social (el factor económico, entre ellos), y se le atribuye la importancia que, con toda verosimilitud, le corresponde concretamente, sin caer en los errores ni en las exageraciones sectarias de los materialistas de la historia.

33. Un sentimiento de codicia y de ferocidad que, impropriamente, calificamos de económico, pero que con más verdad debiéramos denominar apetito biológico, impulso primario y brutal, se infiltra de vez en cuando en el campo de la actividad jurídica y política; lo invade violentamente; destruye o desnaturaliza unas leyes; inspira otras, que no son sino despojos; motiva violencias judiciales de la peor especie, y hasta concluye por alterar las bases del ordenamiento económico existente. Aquí, son la política y el orden jurídico los que influyen sobre la economía hasta destruir acaso los modos de producción. Las cosas pasan, precisamente, a la inversa de lo que afirman los materialistas de la historia; pero éstos tienen, para todo, lista su explicación. No, dicen: es que los modos de producción se han puesto en pugna o en conflicto con el ordenamiento jurídico existente; la revolución ha estallado, si no toma carácter permanente; le sucede la inevitable expropiación colectiva, la remoción de la propiedad,

como dice el profesor Mathiez, por lo que atañe a la Revolución Francesa, etcétera. Todo lo cual ocurre, naturalmente, cuando los que acometen el robo han obtenido el triunfo sobre los que van a ser robados.

Tocamos así la entraña misma de la concepción materialista de la historia. Según Marx, era una doctrina profundamente revolucionaria, una ley necesaria de la historia o, mejor dicho, de la prehistoria económica del mundo, de la cual se infería la desaparición fatal del capitalismo y de toda lucha de clases; en otros términos, el advenimiento de la verdadera historia económica del mundo, mediante la implantación del colectivismo. Mas para llegar a este desenlace, la necesidad de asegurar el triunfo del colectivismo, mediante la *socialización* de la tierra y de todos los capitales, exigiría por cierto tiempo la *dictadura del proletariado*, en otros términos, un período de infracciones despóticas al derecho de propiedad y a las condiciones burguesas de la propiedad (1).

Como sería fácil demostrarlo, después de la experiencia horrible de la *Commune*, Marx no pensó ya que la dictadura del proletariado, por él entrevista, asumiese los caracteres de una crisis demagógica y de una bestial destrucción de riqueza (2). Antes al contrario, entendía, fuera de toda duda, que el socialismo debía respetar la base material de la economía capitalista, y que no tenía por misión reorganizar el mundo, como lo creían los utopistas, sino que debía simplemente mejorar y desarrollar la herencia recogida (3). Si se levantase hoy de su sepulcro, él, espíritu profundamente humano y culto, volvía de seguro a morir de espanto al verificar los horrores que, por medio de sus teorías, se pretende justificar, y al ver que se llaman dictaduras proletarias o comunistas, a simples crisis de miseria o anarquía social, durante los cuales, por un evento trágico que

(1) CH. ANDLER, *Le manifeste communiste. Introd. histor. et comment.*, II, págs. 159-160, París, 1901.

(2) E. BERNSTEIN, *op. cit.*, pág. 226.

(3) E. BERNSTEIN, *ibid.*



parece como un castigo de Dios, se asegura la prepotencia momentánea de bandas de asesinos, ladrones y prostitutas.

34. Desde los tiempos más remotos, los tiranuelos, los demagogos, y, en general, cuantos usurpan el poder o se mantienen en él, azuzando los apetitos y las más bajas pasiones de las turbas, han recurrido a todo linaje de recursos, para disimular, por medio de circunloquios o eufemismos, los peores delitos del derecho común. En tiempos casi legendarios, Solón dictó una ley llamada *σεραχθεια* (voz griega que significa: descargarse de un fardo), por la que se reducían las deudas o tributos pagados por las gentes del pueblo a los nobles <sup>(1)</sup>. Durante la Edad Media, los príncipes, agobiados por las deudas, imitaron con carácter más general el socorrido procedimiento; y bajo denominaciones iguales o análogas, eximieron totalmente a los deudores, en muchos casos, de la obligación de pagar a sus acreedores <sup>(2)</sup>. Sila, primero, y Octavio, después llamaron *proscriptio* (= anuncio, fijación de cartel, etc.), al asesinato en masa de sus enemigos vencidos. Como es natural, el robo que siguió al asesinato, se consideró como pena de confiscación de bienes <sup>(3)</sup>. Pena que desde entonces han impuesto con frecuencia los revolucionarios triunfantes.

El sistema impositivo feudal era riquísimo en vocablos que disimulaban por una simple sinédoque, procedimientos o formas de despojo. *Pontenage* o peaje de puentes y ríos; *cauciage* o derecho de camino; *pulverage* o polvareda: derecho de levantar polvo con el ganado; *cayage* o *rivage*, o derecho de puerto; *portage* o derecho de acceso a la ciudad; *conduit* o *travers*, que hoy llamaríamos derecho de tránsito; *guiage* o derecho de escolta, derecho importantísimo, en épocas en que los caminos estaban infestados de bandoleros, y era feo, pero frecuente — dice un historiador — que la escolta prefiriese

(1) G. GLOTZ, *Histoire Grecque*, vol. I, pág. 430, París, 1925.

(2) R. MAYR, *Manuale della Storia del commercio*, pág. 122, Milán, 1915.

(3) A. FIGANIOL, *La Conquete romaine*, en *Peuples et Civilisations, Histoire Generale*, vol. III, págs. 334 y 428.

robar a los escoltados; *droit d'aubaine*, que atribuía al señor los bienes del extranjero muerto en tierra de aquél; derechos tan feroces como la *represalia*, el *bris*, el *warech*, el *lagan*, el *epave*, que adjudicaban al señor la propiedad de los barcos que naufragaban en sus costas, o de los carros que, por cualquier accidente, volcaban en sus tierras; eran, en suma, formas de robo disimulado, de que se hacía víctimas a los mercaderes, artesanos y campesinos, y, por principio, a los extranjeros (1). Y aun hay que agregar otros de carácter más general, como la falsificación de la moneda, forma antiquísima de inflación monetaria, que se consideraba como la regalía más importante del señor; y procedimientos como el de *hacer sudar el oro*, en que los señores rivalizaban con los judíos, los lombardos y los cahorsinos, por medio del cual, y a fuerza de frotos repetidos, se rebajaba el peso de monedas de ordinario mal acuñadas (2).

35. A principios de la Edad Moderna, se acusó a la Iglesia de poseer riquezas contrarias al precepto evangélico de la pobreza. La acusación fué precedida por su correspondiente teoría teológica. Porque entonces, observa un historiador, los clérigos eran harto numerosos, y muy pocas las canongías; por lo cual, algunos de los que estaban demás regurgitaban su malestar en discursos revolucionarios. La teoría era falsa por muchos motivos, pero sirvió de pretexto para secularizar los bienes de la Iglesia, en todos los países ganados por la reforma (3).

Durante la Revolución Francesa, la teología ya no estaba de moda entre los demagogos. Empezaba, en cambio, a estarlo la economía política; y se inventó una teoría económica que permitió nacionalizar los bienes del Clero; más tarde, los de los emigrados; y por último, los de los sospechosos, defini-

(1) H. PIGEONNEAU, *Histoire du commerce de la France*, págs. 96-99, París, 1885. Cf. MAYR, *op. cit.*, pág. 121. Cf. F. de CARDENAS, *Ensayo sobre la historia de la propiedad territorial en España*, vol. I, pág. 326 y sigs., donde se consigna una lista de vocablos equivalentes para España. Madrid, 1873.

(2) W. A. SHAW, *Histoire de la monnaie*, pág. 44, París, 1896.

(3) R. MAYR, *op. cit.*, pág. 124.

dos en la ley, como puede suponerse, con holgadísima amplitud. A este propósito nada más ilustrativo que los trabajos históricos del profesor Mathiez (1).

Con teorías económicas y políticas de la misma índole, se pudo mediatizar, en 1803, a centenares de príncipes alemanes, que habían conservado riquísimos dominios y no tenían la fuerza necesaria para ampararlos. Y en nuestros días, otros frailes con las mismas alforjas han inventado nuevas teorías; y así se trata de socializar la tierra, los capitales, los servicios de primera necesidad, etcétera.

Secularizar, nacionalizar, mediatizar y socializar, son, pues, verbos de una común significación histórica: significan escamotear o robar los dineros del prójimo, cuando el prójimo carece de la fuerza necesaria para defenderlos. Es ésta, según parece, para los demagogos, una de las enseñanzas más felices y seguras de la historia.

*Julio de 1928.*

(1) Los eufemismos y las sinédoques del profesor Mathiez son regocijantes: al robo le llama en unos casos *traslación* de la propiedad; en otros, *revolución* de la propiedad, *expropiación*. Cf. *La Révolution Française*, vol. II, passim, vol. III, págs. 147-149.

## CAPÍTULO IV

### La Decadencia y Ruina del Imperio Romano

SUMARIO: 36. Los síntomas, corrupción y decadencia. El testimonio de San Pablo. 37. El Peligro germánico y la expansión de la burocracia. 38. La *anarquía militar* y su verdadero significado. 39. Militarización de la burocracia. 40. La decadencia y ruina del Imperio. 41. Las observaciones de M. Rostovtzeff. 42. La cuestión social y la opresión tributaria. El Cristianismo.

36. En los primeros años del siglo II eran ya visibles para Tácito y sus contemporáneos los síntomas de la decadencia en el Imperio Romano. La moneda de oro y plata se consideraba, si no la única, la principal mercancía del intercambio con el exterior. Plinio estimaba en una suma equivalente a veinte millones de pesos moneda nacional (de 0,2016 oro sellado) la pérdida anual que por tal concepto experimentaba el Imperio. «La gravedad del Senado podía sentirse herida por el hecho de que las riquezas del Estado invertidas en adornos y lujos femeninos pasaban para siempre a manos de pueblos extranjeros y enemigos» (Gibbon).

Bajo un aparente esplendor y magnificencia sentíanse los gérmenes ocultos de la decadencia y de la destrucción. La paz prolongada y la opresiva uniformidad del gobierno introducían por todas partes un tósigo sutil y penetrante. Parecía como si desapareciesen de consuno la llama del genio y el espíritu militar de los latinos.

No quedaba ya sino el recuerdo del valor público que proviene del honor nacional, del amor a la libertad y del hábito del comando. Longino deploraba la depravación de sus contem-

poráneos, y su falta de valentía y de ingenio. «Como se ve—dice — a los niños cuyos miembros han estado por largo tiempo comprimidos quedarse pigmeos, así nuestras almas encadenadas por el prejuicio y la servidumbre son incapaces de sublevarse. No conocerán jamás la verdadera grandeza, tan admirada en los antiguos, que viviendo en los tiempos de la República, escribían con la misma libertad que ponían en sus actos». El Imperio Romano parecía poblado de pigmeos, cuando era cada día más amenazante el peligro de los bárbaros germanos.

La corrupción, el desenfreno y la licencia de las costumbres tenían muy remotos antecedentes. Provenían de los tiempos anteriores a la fundación del Imperio, cuando Cesar atentó por vez primera contra las libertades republicanas, rodeado ya de los peores elementos: matones, caudillejos de las turbas, y nobles partidarios de Sila pero depravados y acribillados de trampas (65 a.C). Entre estos policastros corrompidos eligiéronse los cónsules de aquel año, Publio Autronio Peto y Publio Cornelio Sila, que fueron condenados en juicio y perdieron su cargos antes de llegar a ocuparlos. El mismo César tenía una reputación equívoca. El primer triunvirato fué una conjura demagógica privada, un *coitio*, que Cicerón caracterizó como «una agonía de la libertad» (B. Niese).

Con los sucesores de Augusto empieza la descomposición. Después de Tiberio, un demente como Calígula. Más tarde un depravado como Nerón, cuya prodigalidad arruinó el tesoro imperial, originando las primeras imposiciones opresivas. Después de Marco Aurelio, su hijo y sucesor Cómodo, un vicioso que vivía entre gladiadores. Su frenesí por el juego aumentó a términos intolerables la tara impositiva. Con él empieza la indisciplina y prepotencia de la soldadesca.

El mal ejemplo se propagaba rápidamente a todas las clases. De la corrupción general tenemos, en la primera mitad del siglo I de Cristo, el altísimo testimonio del apóstol San Pablo: las pasiones vergonzosas en hombres y mujeres, los vicios nefandos. (Rom., II, 26-27), fornicarios, adúlteros, afeminados (I, Corint.,

VI, 9-10), idolatrías, hechicerías, lujuria, iras, riñas, discordias, sectas, homicidios, enbriagueses, glotonerías (Gálat., V, 10-20).

37. Bajo los Flavios y los Antoninos, según crecía el peligro germánico, la administración imperial exigía cada vez mayor atención. El único medio de contener la codicia de los *honestiores* fué, a juicio de los emperadores, desarrollar sin tregua la burocracia imperial, que insumía gran parte de los recursos del Estado, además de los de aquella clase.

En tiempos de necesidad el Estado imperial aplicaba la teoría que hoy diríamos totalitaria, de su dominación omnímoda sobre el individuo. «Toda la comunidad antigua, monarquía o ciudad-Estado, exigía de cada uno de sus miembros el sacrificio de sus intereses particulares a los de la comunidad: de aquí el sistema de las *liturgias* que implicaba la prestación personal, y hacía responsables a las clases privilegiadas y ricas, de las obligaciones de las pobres» (M. Rostovtzeff).

La administración de la hacienda pública imponía de modo permanente la responsabilidad pecuniaria de aquellas clases, por las pérdidas que sufriera el Estado. El funcionario encargado de la recaudación debía pagar de su bolsillo esas pérdidas.

Hacíase sentir, mientras tanto, en todas las regiones del vasto imperio, una continua decadencia de las fuerzas vitales. Esa decadencia no puede explicarse, según la profunda estimación de Rostovtzeff, sino «por el predominio de los intereses del Estado sobre los de la población, teoría y práctica inmemoriales que habían contribuído a socavar esencialmente la prosperidad de las monarquías orientales y de las ciudades-estados de Grecia, causa principal de la debilidad de las monarquías helenísticas, predecesoras inmediatas del Imperio Romano».

Los funcionarios gubernativos y municipales de la burocracia imperial obraban con los mismos métodos predatorios de la soldadesca desenfrenada. Los que dependían del emperador le respondían con sus vidas, y los municipales se hallaban bajo la amenaza de la degradación, la ruina y la pena de muerte, si no cumplían las órdenes de los burócratas imperiales.

Las clases superiores de la ciudad, responsables por toda la población de los distritos urbanos, hacían lo posible por salvar los restos de sus fortunas y oprimían a las clases inferiores, agobiadas y expoliadas de tal suerte por toda la jerarquía gubernativa. No es extraño, pues, que la despoblación fuera el síntoma temible de la vida social y económica. La productividad del Imperio fué así disminuyendo con alarmante persistencia.

Los que más padecían en tales condiciones eran los individuos de la que hoy llamaríamos clase media, y los que eran relativamente honrados: perdían sus bienes, eran degradados, y recurrían a la fuga. En todo el país había prófugos de esta clase que vivían ocultos. Sufrían menos, en cambio, los muy ricos y los individuos sin escrúpulos, que poseían medios y astucia para corromper a los funcionarios, y fundaban su prosperidad en la desgracia de sus colegas menos acaudalados. Los *nuevos ricos* surgían como en funesto contraste con la miseria general. Era el cuadro general del Imperio Romano en la segunda mitad del siglo III.

Tal fué entonces la verdadera significación de las guerras civiles. El ejército combatió a las clases pudientes y privilegiadas, y no cesó en su empeño hasta que aquéllas perdieron todo prestigio social, y quedaron postradas e impotentes bajo una soldadesca semibárbara. Desarrollóse así una subversión de todos los valores, cuyos agentes fueron el odio y la envidia de los que querían destruir a una clase privilegiada.

Las clases inferiores, los *humiliores*, en vez de hallarse mejor que antes, cayeron más profundamente en la pobreza y en la miseria. La única diferencia fué que aumentó el número de las víctimas de la miseria y la opresión, y que la antigua civilización del Imperio se desvaneció para siempre.

Fué tremenda la crisis social de aquel siglo. La burguesía urbana que había reemplazado poco a poco a la aristocracia de los ciudadanos romanos y de los órdenes senatorial y ecuestre, fué a su vez asaltada por las masas de los campesinos que formaban la gran mayoría del ejército.

38. Esta profunda transformación se consumó durante el

período de la llamada *anarquía militar* comprendido entre la muerte de Alejandro Severo y la entronización de Diocleciano (235-284 de J. C.). Maximino, sucesor de aquél, empezó, como Hitler en la Alemania nacional-socialista, con el exterminio despiadado de todos sus enemigos, según el testimonio de Herodiano. ¿De qué sirvió — se pregunta éste — el aniquilamiento de los bárbaros (alusión a los éxitos de Maximino en Germania) si en Roma y en las provincias hubo matanzas peores?

En el discurso *Al emperador*, al hablar del entronizamiento de Filipo, se dice: «Aquellos otros iniciaron su reinado con guerras y matanzas, pasando a cuchillo a numerosos funcionarios y causando a otros daños irremediables, de manera que muchas ciudades provinciales quedaron despobladas, muchos terrenos abandonados, y perecieron muchos seres humanos».

Estos métodos de terrorismo no eran nuevos. Habían sido empleados para consolidar el poder imperial, por los emperadores del siglo I de la era cristiana, los cuales a su vez los habían heredado de los cabecillas que habían intervenido en las guerras civiles del siglo I a J. C. Domiciano los resucitó, y Septimio Severo y su dinastía los emplearon sistemáticamente. Lo verdaderamente nuevo fué la ferocidad inaudita del soldado tracio (antecesor lejano, al parecer, del agente o corchete de la Gestapo). El sistema una vez iniciado se prosiguió durante cincuenta años. Las víctimas del terrorismo no fueron ya, como bajo Septimio Severo, las clases más elevadas de la aristocracia imperial y una parte de la aristocracia municipal, sino las clases intelectuales y burguesas en su totalidad.

Como en los tiempos de Septimio Severo, las víctimas fueron substituídas por hombres que, como el emperador mismo, pertenecían a las clases inferiores por lo común simples soldados, promovidos poco antes al orden ecuestre, nuevos ricos que habían apandado su fortuna entre los disturbios pavorosos del saqueo y de la matanza, revestidos de apariencia legal por los edictos imperiales.

Maximino tenía urgente necesidad de dinero. Para lograrlo



extendió el terrorismo a todas las clases ricas y acomodadas, expoliándolas como si perteneciesen a país extranjero conquistado. Dice Herodiano: «todos los días podía verse cómo individuos que ayer contaban entre los más ricos habían sido convertidos en mendigos; tanta era la voracidad del tirano, el cual se amparaba con su continua necesidad de dinero para pagar a los soldados».

39. Diocleciano puso término a la anarquía, pero no fué mejor ni peor que sus antecesores. Militarizó la burocracia, lo cual era tanto como barbarizarla, porque el ejército se componía casi en su totalidad de campesinos procedentes de las regiones menos civilizadas del Imperio. Su política puede definirse como un sistema de terrorismo permanente. La disgregación totalitaria fué, como se ve, consentida o realizada de pleno designio por la pusilanimidad, la codicia insaciable y la ineptitud de los emperadores, a su vez víctimas e instrumentos de los soldados. Los historiadores alemanes de nuestros días, los Dessau, los Kornemann, los Beloch, los Bücher, conocen harto bien y han divulgado esta historia, para uso de los Hitler, los Goering, los Goebbel, y los innumerables soldados procedentes de las regiones más bárbaras de Alemania y Austria.

En el curso de los siglos IV y V acentuóse la tendencia burocrática, el número de los funcionarios y militarización de sus obligaciones. Quedaron aquellos poco a poco reducidos a la condición de agentes gratuitos del Estado, responsables del reparto y recaudación de los impuestos, así como de la ejecución de los trabajos obligatorios y demás prestaciones impuestas a la población urbana.

Por otra parte, la burocracia omnipotente, libre de toda fiscalización, volvíase cada vez más inmoral y corrompida, según aumentaba su ineptitud. Las ganancias ilícitas eran cosa corriente, y resultaba inútil para evitarlas el sistema de espionaje y vigilancia mutua entre los funcionarios. El inmenso enjambre de espías y corchetes hacía más pesada la carga burocrática. Todos a una vivían del soborno y de la venalidad.

Los peores en este sentido eran los agentes secretos, *agentes in rebus*. Su misión, como la de las *checas* y *gestapos* de nuestros días, era la de vigilar la población y el otro enjambre de funcionarios. Y como la posición de los funcionarios gubernativos traía consigo ciertos privilegios, surgió la tendencia de convertir tales cargos en privilegio hereditario de una casta especial.

Con la reforma de la administración se vinculó una nefasta reforma tributaria. A un sistema tradicional, hartamente gravoso de impuestos indirectos, y de impuestos directos tales como el territorial y la capitación, se agregaron las cargas extraordinarias, los pagos forzosos del *aurum coronarium*, y de requisas excepcionales de víveres, materias primeras y objetos manufacturados, que en realidad no eran excepcionales sino corrientes. Tal el servicio de la *annona*, estabilizada en la peor de las formas. Nadie podía saber de antemano lo que tendría que pagar al año siguiente.

Como en todas las edades de la historia, cuando aumenta de modo desmedido la voracidad fiscal, la indigencia de imaginación era el rasgo peculiar de la burocracia, y además el *testimonium paupertatis*. Fué el caso de las presuntas reformas de Diocleciano.

La vida económica continuaba, entretanto, decayendo lentamente. El empobrecimiento progresivo parecía su rasgo más saliente. La piratería y las invasiones de los bárbaros germanos provocaban la decadencia del comercio. Los campesinos, en su extremada pobreza, retornaban a los usos de la economía doméstica, en la que cada familia debía producir cuanto necesitaba.

La reforma tributaria de Diocleciano y los edictos de los que le sucedieron en el mando del Imperio transformaron al colono, ya hereditariamente adscrito a la tierra, en un siervo. La servidumbre llegó a ser el rasgo predominante de la decadencia. Las clases privilegiadas habían desaparecido, pero el Imperio se transformaba en una democracia de esclavos.

40. Desde los tiempos de Gibbon suele tratarse de «la decaden-

cia y ruina del Imperio romano». Del punto de vista social y económico, esa decadencia es como «un retorno paulatino del mundo antiguo a formas muy singulares y al mismo tiempo primitivas y refinadas de la vida económica que solemos reunir bajo la denominación de *economía doméstica*» (Gibbon). Paralelamente observábase un debilitamiento progresivo de las fuerzas de asimilación, que había mostrado en tiempos anteriores la civilización greco-romana. La evolución del mundo antiguo, en los últimos tiempos del Imperio exhibía una como absorción gradual de las clases altas por las inferiores.

Las reformas de Diocleciano y sus continuadores dificultaron o imposibilitaron la actividad económica, pero no impidieron la formación de grandes fortunas; éstas no se debían, sin embargo, como en los tiempos anteriores, al desarrollo de nuevas empresas comerciales, industriales o agrícolas: provenían principalmente del aprovechamiento sagaz de una posición privilegiada que permitía defraudar y explotar al mismo tiempo al Estado y al pueblo. Los funcionarios públicos altos y bajos se hacían ricos por la inmoralidad y el cohecho. Los miembros del orden senatorial, exentos de cargas municipales, invertían su botín en fincas rústicas y utilizaban su influencia, la de su casta (que en este campo era más poderosa que los emperadores y anulaba todas sus buenas intenciones) en desplazar las cargas tributarias sobre las demás clases, en defraudar directamente al Tesoro, y en esclavizar a un número cada vez mayor de trabajadores.

La caída y ruina del Imperio romano, de la civilización antigua en general, ha sido explicada de diversas maneras. Según J. Beloch fué originada por la absorción de las ciudades-estados griegas en el Imperio, que impidió a las fuerzas creadoras de Grecia desarrollar y consolidar las grandes conquistas de la vida civilizada.

E. Kornemann sostiene que la causa principal fué la reducción de las fuerzas militares efectuada por Augusto y mantenida por sus sucesores. Atribuye, pues, importancia preponderante a la

aspecto militar del problema. Vuelve así a la idea anacrónica de que la civilización antigua fué destruída por las invasiones de los bárbaros.

G. Ferrero explica el hecho por el error de Marco Aurelio, que trasmitió el poder a su hijo Cómodo, y no a un hombre elegido por el Senado; quebrantando la autoridad de este cuerpo, en la que reposaba el edificio del Imperio. El asesinato de Cómodo condujo a la usurpación de Septimio Severo, y a la guerra civil del siglo III.

Según W. E. Heitland el mundo antiguo decayó porque fué incapaz de llamar a las masas a participar en el gobierno, restringiendo cada vez más, por el contrario, el número de los que tomaban parte en la vida del Estado, hasta reducirlo en último término al emperador mismo, a su corte y a la burocracia imperial.

Vienen luego las explicaciones económicas de aquella decadencia, dadas por K. Bücher, M. Weber y G. Salvioni, que atribuyen el hecho, en general, al carácter puramente consuntivo de la economía imperial, del capitalismo antiguo, en esto, esencialmente distinto del moderno. Su creación de riqueza era insuficiente, mejor dicho, destruía más que la que creaba.

Según T. Franck el hecho se debió a la contaminación de las razas superiores, debida a la mezcla con sangre de razas inferiores. N. A. Vasilier estima esa degeneración como un proceso común a todas las sociedades humanas. Los mejores no serían exterminados ni contaminados, pero perpetrarían un suicidio sistemático, no reproduciéndose y dejando que los tipos inferiores procrearan libremente (1).

41. Algunos de los reparos opuestos por Rostovtzeff a las explicaciones enunciadas son enteramente inaceptables. Respecto a la de Heitland, dice: «¿Estamos seguros de que el gobierno representativo sea la *causa* de nuestra brillante civilización y

(1) Puede verse el examen crítico del problema, en M. ROSTOVITZEFF, *Historia social y económica del Imperio Romano.*, vol. II, págs. 482 y sigs.

no uno de los *síntomas* de la misma? ¿Tenemos alguna razón para creer que la democracia moderna sea garantía de un progreso continuo e ininterrumpido capaz de impedir la explosión de la guerra civil alimentada por el odio y la envidia?».

No es creíble que Heitland, al dar su explicación de la caída del Imperio, pensara que la democracia es garantía de progreso continuo e ininterrumpido, capaz de impedir la explosión de la guerra civil alimentada por el odio y la envidia. La guerra actual, como la anterior, como todas las grandes guerras mundiales, fueron para la comunidad civilizada, guerras civiles, en parte alimentadas por el odio y la envidia, y esto no puede ignorarlo, no lo ignora ciertamente Heitland.

Por lo demás, la distinción de *causa* y *síntoma* llevaría tal vez a extremos de superficialidad. Hasta para el buen biólogo, un *síndrome* (expresión usada por Rostovtzeff con impropiedad), un conjunto de síntomas es en rigor un cuadro de hechos significativos por su simultaneidad e interdependencia.

El biólogo quedaría no poco perplejo, si alguien le planteara el problema de saber si el síndrome es causa o síntoma. Diría quizás que es un conjunto de síntomas, pero no se preocuparía de averiguar, acaso por imposibilidad de llegar a una conclusión plausible, si se trata de causa o de síntoma.

La causalidad es una condición necesaria del conocimiento, según la estimación kantiana, y en materia histórica, la estimación más o menos plausible de un observador, sea éste contemporáneo de los hechos o historiador. La causalidad del observador contemporáneo puede ser desechada por el historiador, que la substituye, llegado el caso, por la suya propia.

Puede construirse un gran cuadro histórico, poniendo ante los ojos del lector un conjunto de hechos profundamente sugestivos por su simultaneidad e interdependencia. Para que aquel cuadro nos proporcione un conocimiento acabado, no es menester hablar de causas o de síntomas. Con esto nada se agrega al conocimiento histórico.

La explicación de Heitland parece profundamente sugestiva

por la simultaneidad e interdependencia del conjunto de hechos que llamamos comúnmente desarrollo y progreso de la civilización y de la democracia. Esto no importa pretender que la democracia garantice un progreso continuo e ininterrumpido de la civilización. Mas aun desde este punto de vista, la historia enseña, en general, que el despotismo, entendido como negación de toda forma de gobierno representativo, asegurada en las leyes, como perpetuación indefinida de un régimen de fuerza, es incompatible con el desarrollo y progreso de la civilización. Lo es desde luego, porque desencadena fuerzas sociales de resistencia, que concluyen por demolerlo, aunque luego reaparezca bajo distinta forma, como se dijo en el capítulo I.

No hay, por otra parte, un progreso indefinido de la civilización. Toda la actividad humana se desarrolla en forma ondulada. Tal es el sentido que debe atribuirse a esta profunda observación de Pareto: la humanidad ha pasado varias veces, probablemente, por edades medias y renacimientos (1).

Otras observaciones de Rostovtzeff son, en cambio, profundamente aleccionadoras. «Las tentativas violentas de nivelación no han conducido jamás a la elevación de las muchedumbres; no han hecho más que aniquilar a las clases superiores, acelerando así el proceso de barbarización. Pero la pregunta última se alza como un fantasma presente de continuo, y contra el cual ningún exorcismo vale. ¿Es posible extender a las clases inferiores una civilización superior sin degradar el contenido de la misma y sin diluir su calidad hasta desvanecerla por completo? ¿No está condenada toda civilización a decaer, apenas comienza a penetrar en las masas?»

Contestemos, con las enseñanzas de la historia, esta angustiosa pregunta. Las clases superiores son siempre las depositarias y guardadoras de la civilización, y la garantía de su perfeccionamiento. Su corrupción compromete y malogra el caudal de que, por designio de la Providencia, son guardadoras y res-

(1) V. PARETO, *Fatti e teorie*, págs. 245-246. Firenze, 1921.

ponsables. Su ruina y destrucción, la suerte y el castigo que Dios les depara cuando, corroidas por los vicios, que transmiten por el mal ejemplo a todas las otras clases, malogran o abandonan, como quiera que sea, su misión altísima.

Sobrevienen entonces, como la fatalidad del castigo, el dolor y el sufrimiento, la miseria de todas las clases, la convulsión social, la prepotencia de la canalla presidiable, del *vir ambiguae fidei*, que, como el dios Jano, tiene dos caras: la una con que mata, incendia y roba, y la otra con que dice intenta cambiar, por violencia revolucionaria, el ordenamiento de la sociedad; en suma, la crisis pavorosa de la disgregación totalitaria. Que no fué otra cosa la caída de la civilización antigua (1).

42. El Imperio no acertó, pues, a resolver su cuestión social, que era, en substancia, la que planteaba la necesidad de librar a las poblaciones de la insoportable opresión tributaria. Sus habitantes, exasperados, no resistían frecuentemente al invasor bárbaro, porque el yugo de éste era menos pesado que la tiranía de los recaudadores fiscales. El mundo romano de fines del siglo IV respiraba en una atmósfera de inquietud y de miedo: miedo del hambre, de la opresión burocrática, de las invasiones bárbaras, de la magia. En los paganos, miedo de las plagas por las cuales se vengaban los dioses abandonados, según la superstición corriente, y en los cristianos, miedo del fin del mundo que muchos creían próximo.

El Cristianismo trajo para todos en esta inmensa desventura, el consuelo inefable contenido en el mensaje de la Redención,

(1) La versión castellana de la obra de M. Rostovtzeff, que aquí se cita, tiene particular importancia. En ella su autor responde a los críticos de la primera edición inglesa) *The social and economic history of the Roman Empire*, Oxford, 1926). «El motivo principal en que se han basado los críticos para rechazar mi teoría, dice, ha sido la hipótesis de que mi pensamiento se hallaba influenciado por los acontecimientos acaecidos en la Rusia moderna. Sin entrar a discutir este punto, no veo motivo alguno para renunciar a mi explicación, sólo porque me haya o no conducido a ella el estudio de sucesos análogos a acaecidos en el curso posterior de la historia» (versión castellana, vol. II, pág. 421).

que salvó de la catástrofe los restos de la civilización greco-latina. Proclamó la unidad de la raza humana y el principio de igualdad, condenó la esclavitud y la servidumbre y preparó su abolición gradual; reconstituyó la familia elevando la situación moral y civil de la mujer, atenuando el rigor de la patria potestad y reformando el sistema de las sucesiones; creó y generalizó los establecimientos de asistencia social; predicó a los ricos los deberes de la caridad y de la justicia, y a los pobres los del trabajo y la resignación; y a unos y otros la fe y el sacrificio. «Fijáronse sí las bases de una organización mejor de la producción y distribución de la riqueza» (L. Cossa).

#### BIBLIOGRAFIA

- E. GIBBON. *Decadencia y caída del Imperio Romano*, versión italiana, Torino, 1926. M. Rostovtzeff, *The Social and Economic History of the Roman Empire*, Oxford, 1926. M. Rostovtzeff, *Historia Social y Económica del Imperio Romano*, Madrid, 1937. E. Albertini, *L'Empire Romaine*, París, 1929.
- G. FERRERO, *Grandezza e decadenza di Roma*, Milano, 1902-1907. B. Niese, *Manuale di Storia Romana*, Milano, 1910.



## CAPÍTULO V

### El Terror Jacobino

SUMARIO: 43. La revolución del 10 de agosto de 1792. Comunismo y burocracia. 44. El historiador Mathiez y la dictadura terrorista. 45. *El precio político* de la dictadura terrorista. 46. Comunismo y relajación moral. 47. El sofisma de la matanza y del saqueo. 48. Enseñanzas de la revolución inglesa. 49. La rehabilitación histórica de la tiranía robespierrista. 50. El Robespierre de H. Taine. 51. Los resultados durables de la Revolución Francesa. 52. El Terror jacobino y el pueblo francés. 53. El elenco de la canalla terrorista. 54. La reacción del *Terror blanco*. 55. Las dos Francias revolucionarias. 56. Extremistas de la derecha y de la izquierda.

43. La revolución del 10 de agosto de 1792 es asimismo una crisis de disgregación totalitaria. Lo han evidenciado los trabajos históricos de Mathiez. Los hechos que la precedieron, y los que se consumaron durante ella, presentan los mismos caracteres de los que señalaron la decadencia y caída del Imperio Romano.

En las vísperas de la Revolución Francesa se advierte la misma crisis de corrupción y aparente afeminamiento de la clase aristocrática, los mismos vicios y debilidades en muchos de sus individuos más representativos, igual ceguera y ofuscación para medir los tremendos peligros de la convulsión social, ya próxima y prevista por muchos de ellos.

La corte de Versalles poco antes de la revolución celebra y festeja con admirable inconciencia los sarcasmos de *Le mariage de Figaro* de Beaumarchais, escritor extremista, que pone a pública vergüenza y exhibe ante las clases populares irritadas,

los vicios y debilidades de la aristocracia. Y en plena crisis revolucionaria, las complacencias de Luis XVI dejan impunes los graves delitos de que son víctimas los defensores del orden y de la ley, alentando de tal suerte a los cabecillas de la revuelta, demagogos ineptos casi todos ellos, poseídos de un falso y mortal sentimentalismo, izquierdistas aturridos que ofician luego de vulgares entregadores, y acaban por ser víctimas del terror, y elementos reclutados en el hampa, bandidos y asesinos que acuden al rebato mortal, entre el desorden de la anarquía.

Su historiador y apologista, Albert Mathiez, extremista él, sospechado de recibir una subvención del gobierno soviético, que luego patrocina una versión rusa de su *Révolution Française*, secuaz del materialismo histórico y marxista de tres al cuarto, publica infatigablemente una serie de estudios robespierristas, y adquiere renombre internacional con un estudio: *El bolchevismo y el jacobinismo*, en el que prueba que son uno y otro dos hechos históricos de igual significación <sup>(1)</sup>.

Con el decreto del 8 de ventoso, propuesto por Saint Just, el terror jacobino se transformaba en revolución comunista. «Tomaba un carácter imprevisto y grandioso. No se trataba de comprimir momentáneamente por la fuerza a un partido hostil. Tratábase de desposeer para siempre a ese partido, de destruirle sus medios de subsistencia, y de elevar a la vida social, mediante sus despojos, a la clase de los eternos desheredados. Tratábase también como lo había repetido Saint Just después de Robespierre, de prolongar la dictadura revolucionaria, tanto como fuera menester, para fundar de hecho la República por esta inmensa expropiación nueva, y en las almas por medio de las instituciones civiles. El Terror no tenía vergüenza de sí mismo. Se convertía en el rojo crisol donde se elaboraría la democracia futura sobre las ruinas acumuladas del antiguo orden» <sup>(2)</sup>.

Pero esa revolución sólo podía valer y realizarse de verdad,

<sup>(1)</sup> *Scientia*, año XIV, serie II, enero de 1920.

<sup>(2)</sup> A. MATHIEZ. *La Révolution française* vol. III, pág. 149, París, 1927.

según la calidad moral y los antecedentes de los hombres que la tenían entre manos. Y estos hombres fueron los que formaban la burocracia terrorista. El propio Mathiez nos proporciona los elementos de juicio con que podemos estimar aquella calidad moral. «La nueva burocracia terrorista lo invadió todo. El abuso es tan chocante que Dubois-Crancé propone su exclusión de los clubs. Pero su carta, leída en el de los Jacobinos, el 13 de germinal, provoca gran escándalo. Su autor es acto continuo denunciado ante el Comité de Salvación Pública, como indulgente y desorganizador. Los comités, Saint Just particularmente, veían el mal, pero eran prisioneros de los clubs. ¿Qué iba a quedar en éstos si los funcionarios eran expulsados?» (1).

44. Toda la narración de Mathiez responde a una tesis preconcebida: el elogio de Robespierre y de la dictadura terrorista. El terrorismo de Robespierre, inspiración directa y exclusiva de Juan Jacobo Rousseau, es la flor más pura que brotó en medio del fango revolucionario; la dictadura jacobina, «dictature de detresse», según la frase de Hipólito Carnot que Mathiez hace suya y considera de una verdad profunda, fué un despotismo legalizado que debía de prolongarse hasta el restablecimiento de la paz, un recurso extremo y doloroso a que la revolución debió echar mano, para exterminar a todos sus enemigos interiores y exteriores (2). Luego, la dictadura del terror, la obra de Robespierre, el hombre más puro de la revolución, es loable siempre; la de sus adversarios, censurable.

Los personajes revolucionarios, principales o secundarios, son dignos de elogio cuando secundan a Robespierre; de censura cuando le combaten. Todo aquello que destaca la obra de Robespierre debe ser destacado en la narración histórica; lo que de algún modo empaña u oscurece aquella obra, debe ser discretamente velado, disimulado.

Ciertos conceptos, ideas, procedimientos, tácticas de ataque

(1) MATHIEZ, *op. cit.*, vol. III, págs. 166-167.

(2) MATHIEZ, *op. cit.*, vol. III, pág. 17; vol. II, pág. 6; vol. II, pág. 73.

o defensa, son admirables cuando los emplea Robespierre; absurdos o despreciables cuando los emplean sus adversarios. Llevado por la pasión de su entusiasmo, Mathiez cae sin advertirlo, al parecer, en singulares contradicciones.

Robespierre se propuso asegurar la felicidad del género humano, degollando a todos los bribones; en consecuencia, este fin de su política no es, como pudiera creerse, y el mismo Mathiez lo ha dicho al justificar la dictadura, un medio transitorio y de circunstancias, sino un fin inmutable de la política, eterno y siempre actual.

Robespierre es la más perfecta expresión del buen gobierno, del orden, de la convivencia social: el sistema normal, permanente de la administración pública, y de la más acabada gestión de los intereses colectivos.

No sorprende, pues, verle deplorar la cesación del terror, como cosa funesta para el afianzamiento de la democracia, después que la revolución había triunfado de todos sus enemigos interiores y exteriores, y atribuir a la jornada del 9 de termidor, la prolongación de la guerra exterior, y el haber precipitado a Francia en una política de conquista, que habría de concitarle el odio de los pueblos (1).

Era necesario, según parece, continuar guillotinando sin tregua, y aplicando aquella horrible ley del 22 de pradiar, que suprimía todos los trámites de la defensa en juicio, para apresurar la libertad de los inocentes y el castigo de los bribones, para instaurar en Francia el reinado de la virtud, y en el mundo la fraternidad de todos los pueblos.

Mathiez se empeña en demostrar la sagacidad, el talento político de que dió pruebas Robespierre, y en ponderar con prolijidad continua la rectitud de su conducta como caudillo. También los jefes de bandidos dan a su manera pruebas de rectitud, al distribuir entre los miembros de la banda el producto del salteo, y hasta de cierta habilidad política en el gobierno de

(1) MATHIEZ, *op. cit.*, vol. III, .pág. 192.

aquella, como lo prueban las historias tan resobadas de filibusteros y piratas. De donde no se infiere que sea loable poner el gobierno del Estado en manos de piratas y filibusteros, ni que las crisis de anarquía social, durante las cuales el gobierno cae a veces en manos de filibusteros y piratas, sean acontecimientos gloriosos y edificantes.

45. Toda transformación social o política, cualesquiera sean su extensión y profundidad, como en general la satisfacción de necesidades colectivas, tiene un costo que, por influjo demagógico y burocrático, puede resultar extremadamente gravoso para la colectividad, en los países de bajo nivel de cultura y de reciente o escasa experiencia constitucional <sup>(1)</sup>.

Ese costo es un verdadero *precio político*, un precio parasitario, que puede comportar ingentes destrucciones de vidas humanas y de capitales. Tal es, en 1793, el caso de la Francia terrorista, y en nuestros días, como se dirá, el de la Rusia bolchevista. Jacobinismo y bolchevismo son fenómenos sociales análogos; crisis de miseria y anarquía social, originadas, en uno y en otro caso, por múltiples circunstancias.

Las medidas extremas a que se recurre en tales eventualidades, el desorden, la rapiña, la confiscación de bienes, la titulada expropiación de enemigos o presuntos traidores, no son manifestaciones de colectivismo o comunismo, como no lo fueron las que señalaron la caída y ruina del Imperio Romano.

Son simples formas de pillaje, propias del desorden pavoroso de la anarquía social, comparables al rebato diabólico de los salvavidas y de los últimos víveres, en el barco que se hunde falto de toda autoridad; exageraciones o deformaciones monstruosas de fenómenos corrientes, normales en cierta medida.

El impuesto es el precio político por definición. Sólo puede subsistir, viviendo de un sistema de precios económicos, res-

<sup>(1)</sup> Téngase presente lo dicho en el capítulo I. Cf. L. R. GONDRA, *Tratado de Economía política, curso general, parte II, cap. IX.*

pecto a los cuales es un precio parasitario (1). Pero se pasa por grados desde el impuesto mínimo, conveniente, socialmente útil, esto es, desde el parásito benéfico que cuida y defiende al organismo-huésped, hasta el impuesto confiscatorio, en otros términos, hasta el parásito voraz especie de *anquilostoma duodenale*, que aniquila por anemia al organismo huésped. La patente moderada, la contribución inmobiliaria, el impuesto al consumo que no excede cierto límite, son formas moderadas del impuesto, impuestos socialmente provechosos a la colectividad, que los soporta y alimenta, mediante un vasto sistema de precios económicos. Se da un paso adelante por la vía demagógica, con el impuesto a la renta, justificable en general como recurso de emergencia, pero voraz y destructor de riqueza como impuesto permanente. Mas aun respecto al impuesto a la renta, pueden darse muchos grados, desde el mínimo fijado en países orgánicos como Inglaterra, por motivos de verdadera conveniencia colectiva, hasta el progresivo, que confisca, en provecho de una vistosa y numerosísima clase demagógica, cuotas exorbitantes del rédito nacional; y hasta el que, con igual fin, confisca totalmente dicho rédito, es decir, *socializa* el capital. Coincidencia singularísima: todas las tituladas dictaduras del terror, han tenido por efecto inmediato, un crecimiento elefantíaco de la burocracia y de la demagogia (2).

Dice Gaxotte, bosquejando de mano maestra la semblanza de Robespierre: «Impregnado de Rousseau, endurecido en la doctrina del contrato social, trabajado por seis años de repetición en el manejo de las maquinaciones, comprendió, sintió, adivinó que la ley de los movimientos revolucionarios es: *no tener enemigo a la izquierda*» (3).

Después de los extremos demagógicos que acaban de rese-

(1) L. R. GONDRA, *ibid.* Cf. M. PANTALEONI, *Considerazioni sulle proprietà di un sistema di prezzi politici*, en *Fine provvisoria di un'epopea*, del mismo, págs. 8 y sigs. Bari, 1919.

(2) Como lo reconoce el propio MATHIEZ, *op. cit.* III, págs. 166-167.

(3) P. GAXOTTE, *La Revolution Française*, pág. 360, París, 1928.

ñarse, cabe, pues, una pregunta: ¿Se concibe, todavía más a la izquierda de la simple socialización, otro enemigo capaz de proponer una medida más radical aun? Parece imposible; y, sin embargo, ese enemigo existe: el que propone degollar a la mitad del género humano, exterminar a una clase social entera, como propuso Saint Just, inspirado por Robespierre, según Mathiez, para asegurar una cuota mayor a los sobrevivientes, en la redistribución (1). Tal fué asimismo el caso de Lenin. Tiene razón evidentemente, el profesor Mathiez: jacobinismo y bolchevismo son dos fenómenos iguales.

46. En los tiempos vulgarmente llamados de revolución, en las vísperas o en las postrimerías de las grandes perturbaciones, el germen de las ideas nuevas debilita los sentimientos morales de muchos individuos pertenecientes a la clase gobernante. Se realiza de tal manera una obra de relajación, que contribuye a veces a destruir o debilitar los frenos del influjo conservador; se da entonces a las fuerzas de renovación una preponderancia y un ascendiente peligrosísimos; y, en definitiva, se aflojan o dejan de funcionar los mecanismos de la sanción legal.

Al empezar los disturbios de la revuelta, el gobierno real tolera y hasta consagra como glorias nacionales, las primeras violencias de la canalla presidiable, el asalto a la Bastilla, el asesinato alevoso de su gobernador de Launay, de Flesselles, de Foulon, de su yerno Bertier. Se consuman los peores excesos; se compromete gravemente el principio de autoridad; y el gobierno permanece impasible. Las turbas conducen en triunfo, enastadas en picas, las cabezas de los dos últimos; y, al encontrarse, las golpean, una contra otra, entre risotadas torpes y apretujones. La incapacidad gubernativa, entretanto, ilusionada por el espejismo de las esperanzas más insensatas, poseída de un miedo demagógico cerval, de un falso espíritu de renovación, y de una estúpida gazmoñería humanitaria, pre-

(1) MATHIEZ, *op. cit.*, III, págs. 147-149.

fiere comprometer el principio del orden y del respeto a la ley, a derramar la sangre de unos cuantos sediciosos (1).

Dice Mathiez: «La dictadura de un partido o de una clase no se establece a menudo sino por la fuerza, y esto es una necesidad en tiempo de guerra. El gobierno revolucionario tuvo como acompañamiento fatal el Terror» (2). Sofisma revolucionario, que consiste en provocar el incendio, para justificar después la necesidad de apagarlo a todo trance. Nadie discute la necesidad de la dictadura impuesta en tiempo de guerra. En los buenos tiempos, cuando el virus marxista no se había infiltrado aún en ciertos ambientes intelectuales, decíase llanamente «imperio de la ley marcial» o «ley de la necesidad». Pero la dictadura de guerra es cosa muy distinta de la dictadura impuesta por la violencia demagógica, consecuencia del desorden, de la debilidad, de la torpeza o incapacidad para manejar los resortes del gobierno, y hasta de la complicidad con la canalla presidiable, que pesca en río revuelto, y aprovecha el lance revolucionario, para cometer todo género de fechorías: dictadura de literatos y de oradores de club, decía con expresión enérgica, treinta años hace, el ilustre socialista alemán Ed. Bernstein, haciendo ya entonces el voto realmente profético de que los obreros no tuviesen que experimentar en carne propia — trágico y señalado destino de la Rusia bolchevista — la diferencia entre la opresión burguesa, y la opresión dictatorial de los literatos y los oradores de club (3).

47. Porque algunas revoluciones fueron acompañadas de robos y asesinatos, se infiere que los robos y los asesinatos son condiciones necesarias de toda revolución, y que, por consiguiente, cuando aquéllos se cometen, con motivo de revoluciones, cubiertos por el sarcasmo de formas aparentemente legales, son actos lícitos y hasta loables. El buen sentido repudia esta con-

(1) P. THUREAU-DANGIN, *Royalistes et républicains*, págs. 402-403, París, 1888.

(2) A. MATHIEZ, *op. cit.*, vol. III, pág. 77.

(3) ED. BERNSTEIN, *op. cit.*, págs. 297-298.



cepción histórica, que, por otra parte, halla condigna sanción en una jurisprudencia universal: los delitos políticos no excusan la responsabilidad de los delitos comunes. A este propósito, el criterio histórico, no difiere ni debe diferir del criterio judicial. El historiador explica los hechos, pone ante nuestros ojos el dolor, el sufrimiento de las generaciones pasadas, los errores y los crímenes de que tal vez fueron efecto, sin detenerse ante la vana apariencia de las formas legales; pero no puede justificar moralmente a los asesinos ni a sus inspiradores.

La historia escrita sinceramente, sin prejuicios sectarios, como lo es en buena parte la de Mathiez, en particular cuando no se trata de su héroe predilecto, condena el criterio con el que se pretende, mediante argucias curialescas, justificar y ensalzar a delincuentes, so color de necesidad histórica. Así Mathiez condena justamente a Danton, en muchos casos, recalca su responsabilidad en los degüellos de septiembre, sus relaciones clandestinas con la corte, sus condescendencias inexplicables con ciertos aristócratas y emigrados, sus incoherencias harto sospechosas en materia de política interior y exterior, mostrándolo en suma como un vulgar agente provocador (1).

Es falso, históricamente, por otra parte, que las revoluciones profundas hayan ido siempre, como de necesidad, acompañadas de violencias y de crímenes. Durante la primera mitad del siglo XIX, Austria, Prusia, Italia y España experimentaron transformaciones profundas de su ordenamiento social, que hicieron desaparecer totalmente servidumbres y privilegios antiquísimos y trajeron por consecuencia el establecimiento de la igualdad social; y esas transformaciones no fueron manchadas por asesinatos en masa, ni por salteos comunistas. Hubo en ellas, seguramente, un mínimo de violencia, ocasionado a la comisión de delitos comunes; mas, como quiera que fuese, a nadie se le ha ocurrido (que yo sepa), justificar asesinatos ni robos, tal

(1) A. MATHIEZ, *Danton et la paix*, passim, París, 1919.

vez, porque éstos no asumieron, como en el caso de la Revolución Francesa, los caracteres de un cataclismo de delincuencia.

48. En lo tocante a Inglaterra, casi resulta ocioso recordar su historia, para patentizar el sofisma revolucionario. La que sus historiadores denominan «industrial revolution», transformó profundamente su estructura social, económica y política (1). El país poderosamente industrial y comercial, colmado de población, de ciudades cuyos habitantes se contaban por centenas de miles, sembrado de fábricas que le daban el aspecto de una usina inmensa: en síntesis, el país que, como suele decirse, ha sido la cuna del capitalismo y que, a mediados del siglo XIX, disfrutaba ya de la preponderancia mundial, económica y financiera, no conservaba ya sino las trazas de la «old England» aristocrática y principalmente agrícola y rural de 1750. Y esa revolución industrial fué una verdadera revolución, el ideal de la revolución *permanente*, que soñó Marx, en los últimos años de su vida, aleccionado por la experiencia dolorosa de la *Commune* (2), consumada casi pacíficamente, con una destrucción mínima de vidas humanas y de riqueza, con un costo ínfimo de transformación. Cierto es que se vió matizada por intensas agitaciones políticas y sociales, por «meetings» monstruos, por revueltas obreras y paros industriales gigantescos; pero el orden social se mantuvo con mano férrea; los delitos comunes se castigaron inexorablemente, y el principio de autoridad fué mantenido intacto.

Mientras en Francia, por efecto de circunstancias particulares, el orden social y el principio de autoridad se hundían en medio de una orgía frenética de sangre, y la clase gobernante sólo daba pruebas de incapacidad y descomposición, en Inglaterra, el peligro de la demagogia jacobina provocaba una reacción nacional, de la que participaban todas las clases sociales;

(1) A. TOYNBEE, *Lectures on industrial revolution of the eighteenth century in England*, págs. 64 y sigs. New York, 1920.

(2) CH. ANDLER, *op. cit.*, II, pág. 136.

y William Pitt, en el apogeo de su gloria, al exponer ante el Parlamento, en febrero de 1792, el último de sus presupuestos de paz, pronunciaba estas palabras memorables: «Es la unión de la libertad con la ley, la que, al elevar una barrera igualmente poderosa contra los abusos del poder y la violencia de las conmociones populares, asegura a la propiedad, la seguridad que ha menester, auxilia las necesidades del genio y del trabajo, fortifica el crédito, le permite extenderse, favorece la circulación y el incremento del capital... El amor a la Constitución, bien que exista en todos los corazones ingleses como una especie de instinto natural, se ve, sin embargo, fortificado por la razón y la reflexión, y diariamente confirmado por la experiencia» (1).

El materialismo histórico, no puede explicar con la miseria de sus artificios dialécticos y la mezquindad de sus interpretaciones económicas, este magnífico ejemplo de vigor espiritual, y esta superioridad de su aristocracia gobernante, que, sin miras estrechas, sin prejuicios de casta, supo alimentarse constantemente de la savia nacional y renovarse por ella, defendiendo sin desfallecimientos, contra toda insidia demagógica, la ley primordial de la civilización, la ley del cambio gradual de las instituciones. Por algo el partido conservador ha tenido en muchas ocasiones la iniciativa de las reformas más radicales; y el laborismo, fenómeno político peculiar de Inglaterra, se ha mantenido enteramente impermeable a todas las filtraciones del sectarismo extremista.

49. Mathiez pretende rehabilitar a Robespierre mediante nuevos documentos extraídos de los archivos y nuevas interpretaciones de los que ya se conocen. El procedimiento es muy socorrido: se substituye, a la crítica de la prueba histórica, la de la prueba judicial y no se admite como demostrado sino lo que consta formalmente en documentos. Los indicios, las conjeturas, las tradiciones, por respetables que sean, valen si son favorables

(1) M. E. SAYOUS, *L'Angleterre de 1749 a 1799*, en LAVISSE-RAMBAUD *Histoire Générale*, vol. VIII, pág. 649.

a lo que conviene y se trata de probar; no valen si son desfavorables. Ese procedimiento fué utilizado entre nosotros, como es notorio, para demostrar que Rosas había sido uno de los mayores estadistas de nuestra historia, el organizador de la Confederación Argentina, el defensor de la independencia sudamericana; y que Artigas, Francisco Solano López y demás ejemplares de la fauna demagógica del Nuevo Mundo, fueron también estadistas eminentes y defensores o protectores abnegados de varios pueblos. «Con documentos, dijo entonces el doctor Lucio Vicente López, se ha tratado de rehabilitar a Rosas... El criterio histórico que se funda sobre un documento, sobre mil documentos, cuando el espíritu crítico no se levanta más allá de la superficie impalpable de los caracteres, es un criterio estrecho» (1).

El caso de Robespierre es peor aún que el de Rosas. El documento, los mil documentos, son la obra del mismo Robespierre, que hace incesantemente, con prolijidad infatigable, su propia apología; y el profesor Mathiez los admite casi siempre como verdad histórica indiscutible. Entre nosotros, fuera de Saldías, que dió en larga lista la nómina de todos los afiliados ilustres a la Sociedad Popular Restauradora de la Mazorca, nadie ha pretendido que ésta no fuese otra cosa que una banda de forajidos, encargada de dar satisfacción a los odios de la turba, y de asesinar y robar a salvajes unitarios, por órdenes o insinuaciones del tirano, como quiera que muchas veces, éste llo-rase sobre sus víctimas abundantes lágrimas de cocodrilo.

El Club de los Jacobinos y el Club de los Franciscanos, fueron en Francia lo que la Mazorca entre nosotros: bandas de forajidos, de sectarios, de canallas cuya corrupción ha demostrado el propio Mathiez, y de pusilánimes despreciables, que delataban y mataban, para defender, azogados de espanto, la propia vida; ideólogos feroces de la guillotina, que señalaban a sus enemigos y los entregaban al furor de las venganzas revolucionarias, con citas de Juan Jacobo, y discursos escritos en

(1) V. F. LÓPEZ, *Historia de la República Argentina*, vol. IV, pág. 452.

estilo gerundiano, grotescos, enfáticos, que moverían a risa, si no produjesen un estremecimiento de horror y de repulsión. cuando Fouché y Collot d'Herbois ametrallan a los lioneses, un terrorista escribe a un amigo: «De qué delicias hubieras disfrutado, si hubieses visto anteayer este ajusticiamiento nacional de 209 bandidos... Qué espectáculo digno de la libertad... ça ira» (1). La carta termina con recuerdos a Robespierre. Nuestros mazorqueros, demasiado incultos, tenían por lo menos la excusa de su barbarie y de su ignorancia: degollaban por la nuca, sin desahogos retóricos, ni citas de Rousseau, que no habían leído.

Intentar con documentos la demostración de que el Robespierre de Taine es falso, contrario a la verdad histórica, es tarea semejante a la que se impuso Aulard respecto a Danton, y tan quimérica, como la de probar con documentos que es falso, por ejemplo, el Carlos V del Ticiano, o la de pretender, de un modo análogo, que son falsos los retratos históricos de López. Se podrán acumular cuantas pruebas documentales se quieran; no se podrá, sin embargo, destruir con ellas la impresión personal de un artista de genio sobre el modelo que interpreta, o la que una tradición casi contemporánea y auténtica inspiró a la intuición admirable de un historiador como López. Para la posteridad, Robespierre, Danton y Marat serán tales como los retrató Taine, pese a los esfuerzos de Aulard y de Mathiez.

50. Vale la pena, pues, recordar el retrato del incorruptible. Ningún espíritu, por su mediocridad y su insuficiencia, se ha descubierto tan conforme al espíritu de su época; a la inversa del hombre de Estado, Robespierre flota en el vacío, entre abstracciones, encaramado siempre en los principios, incapaz de descender de ellos... Las vagas generalidades de su predicación no conducen de ordinario a ninguna medida, a ningún proyecto

(1) L. MADELIN, *La Révolution*, pág. 326, 10ª edición Cf. en H. TAINÉ, *Les origines de la France contemporaine*, vol. III, pp. 286-287, el detalle horripilante de los chistes que gastaban los terroristas.

de ley. Todo lo combatía, nada proponía; y el secreto de su política se acordaba felizmente con la impotencia de su espíritu y la nulidad de sus concepciones legislativas. En materia de hacienda y de arte militar, nada sabe y a nada se aventura, salvo para denigrar o calumniar a Carnot y Cambon, que saben y se arriesgan. . . De la filosofía agotada, no conserva más que el residuo muerto de las fórmulas aprendidas, las fórmulas de Rousseau, de Mably, de Raynal, sobre el pueblo, la naturaleza, la razón, la libertad, los tiranos, los facciosos, la virtud, la moral. . . Sus escritos y discursos no son sino ringleras de sentencias abstractas y vagas. . . Junto a él los otros jacobinos hablan también la jerga de la escuela; pero nadie la espeta tan larga y complacientemente como él. . . Entonces preguntase uno con estupor qué ha dicho y por qué habla: la respuesta es que no ha dicho nada y que habla por hablar, como sectario ante sectarios. Ni el predicador ni su auditorio se fatigarán jamás de ver cómo gira la manivela de los dogmas. Tanto mejor si la manivela está vacía: cuanto más vacía, tanto más fácil y velozmente gira. Harto peor, si en la palabra vacía introduce el sentido contrario: lo que él entiende por esas grandes palabras «justicia», «humanidad», son achuras de cabezas.

Su primera pasión, su pasión primordial es la vanidad literaria. Jamás un jefe de partido, secta o gobierno, fué, hasta en el momento decisivo, tan incurablemente retórico y mal retórico, acompasado, enfático y chabacano. . . El contraste de su papel y su talento es harto fuerte. Con talento tan mezquino y tan falso como el suyo, ningún empleo le convenía menos que el de gobernar a los hombres. Tenía otro, sin embargo, señalado de antemano, y al que se hubiese atendido en una sociedad tranquila. Suprimase la revolución, y probablemente Marat hubiese terminado en un manicomio; Danton habría llegado muy probablemente a filibustero del foro (vulgo: ave negra), malandrín o matón en algún asunto equívoco, finalmente enriquecido, y tal vez ahorcado. Por el contrario, Robespierre habría continuado como empezó: curial, aplicado, laborioso y considerado,

miembro de la Academia de Arras, laureado de concurso, autor de elogios literarios, de ensayos morales, de folletos filosóficos... Huérfano, pobre, protegido de su obispo, con una beca de favor en el colegio de Luis el Grande, pasante después con Brissot en la curia revolucionaria, fracasado por último en su triste calle de los Rapporteurs, sobre legajos de argucia, en compañía de una áspera hermana, tomó por maestro de filosofía, política y estilo a Rousseau, que vió una vez y estudia sin cesar... En la Asamblea Nacional, eclipsado por talentos grandes y espontáneos, permaneció durante largo tiempo en la oscuridad, y más de una vez, por insistencia o falta de tacto, pareció ridículo. En una ocasión, a propósito de los decretos del Consejo: «Nos es menester, dijo, una forma noble y amplia que anuncie el derecho nacional y lleve al corazón de los pueblos el respeto a la ley; en consecuencia, en los decretos promulgados, después de las palabras: Luis por gracia de Dios, etc., debe insertarse: pueblos he aquí la ley que se os impone: ¡que esta ley sea inviolable y santa para todos!» En el acto, un diputado gascón se levanta y, con su acento meridional: «Señores, dice, esta fórmula nada vale; no necesitamos cánticos». Risa universal; Robespierre calla y sangra interiormente; dos o tres veces una malaventura semejante desuella a un hombre como él de pies a cabeza.

Su necedad no le parece una necedad: jamás un pedante cogido y silbado en flagrante delito de pedantería confesará haber merecido la rechifla; por el contrario, convencido de haber hablado como legislador, moralista o filósofo, dirá: tanto peor para las inteligencias limitadas o los corazones secos que no me han comprendido. *Irreprochable*: he ahí la palabra que, desde su primera juventud, una voz interior le repite por lo bajo, para consolarlo de su oscuridad y de su espera. Lo ha sido, lo es y lo será; se lo dice a sí mismo y lo dice a los otros. Al cerrarse la Constituyente, el pueblo le aclama en la calle; se le pone sobre la cabeza una corona de hojas de roble; se pretende arrastrar el carruaje que le devuelve triunfalmente a la calle Saint-Honoré,

a casa de Duplay el ebanista, donde mora. Allí, en una de esas familias de la burguesía ínfima, entre almas noveles, a las cuales subyugan las ideas generales y las retahilas oratorias, encuentra adoradores. Allí se beben sus palabras, y se tiene de él la opinión que él mismo ha formado de su propia persona... es el sabio, el infalible, el gran patriota. Mañana y tarde formula sus oráculos, respira una nube de incienso; es como un dios casero. Para llegar hasta él los creyentes forman cola en el patio. Admitidos uno a uno en el salón, contemplan con recogimiento sus retratos al lápiz, a la acuarela, sus bustillos de pastelina y terracota; luego, a una señal de su mano, entrevista por una puerta de vidriera, penetran en el santuario en donde reina, en el gabinete reservado, en el que su busto principal, ornado de versos y divisas, le reemplaza cuando se halla ausente.

A medida que los rayos de la revolución menudean sobre las otras cabezas, Robespierre sube más alto en la gloria de su apoteosis. A sus propios ojos, es, como Marat, un hombre perseguido, y como Marat, un mártir, pero en actitud más sabia y más digna, con el aire resignado y como estático de una víctima pura que sufre y asciende al cielo, legando a los hombres el recuerdo imperecedero de sus virtudes. «Suscito contra mí — dice — todas las vanidades; aguzo mil puñales; me consagro a todos los odios... El cielo me llama a trazar con mi sangre la ruta que debe conducir a mi país hacia la felicidad y la libertad. Acepto con transportes de alegría este dulce y glorioso destino». Como Marat, no ve alrededor suyo sino perversos, intrigantes y traidores; pero es un Marat decente, inquieto, tímido de temperamento. A lo que él dice, nada tuvo que ver con los degüellos de septiembre. Es harto escrupuloso para ordenar ningún acto ilegal: cosa propia de los Dantones y los Marats, hombres de cerebro ardiente y moral relajada. ¡Dictador él! Pero si no es más que uno entre los setecientos diputados, y su autoridad, si alguna tiene, no es sino el ascendiente legítimo de la razón y de la virtud. ¡Asesino él! Pero si él no ha hecho sino denunciar a los conspiradores ante la Convención, y ésta les



ha hecho comparecer ante el Tribunal revolucionario. ¡Terrorista él! Pero si él quiere simplificar el procedimiento, es para apresurar la libertad de los inocentes, el castigo de los culpables y la depuración definitiva, que pondrá para siempre jamás la libertad y las buenas costumbres a la orden del día.

Cuando la naturaleza y la historia — concluye Taine — se conciertan para componer un personaje, lo consiguen mejor que la imaginación humana. Ni Molière en su *Tartufo*, ni Shakespeare en su *Ricardo III* se han atrevido a sacar a escena al hipócrita convencido de su autoridad, ni al Caín que se cree Abel (1). Tal, en estos rasgos, que parecen los de un retrato de Van Dyck, el héroe predilecto del profesor Mathiez.

51. Para mejor ilustración del asunto, recordemos los principales acontecimientos de la cronología revolucionaria. Suele dividirse la historia de la revolución en cuatro períodos: 1) La *Asamblea Constituyente* (5 de mayo de 1789-10 de septiembre de 1791); 2) La *Asamblea Legislativa* (1° de octubre de 1791-20 de septiembre de 1792); 3) La *Convención* (21 de septiembre de 1792-26 de octubre de 1795); 4) El *Directorio* (27 de octubre de 1795-9 de noviembre de 1799). La separación de períodos es en general arbitraria, y depende del criterio del historiador y del objetivo cuya realización persigue. Creo, por mi parte, que sería más lógico y más significativo, aislar en el período de la Convención, la *dictadura jacobina* (10 de agosto de 1792-27 de julio de 1794) conservando una denominación muy expresiva de Taine, de la *crisis termidoriana*, período que arranca de la muerte de Robespierre y se prolonga hasta el 18 brumario.

Los resultados esenciales de la revolución, a saber, la desaparición del antiguo régimen, y el establecimiento de la igualdad política y social que no nivela irracionalmente a todos los hombres, pero que les acuerda derechos civiles y políticos proporcionados a su capacidad, garantizando a todos por igual el libre acceso al bienestar y a la cultura, estaban ya totalmente

(1) H. TAINE, *op. cit.*, vol. III, págs. 187 y sigts.

realizados al cerrarse la Asamblea Constituyente. Durante la Legislativa, la incapacidad y la obcecación de Luis XVI y de María Antonieta, el desenfreno demagógico y las rencillas y divisiones profundas que trabajaban a las clases gobernantes — síntoma indudable de su descomposición — trajeron por consecuencia el derrumbamiento del trono, la anarquía social, y la prepotencia momentánea de la canalla, que Mathiez, como tantos otros, decora con el eufemismo: *dictadura del terror*.

Hay en la narración el profesor Mathiez una desproporción manifiesta. Dedicó tres volúmenes en 8° menor, de 220 páginas cada uno, poco más o menos, a la historia de los cinco años que transcurren desde la reunión de los Estados Generales hasta la muerte de Robespierre; pero, mientras la historia de los tres primeros años, esto es, la historia de la verdadera revolución, de la que transformó profundamente la estructura social de Francia, cabe en el primer volumen, la de la falsa revolución, la de la crisis de anarquía social, llena íntegramente los otros dos. La Constitución de 1791 definió la Francia moderna, pero exteriorizó una política de clase. La revolución auténtica, la que dió a Francia un régimen democrático de verdad, fué la que triunfó el 10 de agosto de 1792, y se consumó definitivamente durante la dictadura del terror, por obra de Robespierre: el intento apologético, el prejuicio sectario que forma como la trama de toda la obra, trasciende de casi todas sus páginas. Toda ella, por otra parte, aparece como infestada por la maleza de las abstracciones. El pueblo, la nación, la aristocracia, la burguesía, las clases populares, los *sans-culottes*, y hasta los consumidores, categoría particular, según el profesor Mathiez, dejan de ser abstracciones, simples ficciones conceptuales de la ciencia política y de la ciencia jurídica, y se trastruecan en seres de carne y hueso, con pasiones, apetitos, aspiraciones; capaces de realizar actos dignos de censura y elogio, y de cometer crímenes, que luego se velan discretamente, por medio de los eufemismos consabidos.

El pueblo de París hizo.ésto y aquéello, la ira, la indignación

del pueblo de París, la venganza nacional, etcétera: como, si en un concurso de tiro, los maniqués o monigotes de los blancos cobrasen vida súbitamente, y se pusiesen a combatir contra los tiradores, las ficciones y los fantasmas de la ciencia social se transforman en seres históricos, realizan actos, ordenan, matan, roban, dan instrucciones a sus agentes, y cargan en definitiva con la culpa de los crímenes. Procedimiento muy socorrido para excusar la responsabilidad de los verdaderos delincuentes. De un modo análogo, el alcalde del cuento, al aplicar a su mujer una formidable paliza: no soy yo — decíale — es la ley quien lo comanda.

El sistema no resulta malo en muchos casos; mas, por lo mismo que sirve, así para un barrido terrorista como para un fregado revolucionario, no deja de ser muy expuesto a perances. Por una parte, el profesor Mathiez nos asegura que los degüellos de septiembre fueron la venganza que se le había prometido, y que el pueblo de París no veía venir. Por otra, nos dice que, inflamadas por las arengas de sus representantes de la *Commune*, las *secciones* — no ya el pueblo, según se ve — a tiempo que organizaban el reclutamiento, *blandían la venganza nacional* contra los conspiradores. En ese momento — agrega — la Francia revolucionaria no desaprobó las matanzas <sup>(1)</sup>. El hecho es creíble. El mismo Mathiez nos asegura que una autoridad revolucionaria dictatorial imperaba en París. Habiase tocado a rebato; y practicábanse registros domiciliarios para descubrir a los traidores, mientras bandas de asesinos irresponsables, encabezadas por facinerosos de la catadura de Maillard y Ronsinol, asaltaban las prisiones, degollando sin forma de juicio a supuestos enemigos de la revolución. No cabe, pues, la menor duda: nadie protestó. Podemos asegurar al profesor Mathiez que, en 1840, durante los degüellos de la Mazorca, nadie protestó en Buenos Aires.

52. Digamos en honor del pueblo de París, que nadie se atrevió

(1) A. MATHIEZ, *La Révolution Française*, vol. II, págs. 23, 25. y 29.

a desaprobar las matanzas, por efecto mismo del terror. Condenarlas públicamente, habría sido lo mismo que exponerse, sin compensación, sin motivo que justificase tan estéril sacrificio, a perecer afrentosamente a manos de asesinos tan feroces como los mazorqueros de Rosas. Agreguemos, también en honor del pueblo francés, que, como el mismo Mathiez lo afirma, inmediatamente después de las matanzas, se produjo en el pueblo de París, y muy luego en toda Francia, contra ellas, una reacción de sensibilidad, cuyos efectos hicieron sentir en las elecciones de diputados a la Convención (1).

Véase, por lo demás, cuál pudo ser la participación del *pueblo* en los acontecimientos que precedieron a la Convención. Elijióse a ésta, según Gaxotte, simultáneamente con las matanzas, del 2 al 20 de septiembre. «Desde 1789, el arte de hacer hablar a la *Voluntad general* había hecho progresos considerables. Los diputados de la Legislativa, impedidos de volver a sus circunscripciones, por falta de pasaporte; los diarios de la derecha, suprimidos, y su material distribuido a los de la izquierda; los moderados, expulsados de todos aquellos sitios en que osaban presentarse; las Asambleas primarias, apenas abiertas, decidían la expulsión de los miembros sospechosos de tibieza; el voto secreto abolido en diez departamentos, por lo menos; los elegidos, presos en el acto de ser proclamados; bandas de asesinos, merodeando alrededor de los locales electorales: tales fueron las condiciones en que el pueblo soberano fué admitido a ejercer su soberanía. El país, amordazado, no pudo elevar su voz: sobre 7.000.000 de electores, 6.300.000 se abstuvieron de grado o por fuerza. El décimo restante no podía sino obedecer» (2). Después de constituida, la Convención se vió sometida al mismo sistema de intimidación. «Entre la expulsión de los girondinos y la caída de Robespierre, la media de los diputados presentes será de 220 a 250 sobre 750» (3).

(1) MATHIEZ, *op. cit.* II, pág. 49.

(2) P. GAXOTTE, *op. cit.*, pág. 250 Cf. H. TAINE, *op. cit.*, II, pp. 370 y sig.

(3) L. MADELIN, *op. cit.*, pág. 266.

53. Basta pasar en revista el elenco de la *Montaña* para comprender el significado real de la supuesta dictadura. Robespierre, cuyo retrato moral, hecho por Taine, acabamos de recordar; Danton, un corrompido, un apañador de estafadores de alta escuela, un agente provocador, según Mathiez (1); Marat, un loco furioso, un meteco mediterráneo, dice Madelin, de tez aceitunada y cabellos negros, mal envueltos por el madrás que, impregnando de vinagre, debe remediar sus intolerables migrañas de vesánico (2); los girondinos (es preferible citarlos juntos), demagogos tímidos, según Mathiez (3), honestos y desarmados ideólogos, dice de ellos, espiritualmente, Generale Filareti, que pretendían obturar el dique roto por ellos, con figuras de retórica y con los epifonemas uterinos de Mad. Roland (4). Por debajo, la turba de los esbirros, que aquéllos empleaban indistintamente, salvo media docena de sicarios, que formaban la banda particularmente adicta de Robespierre. Vale la pena comenzar por ella.

Saint Just era el brazo derecho de Robespierre, brazo que fulmina y se extiende hasta las fronteras: el ángel exterminador, dice Claretie; ex aspirante a una plaza de guardia de corps en el palacio del Conde de Artois, ladrón doméstico de cubiertos de plata, que fué a vender y devorar en París, en un barrio de prostitutas, encarcelado durante seis meses por pedido de la propia madre. Barere, esa cosa inmunda, dice Macaulay, que se llamó Barere (5), perfecto don Abundio terrorista, escriba mercenario a sueldo de todos los canallas, con tal que fuesen los más poderosos: elogiaba, censuraba, calumniaba, mataba indistintamente, para salvar la propia vida, estremecido de es-

(1) A. MATHIEZ, *Danton et la paix*. passim. Cf. *La Révolution française*, vol. II, págs. 91-133.

(2) L. MADELIN, *La Révolution*, pág. 269.

(3) A. MATHIEZ, *La Révolution Française*, vol. II, págs. 129 y 137.

(4) G. FILARETI, *In margine del fascismo*, pág. 172, Milán, 1925.

(5) MACAULAY, *Estudios biográficos*, pág. 329, trad. castellana de Bender, Madrid, 1906.

panto, a quien se le ordenase. Collot d'Herbois, ex comediante, tiranuelo de melodrama, ametrallador de Lyon (1). Rossignol, ex orfebre, luego degollador de septiembre, ladrón durante toda su vida crapulosa, y ahora general en jefe de los ejércitos interiores. Los hermanos Frey, Pereira, Kerr, Duroveray, Rotondo, Pache, Desfieux, Fabre d'Eglantine, Cloutz, Chabot, Basire, Herault de Sechelles, la prostituta Meroigne de Marcourt, son espías o agentes provocadores al servicio del extranjero, según Mathiez (2).

El Club Helvético, que, después de la caída del trono, se transforma en Club de los Allóbrogos, es un reparo de galeotes, de bandidos y de ladrones. Su jefe, el abogado Castella, había sido condenado en Suiza, a ser descuartizado. Los Cantones exigieron en una ocasión, la extradición total del club. Lazowski, el caudillo de la plebe era un ex condenado a muerte, concusionario y alcoholista. Fournier, Maillard, Varlet y sus acólitos, peores que él. Hebert, el verduguillo de la familia real, un ladrón de camisas y de pañuelos; su compadre Chaumette, un licenciado de galeras. Para Schneider, Lebon, Chalier, Carrier, Fouché, los nombres bastan. Hanriot, uno de los hombres de confianza de Robespierre, general en jefe de la guardia nacional nombrado por él, era ladrón y borracho. Hallábase tan ebrio en la jornada de termidor, que hasta se sospechó que los termidorianos, para inutilizarlo, habíanle propinado un dosis de narcótico: dos días después de la caída de Robespierre, al ser enviado a la guillotina, estaba todavía como aletargado. Y por último, puede cerrarse la lista con estas dos figuras singulares: Graco Baboeuf, el precursor del socialismo, ex falsificador de escrituras públicas, nombrado por influjo de Robespierre secretario de subsistencias de la Municipalidad revolucionaria de París; y el marqués de Sade, el profesor de crimen, entonces oráculo de su barrio, que, como secretario y representante de

(1) H. TAINE, *op. cit.*, II, pp. 267-262; vol. III, págs. 244 y sigs.

(2) A. MATHIEZ, *loc. cit.* Cf. A. MATHIEZ, *La Révolution et les étrangers*, págs. 92-161, París, 1918. MADELIN, *op. cit.*, págs. 316, 341 y 351.

la sección de las Picas, es admitido a leer mensajes ante la Convención.

54. No se trataba de una pesadilla para los que tuvieron que soportarla o fueron víctimas de ella. Fué una realidad espantosa, que dejó huellas de odio inextinguible en el corazón de muchos franceses, y provocó muchos años después la reacción, la venganza tremenda del llamado *terror blanco*. El profesor Mathiez que no censura sino levemente los degüellos de septiembre, considerándolos, según se ha visto, como una venganza nacional, justa al parecer, tiene acentos terribles, en el último de sus libros, *La reaction thermidorienne* para condenar al terror blanco, de que los jacobinos fueron las víctimas (1): una matanza sin ideales, dice (2). Sin duda, para señalar el contraste con la otra, con la de los degüellos de septiembre y del terror: matanza con ideales, que parece preferible al profesor Mathiez. O porque los asesinatos en masa, hechos o no bajo el sarcasmo de formas legales en apariencia, fueron matanza con ideales, cuando la realizaron los terroristas; matanza sin ideales, cuando fué justa condena de asesinos, o reacción y furor de víctimas contra sus victimarios. Como quiera que fuese, quien como Mathiez, aprueba el discurso con que Saint Just intentó zurdamente justificar el asesinato de Luis XVI (3) no puede, sin faltar a la lógica, censurar el terror blanco.

Reconforma el espíritu reconocer, con un renombrado escritor francés contemporáneo Jacques Bainville, que los acontecimientos trágicos del terror, «vistos de fuera, no dejaron de dar la impresión de que Francia se desangraba en la anarquía, e iba prestamente a su pérdida. Poniendo punto por punto las manifestaciones horribles o triviales de la demagogia, desde las matanzas en regla hasta los pillajes de almacenes y mercados, podíanse redactar informes pavorosos, parecidos al en que Roland expondría muy luego los efectos de lo que llamaba con

(1) A. MATHIEZ, *La reaction thermidorienne*, págs. 210 y sigs.

(2) A. MATHIEZ, *op. cit.*, pág. 211.

(3) A. MATHIEZ, *La Revolution Française*, vol. II, pág. 126.

pudor una «propensión desorganizadora». A este propósito, podíase caer en engaño; y es verdad que los extranjeros se engañaron. No calcularon que, en el desorden, sobrevivieron elementos de orden; que no se había destruído todo en el espacio de tiempo de tres años y que subsistían grandes recursos; que los hombres conscientes habían quedado en sus puestos y continuaban en sus oficios, trabajando, como mejor podían, para restablecer una organización» (1).

55. Hubo, pues, fuera de toda duda, una Francia revolucionaria auténtica, que, durante la crisis demagógica, vivió y forjó silenciosamente más de un siglo de la historia futura del mundo. Durante el vendaval, los buenos marineros, los de temple heroico, soportaron la furia de los elementos desencadenados, sin abandonar el puesto de peligro; y salvaron el barco del naufragio, a todo trance. Pero esos intrépidos marineros no fueron seguramente los ideólogos de la guillotina.

La verdadera Francia revolucionaria es la de los soldados de la República; la de los que, huyendo de los horrores de la anarquía social, prefirieron, a la muerte afrentosa de la guillotina, el sacrificio de la vida en los campos de batalla; la Francia de Carnot y de Jourdan, de Hoche y de Marceau, de Moreau y de Kleber; la Francia de aquellos admirables soldados descalzos y cubiertos de harapos, que, con los fusiles terciados sobre el hombro y un pan de munición clavado en la bayoneta, desfilaron en orden perfecto, al son de la Marsellesa, ante los ojos asombrados de los habitantes de Maguncia; la Francia de aquellos muchachos heroicos, que defendieron el suelo de su patria contra el invasor extranjero, y llevaron después, hasta los confines de Europa, las instituciones de la libertad civil y política.

La verdadera Francia revolucionaria es la de Tronchet y De Seze, el defensor impávido de Luis XVI; la Francia de Andrés Chenier y de Lavoissier, de Monge y de Laplace; la Francia del código civil, del sistema métrico decimal, de la oficina de lon-

(1) J. BAINVILLE, *Histoire de France*, vol. II, pág. 72, París, 1926.



gitudes, de la escuela politécnica, de la instrucción gratuita y obligatoria. La Francia de aquellos diputados del tan injusta y torpemente desnotado *pantano* de la Convención, dignos de más respeto y de mayor consideración que la que de ordinario les profesan los historiadores franceses; de aquellos diputados que hicieron el sacrificio de no abandonar las posiciones esenciales del gobierno, entre horrores abominables, para evitar a su país un desastre pavoroso; y que esperaron angustiosamente, mientras se devoraban entre sí los lobos revolucionarios, la ocasión de exterminarlos a todos.

56. Los terroristas de la extrema derecha, admiradores de la dictadura y de los métodos de violencia, desembozada o encubierta, enemigos y desilusionados de la democracia, son demagogos de igual valor absoluto que los de la extrema izquierda, pero de signo cambiado, y tan dañinos como ellos para los intereses auténticos de la colectividad. Como el personaje de Pereda, reniegan de todo gobierno del que no forman parte; y truenan contra la barbarie y la falta de cultura de la masa popular, cuando ésta no vota por ellos. Mientras hacia la izquierda, ciertos depositarios o herederos de una tradición de violencia revolucionaria, predicán el desorden y el despojo abierto o disimulado de las clases productoras, y transforman los apetitos y hasta la desesperación de la muchedumbre, en postulados de política social; a la derecha, otros demagogos dicen mal de la democracia, encarecen la incapacidad del pueblo para la función electoral del gobierno, y llegan, a veces por un regocijante juicio de vanidad, a presentarse como los únicos hombres capaces de redimirle de sus miserias. No vacilan, pues, unos y otros, en recomendar la violencia y en recurrir a ella, hasta bajo las formas extorsivas y encubiertas del fraude y de la cábala palaciega, escamoteando, si a mano viene, el veredicto de la opinión pública, y supliendo por este medio la carencia de auspicio popular.

Extremistas de la derecha y de la izquierda, como lo prueba la historia de la Revolución Francesa, son generalmente los pe-

ligros más graves que amenazan a la causa del orden y del interés bien entendido de la colectividad. Marat y sus epígonos babuvistas querían voltear 100.000 cabezas, para asegurar el reinado de la libertad. Sólo el mariscal D'Antraigues, consejero íntimo de Luis XVIII durante sus andanzas de la emigración, era capaz de semejante extremo terrorista: quería voltear a su vez 100.000 cabezas de jacobinos, para asegurar el reinado del orden (1). Por algo, en todas las épocas, son frecuentes entre ellos los tocamientos, bien que con la santa intención de degollarse unos a otros al primer lance.

Entre estos dos peligros extremos, que son como los dos polos de la anarquía social, durante la crisis termidoriana, los moderados, los verdaderos patriotas, sortearon todos los escollos del desorden, de la corrupción y de la violencia, llegando así hasta el desenlace de aquella crisis, el 18 brumario, y hasta la grande obra de la reorganización napoleónica: dictadura que la crisis de anarquía social hizo necesaria, y que aseguró los resultados durables de la revolución auténtica. ¿Por efecto de qué inexplicable aberración, pues, un escritor tan justamente celebrado por sus altas dotes, como el profesor Mathiez, se empeña en glorificar los desmanes de la canalla terrorista, en un país como Francia que, con tan legítima vanagloria, puede ostentar ante el mundo tan grande copia de glorias civiles y militares? (2).

Agosto de 1929.

(1) P. THUREAU-DANGIN, *op. cit.*, pág. 55.

(2) Publicado por vez primera en L. R. GONDRA, *Estudios de Historia y Economía*, obra hoy agotada, Buenos Aires, 1930. El autor ha preferido conservar el carácter crítico y, en algunos pasajes, polémico de este ensayo sobre los trabajos históricos del profesor Mathiez, cuya conclusión fué la identidad esencial de todas las manifestaciones conocidas del extremismo político y social, y de todas las crisis o convulsiones totalitarias o comunistas. A esa conclusión, enunciada entonces por vez primera, llegó estudiando paralelamente el terror jacobino y el terror bolchevista. Los hechos posteriores la confirmaron más tarde. Se ha limitado, pues, a introducir en el texto, las correcciones de forma impuestas por un reposo de quince años.

## CAPITULO VI

### La Revolución Francesa y la Hacienda Pública

SUMARIO: 57. La teoría de los *antecedentes históricos*. 58. Las palabras *meretriculae*: sofisma del vocablo *revolución*. 59. La verdadera *revolución*. 60. La *revolución permanente*. 61. La primera crisis de autoridad. 62. La Regencia: reacción aristocrática. El *Sistema* de Law. 63. La inflación monetaria y sus efectos. 64. La hacienda pública durante el *antiguo régimen*. 65. El reinado de Luis XV: la descomposición moral. 66. La prosperidad económica. 67. La propiedad inmobiliaria. 68. La administración pública. 69. La *guerra del impuesto*. 70. Reinado de Luis XVI. Necker. 71. *Estado pobre en un país rico*. 72. Agitación revolucionaria. 73. La crisis de la hacienda pública. 74. Los despilfarros del *antiguo régimen*. 75. El terror financiero. 76. Nacionalización de los bienes del Clero. Los *asignados*. Los *mandatos territoriales*. 77. La depresión del Terror. 78. La supuesta lucha contra los bribones. El *desinterés* de las dictaduras. 79. La dictadura financiera del Terror. 80. La reacción Thermidoriana. 81. *Antes y después* de 1789.

57. Es costumbre — buena costumbre — cuando se trata de explicar de la mejor manera posible un hecho histórico, remontarse al pasado, buscando los que llamamos *antecedentes* del mismo, en el encadenamiento de los hechos, esto es, en la sucesión cronológica, ora lenta ora vertiginosa, de las instituciones y de los acaecimientos.

El criterio con que navegamos aguas arriba en el curso de la historia, y nos detenemos en cierto punto está impuesto, desde luego, por la lógica profunda de la realidad, que es como un continuo penetrar en el futuro, y chocar y sentirnos arrastrados entre el flujo perpetuo de acciones y reacciones, de in-

terdependencias e intercadencias que los hechos presentan, y que sólo en mínima parte nos es dado prever. Depende también de las preocupaciones y tendencias doctrinarias, y hasta de las pasiones del investigador.

La historia es en verdad como la corriente caudalosa de un inmenso río que forman en sus orígenes muchos otros ríos menores, arroyos y torrentes. Para conocer determinadas partes o accidentes del mismo no es necesario remontarse hasta esos orígenes, sino hasta las grandes confluencias, y que sólo podemos apreciar, como en una inmensa perspectiva abarcándolo en su conjunto. Los ríos, dijo el poeta,

van a dar en el mar.  
que es el morir.

De esta manera, divisa el observador los rasgos más importantes o destacados del conjunto, aquéllos que conmueven su fantasía de artista o su curiosidad filosófica y científica, y le inducen a menudo a detenerse y descender, para enterarse minuciosamente de particularidades o de circunstancias y elementos que contribuyen a explicar esos rasgos, objeto de su curiosidad.

Sin meternos en honduras metafísicas acerca del concepto *espacio-tiempo*, cuya importancia filosófica libreme Dios de negar, esta consideración nos basta y sobra para entrar en materia. La historia no necesita otra *entropía* que el encadenamiento de los hechos tal como se ofrece a nuestra conciencia; y fuera imperdonable pedantería, más que pedantería, filosofía histórica «del rábano por las hojas», seguir en esto ciertas modas einstenianas, y volver a plantear el problema de la sucesión histórica. En nuestro caso, por lo demás, bien podemos repetir la sentencia de aquel don Bernabé, maestro del insigne Pereda: «para tan cortos caudales no necesito mayordomo».

58. He recordado en otras ocasiones la frase de un eminente filósofo contemporáneo, Benedetto Croce: «las palabras son *meretriculæ*»: ramerillas que se dan fácilmente a todos. De

pocas tan cierto como de la palabra *revolución*, que con tanta frecuencia se oye, por boca de «todo el mundo», con profusión copiosísima de significaciones. Hasta los pistoleros suelen encubrir sus atracos con el manto prostituido de la revolución, y así son asaltantes vulgares como héroes revolucionarios.

De la revolución francesa vamos a tratar, de un aspecto suyo peculiar, de cuanto atañe a la hacienda pública. Pero antes es necesario definir cuidadosamente el concepto de *revolución* para evitar equívocos. Revolución no es el hecho material de la violencia, como no lo es ningún hecho ilícito cometido en ocasión de ella. De haberse omitido esta distinción es de donde resulta la glorificación de vulgares delincuentes y la celebración de sus tristes hazañas como si estuviesen íntima y esencialmente vinculadas al hecho revolucionario.

Dejando de lado el hecho material de la violencia revolucionaria, el desenfreno demagógico, los crímenes, pasiones y apetitos de que fué ocasión, y a los que sólo acudiremos cuando sea necesario explicar otros hechos, *revolución* será para nosotros la lenta formación histórica de las fuerzas que conmovieron y transformaron el ordenamiento social, económico y político del *antiguo régimen*. En otros términos, aquel movimiento universal, de que discurría profundamente el insigne historiador De Sanctis, nacido del constante trabajo de una edad entera, en el cual se contiene como en idea la historia futura del mundo por espacio de siglos: «revolución, dice Fouillée, durante largo tiempo preparada, que sólo tiene de repentino su apariencia, y que no hace sino poner en libertad fuerzas lentamente acumuladas».

Desde los primeros años del siglo XVIII la filosofía se había ido transformando poco a poco en arma de combate e impregnando las manifestaciones más significativas de la actividad política: la gestión de los gobiernos cuando ponían en obra o combatían las nuevas ideas, y la crítica y la propaganda de los que deseaban reformar o cambiar el orden de cosas existente.

La consideración de los intereses materiales o económicos, de la *utilidad* social e individual, que parecía como la expresión teórica del capitalismo moderno — nueva organización de la actividad económica que se había ido condensando y robusteciendo desde fines de la Edad Media — servía de fundamento a una reciente disciplina científica, la *economía política*. Esta designación fué introducida por Antoine de Monchrétien, en 1615, y por James Steuart, en 1767.

Tanto en Inglaterra, donde el movimiento de la transformación capitalista se realizaba con mayor rapidez, como en Francia, las nuevas ideas de libertad individual y nacional encontraban partidarios ardientes y numerosos. Esas ideas llegarían a concretarse, durante la segunda mitad del siglo, en dos grandes sistemas coherentes, la *fisiocracia* y el *industrialismo smithiano*. Rompióse ya, vigorosamente, contra los prejuicios de las concepciones tradicionales, autoritarias y mercantilistas.

El sistema filosófico de la fisiocracia gravitaba en torno a la concepción de un régimen de orden, substraído al arbitrio de los gobernantes, y conforme a un plan inscripto por el Creador en la naturaleza, dentro del cual el orden social, político y económico se fundaba en un derecho individualista absoluto. En lo que atañía a la actividad económica lo esencial era, pues, la libertad de circulación y de producción, que sintetizaba la frase de Gournay: *laissez faire, laissez passer*, y que todo gobierno deseoso de asegurar la prosperidad pública debía respetar escrupulosamente.

59. Los dos grandes sistemas aludidos, la fisiocracia y el industrialismo smithiano, eran simplemente dos aspectos parciales de la concepción política y económica que alimentaba la acción revolucionaria del siglo, y que brotaba de la mentalidad capitalista, armada y blasonada de punta en blanco, como Atena de la cabeza de Zeus.

Si para el Estado la supresión de las servidumbre, la desamortización de la tierra y la abolición de los privilegios eran puntos de interés financiero y militar, para el mundo capita-

lista formaban la condición necesaria de un desenvolvimiento ulterior, y de un bienestar más humano y más universal. La fórmula fisiocrática condenaba irremisiblemente todas las formas de opresión, servicios personales, corporaciones, reglamentos industriales, tarifas prohibitivas y diferenciales, preferencias portuarias.

Muchas de estas formas de opresión habían desaparecido ya, tanto de Inglaterra como de Francia. Sólo quedaban de ellas, vestigios escasos e insignificantes, de valor económico relativamente reducido, cuya supresión violenta reagavaría en Francia la crisis de la hacienda pública, al transferirse al gobierno revolucionario las cargas sociales que gravaban a los beneficiarios de los privilegios suprimidos.

Tal es, a lo que entiendo, la verdadera *revolución*, la que acabó por destruir el *antiguo régimen*, así en Francia como en el resto del mundo civilizado. De ella surgió un mundo, si no mejor, profundamente distinto, el mundo del *régimen moderno* o capitalista, en el cual, por obra del esfuerzo colectivo y el progreso de la herramienta industrial, fuéronse atenuando poco a poco los dolores y las miserias de la desigualdad humana.

De esta revolución así entendida, fué una explosión súbita y violenta la otra, la tremenda crisis de autoridad que llamamos *Revolución Francesa*. Conviene distinguirlas cuidadosamente, porque se cae a menudo en el error histórico de atribuir a ésta, cambios institucionales, transformaciones y beneficios, que fueron resultados de la otra, quiero decir, de la verdadera revolución.

60. En rigor, la verdadera revolución es un estado permanente, un cambio perpetuo, una mudanza incesante de la condición humana. A través de ella sólo persiste inmutable el designio providencial que la orienta y le da sentido, y del que los hombres, con nuestras pasiones, somos por lo común ciego instrumento.

Desde la fiesta de la federación, que tuvo lugar el 14 de julio de 1790, es decir, desde su primer aniversario, la toma de la Bastilla fué celebrada como «día de la libertad». A esta fecha

los terroristas de la Convención agregaron la del 21 de enero, día de «la muerte del tirano», como llamaban hipócritamente al asesinato de Luis XVI. Bonaparte, que sintió siempre repugnancia por esta fiesta revolucionaria, la suprimió pocos días después del 18 de brumario, resolviendo que no habría sino dos fiestas nacionales, el 14 de julio, aniversario del primer día de la revolución, y el 1° de vendimiario, fecha de la inauguración de la república (22 de septiembre de 1792). Durante la Restauración, ambas fiestas dejaron de celebrarse; la del 14 de julio fué restablecida bajo el reinado de Luis Felipe, en agosto de 1830, por el ministerio Laffite-Dupont de l'Eure.

Desde entonces acá el 14 de julio ha sido constantemente celebrado en Francia como fiesta nacional: sigue y seguirá siendo por mucho tiempo la fecha patria oficialmente consagrada, aunque la severidad de la investigación histórica, — rasgo propio de toda cultura superior — la despojó hace ya tiempo de su aureola legendaria, sin que nadie se escandalizase. Ningún escritor serio se atrevería hoy a repetir, como en los tiempos de Thiers y Michelet, que el 14 de julio de 1789 empezó en Francia la era de la libertad.

61. El gobierno de Luis XIV había resuelto la grave crisis de autoridad provocada por los disturbios aristocráticos de la Fronda. Al asentar sobre bases sólidas la monarquía absoluta, había restablecido el principio de autoridad gravemente comprometido en aquellos disturbios. Fué, sin embargo, más que respetado, soportado. El prestigio personal del soberano ahogaba el descontento que iba creciendo con el malestar de la hacienda pública, el aumento continuo de la carga impositiva y las derrotas de la guerra de sucesión española, y acallaba toda veleidad de oposición y de crítica. Los gérmenes de aquel descontento aparecieron bajo la regencia, en los primeros años del reinado de Luis XV.

Recuerda G. Sorel que Cournot, a menudo filósofo de la historia muy perspicaz, señaló la locura de los Borbones, al provocar la desaparición de todo cuanto impedía el ejercicio



del poder absoluto. «Una vez destruido el prestigio de la monarquía, las demás instituciones verdaderamente gubernativas fueron heridas de muerte, y no quedó más que una máquina administrativa usable por todos los gobiernos... Instituyó la monarquía administrativa, pero perdió la autoridad real que era su objetivo. En este sentido el reinado de Luis XIV preparó la Revolución Francesa».

Difícilmente podría sostenerse hoy esta estimación. Luis XIV resolvió su problema: restableció el principio de autoridad, y forjó un instrumento de gobierno que, en manos tan expertas como las suyas, habría evitado a Francia las violencias de la revolución, haciendo de ésta una evolución, semejante a la de Inglaterra. De aquella evolución habría ido surgiendo gradualmente la Francia culta y próspera de nuestros días. Entre la infinidad de *futuribles*, como llamaban los filósofos escolásticos a los hechos potenciales que pudieron ser y no fueron, es éste el que se impone con mayor fuerza de persuasión, a quien no profese un determinismo ciego que hasta de las ciencias físico-matemáticas empieza a ser ahuyentado.

Sin la incapacidad de Luis XVI, como se ha visto, sin las doctrinas de gobierno aristocrático que Fenelón había inculcado en los descendientes de Luis XIV y se transmitieron hasta el propio Luis XVI, sin la debilidad y el humanitarismo con que éste malogró las reformas de su antecesor, y toleró el egoísmo de las clases privilegiadas y los primeros desórdenes de la demagogia revolucionaria, volviendo a comprometer el principio de autoridad como en los peores tiempos de la Fronda, es poco menos que imposible explicar la revolución de 1789.

«La Revolución, dice uno de sus más recientes y autorizados historiadores, Jacques Bainville, clasificada hoy en la categoría de los fenómenos políticos a que pertenece, se despoja de su leyenda... El 19 de julio, en Auxonne, como en gran número de ciudades, la muchedumbre invade las oficinas de Arbitrios, rompiéndolo todo, destrozando los registros y las listas, porque,

según la desenfadada observación de Carnot, las revoluciones tienen por motivo profundo el odio a los impuestos».

Más adelante, refiriéndose al adolescente Napoleón Bonaparte, testigo presencial de las primeras violencias, agrega: «otros tenían sentimientos realistas. ¿De dónde hubiera podido él adquirirlos?... Los sentimientos republicanos que había aprendido leyendo a Rousseau, exaltáronse ante las noticias de París... , mezclado a los disturbios que estallaron en Córcega contra los administradores franceses se habituó al desprecio de la legalidad... , nada lo vinculaba a los Borbones ni a la monarquía». Multiplíquese por mil, por cien mil, por un millón, y se tendrá explicada la violencia revolucionaria que provocó el aturdimiento con que el desdichado Luis XVI dejó sin efecto la igualdad ante el impuesto y la reorganización de la hacienda pública implantadas por los ministros de Luis XV, como se dirá.

62. Apenas muerto Luis XIV, el regente, duque de Orleans, para congraciarse con el Parlamento de París y librarse de trabas incómodas, anuló el testamento del gran monarca que acababa de desaparecer. El 2 de septiembre de 1715 (Luis XIV había fallecido el día anterior) se trasladó al Parlamento, principal reparo de la nobleza de toga, mantenida hasta entonces en sujeción estricta, y reclamó el comando de la casa militar, prometiendo a los jueces gobernar «con ayuda de sus consejos y juiciosas observaciones» (*remontrances*). Era devolverles el papel político que habían perdido medio siglo hacía. Testamento y codicilos fueron dejados sin efecto entre grandes regocijos. «Por usurpaciones y revueltas sucesivas, dice Gaxotte, se levantaría poco a poco, frente a la Corona la Curia. Una y otra llenarían con sus rivalidades vocingleras todo el reinado de Luis XV».

Acentuando la reacción contra la política y las costumbres del reinado precedente, se reformó el gobierno, creándose consejos de nobles para sustituir a los secretarios de Estado: tal fué la famosa *Polisinodia*, realización de las anacrónicas teorías de Fenelón, con la que no se hacía sino sistematizar en for-

ma concreta el desorden y la anarquía, volviendo a los tiempos de la Fronda. La veleidad casi proverbial del regente no era segura garantía de la reforma: en 1718 fué suprimida, y los secretarios de Estado restablecidos.

Entretanto, la más urgente, la más grave cuestión era la de la hacienda pública. El Consejo de las finanzas echó mano simplemente al socorrido sistema de los arbitrios e improvisaciones. No declaró la bancarrota, ideal de la aristocracia, aconsejado por Saint Simon, en su odio al Tercer Estado, pero echó mano a todos los procedimientos consabidos: visaciones, cámaras de justicia extraordinaria, conversiones de títulos, reducciones y supresiones de pensiones y rentas vitalicias. Usó en suma, todos los procedimientos de la bancarrota parcial.

El refinamiento aristocrático suele traer consigo una mezcla singularísima de malicia y credulidad; y aquellos eran tiempos de refinamiento aristocrático, durante los cuales se codeaban en las altas esferas de la sociedad, los hombres de bien y los aventureros, y la picardía se daba la mano con la honradez, el ingenio y la ciencia con la ignorancia y la superstición, la inocencia con la marrullería. Los expedientes y las improvisaciones no bastaban para remediar la penuria monetaria. Era menester inventar algo nuevo, algo que fuese como triaca maravillosa o panacea universal, ya que no quería ni podía recurrirse al medio heroico y trivial de gastar menos de lo que se tenía.

El ambiente estaba entonces admirablemente preparado para prestar acogida muy propicia a quien supiese hablar en forma persuasiva y envolver en sofismas deslumbrantes los proyectos más peligrosos, con tal que ofreciesen sacar de pobres al regente y sus consejeros íntimos. En ese instante apareció el escocés John Law de Lauriston. Ni en el tesoro real ni entre los recursos previstos había fondos para satisfacer los gastos más urgentes: el dominio real estaba totalmente comprometido, las rentas públicas casi absorbidas por infinidad de cargas e imposiciones, todos los recursos afectados con anticipación, una deuda consolidada de mil doscientos millones de libras tornesas (la libra

tornesa era equivalente por su paridad a un franco y medio oro, y por su poder adquisitivo a más de tres francos actuales) y una deuda exigible de mil millones. Para hacer frente a este servicio un presupuesto ordinario con déficit de cincuenta por ciento.

Hijo de un orfebre escocés, Law había estudiado la organización bancaria en Escocia y en Holanda. Sus teorías eran una mezcla de observaciones agudas y de inferencias erróneas. Había observado que la vida era más cara en Holanda que en Escocia, y que había mayor número de negocios en aquella que en ésta. «La riqueza, decía, depende del comercio, y éste de la circulación». Hasta aquí sus observaciones y teorías eran correctas. Pero de tales premisas sacaba luego las consecuencias más erróneas. El valor de la moneda dependía, según él, de la cantidad de productos por los cuales se cambiaba, y no de su propio valor. Cualquier mercancía, además de la plata, podía con idéntica seguridad y conveniencia transformarse en moneda. El billete era preferible a la plata por su mayor comodidad y costo exiguo. Reclamaba, pues, una circulación de papel-moneda equivalente a la quinta parte del valor de la tierra, en que estimaba el valor de sus productos.

Law propuso al regente la creación de un banco de emisión semejante al de Inglaterra. Aceptada por éste la idea, no obstante la oposición de sus ministros, fué autorizado a fundarlo, en mayo de 1716. Su banco emitía billetes convertibles en oro, y descontaba documentos comerciales con interés de cinco por ciento. La escasez de numerario y la confianza del público aseguraron el éxito de esta primera iniciativa. Law realizó entonces la segunda parte del sistema: la *Compañía de Occidente*, creada en agosto de 1717, con el monopolio de la explotación de las colonias de América. Su capital de cien millones estaba formado por 200.000 acciones de 500 libras cada una, que podían pagarse con billetes del banco y con créditos contra el Estado, el cual, a su vez, se comprometía a pagar cuatro millones al año, y veía de tal suerte extinguida una parte de su deuda.

Para vencer la obstinación de los opositores de Law, el regente lo nombró contralor general de las finanzas reales en 1718; de tal manera llegó a ser Law el verdadero jefe del gobierno. Su banco particular fué transformado en banco real, a tiempo que la Compañía obtenía el monopolio del tabaco y adquiría por compra las compañías de las Indias orientales. La credulidad y el entusiasmo del público llegaron al colmo, y empezó entonces una especulación desenfundada, que tuvo por teatro la famosa encrucijada de la *rue Quincampoix*.

Comenzó de tal modo, simultáneamente, la inflación de los billetes y de las acciones de la compañía. En poco tiempo llegaron éstas a cotizarse por un valor de 5.000 libras. Law aprovechó la ocasión para emitir en tres series sucesivas 300.000 acciones al precio de 5.000 libras cada una. Se llamaron acciones *hijas* y *nietas* para distinguirlas de las primitivas o acciones *madres*. Su precio subió a 15.000, y a 18.000, en noviembre de 1719. Hubo beneficios fantásticos: un mozo de taberna que ganó 30.000.000, el lacayo de un banquero 50, una mercera 100, un jorobado que alquilaba su joroba a los especuladores, a modo de pupitre, ganó 150.000 libras. Los nuevos ricos hacían insolente alarde de sus grandes trenes, compraban castillos, daban fiestas suntuosas, casaban con hijas de señores, y un buen día los tragaba el torbellino de la fortuna y la miseria.

Pero nada más cierto que el axioma de la Bolsa: tras del alza la baja. Law anunció un dividendo de 40 por ciento; era fantástico para el valor nominal, ínfimo para el valor de cotización: 1,1 %. Los más cautos empezaron a vender, y en poco tiempo sobrevino el derrumbe. Law hubiera podido dejar que las acciones descendiesen al valor correspondiente a la importancia del dividendo, según la tasa del interés corriente, y salvar el Banco. En vez de hacerlo, quiso emplear a éste para contener la baja, y sólo consiguió infundir sospechas acerca de la conversión de los billetes. Los tenedores de éstos se precipitaron, pues, a las ventanillas del Banco, reclamando el cambio en metálico.

Para evitar el desastre, Law recurrió a medios absurdos y

desesperados. Prohibió el uso del oro en las transacciones comerciales por más de 300 libras, y alteró el valor de la moneda catorce veces en un año. Poco después prohibió atesorar en metálico más de 500 libras, amenazando con la pena de confiscación a favor del denunciante. Remedio inútil.

Contábase que el regente recibió un día la visita de un alto magistrado que se proponía denunciarle un atesoramiento de 50.000 libras en oro.

—Qué oficio más bajo el vuestro — le reprochó el regente.

—Señor — le replicó el magistrado — me denuncio a mí mismo, y espero que no me negaréis la recompensa.

Refundió entonces Law la Compañía con el Banco, y no logró sino aumentar la desconfianza de los tenedores de billetes. Cuando el agua le llegó al cuello, fué necesario aplicar el remedio heroico de la expoliación, el *curso forzoso* de los billetes del Banco. El *sistema* se derrumbó, y hubo que liquidarlo. El banco desapareció; pero la compañía fué conservada, y sus acciones descendieron a 200 libras.

63. Como toda inflación monetaria, el sistema estimuló durante algún tiempo la actividad de los negocios. Todos los beneficiados por ella se creían ricos, y vivían, no de sus riquezas actuales, sino de las que pensaban ganar. Todos descontaban el porvenir, suponiendo que la prosperidad duraría indefinidamente. Los comercios suntuarios, los teatros, los restaurantes y hosterías de lujo, fueron los primeros en aprovechar este frenesí. Los precios de los artículos de consumo subieron en forma vertiginosa. Los campesinos se vieron de pronto enriquecidos, y aprovecharon la oportunidad para extender sus cultivos. Los deudores pagaron a sus acreedores en moneda depreciada, despojándolos así de gran parte de sus créditos. Los rentistas, en cambio, tenedores de títulos de crédito, públicos y particulares, se vieron empobrecidos. El Estado, libre de gran parte de su deuda, transformada por los tenedores de títulos en acciones de la compañía, daba, como los nuevos ricos, el ejemplo del derroche, atenuado hasta cierto punto por el carácter productivo de

las nuevas obras públicas que emprendió, el canal de Montargis, los puentes del Loire, el puerto de Lorient.

Al derrumbarse el sistema, se disipó la confianza. Nadie osaba emprender nuevos negocios, el comercio y la industria se vieron paralizados, la desocupación y la mendicidad aumentaron considerablemente. Era la depresión que, por sus pasos contados, seguía en pos de la prosperidad. Al optimismo siguió la desconfianza, la incertidumbre de un futuro que a todos se antojaba tétrico. El temor de la miseria provocaba el atesoramiento característico de la depresión, y ésta se reagrababa. El gobierno, por su parte, se veía desprovisto de recursos, y debía echar mano a los expedientes de violencia y despojo, que no aliviaban su penuria financiera, pero agravaban los males de la depresión.

Desde los tiempos de Levasseur y Macleod ha sido moda elogiar a Law, teniéndole hasta por precursor de Adam Smith y de David Ricardo, por cuanto puso en evidencia las ventajas del crédito y de una abundante circulación de billetes. «En realidad, dice Gaxotte, dejó en sus contemporáneos tan penoso recuerdo, que antes retardó que preparó el advenimiento del crédito. Durante todo el reinado de Luis XV, bastaría evocar el recuerdo del cuadro trágico de aquella casa donde se halló, en diciembre de 1720, el marido ahorcado, la mujer apuñalada, los hijos degollados, seis sueldos de moneda ínfima y 200.000 libras en billetes sin valor, para derrotar a los partidarios de un nuevo banco de emisión».

El sistema de Law, por otra parte, trastornó todas las clases y corrompió las costumbres, agravando los gérmenes de descontento, y preparando así el camino de la revolución. Concurrían en verdad todas las condiciones de una gran perturbación moral: fortunas improvisadas en un día, millonarios reclutados en el bajo fondo, especuladores que desnaturalizaban la especulación auténtica, la previsión de las fluctuaciones futuras de los precios, y la transformaban en juego de azar; así jugaban y perdían hoy la fortuna ganada ayer. Por vez primera vió Francia al *nouveaux riche* codeándose con el gran señor arruinado y

capaz de cualquier vileza para recuperar la perdida fortuna. El duque de Borbón y el príncipe de Conti fuerzan las puertas del Banco de Law, y se llevan millones en sus carrozas. El duque de Estrées acapara el chocolate, el duque de la Force las velas de sebo, el duque de Antin los tejidos de lujo. Un hidalgo de gran familia, el conde de Horn, nieto del príncipe de Ligne y emparentado con el regente, atrae a cierto agiotista, y en una taberna lo mata a puñaladas y le roba el cartapacio de los valores.

La Regencia se nos presenta colmada de miserias, excesos y locuras. Mientras unos mueren de hambre y de frío, otros danzan, juegan, beben y se hartan. «El desenfreno es horrible y general, escribe una tía del rey. Toda la juventud de uno y otro sexo lleva una vida de las más reprobables: cuanto más desordenada tanto mejor». La marea del odio popular empezaba lentamente a subir.

64. Bajo el antiguo régimen, en vísperas de la revolución de 1789, Francia llegó a tener el presupuesto mayor de Europa. Las rentas ordinarias ascendían entonces a 475 millones de libras, y sus gastos pasaban de 532. El déficit anual era de más de 50 millones. Para apreciar en su verdadera importancia estas cifras debe tenerse en cuenta que, según los cálculos de D'Avenel, el valor de la moneda era entonces el doble del franco oro (\$ 0,20  $\frac{0}{s}$ ) anterior a la guerra de 1914. Para tener, pues, el valor actual de una libra tornesa habría que multiplicarlo por dos. Sería equivalente así a \$ 1,98 c/l., aproximadamente.

Los impuestos indirectos eran la *talla*, permanente desde el siglo XV, y la *capitación*, tasa personal establecida en 1695. Los impuestos indirectos, pagados por toda la población sin excepción ni privilegio alguno, eran las *ayudas*, tasas sobre las bebidas, el tabaco, el papel, los aceites y el jabón, los derechos de aduana, la *gabela* y la servidumbre personal (*corvée*). La gabela o impuesto sobre la sal, era el más odiado de los impuestos indirectos: impuesto al consumo que entrañaba, por parte



del contribuyente, la obligación de un consumo mínimo (*sel du devoir*).

Durante el reinado de Luis XV, bajo el gobierno del cardenal Fleury, se había reconstituido la *Ferme Générale*, asociación de financieros, que tomó a destajo la recaudación de los impuestos indirectos. El contrato se celebró por seis años de plazo, y los contratistas del arriendo garantizaban al Estado un monto anual de 80 millones, fuese cualquiera el rendimiento real de los impuestos. El Estado se aseguraba de tal manera la suma convenida, y los contratistas contraían asimismo la obligación de anticipar una cantidad, mediante el pago de un interés módico.

Las acusaciones contra ellos fueron frecuentes: se les acusaba de realizar beneficios enormes, y si debía creerse a los libelistas, el monto estipulado era siempre muy inferior a la recaudación real.

El primer arriendo fué ciertamente desventajoso para el gobierno real, porque se había tomado como base una mala recaudación directa por parte de aquél, y porque un imprevisto aumento de prosperidad durante los seis años convenidos benefició a los contratistas tanto como perjudicó al Estado. Pero en las renovaciones sucesivas el error se corrigió, haciéndose cada vez más riguroso el contralor. Aquéllos continuaron, sin embargo, realizando grandes beneficios, compensación equitativa de los riesgos que corrían los capitales invertidos, probablemente menor que los gastos de una recaudación directa. Sea como fuese, la inconveniencia política de la concesión misma, tratándose de una recaudación de impuestos, que no afrontaría ningún gobierno de nuestros días, era problema que no se planteaba durante el antiguo régimen. El arriendo de 1738 aseguró al Estado 91 millones; el de 1750, 102; el de 1756, 110.

65. Pero Luis XV tuvo constantemente ante sí otro problema mucho más arduo: el de la *pacificación de los espritus*, como lo denomina Gaxotte. Aunque se ha repetido hasta el cansancio que el siglo XVIII, el siglo de las luces por excelencia, fué una larga época de escepticismo, libertinaje y ateísmo, se vió con

frecuencia preocupado por querellas teológicas, grescas de profetas y explosiones de fanatismo popular, provocados por los que, como los jansenistas, combatían a la Iglesia.

Se combatió por la gracia, el libre albedrío y la predestinación. La lucha de los jesuítas contra los jansenistas llegó a tomar caracteres de una guerra de religión que parecía como un eco lejano del siglo XVI, en tanto que la libertad de expresar libremente todo género de opiniones iba cobrando de hecho, con la complicidad mal disimulada de las propias autoridades reales, una extensión y un arraigo que serían letales para la institución monárquica. La opinión pública iba de tal modo adquiriendo una fuerza que neutralizaba y reducía en muchas ocasiones la autoridad absoluta del soberano a la impotencia.

«No es bueno, dice Bainville, que un rey muera ni demasiado pronto ni demasiado tarde. Podría decirse que uno de sus deberes es desaparecer con sus contemporáneos, según el orden de la naturaleza, a fin de asegurar a hombres e ideas una sucesión regular». Acaso esta demora del *roi-soleil* en irse de este mundo concurre muy principalmente a explicar la grave conmoción que sacudió a Francia durante casi todo el siglo XVIII y preparó la revolución. A la muerte del gran rey había en ella, según la espiritual observación de Gaxotte, «un atraso de juventud y de impaciencia». El libertinaje y las audacias de la Regencia, agrega, fueron como la explosión de un mecanismo harto tiempo comprimido, un fenómeno de aflojamiento casi físico.

Lo cierto fué que la Regencia señaló el comienzo de una *precipitación* o disolución moral que el nuevo soberano, Luis XV, lejos de contener, atizó con sus malas pasiones y su inconstancia, a pesar de haber visto en muchas ocasiones la gravedad del peligro. La muerte del cardenal Fleury, que trató durante diecisiete años de asegurar al país los beneficios de la paz interior y exterior, fué una pérdida irreparable. Comenzó entonces el reinado de las dos grandes cortesanas, madama Pompadour y madama Dubarry, reagrándose la corrupción, la licencia de costumbres y la anarquía espiritual, salvo en los breves perio-

dos en que sus arrebatos y crisis de arrepentimiento ponían de nuevo a Luis XV en la vía del orden y de la autoridad.

Cuando un mecanismo de gobierno existe, cualquiera sea su valor abstracto, lo menos malo es que funcione regularmente según las formas y fines de su institución. Perturbarlo, cuando no se tiene la posibilidad u oportunidad de su reforma es tan absurdo como arrojar el paraguas y exponernos a los rigores del aguacero, porque mientras nos prevalemos de él vamos notando su insuficiencia. Acaso la más grave falta de Luis XV fué la inconstancia y el aturdimiento con que arrojó repetidas veces el paraguas, exponiéndose al aguacero de la censura y la crítica que arreciaba, e iba preparando la gran inundación revolucionaria.

La versión tradicional nos presenta a Luis XV como un soberano corrompido y egoísta, preocupado únicamente de gozar de la vida: «la máquina, la buena máquina, — dicho que se le atribuye — durará tanto como nosotros»: *après moi le déluge*. Gaxotte ha patentizado la injusticia. No era un egoísta sino un indolente y un inconstante. Cuando advirtió la gravedad del peligro en los últimos años de su vida, se lamentó de no llegar a vivir bastante tiempo para evitarlo, pensando que la incapacidad del sucesor comprometía quizás el éxito de las buenas reformas judiciales y financieras que dejaba.

En definitiva, lejos de restablecer el acuerdo de los franceses alrededor del trono, el mécenato equívoco de madama Pompadour, reforzó los partidos que dividían la opinión pública. La retirada de Voltaire a Ferney en 1760 es una fecha miliar del siglo XVIII. Por vez primera un escritor célebre fijaba su residencia a un paso de la frontera para insultar y cubrir de oprobio la autoridad del rey. Ante ella iba creciendo así por puntos un poder literario de crítica que resultaría mortal para el antiguo régimen. Pero no solamente era él quien ejercía el magisterio de la censura. También partían de la misma corte los rasgos de adulación servil, mil veces más funestos que la más dura crítica, las calumnias, sátiras, canciones y letrillas,

anónimas o con pie de imprenta en Amsterdam, aunque salidas de alguna prensa clandestina de París y acaso del mismo Versailles, que inundaban el país y eran leídos con avidez, y que como tósigo placentero y mortal, iban extendiendo por todas partes la psicosis de la murmuración y del descontento.

A fines del siglo, resumiendo este proceso de transformación espiritual, escribía Necker: «Desde la época de la Regencia el poderío de la opinión pública ha ido creciendo sucesivamente, y hoy sería difícil destruirlo. Ese poderío reina en todos los espíritus, y hasta los mismos príncipes lo respetan cuando no son arrastrados por grandes pasiones: unos lo consienten voluntariamente por ambición de favor público: y otros, menos dóciles, se someten a él, sin advertirlo, por el ascendiente de los que los rodean».

Luis XV no fué comprendido por su pueblo. Traicionado por las clases privilegiadas, combatido por los parlamentos, gobernó entre el desorden de las controversias y la lucha de las facciones. «La política en su reinado no fué otra cosa que un compromiso entre sus designios, las repugnancias de la Nación y las teorías de los forjadores de planes. Esto no basta para explicar su intermitencia, sus debilidades, sus fracasos. Pero la mala suerte quiso que nunca, como entonces se acumulasen las dificultades, tan numerosas y complicadas. La unidad de miras y de comando faltó cuando era más necesaria». (P. Gaxotte).

66. Durante el reinado de Luis XV la población de Francia creció continuamente. Aunque no se tienen cifras precisas, comparando las estimaciones de Necker en 1873, los cálculos hechos en 1788 ante la convocación de los Estados Generales, las listas electorales de 1791 y las cifras de racionamiento de pan, de los años II y III, se llega a un total de 27 millones de habitantes en 1789 contra 18 ó 19 en 1700. Y esta población, la más numerosa de Europa, era estable y homogénea.

La creación de una gran red de carreteras había dado grande impulso a la vida económica. Se viajaba entonces más rápida y

regularmente. Los transportes comerciales habían ganado también en regularidad. El acarreo de hulla de River-de-Gier a Lyon empleaba 700 bestias de carga. Y en las rutas de París a Burdeos y de París a Toulouse, el transporte comercial ocupaba cinco mil carros y veinte mil caballos.

Según las estadísticas del Contralor General, el comercio exterior del reino había cuadruplicado de 1715 a 1.787, y en vísperas de la revolución alcanzó la enorme cifra de 1153 millones, a que no llegaría otra vez sino en 1825. Las mercancías extranjeras de tránsito pasan de 6 millones en 1716 a 152 millones en 1787; prueba de que la marina mercante de Francia concurría muy activamente con sus rivales extranjeras.

En 1783 se crea la primera línea regular de paquebotes entre El Havre y Nueva York. Sobre el Atlántico, Burdeos y Nantes llegan a ser grandes puertos internacionales, donde se negocian y distribuyen inmensas cantidades de géneros coloniales. De Santo Domingo proviene la mitad del azúcar que el mundo consume, y en solo un año los armadores de Nantes importan en aquella industriosa isla 30.000 negros.

Por un artificio singular que databa del siglo XVII el capitalismo conquista primero la campaña francesa, para reducir más tarde los centros urbanos. Las corporaciones podían invocar sus privilegios e impedir dentro de la ciudad la institución de grandes fábricas. No podían hacerlo en las campañas que se substraían de tal suerte a su tutela; y en las campañas, los capitalistas absorben la mano de obra que durante el invierno tenía costumbre de emigrar hacia las ciudades, instalando sus grandes fábricas de tejidos, de muebles, de porcelanas y de cuchillería, desde las cuales distribuyen a los campesinos la materia prima, las herramientas y las máquinas perfeccionadas.

Marc Bloch observa el rasgo más característico de la campaña francesa: «gran país complejo que reúne dentro de sus fronteras y bajo una misma tonalidad los tenaces vestigios de civilizaciones agrarias opuestas». Pero le da unidad el cultivo del trigo. En la lengua de los campesinos *le blé* sirve para designar todos

los cereales de que puede fabricarse pan, cualquiera sea su calidad, que el gobierno fiscaliza rigurosamente a veces, por temor del hambre.

Mas para que la economía del cambio se afiance es menester que arraigue en la masa lo que Bloch llama «mentalidad de comprador y de vendedor». Los iniciadores de la transformación son los *nouweaux riches*, grandes burgueses ennoblecidos, compradores de tierras, que disponen de capitales abundantes y tienen larga práctica de los negocios. Bajo la influencia de los fisiócratas la administración los favorece, acordándoles la libre circulación de los granos.

En Inglaterra la transformación capitalista, moderna, del país fué una *revolución industrial*, y así ha sido llamada por sus historiadores. En Francia, en cambio, fué ante todo una *revolución agrícola*. Y esa revolución abarcó no solamente los métodos de cultivo que intensificaron la producción, aumentando el rendimiento, esto es, la *productividad* del suelo, sino también el rescate o amortización de los privilegios señoriales y la división y venta de los prados *comunales*, llamados en España *prados concejos* o *concejiles*, y cuyos vestigios han subsistido en ella, hasta muy entrado el siglo XIX.

67. Es hoy punto fuera de discusión que en 1789 las clases privilegiadas no alcanzaban a poseer la mitad del suelo, comprendiendo en ella pantanos, turberas y grandes parques o tierras boscosas, mantenidas por puro esparcimiento. La propiedad campesina propiamente tal, variaba entre el 31,9 por ciento y 62 y 69 por ciento en diferentes regiones, aunque su distribución era muy desigual. Bajo el reinado de Luis XV los intendentes preconizaban para la partición de los prados comunales, los métodos más favorables a los pobres. La conciliación de intereses opuestos se realizó por la fuerza misma de las cosas, y se puede afirmar que donde quiera que los prados comunes respondían a una verdadera necesidad, las resistencias fueron bastante fuertes para impedir que los grandes agricultores abusasen de sus derechos.

La propiedad campesina fué aumentando a expensas de la propiedad nobiliaria. El alza general de los precios comprobada por las ya clásicas investigaciones de D'Avenel, favoreció particularmente a la clase rural, permitiéndole proseguir el rescate o amortización de los privilegios y el aumento de las propiedades pequeñas. «Desde mediados del siglo XVIII hasta 1790 el alza se acelera y se impulsa con vivacidad que sobrepasa en mucho a la de nuestros días. Ello recuerda las plusvalías del siglo XVI, aunque no atenuadas como en aquel siglo por la depreciación de la plata. De suerte que, en conjunto, fué tal vez durante la segunda mitad del siglo XVIII, cuando se produjo el más rápido aumento ascensional. . . El terreno agrícola que valía 265 francos la hectárea de 1701 a 1725, que aumenta a 344 francos de 1726 a 1750, pasa a 515 francos de 1751 a 1755 y a 764 francos de 1776 a 1800. *Triplica*, pues, en cien años, mejor dicho, en noventa, porque los datos de la época revolucionaria, en asignados la mayor parte, faltan casi por completo» (G. D'Avenel).

En suma, si se compara la suerte de las clases rurales en Francia con las de la Europa central o de Inglaterra, puede afirmarse que aquéllas estaban mejor vestidas, alimentadas y alojadas que cien años antes. Y aunque se veían aun como entorpecidas por las servidumbres feudales, habían ido llegando a la propiedad, y estaban tan habituadas a llegar a ella por esfuerzo personal, pagando en dinero contante sus adquisiciones, que durante la revolución no pretendieron el reparto *gratuito* de los bienes del Clero. Quedaban, sin embargo, quejas en inquietudes que hallaron eco en los *cuadernos*.

68. La administración pública recibió también considerable impulso bajo el reinado de Luis XV. Dice festivamente Gaxotte que fué Luis XV quien inventó a *M. Lebureau*. «Es preciso, agrega, restituir a este personaje legendario sus títulos de nobleza. Bonaparte no lo inventó: nació a mediados de 1750, sin covachuela ni mangas de lustrina. Vestía casaca bordada, medias de seda y espadín. Su advenimiento pasó inadvertido,

y fué, sin embargo, una especie de revolución, el comienzo de otro régimen, la prefiguración de los estados modernos. Pero allí se percibe vivazmente cómo se transformaba la antigua monarquía, sin ruido, sin sacudidas, sin idea preconcebida, al contacto de la experiencia».

Los ministros de Luis XV instituyeron y dotaron de sus estatutos administrativos a las direcciones de puentes y calzadas y de minas, en 1774 y 1750. Y este movimiento se continuó bajo Luis XVI. Entre la caída de éste y el golpe de Estado del 18 de Brumario sólo transcurrieron siete años. La facilidad con que Bonaparte creó en pocos días la administración de contribuciones directas fué mérito del ministro Gaudin, sobreviviente de los tiempos de d'Ormesson, a las órdenes del cual había empezado su adiestramiento burocrático en 1773.

69. *Guerra del impuesto* suele llamarse a la lucha del contralor general Machault contra los órdenes privilegiados, durante los años 1747-1757. Y en verdad, sin el antecedente lejano de aquella singularísima guerra, sin la reforma posterior de Terray, que puso de nuevo en vigor los planes financieros de Machault, y sin la ciega complacencia con que Luis XVI los dejó sin efecto, restableciendo las tradicionales exenciones impositivas de los órdenes privilegiados, la revolución de 1789 no habría presentado sus rasgos peculiares de violencia, de anarquía y de súbito derrumbamiento.

Los edictos de mayo de 1749, promulgados a instancia de Machault, crearon un millón ochocientas mil libras de renta de 5 por ciento, en total, 36 millones, para la extinción de las deudas de guerra, e impusieron con carácter permanente un impuesto del vigésimo (de ahí su designación), o sea, de 5 por ciento sobre las rentas inmobiliarias, mobiliarias, industriales y comerciales, con exclusión de las rentas del trabajo. Era una imposición semejante al actual impuesto a los réditos, aunque superior a éste y más equitativo, en cuanto excluía, con las rentas del trabajo, las de los jornaleros urbanos y rurales. Pero lo debían los réditos de los cargos y oficios comprados, esto es,



los cargos privilegiados, y todas las retribuciones pagadas por el tesoro real, las ciudades y las provincias.

La oposición encarnizada de los órdenes privilegiados terminó por quebrar la decisión de Luis XV, después de una lucha larga y enconada, que complicaron repetidas controversias y agitaciones religiosas. Los nuevos edictos quedaron sin efecto, como consecuencia de la declaración real del 7 de julio de 1756, que importaba en definitiva el retorno a los antiguos errores y desigualdades. El vigésimo de Machault debía terminar a los diez años, y un segundo vigésimo decretado con carácter de emergencia y con motivo de la nueva guerra que acababa de encenderse, al terminar ésta.

En 1771, el gobierno del *triumvirato* (Aiguillon-Maupeou-Terray) que había sucedido al del duque de Choiseul emprendió una reforma de mayor alcance. La oposición aristocrática que había fomentado el ministro caído, se proseguía con encarnizamiento, azuzada por los mismos príncipes de la sangre. El Parlamento de París acababa de rehusarse a reanudar sus funciones judiciales. Luis XV, por acto de fuerza que inspiró Maupeou, confiscó los cargos judiciales, propiedad de la nobleza de toga, disponiendo que fuesen más tarde indemnizados, y desterró los funcionarios judiciales depuestos. Poco después, por edicto del 23 de febrero de 1771, creó, para reemplazar los tribunales privilegiados suprimidos, consejos judiciales compuestos de jueces inamovibles designados por el mismo soberano, y declaró la gratuidad de la justicia. Conservó, sin embargo, al Parlamento de París, muy reducido en su nueva jurisdicción, y a once consejos de provincia, la facultad de registrar las leyes.

Otro edicto de noviembre del mismo año, obra del contralor general de finanzas Terray, reorganizó la administración de los vigésimos, declaró la perpetuidad del primero y prolongó el segundo hasta 1781. Resolvió, por último, que uno y otro serían recaudados con puntualidad, proporcionalmente a los réditos, sin privilegios ni excepción.

*Revolución de Maupeou* llama Bainville a estas resoluciones

de Luis XV, que compara con la *revolución* de Bonaparte del 18 de Brumario, recordando — «azar o designio», subraya — que Lebrun, designado cónsul por éste, en compañía de Cambacêrés, había redactado aquellos edictos; y ciertamente lo fué. Pero mientras la revolución de Maupeou anticipó dos resultados esenciales de la de 1789, igualdad ante el impuesto y gratuidad e independencia del Poder Judicial, la de Bonaparte se limitó a «fijarla en los principios *que la comenzaron*», declarándola *concluída*, como decía la proclama con que anunció solemnemente al pueblo la constitución consular.

° 70. El reinado de Luis XVI es una serie casi continua de proyectos abortados, de promesas no cumplidas y reformas derogadas apenas puestas en vigor. Todos los intentos de progreso y, desde luego, los que con la revolución de Maupeou encaminaban a Francia hacia la igualdad ante el impuesto, se vieron impedidos por la obstrucción de los parlamentos, a los cuales devolvió imprudentemente sus inmunidades y privilegios.

El Parlamento de París recibió la gracia espontáneamente concedida, con aires de altivez, protestando contra todo proyecto de reforma disciplinaria. Desde entonces, por su oposición sistemática y la agitación que fomentó de tal suerte, no hizo sino precipitar la revolución de que sería la primera víctima. Los parlamentos brillaron, durante todo el siglo XVIII, por el arte con que disimulaban, envueltas en retahilas altisonantes, humanitarias y liberales, los intereses más egoístas; y así lograron provocar el fracaso de reformas útiles, como la de Terray, porque destruían sus intereses en clase.

«Luis XVI, dice Sainte-Beuve, no era más que un hombre de bien expuesto sobre un trono, en el que no se sentía cómodo. Por una sucesión de ensayos incompletos, no proseguídos, siempre interrumpidos, irritó la fiebre pública, que contribuyó a redoblar... El bien — agrega — para no ser un ensueño, ha menester una organización, y ésta, una cabeza, sea de un ministro, sea de un soberano... Esto faltó por completo durante los quince años de ensayos y tanteos acordados a Luis XVI.

Las personalidades que quiso darse por auxiliares y colaboradores, en su sincero amor al pueblo, aun las mejores, estaban imbuídas de principios y luces, pero también y en alto grado, de los prejuicios del siglo, cuyo fundamento era una confianza excesiva en la naturaleza humana».

Sus primeros ministros fueron excelentes, Maurepas, Vergennes, Saint-Germain, el ilustre Turgot, cuyas manos besaba Voltaire emocionado. Con la simpatía pública de que se vió rodeado al llegar al trono, había, pues, sobrado motivo para concebir las mejores esperanzas. Y, sin embargo, el ministerio fracasó. Nos interesa particularmente el fracaso de Turgot, cuyas reformas, libre circulación de granos, sustitución de la servidumbre de caminos por un impuesto que debían pagar también las clases privilegiadas, y abolición de las anacrónicas corporaciones de oficios, esto es, libre concurrencia industrial, se inspiraban en los mismos principios de la reforma Maupeou-Terray, y hubieran evitado a Francia la revolución.

Su fracaso no tuvo por causa el intento de poner límite a las prodigalidades de la Corte, como se ha creído. La verdadera causa de su caída fué su conflicto con el ministro de negocios extranjeros Vergennes. Turgot tenía necesidad de paz. Afirmaba que el primer cañonazo sería la señal de la bancarrota. Vergennes, por su parte, que no podía perderse la oportunidad de la insurrección de las colonias inglesas de América, para tomar desquite de la desastrosa paz de 1763. El criterio de Vergennes prevaleció, y Turgot prefirió retirarse, llevando consigo, como los hechos lo probarían, la última esperanza de evitar la revolución.

Llamado Necker al gobierno de la hacienda pública en 1781, halló los medios de *financiar* o solventar la guerra, mediante el aumento gigantesco de la deuda pública, que la prosperidad creciente del país hizo posible. Por sus empréstitos públicos, onerosísimos para el tesoro real, legó a los que le siguieron, el fardo igualmente oneroso de la impopularidad. No sería justo, en verdad, acusar a Calonne y Brienne de las faltas de Necker:

él mismo hubo de fracasar, en su segundo ministerio, desde luego, por derroches del primero, en una guerra de la que Francia no sacó más ventaja que las consecuencias funestas de aquellos derroches, y la satisfacción platónica de haber contribuído a la independencia de los Estados Unidos.

71. Al terminar la guerra, Francia era una paradoja singularísima: *un Estado pobre en un país rico*. Dos historiadores de la revolución, de tendencias doctrinarias tan opuestas como Mathiez y Gaxotte, coinciden en afirmar que aquélla no fué una crisis de miseria, como suele creerse. Para Mathiez la revolución fué el desenlace de un proceso secular, y vino de lo alto, de la clase capitalista: «obreros y campesinos eran capaces de un sobresalto de revuelta; incapaces de una verdadera revolución». Para Gaxotte, «la miseria puede suscitar revueltas; pero no causa revoluciones».

La experiencia posterior a la guerra de 1914, con la cual han revivido las más anacrónicas instituciones del pasado, nos enseña que un pésimo estado de la hacienda pública es compatible con una gran prosperidad económica. «Todos los testimonios concuerdan, dice Bainville, la prosperidad era grande bajo Luis XVI. Jamás había estado el comercio tan floreciente ni la burguesía tan rica. El dinero abundaba en el país. Tan considerable como fuera, el déficit podía enjugarse con un rendimiento mejor de los impuestos. Por desgracia, los ministros reformadores chocaban contra resistencias antiguas, que no eran sólo las de los privilegiados, pero también las de todos los contribuyentes, cuyo protector titular era el Parlamento. La prodigiosa popularidad de Necker se debió al hecho de recurrir, no al impuesto sino al empréstito. Hábil para dorar la píldora y presentar el presupuesto, como en su famoso *Compte rendu*, bajo el aspecto más favorable, pero más falso, no tuvo inconveniente, cubriendo de colorete la verdad, en atraer capitales considerables». De ahí dos consecuencias por igual funestas que nadie debiera echar en saco roto, y que podría sintetizar la frase proverbial, *pan para hoy y hambre para mañana*.

Al llegar indefectiblemente la bancarrota fué innumerable la muchedumbre de rentistas empobrecidos. Necker, por otra parte, suscitando la ilusión de que podía prescindir de nuevos impuestos, ganó el favor de los contribuyentes, en particular, del Clero, a la bolsa del cual había costumbre de recurrir en caso de necesidad. Y por esto mismo volvió más rehacios a todos los demás franceses, hacia toda nueva forma de imposición. Los sucesores de Necker fueron Joly de Fleury, a quien se imputó el déficit, acaso por haber revelado la verdad, y d'Ormesson, que tomó medidas enérgicas y francas para remediarlo, sin otro resultado que provocar el pánico. Fracasaron en dos años.

Vino luego Calonne, a quien se ha considerado como el sepulturero del antiguo régimen. Desprestigió a Calonne por más de un siglo la frase sangrienta de Beaumarchais: «era menester un calculista, y lo que se obtuvo fué un danzante». En nuestros días se le ha rehabilitado. Quiso provocar el optimismo y la reacción con un breve período de dilapidación, de aparente abundancia, y precipitó la catástrofe, con cuyo *perro muerto* ha cargado su fama por más de un siglo. Era injusto atribuir a su aturdimiento, y quizás a su *malchance*, las consecuencias de los despilfarros neckerianos. Sus prodigalidades cortesanas, por otra parte, sus condescendencias con el lujo y el boato de la reina, no fueron más allá de lo que el mismo Turgot había consentido.

Su fin fué lamentable. Tuvo que soportar la hostilidad de los parlamentos, predicadores hipócritas de las economías y negadores contumaces de todo nuevo impuesto y de toda reforma que aboliese su exención impositiva. Y los hechos probaban la tremenda realidad del dilema: o se gobernaba con los parlamentos que impedían toda posibilidad de solventar el déficit con su resistencia obtusa; o se los destruía, como lo hizo Maupeou. Luis XVI, hostil al golpe de Estado, prefirió ser fiel a las ideas trasnochadas de su abuelo, el duque de Bourgogne, a las cursilerías anacrónicas del empalagoso *Telemaco* de Fenelón, que habrían de resultarle trágicas, y de tal manera pro-

vocó la revolución. Después de dos años de conflicto con el Parlamento, Calonne le sugirió la idea de convocar a los polichinelas de una *Asamblea de Notables*, una de *quintas ruedas* de la monarquía constitucional y aristocrática que había ideado Fenelón. Desde ese momento (febrero de 1787), puede afirmarse, se arrancó la revolución.

A Calonne sucedió Lomenie de Brienne, presidente de los notables, «un Maupeou impotente», como lo llama Bainville, mejor dicho, inconsciente. Todo gobierno resultaba imposible, porque se habían multiplicado los obstáculos en el camino, «colocando un tropiezo delante de cada uno de sus pasos, dice Bainville, . . . Los privilegiados temían los impuestos: una asamblea del Clero reunida por Brienne, de la que se esperaba un subsidio, lo negó rotundamente, declarando — pretexto harto cómodo — que el pueblo francés no era tasable a voluntad . . . Nadie quería pagar; los rentistas querían ser pagados. Todo el mundo contaba con los Estados Generales: unos para escapar al impuesto; otros, los rentistas, para garantizar el servicio de la deuda pública. Juanes Lanas todos ellos impacientes por arrojarse al agua para no mojarse.

72. Entretanto las agitaciones se propagaban a gran parte del país, alternándose con medidas de rigor que agravaban el mal y aumentaban la inquietud. Una asamblea de los tres órdenes se reunió espontáneamente en Vizille, por haberla prohibido el gobierno en Grenoble, el 7 de junio de 1788. Su programa del 21 de julio, redactado por Mounièr, fué revolucionario. Era el resumen de las ideas que flotaban en el ambiente de diez años atrás: nada de reformas ni de subsidios sin el voto previo de los Estados Generales; elección de todos los diputados; doble representación del Tercer Estado, y voto por cabeza y no por orden, lo que significaba, para el Tercer Estado, la posibilidad de la mayoría sobre los otros. La fórmula, como encendido reguero de pólvora, corrió por toda Francia. Pocos días antes, el 5 de julio, Brienne había convocado la asamblea de los Estados Generales sin fijarle fecha. El tesoro real

estaba exhausto, reducido a expedientes y a punto de suspender el servicio de la deuda pública. A duras penas se pagaba el sueldo de los funcionarios. Para parar el golpe de Vizille, Brienne la convocó para el 1° de mayo de 1789.

De tal manera, la penuria monetaria que de largo tiempo atrás padecía el antiguo régimen había llegado a serle mortal. La causa profunda de la dolencia eran las libertades, franquicias e inmunidades tradicionales, que hacían de muchos individuos y grupos sociales heterogéneos, fuerzas más poderosas que la del Estado.

73. En aquel momento, sin embargo, la situación de la hacienda pública no era desastrosa, como se ha creído durante mucho tiempo. Según el informe de Lomenie de Brienne, el déficit ascendió a 160 millones, sobre un presupuesto de gastos de 500 millones. Francia contaba entonces 27 millones de habitantes. El valor de la libra había descendido, según D'Avenel, a 0,95 de franco oro, digamos en cifra redonda, a un franco oro, es decir, a un peso de curso legal actual. Hubiera bastado, pues, para enjugarlo un aumento, sea de los impuestos, sea de su rendimiento, mediante una administración bien ordenada, de 6 a 7 francos por habitante.

Este déficit pareció excesivo, juzgado a la luz de la ordenada hacienda pública anterior a la guerra de 1914. Hoy no podría escandalizar a nadie, ni en el antiguo ni en el nuevo mundo, cuando las dictaduras irresponsables de los países totalitarios, y las responsables de los democráticos, han hecho de ella un tonel de las Danaidas, donde el fantasma de la paz armada, y el otro acaso más temible de la economía dirigida con sus gigantescos experimentos económicos, van abismando fatalmente miles de millones, para provocar quizá revoluciones mucho más profundas y destructoras que la de 1789, o llevar la civilización del mundo a una destrucción lenta, a un estado de postración milenaria como la que siguió a la invasión de los bárbaros, y como la que sigue de necesidad, si los gastos improductivos consumen gran parte de los réditos, y

empieza a provocarse el agotamiento de las fuentes de producción por la destrucción gradual de los capitales.

La situación del tesoro real en Francia, en vísperas de la revolución, parecía sin salida, como lo ha dicho muy atinadamente Bainville, por la incapacidad momentánea, en que se hallaba el Estado, «de crear los recursos suficientes, y percibir los impuestos calculados para las necesidades». Y esa incapacidad, debida ciertamente al aturdimiento de Luis XVI no era irremediable. En este sentido, la situación de Francia entonces era menos desventajosa que la del mundo actual.

La situación de Francia en 1789 era efecto de una dificultad que Bonaparte, superada la crisis demagógica, remedió fácilmente. La del mundo actual es como una inmensa tragedia económica, la cual nace del conflicto entre grupos gigantes cos de intereses antagónicos, que sólo un utópico dominador del mundo — función a que aspiran ciertos dictadores, según las malas lenguas — podría tal vez arbitrar, y que acaso no haya de resolverse sino por una victoria de Pirro, tan desastrosa para vencedor como para al vencido.

74. Los derroches enrostrados al antiguo régimen no cesaron con la revolución. La libertad fué tan pródiga como la monarquía absoluta. Esos derroches, por otra parte, han sido magnificados por la leyenda. Los gastos de la familia real, los favores y pensiones, de que tanto se ha despotricado, eran seguramente menos onerosos que las pensiones y retiros de paz y de guerra, en el mundo de nuestros días, así de las naciones tirias como de las troyanas. «No existe, dice Marion, en su *Historia financiera de Francia*, ni puede existir estadística para este género de gastos o recursos agotados, como no existe, para tiempos más próximos a los nuestros, estadística de las economías impedidas, de la sinecuras establecidas o mantenidas, de los gastos inútiles impuestos por influencias parlamentarias y servidumbres electorales».

La toma de la Bastilla — todos lo sabemos — no fué más que una operación simbólica, cuya glorificación se hizo en



Francia muy tardíamente. Lo positivo fué que, después del 14 de julio, estalló en Francia una vasta insurrección. El rumor anónimo de la *maniobra revolucionaria*, según la conjetura de Aulard, corrió por todo el país con velocidad fulmínea. Las gentes enloquecidas por el pánico se armaron apresuradamente. ¿Para defenderse de quién? De supuestas bandas de forajidos que avanzaban no se sabía por dónde. Empezó entonces el asalto y el saqueo, en la ciudad y en la campaña. Según las palabras del embajador de Venecia: «una anarquía horrible es el primer fruto de la regeneración que quiere darse a Francia... ya no hay autoridad ejecutiva ni magistrados, ni leyes ni policía». Era la explosión denominada por Taine «anarquía espontánea».

Después de los primeros pases de la contradanza revolucionaria, las escaramuzas, amagos, fintas, quites y contestaciones de los primeros días y *jornadas revolucionarias*, durante las cuales, los Estados Generales se transformaron en Asamblea general constituyente y soberana, fué necesario pasar de la poesía de la revolución a la prosaica y temible realidad de la anarquía y de la penuria del tesoro real. Un informe leído en ella concluía en los mismos términos que el embajador veneciano. El problema de mayor urgencia era tranquilizar a las poblaciones y arbitrar los medios de poner término a esa penuria. En la famosa *noche del 4 de agosto*, a propuesta del vizconde de Noailles, en un arrebató de entusiasmo mucho más sincero que meditado, declaráronse abolidos todos los privilegios feudales. Y así cayeron los derechos señoriales, el diezmo, al cual correspondía la carga de la asistencia social, y los privilegios de las provincias, comunas y corporaciones.

Mirabeau estuvo ausente en la noche famosa: él fué el primero en censurar «el torbellino eléctrico». «Se había desarraigado el árbol, decía Rivarol, que hubiera sido preferible podar».

Pero ya no se podía retroceder. Se había uniformado a Francia, suprimiendo de golpe todas las excepciones que hacían tan penosa la administración de la hacienda pública; pero no se

había caído en la cuenta de que el Estado tomaba también a su cargo, gravámenes que eran como la *contrapartida* de los censos feudales abolidos. A fin de agosto, Necker, que había sucedido a Brienne, dió el grito de alarma ante la Asamblea: el tesoro estaba vacío; las rentas públicas agotadas no cubrían ni la mitad de los gastos. Su informe imploraba el restablecimiento del orden, sin el cual es imposible la recaudación de los impuestos, y pedía un empréstito de urgencia que fracasó. Pidió entonces, el 24 de septiembre, una contribución extraordinaria, llamada *tasa patriótica*, de un cuarto de todo rédito neto desde 400 libras.

75. Fué como un terror financiero. De las palabras del hacendista y banquero Necker, se infería que una revolución no era buen medio para resolver una cuestión de penuria monetaria. La angustia era realmente trágica. La Asamblea había sido convocada para remediar la hacienda pública, y amenazaba, defraudando las ingenuas esperanzas de los que habían creído librarse de mayores cargas, con otras peores que las existentes. Y a punto estaba de negarse, cuando Mirabeau, el más grande temperamento político que se sentaba en ella, arrastró la mayoría, haciéndole ver que perecería ciertamente, aplastada por «la horrorosa bancarrota».

Bajo la influencia de las teorías fisiocráticas, la Asamblea Constituyente abandonó la mayoría de los impuestos indirectos, la gabela, los derechos que gravaban los tabacos y las bebidas, y el impuesto sobre los naipes; pero conservó los de registro y sellado y los impuestos aduaneros. Al asumir solemnemente sus funciones, el 17 de junio, había decretado que «toda recaudación de impuestos y contribuciones de cualquier naturaleza, que no hubiese sido especificada formal y libremente . . . cesaría por completo en todas las provincias del reino». Con esta supresión, resultado inmediato de la anarquía en que desapareció la autoridad del soberano, el tesoro real perdía de golpe un tercio de sus rentas ordinarias.

En un país esencialmente agrícola como la Francia de 1789,

la contribución inmobiliaria siguió siendo el recurso más importante. A los 240 millones en que se calculaba su rendimiento, sumábase una contribución personal y mobiliaria de 60 millones, y la patente que gravaba todos los réditos comerciales e industriales. Pero esta reforma fué muy resistida. A la espera de un catastro reclamado por los contribuyentes, la Asamblea dispuso al pronto que el tesoro real fuese formando matrices según la declaración de aquéllos. La mala voluntad de los comunes entre los cuales se había repartido provisionalmente el impuesto, según el monto de las imposiciones tradicionales, originó el fracaso de la recaudación, complicada también por la tasa patriótica de Necker.

76. En diciembre, ante la desesperada situación del tesoro real, el Clero se vió forzado «poner sus bienes a disposición de la Nación». Desde que la Asamblea pudo disponer de este enorme capital, la tentación de «reducirlo a moneda» fué irresistible. Los bienes eclesiásticos, a los que se agregaron a poco los bienes del patrimonio real y los de los emigrados, formaron la masa de los *bienes nacionales*.

Los *asignados* fueron, al ser emitidos, 400 millones de títulos hipotecarios garantidos por esos bienes y amortizables en término de doce años. En abril de 1790 la Asamblea dió un paso más adelante: el Clero fué simplemente desposeído, tomando a su cargo el Estado los gastos del culto y de la asistencia pública, y los nuevos asignados fueron esta vez simple *papelmoneda*.

El sistema de esta moneda falsa impuesta por el Estado, so pretexto de la garantía de los bienes nacionales, produjo, como en los tiempos de Law, como en los tiempos posteriores a la guerra de 1914, todos los efectos de la inflación monetaria, la remoción de las fortunas, por la ruina de numerosas clases de rentistas, el encarecimiento de la vida, la especulación y el pánico. Pero, por un fenómeno hartamente natural, los asignados, que perjudicaron a las ciudades, favorecieron a la campaña y a las poblaciones rurales. El alza continua de los precios, según

se acentuaba la depreciación de los billetes, benefició a los vendedores de productos y subsistencias y a los compradores de bienes nacionales. En 1796, mucho antes del plazo de doce años fijado para el rescate de los asignados, un billete de valor nominal de cien libras, esto es, de cien francos oro, valía exactamente seis sueldos, es decir, 0,30 de franco oro: ¡la depreciación era de 99,70 por ciento!

Como el Estado recibía los asignados a la paridad, fueron muchísimos los que se transformaron en propietarios por el precio de algunas gallinas. Las ventas sucesivas de bienes nacionales se hicieron así en condiciones cada vez más ventajosas para sus compradores, que los pagaban con fajos de asignados de valor ínfimo, y con los *mandatos territoriales* que les sucedieron, tan depreciados como ellos. La operación, desastrosa para el tesoro revolucionario, los rentistas y los habitantes de las ciudades, fué magnífica, inesperadamente magnífica, para los campesinos compradores de los bienes nacionales, a los que se sumaron, después de la revuelta del 10 de agosto de 1792, con los bienes de los *ci-devant*, esto es, de los aristócratas fugitivos (o supuestos tales) y por último, los de los sospechosos, definidos por la ley del terror con tremenda y ambigua amplitud: no bastaba no haber hecho nada contra la Revolución; era menester haber hecho algo por ella, probándolo con *certificados de civismo*, que se negaban a todos los que se quería perder.

Como en la mayor parte de los casos se compraba la tierra por un precio irrisorio, los compradores, temerosos de verse llamados a cuentas o despojados, fueron de tal suerte los más celosos partidarios de la revolución.

77. Los años que siguieron hasta la reacción thermidoriana fueron una depresión continua, reagravada por los desórdenes de la anarquía, las malas cosechas — debidas en parte a factores meteorológicos, pero también a la irregularidad de los trabajos agrícolas — la paralización industrial y comercial, y más tarde por la implantación de la dictadura jacobina y la guerra de la primera coalición.

Los resultados esenciales de la revolución, la desaparición del antiguo régimen y la igualdad política y social, que no nivela irracionalmente a todos los hombres, pero les acuerda derechos civiles y políticos proporcionados a su capacidad, garantizando a todos por igual el libre acceso al bienestar y a la cultura, estaban ya totalmente realizados al cerrarse la Asamblea constituyente.

Desde entonces hasta la caída de Robespierre existieron dos Francias revolucionarias bien determinadas, a saber, la Francia demagógica de las facciones que se disputaban el predominio; en la Convención y en los comités de seguridad general y salvación pública, y se *depuraban*, según se decía en la jerga revolucionaria, entiéndase, se *guillotinaban* unos a otros en una guerra de bandidos, en la que se ganaba o se perdía, con la posición política la vida; y la Francia revolucionaria auténtica.

Apunté por vez primera esta distinción en 1929. Para comprobarla, basta hojear, una de sus historias más recientes e insospechables, la de los profesores Philippe Sagnac, Georges Lefebvre y Raymond Guyot publicada en 1930. Su plan mismo la corrobora por completo. La introducción y los tres primeros libros tratan de la historia política en la que, desde el 10 de agosto de 1792, dan el tono e imprimen sus huellas sangrientas los ideólogos de la guillotina; el libro IV trata de la revolución francesa y de la civilización europea, donde, por el contrario, dan el tono y dejan las huellas luminosas de su paso, los que no abandonaron las posiciones esenciales del gobierno, a pesar del terror, para evitar a su país un desastre pavoroso. Son dos elencos revolucionarios que no se confunden. En todos los tiempos de dictadura, cualquiera sea el régimen o la ideología que se pregone, son probablemente numerosos los que trabajan en silencio-heroico, a la espera de tiempos mejores.

78. Mathiez, como se ha visto, pretende justificar la dictadura del terror y los asesinatos en masa de que fué ocasión, presentándola como una consecuencia de la ley marcial, de la

dura ley de la necesidad que impuso la lucha de los hombres de bien contra los bribones, contra todos los enemigos interiores y exteriores de la revolución <sup>(1)</sup>. Que deba distinguirse a los hombres de bien de los bribones, es cosa que nadie puede razonablemente negar. Tal era sin duda el sentido profundo de la sentencia leopardiana: «il mondo è una lega di birbanti contro gli uomini da bene, e di vili contro i generosi». Pero que la distinción coincida con la de las facciones políticas, y que aquellas que preferimos sean las de los hombres de bien y sus adversarios los bribones, aunque en algunos casos tenga visos de verdad comprobada, es un criterio histórico pueril.

Los bribones resultaron tales, después del proceso despiadado a que les sometieron sus enemigos triunfantes, antes de enviarlos a la guillotina, y en ese proceso, que fué una parodia de justicia, se omitieron las garantías más elementales de la defensa en juicio; porque los acusadores temían que la popularidad de muchos procesados provocase reacciones violentas de la muchedumbre; temían además, en otros casos, que la misma enormidad de las acusaciones descubriese la venganza que ocultaban y originara cambios peligrosos de la opinión pública. En los procesos revolucionarios del terror prevalecía, más que el espíritu de justicia y la muy resobada ley marcial, el instinto de conservación y el egoísmo feroz de la facción momentáneamente victoriosa.

No sabemos ni sabremos nunca quizá, quién era en realidad el bribón y quién el hombre de bien. Los bribones fueron acusados de corrupción, acreditada más que por pruebas efectivas, por la mala fama de algunos acusados; los presuntos hombres de bien, compinches de aquéllos hasta la víspera misma de la lucha sin cuartel, disponían y siguieron disponiendo del tesoro revolucionario, discrecionalmente, como en todos los tiempos de tiranía. No sabemos cómo hubieran salido librados de un proceso implacable, como el que ellos infligieron a sus víctimas,

(1) Recuérdese lo dicho en el capítulo anterior.

si el azar, que tan decisiva influencia tiene sobre la lucha de las facciones, les hubiese sido adverso.

Abandonar voluntariamente una dictadura firme, y retirarse a la vida privada, como lo hizo Sila; encabezar una sublevación militar, para entregar el gobierno al presidente de la Suprema Corte, y restablecer así la normalidad constitucional, como el general Pedro Vignola en Chile; o mantener una reputación intachable, frente a enemigos encarnizados, en un régimen de completa libertad, como Manuel Belgrano, y Bartolomé Mitre, son en los gobernantes, actitudes que merecen la consagración de la historia. Lo son con mucho mayor motivo, los casos de aquellos que, como San Martín, e Hipólito Yrigoyen, debieron soportar después, por años, la calumnia o la burla de contemporáneos romos de entendimiento.

Pero el desinterés de los dictadores que manejan como cosa propia y sin ningún freno legal los caudales públicos, en las tinieblas de su propia dictadura, la honestidad de que hacen alarde, la vida sobria que ostentan alguna vez ante turiferarios interesados en divulgar la especie, mientras pueden preparar y preparan impunemente los elementos para confundir el juicio del historiador, son rasgos propios de una postura demagógica. Y en ciertos panegiristas mercenarios e historiadores crédulos, una justicia histórica infelicísima. El dictador *ostenta* sobriedad, pero sacia una pasión mucho más dañina que la codicia, la sensualidad del mando, y el afán de perpetuarse, inventando nuevas *ideologías*, con los desperdicios de filosofías sociales y económicas trasnochadas. Tal era el caso de Robespierre.

En este sentido es mucho más digna de consideración histórica la actitud de los monarcas absolutos y los déspotas ilustrados del antiguo régimen. Creían o aparentaban creer en la delegación divina de su autoridad, y administraban el patrimonio de la Nación como cosa propia, poniendo en su gestión, el amor y la diligencia de un buen padre de familia. Enrique IV, Pedro el Grande y Federico II, fueron ciertamente mucho más dignos de ella que Robespierre, Lenine, Mussolini e Hitler.

79. La dictadura del terror fué un conjunto de cuatro leyes impuestas por la ley marcial, aplicadas a menudo con la terrible arbitrariedad de esta ley, y en no pocos casos, como instrumento de venganza política y personal. Esas leyes eran la del reclutamiento en masa, la del empréstito forzoso de mil millones sobre los ricos, la de los sospechosos y la del maximum.

La ley de los sospechosos, sancionada el 17 de septiembre de 1793, ordenó el arresto inmediato de todos los que, por su conducta, sus relaciones, palabras o escritos fuesen *sospechados* de ser «partidarios de la tiranía y del federalismo» (acusación lanzada contra los girondinos). Tan elástica definición daba pábulo a todo género de calumnias, denuncias y delaciones. Esta ley, con la cual se encarcelaron 300.000 personas, fué principalmente un instrumento de persecución política. Cualquiera sospecha de un comité de barrio, reclutado en el bajo fondo, era sobrado motivo para un encarcelamiento, de que no se salía ordinariamente sino rumbo a «la gran navaja nacional».

Para afrontar las necesidades de la guerra interior y exterior, además del reclutamiento en masa, tomáronse otras medidas que se reputaron por las más eficaces. El 11 de abril de 1793 la Convención había decretado el curso forzoso de los asignados, prohibiendo el tráfico de moneda metálica y la fijación de precios dobles en metálico y en billetes. La ley del maximum fué sancionada el 4 de mayo, a requisición de las autoridades departamentales de París, y reforzada el 29 de septiembre. Debían llevarse registros minuciosos de las cantidades de productos. Imponíase a todos la venta *en el mercado*, fijándose como salarios y precios máximos los de 1790 aumentados los primeros en un tercio y los segundos en un medio; determinábase la lista de los géneros de primera necesidad; y se imponía pena de muerte a los monopolistas, definiéndose rigurosamente la maniobra de monopolio.

Desde el mes de julio el impulso comunista se acentuaba de manera violenta. A propuesta de Collot d'Herbois, la Con-



vención había adoptado esta ley, de la que dice Marion: «a nada menos tendía que a tratar como enemigo público a quienquiera que tuviese valor para efectuar el comercio de cosas sobre cuya escasez había quejas». Con ella se realizaba casi por completo la *socialización* del comercio. Los comisarios encargados de su cumplimiento podían penetrar en todas partes, compulsar los registros y las facturas, dispersar o fraccionar los disponibles, visitar granjas y graneros. Entretanto hacía sentir intensamente la depresión, reagravada por la inflación monetaria, el alza consiguiente de los precios y la escasez de granos.

De tal suerte la revolución ganó tal vez el tiempo necesario para «organizar la victoria»; pero se vió amenazada por una catástrofe económica como la que había precipitado en 1789 la caída del antiguo régimen. La incertidumbre de la lucha contra el enemigo exacerbaba el terror, y éste, a su vez, llevó a términos intolerables los sufrimientos de la depresión.

80. Como en los peores tiempos de la edad media, las medidas tomadas con carácter de *emergencia*, eran contraproducentes: palos de ciego, martillazos que daban uno en el clavo y ciento en la herradura. La escasez aumentaba, *et pour cause*. No se había llegado aún a la sabia experiencia comunista y totalitaria de nuestros días, al régimen de las movilizaciones nacionales de trabajo, de los campos de concentración, y de las gigantescas fábricas soviéticas de trigo, con sus tractores y esclavos socializados.

De la ilusión democrática de los primeros días no quedaban rastros. La Convención había sido elegida durante los degüellos de setiembre: dió naturalmente mayoría jacobina.

Pero las luchas de las facciones suelen parecerse a las peleas de pugilistas. Fatigados éstos a veces y en la extremidad de su resistencia física, sólo conservan cierta astucia inconsciente, fisiológica, modalidad profesional del instinto de conservación, con la cual paran y dirigen golpes que marran lastimosamente, y que tal cual vez llegan a un punto neurálgico del adversario,

por la ciega fuerza del azar, dando el triunfo al que momentos antes parecía vencido. Así terminó, como burlesco desenlace de una pesadilla horrible, la dictadura de Robespierre. Pudo vencer como fué vencido, porque las dos facciones terroristas echaban sin saberlo sus últimas roncacas. Con el triunfo de cualquiera de ellas, el terror habría terminado con las victorias revolucionarias en la guerra exterior, porque Francia, estremecida de espanto, lo maldecía unánimemente.

Durante el período de la reacción thermidoriana, París presenció las últimas jornadas revolucionarias, el 12 de germinal (1° de abril de 1795), reprimida sin dificultad, y el 1° de pradiel (20 de mayo). Esta última fué la más grave, pues estuvo a punto de triunfar. El diputado Feraud fué asesinado por la turba. Su cabeza clavada en una pica fué presentada por los revoltosos que habían invadido el recinto de la Convención a su presidente Boissy d'Anglas, que la saludó sin inmutarse. Ante el peligro, empleáronse por vez primera las tropas del ejército: el arrabal de San Antonio fué obligado a capitular y desarmado. Concluyó entonces el período de las violencias demagógicas.

La dictadura jacobina creó una tradición que fué como el origen remoto del radicalismo republicano: la de la intervención frecuente del Estado en la actividad privada. Pero «el balance de la revolución se saldaba en pérdida materialmente. Con la penuria monetaria, ninguna de las promesas democráticas pudo cumplirse». (G. Lefebvre).

81. La revolución de 1789 fué precedida y seguida por sendas revoluciones: una, la de Maupeou, que probablemente la hubiera evitado, y otra, la de Bonaparte, que la declaró cerrada y fijó sus resultados esenciales. Una y otra suponían y *temían* la presencia virtual y la acción del *pueblo*, mejor dicho, de las muchedumbres que podían ser arrastradas a la violencia y a la insurrección, por demagogos aristócratas, en defensa de sus privilegios, como lo temía Maupeou, o por demagogos jacobinos y también aristócratas, para volver a la tiranía colec-

tiva del terror o provocar una restauración borbónica, como lo temía Bonaparte.

Poco antes del 18 de Brumario un jurista eminente, Portalis, había escrito: «Creo poder afirmar que la masa está fatigada de elegir y deliberar». Un precursor suyo hubiera podido escribir antes de la revolución de Maupeou: «Creo poder afirmar que la masa ansía elegir y deliberar». Era la oposición diametral de los grupos facciosos que precedieron y siguieron a la revolución de 1789. Esta revolución fué la gran experiencia de la facultad de elegir y deliberar entregada, más que a las masas, a la decisión de las facciones predominantes, y su resultado, en el orden político, fué desastroso. Cuando el sufragio se universalizó, después de la caída de la monarquía, fué la selección de los peores y el retraimiento de las masas, amedrentadas por los degüellos de septiembre de 1792 y la implantación del terror.

Mathiez, comunista y glorificador del terrorismo robespierrista, inicia su historia de la Revolución Francesa con estas significativas palabras: «surgió del divorcio cada vez más profundo entre las realidades y las leyes, entre las instituciones y las costumbres, entre la letra y el espíritu». La afirmación es en gran parte inexacta. La verdad es que a fines del reinado de Luis XV el supuesto divorcio iba desapareciendo, porque las leyes que instituían una verdadera justicia, y con ella la igualdad del impuesto, se adaptaban y seguirían adaptándose cada vez más a la nueva realidad de la Francia moderna y capitalista, en la cual, como lo demostraría la experiencia, eran realizables condiciones más humanas y universales de bienestar.

En cambio, la suprema experiencia de la elección de las masas trajo consigo el divorcio, mejor dicho, la incompatibilidad entre la letra y el espíritu, entre la letra de las enfáticas declaraciones de la ley, que aseguraban al pueblo los beneficios de la igualdad, libertad y fraternidad, y la horrible realidad de los degüellos, de la miseria, de la incapacidad, de los egoís-

mos y apetitos feroces de las facciones rivales; y a este divorcio de la letra y el espíritu hubo de ponerse remedio — y es forzoso reconocer en esto alguna vislumbre de verdad a la observación de Mathiez — no por medios legales, sino por otra revolución: la de Thermidor, cuyo carácter universal como desenlace necesario de toda crisis de anarquía social, queda señalado (1).

Elogiando la constitución consular del año VIII (la constitución de Brumario), Cabanis, representante del espíritu de la Enciclopedia y de la filosofía del siglo XVIII, escribía: «La clase ignorante no ejercerá su influencia ni sobre la legislación ni sobre el gobierno; todo se hace *para* el pueblo y en nombre del pueblo, nada *por* el pueblo ni bajo su irreflexivo dictado». Era el pensamiento de los ideólogos de Brumario: «rectificar el siglo XVIII sin abjurarlo». La fórmula infalible para realizarlo, discurrída por Sieyès, el constituyente sempiterno, y perfeccionada por Bonaparte, era el régimen del plebiscito y de las listas de notabilidades. El pueblo, la masa, ni elegía ni discutía; simplemente aprobaba la obra del déspota ilustrado y de las notabilidades elegidas por él.

El siglo XVIII, del que no quería renegarse, más precavido y más cínico, deseaba lisa y llanamente al déspota ilustrado. Voltaire había escrito: la mayor parte del género humano ha sido y será por largo tiempo insensata e imbécil; prefiero antes obedecer a un hermoso león que a doscientas ratas de mi especie;... no podría sufrir a mi peluquero legislador; preferiría no usar peluca; si debiera elegir, detestaría menos la tiranía de uno solo que la de muchos...» Y Rousseau, el ídolo, el profeta de la igualdad y de la democracia: «si existiese un pueblo de dioses, se gobernaría democráticamente. Gobierno tan perfecto no conviene a los hombres...» Y dirigiéndose a sus amigos, a raíz de los disturbios de Ginebra: «No os queda sino una última decisión: abandonarles los mu-

(1) Véase lo dicho en el capítulo anterior.

ros que debieran ser asilo de la libertad, y que van a serlo de un reparo de tiranos; en vez de manchar vuestras manos con la sangre de vuestros compatriotas, salir todos juntos, a la luz del día, vuestros hijos y mujeres entre vosotros, y, pues es menester cargar cadenas, ir a cargar al menos las de algún gran príncipe, y no el insoportable yugo de los iguales».

Era el problema, igualmente universal, que se plantea frente al peligro de la descomposición del Estado y, en el siglo XVIII, del renacimiento de la anarquía aristocrática, tan aborrecible para los filósofos iluministas, como la prepotencia de la masa, que para ellos era lo mismo que *la canalla*. Su solución, tan rigurosamente abstracta como toda su filosofía, era el despotismo ilustrado. Voltaire defendió a Machault, y habría defendido ciertamente a Bonaparte; como Rousseau hubiera renegado de Robespierre. Pero la solución de Bonaparte, más histórica y, en este sentido, más realista, resultaba de una experiencia terrible y representaba, sin duda, un considerable progreso.

*Plebiscito y democracia* parecen ser los dos polos del gobierno representativo: en uno y en otro como dice sabiamente nuestra constitución, «el pueblo no delibera ni gobierna sino por medio de sus representantes». Pero, mientras en aquél, el pueblo no elige y sólo aprueba con posterioridad los actos que el gobernante quiere someterle en éste por el contrario, elige y aprueba o desaprueba *continuamente*, por medio de sus representantes elegidos, esto es, fiscaliza, y crea o suprime los poderes fuertes del gobernante, según la necesidad.

El plebiscito, régimen propio de las dictaduras irresponsables, es el gobierno que surge de las crisis momentáneas o prolongadas de anarquía social; la democracia, el gobierno propio de los pueblos de alto nivel de cultura política, de aquellos que, por un mejoramiento gradual de sus instituciones y costumbres políticas, tienen por modelo, por ideal, no el pueblo de dioses, fantaseado por la imaginación enfermiza de Rousseau, sino el

insuperable arquetipo de la civilización instituída por el mensaje cristiano de la Redención (1).

### BIBLIOGRAFIA

- E. LAVISSE, A. RAMBAUD, *Histoire générale* vol. VIII, *La Révolution Française*, París, segunda edición.
- H. TAINÉ, *Les origines de la France contemporaine*, París, 1876-1893.
- A. SOREL, *L'Europe et la Révolution française*, París, 1885.
- LE VICOMTE, G. D'AVENEL, *Histoire économique de la propriété, des salaires, des denrées et de tous les prix en général depuis l'an 1200 jus' en l'an 1800*, París, 1894.
- A. AULARD, *Histoire politique de la Révolution*, París, 1901.
- M. KOVALEWSKY, *La France économique et social à la veille de la révolution*, París, 1911.
- A. THIERS, *La Révolution Française, Paris, 1823-1827*. Versión castellana, de la tercera edición, París, 1913.
- A. THIERS, *Histoire du Consulat et de l'Empire*, París, 1845, Nueva versión castellana, París, 1925.
- M. MARION, *Histoire financière de la France depuis 1715*, París, 1919.
- A. MATHIEZ, *La Révolution française*, París, 1922-1927.
- J. BAINVILLE, *Histoire de France*, París, 1926.
- P. GAXOTTE, *La Révolution Française*, París, 1928.
- A. MATHIEZ, *La Réaction thermidorienne*, París, 1929.
- G. LEFEBVRE, R. GUYOT, Ph., SAGNAC, *La Révolution Française, en Peuples et civilisations*, vol. XIII, París, 1930.
- J. BAINVILLE, *Napoleón*, París, 1931.
- P. GAXOTTE, *Le siècle de Luis XV*, París, 1933.

(1) Curso breve dictado en el Colegio Libre de Estudios Superiores en 1939.



BIBLIOTECA

## CAPITULO VII

### El Terror Bolchevista

SUMARIO: 82. Las primeras insidias derrotistas. Extremismo y perversión sexual. 83. El plan de Zimmerwald y Kienthal. 84. La leyenda de *la dictadura del proletariado*. Lenine y la banda de los comunistas. 85. La colusión germano-bolchevista. 86. Agitación bolchevista mundial. 87. La maniobra demagógica y el mito comunista. 88. Los sectarios y foragidos del comunismo: su táctica demagógica. 89. Los resultados definitivos de la convulsión bolchevista. La nueva burocracia.

82. La revolución bolchevista, como la del 10 de agosto de 1792, fué una crisis de autoridad y una convulsión social desatada por el odio de clase, que conocemos con gran lujo de detalles. Tenemos de ella, como del terror jacobino, una documentación abundantísima, y ante todo el testimonio de observadores imparciales que la presenciaron desde sus primeros pasos, inclinándose a explicar y hasta justificar sus excesos. De tal suerte, a través de una y otra, hemos llegado a comprender la ruina y caída del Imperio Romano.

La gran guerra de 1914-1918 reanimó las esperanzas de los extremistas europeos. Secuaces todos ellos del mito marxista, estaban persuadidos, como su maestro e inspirador, de que aquélla sería la ocasión anhelada, para provocar el levantamiento del proletariado, y el derrumbe del mundo capitalista.

Desde los primeros momentos empezaron las insidias revolucionarias, en todos los países beligerantes, para sabotear la movilización y desencadenar por tal manera la catástrofe. Contaron para ello con el apoyo de los pacifistas e izquier-

distas ilusos, poseídos todos de un humanitarismo necio, de un insensato afán de novedad, y con el concurso del *lumpenproletariat*, esto es, de la muchedumbre de viciosos, anormales y delincuentes reclutados en el bajo fondo y siempre al acecho del saqueo y de la matanza.

Según ya se dijo, en las vísperas de los grandes trastornos sociales, parece como si la hipocresía de todos los vicios y la necedad — coincidencia histórica observada por Jean Maxe — acudiesen dándose la mano, al toque de rebato de la canalla. «La sentina humana, como un vino agitado, sube a la superficie, légamo del bajo fondo que anuncia la fermentación».

Las costumbres del Directorio revivían en ciertos círculos de París; entre dos vales lentos las chicas desenvueltas, cuyas faldas se tornaban por grados imperceptibles, charlaban con entusiasmo del bolchevismo. La palabreja estaba de moda. Muy poco antes, ayer como quien dice, servía para motejar a la canalla. Y ahora resultaba una expresión acariciadora.

A esos círculos y sus tertulias, concurrían ilusos como el historiador de la Sorbona Seignobos, S. Reinach, el barón Finot, economistas parlamentarios, financieros *de haut vol*, etcétera. Era cosa realmente significativa esta promiscuidad de los bribones y de los extremistas de la perversión sexual, hombres y mujeres, que recordaba y reproducía las peores vicios de la decadencia imperial romana y del terrorismo jacobino.

En un libro del que se vendieron 10.000 ejemplares en una semana, *El rito de la voluptuosidad*, de P. Bonardi, partidario y colaborador de Caillaux, en la revista de éste. *Ere Nouvelle*, se leen las peores inmundicias, celebradas como la nueva moral del futuro por bolchevistas y pervertidos. En vez de misticismo religioso, el *misticismo de la carne humana y de la piel*. «El erotismo histórico completaba de tal suerte al matrialismo histórico», según la enérgica reprobación de Jean Maxe. Freud y Marx se daban la mano, con gran regocijo de bolchevistas y bribones todos a una.

En la guarida de los comunistas, mientras tanto, la *Livrairie*



*du Travail*, situada en la rue Grange-aux-Belles, distrito de Jemmapes, circunscripción de París, celebrábanse coloquios de conspiradores comunistas o sindicalistas revolucionarios, desde 1914. En ellos P. Monatte, el poeta Martinet, Trotsky, Guilbeaux, Merrhein y otros formularon entonces las bases de la Tercera Internacional Comunista.

El 11 de noviembre de aquel año W. Ulianoff Lenine, en el *Social-Democrate*, escribía: «La propaganda de la lucha de clases durante la guerra es un deber socialista. El trabajo que busca transformar la guerra de pueblos en guerra civil es el solo trabajo socialista en este conflicto bélico de todas las burguesías. Levantemos la bandera de la guerra civil».

Poco después, entre el 5 y el 8 de septiembre de 1915, celebrábase en Zimmerwald la primera reunión internacional de comunistas. En ella estuvieron representados algunos países y partidos: la oposición alemana comunista, el Independent Labour Party, el British Socialist Party, los socialistas franceses Merrhein y Bourderon, delegados rusos del Comité Central y del Comité de los partidos Obrero Social Demócrata y Socialista revolucionario, y delegados de la democracia social de Letonia, Polonia rusa, Lituania, Rumanía, Bulgaria, Suecia, Noruega, Holanda y Suiza. Quedó así constituida la Tercera Internacional Comunista.

Un funcionario de la policía francesa, Dumas, declaró en el proceso del traidor Malvy, que de un llamado *Comité para reanudación de las relaciones internacionales* salían todos los manifiestos pacifistas que iban hasta el ejército, y fueron causa principal de los motines de 1917. De allí arrancarían, después de la Paz de Versalles, la propaganda de pacifismo y desmoralización, que llevaría la República Francesa al desastre de 1940.

La segunda reunión de los hombres de Zimmerwald se realizó en Kienthal, Suiza, del 24 al 30 de abril de 1916. Concurrieron a ella 44 delegados alemanes, franceses, ingleses, italianos, rusos, polacos, serbios, suecos noruegos, búlgaros, rumanos, holandeses y suizos. Estaban también presentes Lenine y sus partidarios.

Se reclamaba la paz inmediata, y no había sino un medio de asegurarla en el futuro: la conquista del gobierno y de la propiedad capitalista por los pueblos mismos.

La tendencia bolchevista era manifiesta. Aboliendo la propiedad privada de los medios de producción, preconizada por Marx y Engels, el comunismo eliminaba la explotación de los trabajadores por la burguesía capitalista. La lucha por la paz durable era la realización del socialismo, y el instrumento del comunismo internacional. Era la ignominiosa paz de Brest-Litowsk que se anunciaba. Mientras se consumaban estos manejos tenebrosos, los aliados reñían la lucha titánica de Verdun.

83. Al año siguiente desarrollóse, conforme al plan de Zimmerwald y Kienthal, la grande ofensiva derrotista. El 11 de septiembre de 1916 la policía de los aliados había descubierto en Roma un complot socialista. Detuvo a cuatro socialistas, y apoderóse de algunos miles de manifiestos socialistas, que los agitadores Turati, Maffi y Modigliani habían traído poco antes de Zurich, según lo reveló el diario de Mussolini, *Popolo d'Italia!*

El manifiesto había circulado también en Francia, donde, por orden de A. Briand, fueron detenidos 70 propagandistas del pacifismo de Zimmerwald. Entre ellos lo fué Leon Bronstein o Trotsky, director del diario extremista ruso *Nache Slovo*, cuyo servicio de venta corría entonces nada menos que a cargo de la librería de Hachette. Trotsky fué expulsado, pero antes delató cínicamente a todos los compinches zimmerwaldistas de Francia y Alemania.

Hacia mayo de 1917 la propaganda derrotista en Francia se hallaba en pleno desarrollo. Durante la fiesta de los trabajadores 10.000 afiliados a la C. G. T. pidieron la paz inmediata. El 15 de junio el *Libertaire* de Sebastián Faure insertaba un panfleto pacifista bajo el título: ¡Abajo la guerra! Poco después comenzaban los motines en el frente. Numerosas divisiones se rehusaron a marchar contra los alemanes, y volvieron caras en dirección a París. En febrero de aquel año el generalísimo Nivelle había denunciado al traidor Malvy, ministro del inte-

rior, la múltiple propaganda pacifista que se realizaba entre las tropas. El 9 de mayo el nuevo generalísimo Petain advertía: «el movimiento tiene raíces profundas».

La propaganda derrotista era en verdad activísima. En una declaración contra Malvy ante la alta corte, M. Perés declaró que Merrhein, Pericat, Monin y otros agitadores hablaban sin rebozo de terminar la guerra. «Hasta sería preferible que fuésemos batidos», decía Pericat. Era realmente extraña la clarividencia de los maestros elementales que anunciaban anticipadamente desde el mes de abril, el triunfo que Lenine y Trotsky, no lograrían sino en noviembre

El escándalo de la propaganda derrotista llegaba a su punto, cuando el teniente coronel Rousset, sostenido por Clemenceau, denunció la increíble negligencia de «una propaganda infame de depresión moral y derrotismo criminal».

El 16 de abril, después de haber atravesado todo el territorio alemán en un tren especial blindado y sellado, a cargo del Estado Mayor del Kaiser, Lenine y su banda de ratas bolchevistas desembarcaron en Petrogrado. La revolución de febrero — revolución nacional contra la podredumbre del zarismo — había puesto el gobierno en manos de Kerensky y su facción de menchevistas, pobre ilusos de una quimérica justicia social, sempiternos entregadores, como todos los de su clase, como lo habían sido los girondinos en 1792, y lo serían poco después los socialistas revolucionarios de Hungría, Italia, y por último de Alemania.

Es ésta, según parece, la *misión histórica* de los falsos profetas del izquierdismo. Mientras los grandes buitres de la revolución social vuelan por todo lo alto, a la espera de su momento que saben espiar con el infalible instinto de las aves carniceras, las pobres lechuzas izquierdistas, con su proverbial estulticia, les preparan el terreno, eliminan estorbos, limpian los comederos oficiales y despiertan el odio y los apetitos de las turbas, ávidas de matanza y saqueo. Tal fué asimismo, según ahora lo sabemos, la necesidad de algunos emperadores romanos de la decadencia.

84. *La leyenda de la dictadura del proletariado* llama M. Hochiller al gobierno instaurado por Lenine. Basta para caracterizarlo una breve reseña de los hombres que lo formaron, y desde luego, de los miembros del duntvirato, Lenine y Trotsky. Wladimiro Ilitch Ulianof, llamado Lenine, de familia aristocrática (su padre había sido bajo el zarismo, consejero de Estado), era un policastro, un demagogo extremista, adepto ciego del marxismo, servil en todas sus interpretaciones.

La marea de la convulsión social le llevó a la cumbre como pudo haberle abismado. En esto no se diferenciaba de cualquier demagogo burgués. Su originalidad como orador callejero era la repetición monótona de los mismos temas y vocablos, persuadido sin duda de que sólo por este incesante martilleo verbal podía lograr que la idea primaria del desorden y de la matanza penetrara en la turba.

Como los otros cabecillas de la convulsión social, «era una extraña amalgama de un delirio mesiánico harto ruso, y un racionalismo huero de tipo germánico», dice Hochiller. La cancamurria marxista del materialismo histórico, extremada hasta el absurdo, sienta como apretado casquete a las cabezas de estos sectarios e ideólogos feroces del pillaje. Lenine era y sólo podía ser, como todo sectario ignorante, materialista de la historia en el peor sentido de la expresión.

Como todos los de su ralea, vivió persuadido de que [Francia, donde predominaba una mentalidad de burguesía ínfima, era un pueblo incapaz de industrializarse, estaba destinado a ser satélite de otra gran potencia: enseñanza que habían inculcado en su cabeza los socialistas alemanes y la *Wilhelmstrasse*. Una cultura alemana de segunda mano, tomada de cartillas y panfletos marxistas, había hecho de él, como de los otros bolchevistas, un amoral y un cínico. Sólo creía en la fuerza y en lo puramente material: la importancia y la jerarquía de las naciones no podía medirse sino por una escala de fuerza.

Calculador, frío, aunque incapaz de rencor, como cualquier bandolero del Volga tolera y hasta estimula los crímenes de su

banda. Caudillo de una facción oligárquica, se hallaba en realidad mucho más lejos del pueblo que los socialistas, a los cuales odiaba y perseguía como a rivales temibles. Su espíritu estaba profundamente impregnado del autocratismo zarista.

Su satélite Leiba Davidof Bronstein, llamado Nicolás Trotsky, era hijo de un colono judío de Kherson; y tenía por modelos a Danton y Saint Just. Era intolerante y perverso hasta en la vida privada (en esto muy distinto de Lenine). Su mayor desgracia, fué la existencia de Wladimiro Ulianof. Había sido minimalista (menchevista). Por odio a los ingleses, que le encarcelaron en Halifax, arrojóse en brazos de los extremistas. Aun sin esta circunstancia, su orgullo y su rencor le hubieran llevado de todas maneras al bolchevismo. Lo hizo, refrenando su orgullo, y esperando suplantar a su amo en el momento propicio. Adversario de Lenine en cuestiones de táctica y de doctrina, cuando pasó al campo de éste, sorprendió a todos por el cinismo de su demagogia.

Apfelbaum Radomilsky Guerchon Aronof, llamado Zinovief, también judío, llegó a presidente de la municipalidad soviética de Petrogrado. Gueorguy Wassillievitch Tchitcherine, comisario de relaciones exteriores, era un ex funcionario de aquel departamento bajo el régimen zarista. Jacov Movchef Sverdlof, farmacéutico judío de Nijni-Novgorod, llegó al alto puesto de presidente del Soviet general. Anatolio Wassiliewitch Lunatcharsky, hijo de un consejero de Estado, bajo el régimen de los tzares, era un literato ruso de alguna notoriedad.

Kalinine, uno de los principales jefes del común de Petrogrado, un campesino de la gobernación de Tver. Wladimir Bonch Bruevitch, hermano del general del mismo apellido bajo los zares, llegó a secretario general del Consejo ejecutivo de comisarios del pueblo. Zorine, presidente del Tribunal revolucionario, judío.

La revolución bolchevista fué un movimiento esencialmente judío. Los que la dirigieron, como jefes y comisarios del pueblo, eran hebreos casi en su totalidad. Dato significativos: el pecu-

lado, la *coima* y la propina, tradicionales en la Rusia de los Zares, se decuplicaron bajo el régimen judeo-bolchevista. Sobre este punto están contestes todos los testigos presenciales.

La señora Alejandra Mikhailovna de Kolontai, la *vestal* extremista según la regocijada expresión del capitán Sadoul, era como si dijéramos el toque sentimental erótico del régimen bolchevista. De origen aristocrático, hija del general Domontowitch y nieta de Dragomirof, esposa divorciada de un coronel Kolontai, cuarentona todavía apetitosa, era linda y elegante, y además muy solicitada en los círculos mundanos y equívocos del antiguo régimen.

En 1916 había pronunciado en Nueva York una conferencia contra la guerra, mostrando ya la hilaza de su nueva fe. Bolchevista del primer momento, fué nombrada ministra o comisaria del pueblo de asistencia social, y hay que confesar que algo entendía del asunto, señaladamente, de ciertas cuestiones de higiene íntima.

Mujer de rompe y rasga, no precisamente moza del partido como pudiera suponerse con ligereza, pronunciaba grandes discursos muy celebrados, y tenía unos brazos mucho más admirados que sus discursos. Muy rica por sus grandes dominios en la gobernación de Tchernigof que los compinches no confiscaron, naturalmente, casó en segundas nupcias con el alferez Dibenko, ex peluquero de damas, después marinero, y por último comisario del pueblo para la marina. Era mozo muy arrogante, de una elegancia rebuscada, loco por el bello sexo. De sus dotes harto varoniles se prendó con fuego la señora de Kolontai.

Sus teorías merecen párrafo aparte. Según la Kolontai, «el Estado de los trabajadores ha menester una nueva forma de relaciones sexuales. . . En lugar de la familia individual y egoísta, surgirá *la gran familia universal obrera*, donde todos los trabajadores, hombres y mujeres, serán ante todo hermanos y camaradas. . . Esas relaciones nuevas asegurarán a la humanidad, todos los goces del amor libre.»

El suizo R. Vaucher, corresponsal de *l'Illustration*, al llegar a Estocolmo, de vuelta de la Rusia bolchevista, encuentra en el Gran Hotel de aquella ciudad, una lista de viajeros que le produce la sensación de hallarse de nuevo en aquélla. El primer nombre de la lista es Goukovsky, que se titula *ministro de hacienda de la República rusa*. Está rodeada por una corte de bolchevistas de menor cuantía y algunos banqueros rusos más podridos que banqueros: son los miembros del *Rublo Syndikat alemán*. Parece una Coblenza rusa. Los banqueros se declaran enemigos de los bolchevistas, de los que dicen venir huyendo. Pero en cuanto se trata de negocios, olvidan sus terrores y se convierten en agentes de los ratas comunistas, con la misma tranquilidad con que han servido poco antes a los *boches*.

Los bolchevistas son previsores. En aquel momento creen que sus días están contados y se constituyen reservas de oro en el extranjero. Goukovsky acaba de llegar de Rusia, llevando cuarenta y dos millones de rublos en oro y treinta en billetes de banco. Los emitidos por Karensky se cotizan muy bajo. Para evitar este contratiempo, Lenine acaba de lanzar una emisión clandestina de los de la época zarista. Son los que conduce Goukovsky. Pero los falsificadores bolchevistas no han podido hacer una buena imitación, y los banqueros suecos los rechazan.

Goukovsky conduce también cuatro *puds* y medio de platino (*pud* = 16,35 kilogramos) que trata de vender al «mejor postor». Las sumas que obtiene se destinan: parte a propaganda revolucionaria y el resto a fondo de reserva que se preparan los grandes ratas de la revolución social. Trotsky emplea para esta operación a su cuñado Jivatovsky, que recibe todas las semanas, por barcos suecos, sumas que varían entre dos y diez millones de francos oro. Se dirige luego a Copenhague, donde reside la mujer de Trostky, llevando tren principesco. En el Gran Hotel se dan banquetes que cuestan hasta 3.000 coronas. El delegado del Soviet reparte entre los músicos de la orquesta, ¡propinas de 1.200 coronas, mientras los *compañeros*, en Rusia, se mueren de hambre!

Entre los grandes ratas de la revolución bolchevista, todos ellos pacifistas, los hay que, como proveedores del ejército rojo han apandado fortunas de millones de rublos. Hartos ya de revolución social, suspiran por la paz general ¡qué les permitiría disfrutar de ellas! Como propagandistas ardientes, el *compañero* Balabanof y la *compañera* Villagradova trabajan activamente por extender la revolución social en Suecia, y se procuran fondos, vendiendo crucifijos, íconos, y relicarios de oro *requisados* (vulgo: *afanados*) en los conventos.

Las vitrinas y vidrieras de los anticuarios suecos aparecen atestadas de alhajas y objetos preciosos robados en Rusia, de los palacios de la Corte Imperial saqueados por los grandes ratas, a espaldas del proletariado ruso. Los cuadros de la célebre galería *Tretiakov* de Moscú, y el *Ermitage* de Petrogrado se hallan en poder de compradores suecos, con quien los ratas los han *negociado*. La misma suerte corrieron muchos cuadros y objetos de arte que, evacuados por el Volga hacia la Rusia central, cayeron en manos de una banda de asaltantes. Poco después se hallaban en poder de revendedores suecos.

Para olvidar el hambre y los terrores sufridos en Petrogrado, los refugiados rusos de Estokolmo viven en fiesta continua. Muchos de ellos, de subvenciones alemanas; otros de los títulos que han vendido en Berlín a vil precio, para asegurarse de algún modo el cobro de los cupones. Ejemplo terrible de la corrupción y egoísmo feroz de una gran parte de la sociedad rusa.

85. La colusión germano-bolchevista fué desde el primer momento hecho evidente y confesado por Lenine y su banda. El admirable estudio de Jean Maxe la puso en evidencia. En el *bund* o agrupación judía de Varsovia se inició aquél en el misticismo mesiánico de origen marxista. Desde entonces se consideró el más determinado extremista del mundo. Junto a él formaron Trotsky, Racowsky, Fürstenberg, Radek, Parvus y otros.

El carácter particular de estos individuos era el profesionalismo del complot político, si el rebato presentaba perspectivas



de ganancia, *cualquiera fuera su tendencia*. Además de los tontos de buena fe, que nunca faltan, acudían a la organización de estas trifulcas, individuos sin escrúpulos prestos a venderse al mejor postor, al acecho de cualquier traición o deslealtad.

El tipo más representativo de esta fauna demagógica fué el doctor A. Helphand, alias *Parvus*, «el polimorfo Parvus», gran negociante en Copenhague, agente secreto de los servicios del espionaje alemán, después miembro del soviet de Petrogrado.

Parvus fundó en Copenhague una *Sociedad danesa de comercio e industria*, con una filial, *Sociedad de Calefacción*, cuyos accionistas, sindicatos daneses, eran en realidad alemanes. Parvus tenía el 80 % de las acciones, y obtenía beneficios fantásticos. Un diario, *Koebenhavn*, divulgó un buen día el soplo: era una sociedad política alemana, y escapaba por completo a todo control danés. La guerra submarina había favorecido singularmente las operaciones mercantiles de Parvus. Las referencias de *Koebenhavn* eran muy significativas. Aquél había trabajado muy bien en Dinamarca, confabulado con la socieldemocracia danesa y los camaradas alemanes, Scheidemann, Ebert y otros. Parvus era también intermediario entre el gobierno alemán y los bolchevistas, antes de la revolución del 7 de noviembre de 1917.

Natural de Odessa — ruso y no otomano como él aseguraba — vivió en Petrogrado desde 1905, y residió luego en Alemania, donde colaboró en la revista del marxismo, *Neue Zeit*. Durante la guerra fué agente del gobierno alemán en Constantinopla, y después en Sofía. En la primavera de 1915 llegó a Copenhague, donde hacía grande ostentación de riqueza, jactándose de felices especulaciones sobre cereales, realizadas en Turquía. A fines del mismo año fundó en Munich el semanario *Die Glocke* (La Campana) «encarnizadamente pangermanista», según Andler.

En Copenhague organizó una sociedad «para el estudio social de las consecuencias de la guerra», cuya dirección ejercía. En realidad recibía inspiraciones de propaganda, desde Zurich y Petrogrado. En sociedad con Fürstenberg, fundó también allí

una casa de negocio que vendió a los alemanes productos alimenticios, y a los rusos, a precios de usura, productos farmacéuticos alemanes. La especialidad del negocio era en realidad el contrabando.

Lenine y Trotsky, que lo habían atacado furiosamente, establecieron relaciones con Parvus en julio de 1917, reveladas entonces al ministro de justicia Pereversef por Plekhanof y Alexinsky. La justicia rusa poseía una serie de telegramas cambiados entre Sumenson, Lenine, la Kolontai y Koslóvsky, residentes en Petrogrado, por una parte, y Fürstenberg y Parvus por la otra. Esta correspondencia, so color de negocios y cuestiones de dinero, disimulaba en realidad relaciones de espionaje.

Entretanto la revuelta bolchevista ganaba gran parte del ejército. La lectura de los documentos que probaban aquellas relaciones de espionaje en el cuartel de Preobrajensky, y a poco la publicación de los mismos, provocaron el golpe de Estado del 17 de julio. Ante la protesta de Nekrassoff y Terechtchenko, Pereversef se vió forzado a dejar su ministerio. Más tarde se negó cínicamente la existencia de los tales documentos. Por su podredumbre y cosmopolitismo, por sus manejos de traición, derrotismo y espionaje, podía el elenco bolchevista rivalizar con su antecesor jacobino.

86. Tales manejos y arterías eran los mismos de éste: el bolchevismo, aleccionado por Marx, imitaba la maniobra jacobina, que consistía en provocar la revolución mundial, hundir el mundo civilizado en la anarquía social y la miseria, para salvar la propia revuelta.

Que Lenine y Trotsky usurparon la dictadura, beneficiándose de la pusilanimidad menchevista, *por medio de los boches*, es cosa de que nadie puede hoy dudar. Pero no bastaba. Una vez enseñoreados del mangoneo del gobierno, comprendieron que durarían poco, si no emprendían la maniobra de la revolución mundial. Había en la creencia no poco de ingenuidad sectaria. No podían en aquel momento sospechar que el mito marxista y la ayuda germánica les permitirían escamotear el gobierno,

y que luego, como se dirá, tendrían que urdir otro, ante el fracaso de aquella maniobra, para perpetuarse en el mando: la fase *transitoria* de la revolución mundial, que les permitiría postergar para las calendas bolchevistas la fase definitiva del *comunismo*.

La instalación del embajador bolchevista Joffe en Berlín significó la creación de un foco de revuelta que se extendería por toda Alemania en noviembre de 1918. Las revelaciones del socialista independiente Oscar Cohn, a propósito de las armas suministradas a los revolucionarios alemanes por los bolchevistas, eran el secreto a voces. Joffe fué expulsado de Alemania, cuando se descubrieron cajones de propaganda revolucionaria, procedentes de Rusia. Ya era tarde. El trabajo estaba hecho, y nada podía contener el levantamiento popular, provocado además por los grandes sufrimientos de la guerra.

Una inmensa agitación bolchevista conmovía en todas partes a las clases trabajadoras. Lenine había dado la palabra de orden, con un sentido muy claro del mito revolucionario, y de la oportunidad de la insurrección: *soviets y huelgas revolucionarias*. En Europa y en el mundo entero, la Internacional Comunista reunía sus destacamentos de asalto.

En Inglaterra, el British socialist Party, la Workers Socialist Federation, los grupos escoceses y galenses del Labour Party, la izquierda del Independent Party, adheridos todos a la Internacional de Moscú. En Irlanda la república se modelaba según el régimen del soviets. En Italia, la C. G. T., el Partido Socialista, los sindicatos de maestros, la Unión Sindical, y sus periódicos *Avanti* y *Comunismo*. En Bélgica la Federación Flamenca y la Juventud socialista. En España, la C. G. T., la Juventud Socialista madrileña y la izquierda socialista. En Suiza — el *gheto* comunista europeo — el Partido Socialdemócrata, adherido a la Tercera Internacional. En Hungría Bela Kun y su grupo. En los Balcanes, todos los grupos comunistas búlgaros, yugoeslavos y griegos.

En Estados Unidos el Communist Labour Party, el Socialist Labour Party, la Propaganda League, *The Liberator* de Max

Eastmann el gran derrotista americano, el *New York Call*, *New Justice*, y *Die Kommunistische Internationale* de Chicago. En Canadá, en Méjico y hasta en China se organizaban grupos comunistas adheridos a la Tercera Internacional. En la República Argentina, la Federación Obrera Marítima del célebre García y la Federación Obrera Regional Argentina, más algunos aficionados, comunistas *de salón*, y elementos desprendidos del Partido Socialista, todos adheridos a la Tercera Internacional, organizaron el gran asalto de la *semana trágica*, en los primeros días de enero de 1919.

Una literatura debilitante se difundía por el mundo con actividad infatigable, destinada según planes de revuelta cuidadosamente preparados. Se proponía destruir o desmoralizar la resistencia de la burguesía capitalista. El «virus moscovita», propagado en Alemania por Scheidemann fué así mercancía demagógica de exportación. Desde los primeros días del armisticio, uno de los más importantes comisarios del pueblo, Karl Radek, anunciaba en términos amenazadores, que un ejército rojo de varios millones de hombres marcharía en dirección al Rin, para aplastar a los aliados. La amenaza bolchevista era el arma insidiosa del *chantage* que los alemanes esgrimían contra ellos.

Del 1° al 3 de diciembre de 1919 se realizó en Berlín el Congreso del grupo comunista *Spartacus*, que concluyó con un manifiesto amenazante: la hora de la acción había sonado. Era menester tomar el poder político, organizando consejos de obreros y soldados. Según la expresión de Rosa Luxemburg, la *rosa roja*, «la huelga general internacional debía provocar la emancipación total, destruyendo al mismo tiempo el Estado y el capitalismo».

El 6 de enero comenzaron los motines en Berlín, Silesia y el Ruhr. El 10 se inició la batalla. El 11 doscientos espartaquistas fueron muertos, entre ellos Karl Liebknecht. El 12 el gobierno socialista restablecía el orden.

¿Qué era en realidad el espartaquismo, este segundón del bolchevismo?: «éste una mezcla bastarda de marxismo autori-

tario y sindicalismo destructor y anárquico; aquél la doctrina del derrotismo internacional, patriotería exasperada y pesimista, que prefiere abismar a Alemania en el incendio de una revolución universal, antes que declararla vencida», dice Maxe.

87. ¿Cuándo, en qué momento, rigió en la Rusia soviética el comunismo? Nunca. En los primeros momentos de la revuelta, porque el desorden pavoroso de la guerra social, la matanza y el saqueo, impedían su implantación. Después, cuando aquel desorden terminó, y se restableció el orden, porque las dificultades prácticas evidenciaban que el comunismo no era otra cosa que un mito, una concepción teórica irreprochable, lógica en un mundo de semidioses infalibles y capaces de dominar sus pasiones y apetitos; quimerica en un mundo poblado de hombres.

Había que hacer algo, pues, para justificar ante las muchedumbres famélicas la destrucción y el desastre que afrontaban. Se urdió entonces el segundo mito: era forzoso destruir todas las insidias de la burguesía vencida, de los enemigos de la revolución. Se puso entonces a éstos fuera de la ley: los enemigos de la revolución fueron privados de todo derecho electoral. La triquiñuela surtió un efecto mágico. Los descontentos, rezongones y murmuradores, eran declarados enemigos de la revolución y privados de voto, con gran regocijo y contentamiento de los que mangoneaban en el gobierno del soviét, así en el orden general como en el orden regional.

No se podía pasar de golpe y porrazo del orden capitalista y burgués a la república social de los trabajadores, al comunismo. Era menester llevar a término la dictadura del proletariado, y de necesidad, una fase *transitoria*, fase socialista, según Molotof, que había de conducir por sus pasos contados y a través de la dictadura soviética, ejercida por los representantes de los obreros, a la fase *definitiva* y final del comunismo. Estaba previsto por Marx, como nadie podía ignorarlo. Programa mínimo — de la fase transitoria — y programa máximo — de la fase definitiva. Esto no lo entendían los hipócritas menchevistas,

los burgueses insidiosos, en suma, los eternos enemigos y explotadores del proletariado.

La fase transitoria sería muy prolongada, porque las dificultades prácticas que ofrecía la implantación del comunismo eran inmensas y requerían muchísimo tiempo. Las generaciones presentes debían pensar que los sufrimientos por ellas afrontados eran el precio de su abnegación, el precio que pagaban por la felicidad de las generaciones futuras, destinadas a disfrutar de las delicias comunistas, en una sociedad sin clases sociales, sin explotadores ni explotados. Había que educar a las nuevas generaciones, infundirles ese espíritu del comunismo. La tarea era larga y dura. El comunismo quedaba, pues, relegado para las calendas griegas. Primero *las leyes* de Platón, para un mundo de hombres; más tarde, siglos después, la *comunidad* de las mujeres y de todos los bienes materiales, prevista por el gran filósofo griego y anunciada por la señora de Kolontai.

88. La característica del régimen bolchevista, como la de todos sus iguales, es la alianza de sectarios fanáticos y ciegos y de foragidos y desertores. Los soviets legislan y establecen en sus grandes líneas la política interior y exterior. Los sectarios y los foragidos, los innumerables bolchevistas de entendimiento romo, encárganse luego de su aplicación, y lo hacen a su manera, renovando de continuo su actividad desmandada de malhechores.

Su método legislativo es el siguiente. Se consideraba desde luego que Rusia, con el advenimiento de Lenine, había franqueado el límite que separa el régimen capitalista del régimen socialista. Todo debía, pues, subordinarse a la idea de la nacionalización inmediata de los medios de producción y del mecanismo de la distribución.

Se trataba, por ejemplo, de saber, si los bancos deben ser privados o públicos. Se resolvía, con buena lógica, que los bancos privados son incompatibles con el comunismo. Un decreto nacionalizaba entonces todos los bancos, con su activo y pasivo. Pero nadie se preocupaba de las consecuencias. La doctrina lo

prescribe y ello basta. Y con idéntico criterio se resuelven todos los problemas: método peculiar del sectarismo y de la ignorancia.

Nacionalizados los bancos se les pone un nuevo rótulo: *sección* del Banco Nacional, y se nombra un comisario del pueblo para la nueva sección, el cual se alza con todos los depósitos. Se le reemplaza entonces con otro, y así hasta dar con uno que no robe, con el cual el soviét queda satisfecho, y salvado el principio de la nueva economía. Pero después de la nacionalización, nadie, ni siquiera los nuevos ricos del bolchevismo, que saben a que atenerse, llevan sus depósitos a *la sección*. La banca privada desaparece, y *la sección* deja de existir por falta de toda clase de operaciones.

La socialización había hecho desaparecer todas las clases de la producción y distribución. Para adquirir cualquier cosa, es menester proveerse un certificado que otorga el derecho de adquirirla. Después de largos trámites y peregrinaciones por las innumerables oficinas de la burocracia, acreditados los extremos de rigor, se obtiene por fin el certificado. Cuando, por último, después de nuevas peregrinaciones, se acude al lugar que corresponde, no hay existencia de la cosa buscada. En otros casos el precio resulta exorbitante, prohibitivo, y entonces aparece la oferta de la *bolsa negra*, del vendedor clandestino.

La industria socializada no tiene interés en la producción. El obrero es un burócrata que recibe un sueldo y no se interesa, como el patrón o el trabajador del régimen desaparecido, en atender la demanda de la clientela. La producción se halla paralizada en todas partes. El organismo social y económico está como poseído por la inercia de la muerte. Los precios de todas las cosas necesarias suben fabulosamente, y el fraude y la clandestinidad rigen en todas las transacciones comerciales (B. Nolde) (1).

El trabajo se desorganiza, la producción se interrumpe, las

(1) La previsión paretiana se cumplió. Véase V. PARETO, *Karl. Marx*, estudio preliminar, París, 1893.

comunicaciones se destruyen. El cuadro es harto conocido. La guerra mundial con todos sus dolores y crueldades resulta sobrepujado por la miseria inenarrable de la descomposición bolchevista. Es el cuadro de esas ciudades asediadas por el espectro continuo y horripilante del hambre, donde no hay otro tema que la rebusca de la comida, donde nada interesa, salvo los precios que han de pagarse como quiera que sea, donde la vida del espíritu parece extinguida.

El proyecto de ley preparado por los comisarios del pueblo para la constitución de un Consejo de economía nacional, a fin de fiscalizar la industria, la agricultura y el comercio, lleva «el sello indeleble de la demagogia más rudimentaria». (M. Hochiller). Según el comisario Lozovsky, ese proyecto es expresión de la actividad desplegada por los *comités de usina*. La práctica de los tales comités revela una discordancia fatal entre los intereses de las distintas fábricas y el interés general.

Al cabo de dos años se confiesa paladinamente el fracaso del nuevo sistema. Los consejos de usina lo desorganizan todo. Unos esperan instrucciones para la obra de coordinación, otros se creen simplemente los nuevos amos. Otros en fin arrojan a los administradores del régimen capitalista, y luego de semanas perdidas en gestiones infructuosas, les imploran que vuelvan a sus puestos para restablecer el orden.

La disminución de los efectivos obreros se señala por estas cifras: el 1° de enero de 1918, 20 %; el 1° de abril, 60 %; el 1° de julio, 70 %. El gobierno de Lenine lo sabe: conoce la trágica situación, pero su preocupación única es *durar*, dejar hacer, que es lo mismo que dejar destruir, para conquistar el corazón del proletariado. Entre tanto una inmensa masa de obreros desocupados se disemina en el océano de la Rusia rural, y este retorno al exclusivismo agrícola es uno de los rasgos peculiares de la ineptitud bolchevista.

De Lenine abajo todos tienen la misma preocupación: perpetuarse, y retener el mangoneo del gobierno que ni por asomos tienen intención de abandonar, aunque sea tirando por la borda



el comunismo, que sólo ha servido, al parecer, como mito del odio de clase.

Los potentados del interior, dueños del *sello*, símbolo de la autoridad, dominan a los soviets locales, rodeados de bandas de comunistas armadas hasta los dientes. Viven todos del fondo acumulado por el trabajo de generaciones enteras, y desobedecen abiertamente los decretos del Kremlin. La socialización es el espantajo que nadie toma en cuenta.

Lenine confiesa su decepción, y busca una paz de compromiso con sus viejos y odiados rivales menchevistas. No ignora que la estructura social de Rusia ha sufrido cambios profundos. Nuevas clases medias urbanas y, sobre todo, rurales, surgen por todas partes, gracias a la transferencia de fortunas durante el período de la nivelación. Una nueva burguesía se halla ya en vías de formación.

Las únicas víctimas de la dictadura del proletariado son en definitiva los obreros y los artesanos. Lenine el comunista desenfadado, a pesar de su fraseología, no ha sido más que el caudillo de una nueva revolución burguesa. Después de su muerte, Staline, que le sucede como dictador, se aventura resueltamente por el camino de una reacción capitalista. El rótulo de la botella sigue diciendo comunismo; su contenido es capitalismo de Estado, férreo gobierno burocrático, por medios que no difieren de los empleados por la autocracia tzarista desaparecida, hondamente arraigada en la tradición histórica.

El pueblo ruso, después del tremendo paréntesis de la anarquía social bolchevista, reanuda su marcha lenta, sobrio, paciente y resignado, porque la prosperidad retorna, con una más intensa actividad industrial, que busca inteligentemente el concurso de los técnicos y del capital extranjero. El comunismo es el recuerdo de una espantosa pesadilla. Nadie desea ya la nivelación social; porque sólo se piensa en difundir el bienestar material, y porque aquel pueblo ha encontrado tal vez un gran gobernante, que no se paga de ficciones ni de utopías.

89. A los ocho años de terminada la guerra civil, en los

primeros meses de 1929, un testigo tan imparcial y autorizado como Feiler comprueba la generalización de la miseria. El socialismo, la riqueza, no en poder de una clase, sino de la colectividad, es la pobreza y la desnudez para todos. Y esta pobreza es la única nivelación efectivamente realizada.

La diferencia de clases no ha desaparecido. Las capas superiores del proletariado constituyen como una nueva burguesía incipiente. En Estados Unidos el obrero calificado, cuando sale de la usina, no se distingue de un burgués, porque no es ni quiere ser un proletario. En la Rusia soviética sigue siendo a pesar suyo proletario, porque su pobreza se lo impone. Sigue con su gorra y su blusa; no tiene otro vestido.

Por debajo de esta clase obrera que no puede por su miseria darse apariencia de burguesía, una muchedumbre inmensa de campesinos y trabajadores rurales constituye un proletariado miserable, que causa espanto al extranjero y al nativo ruso. Recuerda éste que la Rusia de los zares presentaba el mismo espectáculo. Lo único que ha variado es el ambiente donde se recluta esta turba de mendigos. Son en su gran mayoría *desocupados*.

Los desocupados forman una grande asociación, a la cual el Estado soviético tiene asignada la venta de los productos que fabrican los monopolios públicos, que así resuelve el problema de sostenerlos *sin gastos*. El error económico, aun del punto de vista de la nueva economía soviética, es evidente. Los monopolios pertenecen al Estado, y la venta de los productos que éste destina a tal fin se substraerá a los ocupados y recarga en perjuicio de éstos la tara impositiva. ¿Dónde están los beneficios de la economía soviética? ¿En qué se diferencia ésta del abominable régimen capitalista?

Pero la peor miseria, la verdadera calamidad del régimen nuevo son los *besprisornui*, los niños vagabundos. Son ellos, dicen los bolchevistas, un legado de la guerra civil y del hambre. Casi todos ignoran sus nombres y lugares de nacimiento. Reunidos y organizados en bandas y cubiertos de harapos indes-

criptibles, son como nubes de pequeños *linyeras*, que viajan clandestinamente en los trenes de carga, y viven de la mendicidad y de la rapiña. Esto, que no estaba en los cánones marxistas, es el precio abominable que el país debe pagar por la transformación de un régimen malo en otro peor: el costo del régimen soviético. Cuando éste se normalice no será distinto del tzarista: otros perros con los viejos collares.

El nuevo matalotaje burocrático, tradicional en el país ya en los tiempos de Dostoiewski, pesa sobre él como un precio de usura. Rusia fué siempre, además un país algo comunista, como los Tchernichewsky, los Plekhanof y los Lenine lo reconocieron cada uno a su modo. Por esto le viene de perlas esta estimación de B. Pérez Galdós, sobre la España del siglo XIX: «era un país algo comunista. Por los canales contributivos venía todo el caudal a la olla grande, de donde salía para repartirse entre el señorío paupérrimo...» *Episodios Nacionales, Cánovas*, 1912). ¡Tanto escombros y matanza para llegar a tan mezquino resultado!

Los réditos acusan la misma nivelación, por lo menos aparente, de la miseria. Un profesor gana de 500 a 600 rublos mensuales (un rublo = 0,20 oro sellado, a la paridad). Si acumula enseñanzas puede llegar a 1.000. El director médico de 250 a 300 rublos. Los médicos de provincia de 110 a 260 rublos; los ingenieros, de 200 a 300 rublos; los especialistas de 500 a 600; en pocos casos hasta 1.000. Los obreros calificados entre 200 y 350 rublos. Los miembros del partido comunista hasta 225 rublos; más, si ejerce funciones pedagógicas. Los funcionarios viven mejor por los salarios de sus mujeres. Los beneficios de la producción intelectual pueden representar un rédito teóricamente importante. Pero nunca se reciben íntegros. Las cajas del partido (comunista, se entiende, que no hay ni puede haber otro) reciben una buena parte de aquellos beneficios.

BIBLIOGRAFIA

- N. G. TCHERNICHEWSKY, *La possession communale du sol*, Paris, 1911.  
G. FILARETI, *La Rivoluzione russa e la guerra dei popoli*, Napoli, 1917.  
H. LICHTENBERGER, *L'Allemagne moderne, son évolution*, Paris, 1915.  
CH. ANDLER, *Les Origines du Pangermanisme*, Paris, 1915.  
M. HOCHILLER, *L'Europe devant Constantinople*, Paris, 1916.  
F. NAUMANN, *Mitteleuropa*, Bari, 1918-1919.  
R. VAUCHER, *L'Enfer Bolchevick*, Paris, 1919.  
CH. ANDLER, *La décomposition politique du socialisme pangermaniste*, Paris, 1919.  
A. CAMPODÓNICO, *La Russia dei Soviets*, Furenze, 1920.  
V. GAYDA, *Il crollo russo*, 1920.  
V. PARETO, *Transformazione della democrazia*, Milano, 1921.  
B. NOLDE, *Le Regne de Lénine*, Paris, 1920,  
M. HOCHILLER, *Le mirage du sovietisme*, Paris, 1921.  
J. MAXE, *De Zimmerwandl au Bolchevisme*, Paris, 1921.  
FR. W. FOERSTER, *Les combats*, Paris, 1921.  
J. MAXE, *Les Cahiers de L'Anti-France*, Paris, 1923.  
H. BERAU, *Ce que j'ai vu a Moscou*, Paris, 1926.  
F. K. SIMONDS, *L'Histoire de L'Europe d'après la guerre*, Paris, 1929.  
B. BAJANOV, *Avec Staline dans le Kremlin*, Paris, 1930.  
H. SIEMSEM, *Russie por ou contre*, Berlin, 1931.  
A. FEILER, *L'expérience du Bolchevisme*, Paris, 1931.  
K. VON SCHUSNIGG, *Autriche, ma patrie*, Paris, 1938.  
M. FUCHS, *Un pacte avec Hitler*, Paris, 1938.  
M. MOURIN, *Historie des Grandes Puissances Depuis la Guerre*, Paris, 1939.



BIBLIOTECA



## CAPITULO VIII

### BIBLIOTECA

### Teoría y Práctica de la Convulsión Totalitaria

SUMARIO: 90. Generalización de los hechos históricos de la convulsión social. Comunismo, fascismo y nacional-socialismo. 91. El mito fascista. 92. Para despejar equívocos. Algunas definiciones. 93. Discusiones teóricas del problema comunista y experiencias totalitarias. 94. El crecimiento elefantiásico de la burocracia. La intervención del Estado en la actividad privada. 95. Transformación de la actividad privada en actividad pública. 96 El problema económico del Estado totalitario. 97. El problema económico del Estado individualista. 98. Los capitales en el Estado totalitario. 99. El problema de la distribución. 100. Caracteres comunes a todas las crisis de la convulsión social. 101. Un episodio significativo.

90. Veamos ahora, generalizando los hechos históricos referidos en los capítulos anteriores, la innovación que traen consigo los sistemas totalitarios, frente a una supuesta caducidad del mundo burgués y capitalista. Prescindiendo de los sarcasmos con que le han cubierto los escritores extremistas de todo pelaje, comunistas y nazi-fascistas, como expresión de un liberalismo anacrónico, en todos los tonos de la vocinglería demagógica, hasta escritores eminentes, como J. M. Keynes y H. Withers se han hecho eco de tal caducidad <sup>(1)</sup>.

El cataclismo económico de la guerra mundial de 1914-1918 originó convulsiones sociales e impuso a beligerantes y neutrales medidas de racionamiento, y de concentración o movilización

<sup>(1)</sup> L. R. GONDRA, *Estudios de historia y economía*, págs. 254-255, Buenos Aires, 1930.

económica, dirigidas a intensificar la producción de medios bélicos. Aunque se trataba de arbitrios excepcionales destinados a desaparecer con la paz, esas medidas se invocaron como *experiencias*, para fundar o justificar sistemas sociales y económicos, de que se ufanan sus corifeos, como de novedad revolucionaria y anticipación del futuro.

Con ellos disputan estos títulos al comunismo que, como concepción doctrinaria, es cronológicamente anterior. Prescindiendo de antecedentes lejanos, como la *República* de Platón, el comunismo crítico y revolucionario fué formulado por Karl Marx y Friedrich Engels en el *Manifiesto Comunista*, que publicaron en noviembre de 1847. El primero, «a quien todo lo debió la clase trabajadora de Europa y América», según el testimonio insospechable del segundo, prosiguió su obra de doctrina y propaganda, en la *Crítica de la Economía Política* que publicó en 1859, en el plan, estatutos y mensajes de la primera *Internacional de Trabajadores* (1864), y en su obra fundamental, *Das Kapital*, cuyo primer volumen vió la luz pública en 1867.

Del comunismo, de su concepción doctrinaria e histórica, y de su acción revolucionaria, sabemos mucho. Su publicidad nunca tuvo que sufrir el menor entorpecimiento de parte de los gobiernos, en los grandes países europeos donde imperaba un régimen de libertad poco menos que ilimitada. Los comunistas disfrutaron de todas las ventajas de aquella libertad.

Una pléyade de autorizados intérpretes, ortodoxos y heterodoxos, formaron así escuela, y produjeron un conjunto de trabajos históricos y exegéticos de valor muy desigual. No pueden compararse los estudios magistrales de Werner Sombart, Benedetto Croce, Antonio Labriola y Georges Sorel, con los de la turba de comentadores pedestres y frangolladores de cartillas y resúmenes — entre los cuales es justicia incluir el yerno de Marx, Paul Lafargue, autor de más de una trocatinta — y a los que acaso se refirió aquél, melancólicamente, en los últimos años de su vida, diciendo en cierta ocasión: «yo no soy marxista».

Sombart, anciano de más de 80 años, es hoy afiliado al partido nacional-socialista. Para Croce el marxismo fué un *momento* de la filosofía hegeliana, que él mismo se encargó de sepultar con solemnes exequias en 1911 (1). Labriola murió hace ya muchos años; y Sorel debió abandonar en 1919 el sindicalismo revolucionario, antes que los directores del movimiento decretasen su expulsión (2).

Conocemos además los ensayos de la Rusia soviética, desde sus primeras jornadas de intransigencia marxista, en los días de la revolución bolchevista encabezada por Lenine y Trotsky hasta su atenuación gradual más reciente, bajo la autoridad del implacable Staline, referidos por observadores imparciales como A. Feiler, C. Hoover y M. Mourin (3).

De las referencias de estos autorizados observadores, acogidos algunos con simpatía por el gobierno de la Unión Soviética, se infiere que el bolchevismo tiende a transformarse en un capitalismo de Estado de tipo burocrático, como se ha visto.

91. De los sistemas rivales poco sabemos. Del Fascismo, algunos artículos de la *Grande Enciclopedia Italiana*, y de varias revistas, y los trabajos incluídos en el volumen VI de los *Annali di Economia*, publicados bajo los temibles auspicios del *Duce* Mussolini, firmados por adherentes o afiliados, como G. Mortara, G. Bottai, G. Arias, E. C. Ferri, A. Lanzillo, M. Fovel, L. Gangemi, G. Ugo Papi, cuya libertad de opinión es incierta (4).

Algunos de ellos, como Arias y Mortara, los de más autoridad, hállanse o han muerto en el extranjero, por ser, según el *Duce*, de origen judío. Mortara, hoy en el Brasil, hombre de ciencia,

(1) L. R. GONDRA, *Estudios de historia y economía*, segunda serie, Preliminar, Buenos Aires, 1938.

(2) L. R. GONDRA, *Estudios de historia y economía*, segunda serie, ibid.

(3) A. FEILER, *L' experience du bolchevisme*, París, 1931. C. HOOVER, *The Economic Life of Soviet Russia*, New York, 1931. M. MOURIN, *Histoire des grandes puissances depuis la guerre*, París, 1939.

(4) L. R. GONDRA, *Tratado*, curso general, págs. 70-71.

economista y autor de un tratado de estadística matemática, escritor de reputación mundial, fué dos veces herido y citado por su heroísmo en la gran guerra de 1914. Arias, de familia originaria de España, católica de muchas generaciones, acaba de morir en Córdoba, de un ataque de hemiplegia, que le abatió en el aula mientras dictaba su clase (1). Menos aún sabemos del nacional-socialismo: algunas, muy pocas obras apologéticas, y los consabidos artículos de propaganda. Ninguna controversia, como las que tanto contribuyeron a ilustrar, bajo los abominables gobiernos judeo-capitalistas los orígenes del comunismo marxista.

La controversia es incompatible, huelga decirlo, con los sistemas totalitarios, cuando los corifeos de éstos se apoderan del mangoneo gubernativo. La libertad de opinión es un engaño de los judíos y de los burgueses capitalistas. Si pues alguna persona muestra valor o se distrae, discutiendo ciertos conceptos malquistos de los totalitarios, sea en público o en privado, sobreviene, fatal como el destino, el terrible *delenda* de la policía política: el *Narkomwindel*, sucesor de la *Checa* en la Rusia soviética, la *Gestapo* en Alemania, el *Tribunal especial* de crímenes contra la Nación (léase: contra el *Duce*) en Italia.

De todos estos sistemas podemos decir, parafraseando al insigne Menéndez y Pelayo, cuando hubo de juzgar cierto libro de versos: mucho bueno y mucho nuevo; pero lo bueno no es nuevo, y lo nuevo no es bueno.

92. Como las palabras son *meretriculae* según Croce (se entregan indignamente a todos, hombres doctos, charlatanes, ignorantes, totalitarios) para evitar equívocos, es forzoso definir algunas muy pecadoras, muy prostituídas por el escándalo de la vida que arrastran en todas partes, en los países libres y en los totalitarios.

*Ahorro*: entenderemos diferencia entre gasto de consumo y rédito monetario, donde la moneda existe y los réditos tienen

(1) G. ARIAS, *Curso de Economía Política*, Buenos Aires, 1942.



forma monetaria; donde no existe y es reemplazada por bonos de trabajo, algo así como tarjetas de racionamiento, dolorosas o placibles según el grado de abundancia, ahorro será: diferencia entre bienes producidos y bienes consumidos.

*Capital*: todo bien económico que sirva más de una vez para la producción. No es necesario que sirva materialmente. Basta con que sea reintegrado, *amortizado* al fin de cada proceso productivo. El ahorro se transforma en variadas formas de capital: inmobiliario, mobiliario, monetario o circulante. Los viejos comunistas en momentos de ingenuidad decían que el capital no nace del ahorro; es fruto del trabajo que el capitalista roba, despojando al trabajador. El valor es exclusivamente creado por el trabajador, que no recibe el *salario*, precio de la fuerza de trabajo, sino la diferencia entre salario y producto del trabajo, esto es, la *supervalía* que roba el capitalista <sup>(1)</sup>.

Bueno. Convenimos en que el valor es creado por el trabajo, esfuerzo muscular penoso, esfuerzo de atención o de reflexión. Pero ¿que es el trabajo? El esfuerzo material o intelectual del trabajador. Hay además el trabajo *anterior* no consumido y el *trabajo* actual o trabajo propiamente dicho. Hay por fin valores debidos a mero transcurso del tiempo, y a la fluctuación cíclica, periódica, de los precios. El trabajo produce valor que alguien se apropia, sea como salario, sea como supervalía. Para que alguien consuma o robe una cosa — y esto harto lo saben hoy todos los totalitarios — es preciso que exista.

*Capitalismo*: palabra de vida horrenda, exaltada por unos, escarnecida por otros. A veces va seguida de un calificativo: capitalismo *inglés* por ejemplo — ¡guarda, que este podenco es nazi! — alemán, francés, etcétera. Entendemos por capitalismo, prescindiendo de su procedencia o nacionalidad: concentración gigantesca de la producción y de grandes capitales, cualquiera sea la forma de la organización jurídica y política.

(1) Sobre la discusión de este sofisma puede verse: L. R. GONDRA, *Tratado*, curso general, §§ 96-105.

*Libre concurrencia* o libre contratación. La definimos según el artículo 1179 del Código Civil: las convenciones hechas libremente por las partes en los contratos las obligan como la ley misma. Y económicamente, lo que parece su corolario, cuando la hay: no pueden darse dos precios distintos por la misma cantidad de mercancía de calidad uniforme (ley de indiferencia de Jevons).

Sociedad *individualista* o capitalista: aquella en que los capitales, cualquiera sea su forma, son legalmente objeto de apropiación privada o particular. Sociedad *totalitaria*, comunista, fascista o nazista — *tutto c'è la stessa roba*, decía el comicastro de la comedia italiana — la sociedad donde los capitales están *socializados*, en todo o en parte, esto es, hállanse en poder del Estado o sometidos a su omnímoda fiscalización.

93. En tiempos pasados, tiempos de ingenuidad y buena fe científica, la discusión de los problemas relativos a la sociedad colectivista o comunista (totalitaria que decimos ahora) era cosa puramente teórica, fundada en hipótesis que no había posibilidad de someter a la prueba de los hechos, como aconsejaba el ilustre matemático H. Poincaré, comparadas a ratos con ejemplos históricos muy discutibles.

Las experiencias totalitarias de nuestros días han dado grande actualidad a esa discusión. Las hipótesis aludidas, formuladas con mucha cautela, se han visto confirmadas por los hechos, mucho más de cuanto pudiera sospecharse. Se suponía que los capitales eran total o parcialmente socializados en beneficio de los trabajadores. Nunca se sospechó que se invirtieran los términos, y que los trabajadores fuesen socializados, sojuzgados por los capitales, en beneficio de una nueva burguesía dominante, de una aristocracia de tipo burocrático, como la que surgió con los sistemas totalitarios.

G. Sorel no había creado aun su teoría de los *mitos*: imágenes de lucha y acción futura, fundadas en el espejismo, en la ilusión de una sociedad igualitaria, de un perfecto bienestar material para las masas de trabajadores, con que minorías organizadas

luchan por la conquista del gobierno, y conmueven esas masas, y las arrastran a la guerra social (1).

La ciencia política contemporánea nos ha demostrado que gobierno y minoría organizada son términos equivalentes. Las minorías que luchan por el poder político, cualquiera sea la forma de la organización social, son como destacamentos de asalto, tropas escogidas cuya misión es iniciar el ataque y llevar detrás de sí la fuerza más o menos imponente de la mayoría, que forma lo que llamamos comúnmente opinión pública. Hay minorías que gobiernan contra la opinión pública. No duran. Las hay que inventan nuevos mitos y se vuelven prepotentes. Tampoco duran. A la larga su desalojamiento es fatal, y siempre doloroso y destructor de riqueza, si no saben evolucionar buscando el apoyo, la fuerza de la gran masa inerte pero temible de aquella opinión. El caso de Staline y la gran depuración de 1936 es profundamente significativo (2).

La política es función necesaria de toda sociedad, individualista o totalitaria. La experiencia demuestra en lo que a ella se refiere la verdad de la sentencia popular:

Vinieron los sarracenos  
y nos molieron a palos,  
que Dios protege a los buenos  
cuando son más que los malos.

La posesión muy prolongada del gobierno, cuando no se sabe tomar el viento cardinal de la opinión pública, provoca, más o menos rápidamente, la descomposición de la demagogia y su mal correlativo, la burocracia, como se dijo, formación endoparasitaria de los presupuestos públicos. De donde resulta la disgregación y corrupción de las minorías gobernantes.

(1) G. SOREL, *Réflexions sur la violence*, págs. 32-39, 3a. ed., Paris, 1912.

(2) M. MOURIN, *op. cit.*, págs. 409-411.. Sobre la función política de las minorías gobernantes, véase: L. R. GONDRA, *Tratado*, curso general, parte II, capítulo IX.

94. Todas las dictaduras totalitarias, como se ha visto, tienen por efecto un crecimiento elefantiásico de la burocracia y de la demagogia. Cuando algunos hombres de bien, que los hay bajo todo sistema de organización social y política, intentan atajarla, sobreviene la temible acusación de los amenazados por el restablecimiento del orden: indulgente, enemigo de la revolución. Por ella fueron a la guillotina, la gran navaja nacional del terror, Danton y los suyos. Algo parecido sería hoy en Alemania o Italia, ser acusado de comunista o judío internacional.

Las dictaduras totalitarias de nuestros días no se quedan atrás. El presupuesto de la Rusia soviética para el ejercicio de 1938 invirtió en economía nacional el 40,9 % de los recursos previstos, y en los restantes, que son como la carga parasitaria, el 59,1 %. Ahora sabemos el por qué de esta enorme tara impositiva, los gastos de la defensa nacional, ante la inminencia de un ataque nazi ya previsto.

Por lo que se refiere a la Alemania nacional-socialista, un informe de la industria westfalo-riniana, fechado en enero de 1937, contiene los siguientes datos: «No puede pensarse siquiera en la posibilidad de un balance serio, porque, hablando con propiedad, no hay ya presupuesto público. No se sabe dónde se detendrán los gastos del ejército, la armada y la aviación. Había poco hace un funcionario por cada doce habitantes. Hoy, si se incluyen las organizaciones del partido nacional-socialista, oficiales o no, hay un funcionario por cada ocho habitantes. Si se quiere normalizar la situación económica es menester poner término a los procedimientos que consagran del 30 al 35 % de los 60.000 millones de marcos recaudados de impuestos al mantenimiento de tal aparato burocrático» (1). La Alemania de Hitler y su banda improvisaba febrilmente su preparación de guerra.

Faltan datos de Italia. Probablemente se desfiguran o se ocultan como secretos de Estado. Pero es evidente que la copiosa

(1) L. R. GONDRA, *Tratado*, curso general, s. 345.

milicia fascista y las nubes de invisibles espías y corchetes no viven del aire, ni como los pajarillos, de lo que les brinda la naturaleza. Comen de los presupuestos públicos, y pesan gravemente sobre la economía nacional. Ni siquiera tienen, como en Alemania, la excusa de la defensa nacional. Porque hoy se sabe, casi a ciencia cierta, que la guerra sorprendió a Italia indefensa. Los hechos lo están demostrando lastimosamente.

95. La engañifa común de todos los sistemas totalitarios es la incautación por parte del Estado, de toda forma o expresión concreta de actividad privada, sea ésta política o económica. La libertad y el uso de los bienes materiales sólo existen donde se garantiza la separación e independencia efectiva de los poderes del Estado y, particularmente, de la justicia. Pero comunismo y totalitarismo significan *dictadura* o *tiranía*, y ésta es de hecho incompatible con la independencia de aquellos poderes. ¿Cómo, pues, asegurar la producción y distribución de los bienes materiales bajo una tiranía?

El sistema totalitario y su temible, bien que resobado instrumento de la intrusión del Estado en la actividad privada, y las codicias de sus facciones dominantes, son los pretextos con que se justifica y se dan apariencias de justicia social a las más ingentes destrucciones de riqueza.

El Estado por su índole no puede transformar arbitrariamente funciones privadas en públicas. Cuando lo hace, interviniendo de modo abusivo en la actividad privada, se ve forzado además a torturar y aún a destruir las instituciones de la libertad política, y de la crítica y fiscalización de los funcionarios públicos, esto es, la democracia, correlativa de la libre contratación en la actividad económica. La impunidad y corrupción no pueden vivir en un ambiente de libertad (1).

En esto hay gran distancia de las fáciles abstracciones de Marx y su escuela de antaño, a las realidades tangibles de los totalita-

(1) L. R. GONDRA. *Problemas económicos y sociales del momento*, págs. 123-125, Buenos Aires, 1934.

rios de ogaño. Aquél hablaba de democracia *social*; los totalitarios de ahora, del Estado-*potencia*, aljamía temible, de sentido recóndito, que en buen romance significa tiranía irresponsable. Esta es su gran novedad, ya trivial en Atenas, en los días de Pisístrato (1).

Verdad es que Marx y Engels hablaban de una dictadura transitoria del proletariado. Esta copla es muy parecida a la del comando *fascista* o *nazi*, necesariamente provisional, hasta que sean exterminados todos los enemigos del Estado-potencia; pero luego resulta que dictadura y comando prosiguen indefinidamente. Nada más durable que lo provisional. El advenimiento definitivo del *sistema* queda de tal suerte alejado en lontananza, como celaje remoto:

Porque ese cielo azul que todos vemos  
Ni es cielo ni es azul...

decía el poeta.

El interés personal, el egoísmo y la codicia de los mandones, se infiltran en los sistemas totalitarios como en los otros, y los ponen a su servicio. Lejos de dirigir, los sistemas totalitarios son dirigidos por los más prepotentes o afortunados.

Cuando se logra eliminar, aunque sea por breve tiempo, esta insidia — función de las gestapos y checas — los sistemas totalitarios caen en otros peores. Los más ineptos, que nadie selecciona, se ponen al frente de la producción, y sin más auxilio que las estadísticas oficiales, ni otros ojos que los de un ejército de lechuzas burocráticas, deben ver los mil matices, la infinita variabilidad de los coeficientes de fabricación y de los gustos individuales, que no alcanzan a divisar del todo, con los ojos de águila del interés personal, los empresarios privados de la producción y los hombres de negocios, en un mundo individualista.

(1) L. R. GONDRA, *Estudios de historia y economía*, segunda serie, págs. 46-48.

Los que dirigen así el Estado totalitario recuerdan al barón de Munchhausen, que se retiraba del lodazal, tirándose del tupé; o al médico de Guzmán de Alfarache, que llevaba en una alforja las recetas de purgantes y en otra las de jarabes, y al toparse con un enfermo, echaba mano a cualquiera de ellas al azar, y se la alcanzaba diciendo para su colete: «Dios te la depare buena» (1).

96. Fascistas y nazis nos hablan de una nueva concepción de la vida, de la historia y del Estado, y hasta de una nueva *mística*, que no comprenden, naturalmente, los hombres endurcidos en las viejas doctrinas anacrónicas. Cuando vamos al grano, resulta que el problema, el eterno problema, es obtener el pastel más grande, y luego la repartición más equitativa y conveniente de las tajadas.

Hasta en esto delatan su filiación. Unos y otros, aunque engendrados en diferentes lechos, tienen un mismo padre putativo, el materialismo marxista. Es forzoso, pues, llevar la discusión al campo de la ciencia económica.

Esta ciencia sabe muy poco, la descripción somera de algunos estados o situaciones, y mucho menos, de los fenómenos intermedios que se verifican al pasar de una situación a otra. Comprende, pues, dos partes: la *estática* o descriptiva, y la *dinámica* o teoría de las fluctuaciones.

La primera sería como examinar una cinta cinematográfica fuera de la máquina de proyección, analizándola cuadro por cuadro, o con un *relentisseur* o retardador que la pasa en movimiento lentísimo; la segunda, como pasar normalmente la cinta, para lograr la impresión de la realidad.

La estática no ha conseguido hasta el presente sino el conocimiento de un solo teorema: las cosas económicas se arreglan solas, con un mínimo de intervención del Estado, o no las arregla nadie. Es lema de tan importantísimo teorema: sabe más el loco en su casa que el cuerdo en la ajena.

(1) L. R. GONDRA, *Problemas sociales y económicos*, pág. 48.

Cuando el Estado se sale de su órbita, y se mete a dirigir la actividad económica, ya lo hemos dicho, su enmienda es peor, muchísimo peor que el soneto que los hombres componen natural y espontáneamente. Y el hecho se explica. La transformación de una actividad privada en pública no depende del buen deseo, del arbitrio de los gobernantes; resulta de un proceso de selección lentísima, a veces de decenios y hasta de siglos de experiencia, de fracasos, de tanteos que, al repetirse, van perfeccionando un sistema o imponiendo su abandono (1).

La estática o descriptiva, como se demostró, permite saber con alta probabilidad cómo han de terminar ciertos experimentos económicos en grande escala e *in anima vile*. La dinámica, en cambio, nos enseña muy poca cosa. Desde los tiempos de José, hebreo abominable, hijo de Jacob, e intérprete de un sueño famoso del Faraón, sabemos que a un período de siete vacas flacas, sigue por sus pasos contados otro de siete vacas gordas, *et sic de coeteris* (2).

La novísima teoría del *ciclo* económico nos adoctrina con cierta pedantería que el ciclo de siete años es el más frecuente. Por desgracia o acaso por fortuna, ignora *cuándo* terminan las vacas flacas y empiezan las gordas.

Pareto nos enseñó en 1916 algo más, muy poco más. Distinguió dos tipos de fluctuaciones. Unas que denominó fluctuaciones o movimientos de género *P*, y otras que denominó de género *Q* (3). Con las primeras se favorece a unos — los que están en el candelero — y se perjudica a otros; con las segundas se favorece o perjudica indistintamente a unos y otros. Son las variaciones inducidas o forzadas de que tratamos en el capítulo I. Ocioso es agregar que las fluctuaciones *P* son la regla; las *Q* la excepción.

97. En una sociedad individualista, si el Estado se circunscribe a su acción propia, sin meterse en honduras, donde corre

(1) L. R. GONDRA, *Tratado*, curso general, § 333.

(2) L. R. GONDRA, *Tratado*, curso especial, caps. V y VI.

(3) L. R. GONDRA, *Tratado*, curso general, §§ 74-75.



el riesgo de hacer las del perro del hortelano, que ni come las berzas ni las deja comer al amo, si limita y vigila los monopolios naturales y legales, para impedir, según decía el ilustre jurista Von Jhering, «los peligros de la extorsión», su costo se reduce al mínimo posible, y por acción de la libre concurrencia, se determinan las condiciones de máximo de bienestar material compatible con los obstáculos. Sobre esto, nos referimos también a lo dicho en el capítulo I.

Esas condiciones son 1) los individuos casi en su totalidad alcanzan por cambio el máximo de utilidad, 2) los capitales disponibles, por acción de banqueros, hombres de negocios y rentistas, se reparten entre las distintas ramas de la industria y del comercio, buscando la mayor remuneración, de modo que, en definitiva, todas esas ganancias tienden a igualarse, 3) los precios de venta de los bienes de consumo y de los capitales nuevos descienden al mínimo posible, y tienden al límite de los costos de fabricación, 4) el interés de todos los capitales tiende a igualarse con el que se paga por el uso del ahorro monetario.

Estas condiciones son enteramente generales, para toda sociedad, en la cual, con prescindencia de su ordenamiento social y político, se plantea el problema de repartir una cantidad determinada de ahorro entre todas las producciones posibles, a fin de obtener: a) la ocupación de todos los trabajadores disponibles, b) la cantidad máxima de productos y medios de producción (1).

Basta leer la imparcial descripción de A. Feiler, para comprender los esfuerzos desesperados de las autoridades soviéticas, en su afán de aproximarse a esas condiciones, después de restablecida la paz interior, una vez terminada la convulsión bolchevista. Patentiza tales esfuerzos el sistema de salarios impuestos por el soviét. «En principio se comprende que cada uno debe trabajar según sus facultades y recibir según sus necesidades (esta era la vieja fórmula colectivista de los tiempos clásicos del

(1) L. R. GONDRA, *Tratado*, curso general, pág. 341.

marxismo). Prácticamente, se puede decir, con sus puntas de paradoja, es la inversa lo que ocurre: cada uno trabaja según sus necesidades, ¡y gana según sus facultades!» (A. Feiler).

Si se pasa de una sociedad individualista o capitalista a una sociedad colectivista, en suma, de una sociedad de libre concurrencia a una sociedad más o menos totalitaria, se podrá cambiar la nomenclatura en uso, llamar *equivalencias* a los precios, como los llama Barone en su estudio clásico, *El ministro de la producción en el Estado colectivista*, y a la moneda *bono de trabajo*, o productividad marginal de los *medios de trabajo* a la tasa neta de interés de los capitales. El hecho es y será el mismo, mientras no se produzca el milagro de la superabundancia de los capitales; mientras el hada totalitaria no supere al hada individualista, transformando con toques de varilla mágica todas las cosas en la medida de nuestros deseos (1).

98. En la sociedad totalitaria los capitales, por el hecho de ser propiedad del Estado, no se volverán superabundantes. Habrá que estimular la formación del ahorro. Si el Estado toma sencillamente los bienes no consumidos, ahorrados, y los hombres poseen los mismos sentimientos que distinguen a los de la sociedad individualista, preferirán el consumo, y si pueden ocultarán su ahorro. Si el Estado paga un premio al consumo diferido, la tan abominable supervalía marxista reaparece, y no hace sino cambiar su nombre (2).

Por otra parte, ¿cómo distribuirá los capitales disponibles la autoridad totalitaria entre las distintas producciones, a fin de obtener un máximo? En la sociedad individualista la concurrencia de los empresarios realiza la distribución como sabemos, y cada uno de ellos paga las consecuencias de sus propios errores. La destrucción de riqueza es la mínima compatible con la naturaleza de dicha sociedad.

(1) L. R. GONDRA, *Tratado*, curso general, pág. 341.

(2) «L'appât du gain» existe en la sociedad soviética, y el Estado lo explota como puede. «En esto el capitalismo es fielmente copiado» (FEILER, *op. cit.*).

En la sociedad totalitaria se harán ensayos. Si son posibles en escala muy pequeña, los errores y fracasos no se repiten, y el costo es ínfimo. Por desgracia los ensayos que más interesan al bienestar social sólo pueden realizarse en proporción gigantesca, porque no hay otro modo de obtener apreciables economías de costo. En tal caso la destrucción de riqueza, efecto de un fracaso o de un error, puede asumir proporciones catastróficas. ¿Cómo evitarlas? Tomando a sueldo o a destajo a los empresarios, como se ha hecho de necesidad en todos los países totalitarios.

Si se trata de uno, de pocos, el error o el fracaso pueden ser igualmente graves. Si se trata de muchos, es forzoso volver a la libre concurrencia, para seleccionar a los mejores, *ritornare a l'antico*. Se pierden las ventajas del Estado totalitario (1).

Habría otra solución. Fabricar en serie los hombres abnegados y de gran capacidad que el Estado totalitario necesita. La tarea es larga y escabrosa. En ello parece empeñado el gobierno nacional-socialista, con sus nuevos métodos de reproducción de la especie y de educación de los jóvenes.

Recordemos sin ánimo de burla que, según Alberdi, don Quijote volvió a enloquecer en el siglo XIX, leyendo a Darwin, y dió en la tema de pensar que si monos antropomorfos, por proceso lentísimo, se transformaron en hombres, podría ser por procedimientos científicos, apresurar este proceso y transformar carneros en ciudadanos.

Lo verdaderamente horrible, en la experiencia bolchevista, según Feiler — y otro tanto ha de decirse de nazis y fascistas — es que se enseña a los hombres a renunciar a la libertad y a no sentir su necesidad; es el sojuzgamiento del colectivismo sobre la naturaleza humana. Los hombres se transforman en esclavos.

Vencida esta dificultad, sobrevendrían otras peores. La necesidad de estabilizar nacimientos y defunciones, y los gustos de los consumidores, y se llegaría, por último, al mismo resul-

(1) L. R. GONDRA, *Tratado*, curso general, pág. 345.

tado, bien que en condiciones abominables, que la sociedad individualista consigue como efecto espontáneo de la libre concurrencia. Tal fué la demostración hecha por L. Walras en 1873, y completada por E. Barone en 1911 (1).

99. La libre concurrencia da para los coeficientes de fabricación los mismos valores que se obtendrían determinándolos por la condición de obtener cantidades tales de mercancías que, distribuídas de manera conveniente, permitiesen a cada uno de los individuos que componen la sociedad alcanzar un máximo de utilidad (2).

El problema no consiste, pues, en cambiar la forma de la organización social, como pretenden los demagogos de los sistemas totalitarios, sino en tutelar eficazmente contra toda insidia, según la fórmula de von Jhering, la libre concurrencia. Quedaría de todas maneras el otro problema. No basta obtener el pastel más grande. Es menester además asegurar una equitativa repartición de las tajadas. La libre concurrencia las reparte con alguna justicia, no mucha. ¿Podría mejorarse con el método totalitario? Los ensayos realizados, como se ha visto, no permiten forjar muchas esperanzas.

L. Volin, en un minucioso estudio sobre la agricultura soviética, fundado en documentos de procedencia oficial, señala el hecho de que, en una planilla de pagos en efectivo, correspondiente a 221.000 trabajadores de algunas de las 243.000 granjas colectivas, una gran mayoría de ellos recibió menos de un rublo (= 100 kopecks = 0,20 dólares a la paridad = m\$.n. 0,50), y muchos de ellos todavía menos, mientras los choferes de tractores reciben 2,5 rublos. Pero el 30 % de aquéllos recibían en efectivo de 4,3 a 4,6 rublos. Las tajadas eran, como puede verse, muy distintas para los privilegiados de la oligarquía soviética y para los esclavos socializados, sometidos desde 1931 al régimen abominable de la *libreta de trabajo* o tarjeta de identi-

(1) L. R. GONDRA, *Tratado*, curso general, pág. 342.

(2) L. R. GONDRA, *Tratado*, curso general, págs. 342-343.

ficación policial, que les impide cambiar de oficio y de residencia sin permiso del soviét (1).

Los colectivistas teóricos de antaño decían pestes de la libre concurrencia, que llamaban enfáticamente *anarquía de la producción capitalista*. Sus realizadores bolchevistas siguen echando contra ella sapos y culebras. El hada burguesa y capitalista, sin embargo con sus toques de varilla mágica, suscita condiciones que permiten luego, si hay buena voluntad en los reparadores, trocar a la cenicienta en princesa.

El comunismo mejora teóricamente las cosas, porque no se halla en pugna con la lógica. Puesto a la prueba de los hechos, sus dificultades son insuperables, y el hada soviética no resulta muy milagrega: la desigualdad y la miseria persisten, a pesar de todos sus pælos de ciego. Y la decepción se manifiesta en confesiones, por las que se denuncia inequívoca la procedencia demagógica originaria.

El bolchevismo no es ni el socialismo ni el comunismo; aquél es la preparación de éste. Pero cuanto mayor es la experiencia recogida, tanto más se prolonga el camino del socialismo. La dictadura del proletariado era la fase transitoria, preliminar. ¿Pero cuánto durará? *Siempre*, contestó un comunista influyente a Feiler. Y la confesión no tiene desperdicio.

¿Y los otros totalitarios? No es tiempo de hablar de ellos. Habrá que esperar a que se realice el *nuevo orden*, que parece condenado a morir de antojo. El fascismo y el nacional-socialismo, con sus mezcolanzas híbridas de libertad y despotismo (mucho más de éste que de aquélla) no tienen siquiera el rigor lógico del comunismo, acaso porque sus teóricos e inspiradores, los Rossenberg, los Goebbels y otros de su misma ralea son caricaturas risibles de los Marx, los Engels, los Kautsky, los Bernstein, los Sorel y los Labriola.

Nos enseña la matemática que sus problemas son de tres clases: determinados (admiten una solución), indeterminados

(1) L. R. GONDRA, *Tratado*, curso general, págs. 342-343.

(admiten infinito número de soluciones) e imposibles, que no admiten solución. Los de la sociedad comunista pueden ser teóricamente determinados; son de hecho indeterminados, como los de la sociedad individualista. Los de las otras sociedades totalitarias son imposibles: no admiten otra solución que la de la violencia.

La hipocresía de los sistemas totalitarios atribuye la demagogia, el desorden y la injusticia a la sociedad individualista. Falso. La demagogia es el espíritu del mal, escondido y alerta en lo más hondo del alma humana. Son muchos, a veces muchedumbre ingente, los que caen víctimas de aquél, y se ven luego aprisionados en su trama sutil y opresiva y lloran después tardías lágrimas de sangre sobre la desgracia en que al pronto trocó su esperada felicidad.

100. Todas las crisis de convulsión social — crisis totalitarias — desde las más recientes y mejor conocidas hasta las más antiguas, presentan los mismos caracteres, en cuanto a la psicología de sus facciones dirigentes: la canalla presidiable que, desde el bajo fondo a las capas superiores de la sociedad, acude a la matanza y el saqueo de las clases pudientes o acaudaladas. Además de las referidas, tales fueron asimismo las más limitadas y fugaces de la rebelión la *lollards*, en Inglaterra (1381) la guerra de los *hussitas* de Bohemia (1409), la rebelión de los *anabaptistas* (1524), y las revueltas abortadas de los puritanos disidentes en Inglaterra, durante los siglos XVII y XVIII.

Los pueblos que, con mejores títulos, representan todos ellos la civilización cristiana, occidental, aparecen hoy tiranizados por bandas de individuos dañados con todo género de lesiones nerviosas, supervivencia de la guerra mundial de 1914-1918, que por un evento trágico, ciertamente castigo de Dios, escalan a veces las elevadas posiciones del gobierno, y llevan a todas partes su furor insano.

Con ellos ejercen autoridad hidalguetes campesinos con hambre atrasada y rencores y envidias devorados en silencio durante años, politicastros de baja estofa, uniformados y empenachados,

cubiertos de condecoraciones que ganaron en no se sabe qué obscuras riñas callejeras, espías de oficio, corchetes, confidentes y delatores policiales, agentes provocadores. ellos que envuelven su traición en un afecto falso y empalagoso, mujeres de rompe y rasga y prostitutas de alto copete, aristócratas tronados, advenedizos y nuevos ricos de lujo insolente, banqueros y especuladores equívocos, y grandes industriales agazapados de muchos años atrás, a la sombra de un proteccionismo siempre insuficiente para su codicia.

Todo ello bien campeado por ministerios de propaganda que serían delictuosos en una sociedad individualista, y que son única creación original (eso creen ellos) de los totalitarios.

Detrás de estas bandas marcha, impelida por el látigo de comitres despiadados, la muchedumbre infelícísima de crédulos *filisteos*, pobres búfalos como denominó a los de Alemania, Ch. Andler, conocedor profundo de la historia y literatura de aquel país, sobre los cuales pesa una servidumbre milenaria que ahora llaman disciplina social, y que a la voz de los nuevos amos, arremeten sobre sus enemigos, y lo destruyen todo a su paso, y marchan al asalto de las posiciones del gobierno y limpian los comederos de sus rivales.

Ya hemos visto lo que cuentan los anales de jacobinos y bolchevistas. En uno y en otro caso la misma patulea demagógica de los tiempos de convulsión social, que evocan la descripción del Alighieri en la entrada del *Infierno*:

Quivi sospiri, pianti ed alti guai  
Risonavan por l'aer senza stelle.  
Diverse lingue, orribili favelle,  
Parole di dolore, accenti d'ira,  
Voci alte e fioche, e suon di man con elle.

101. Presenciaba poco ha en el cinematógrafo Gran Rex uno de esos *film* breves llamados *variedades*. Se trataba del traje masculino. En algún momento dijo el locutor que aquel traje, menos variado que el femenino, presentaba cierto parecido al uniforme

militar, y que tal uniforme se impone porque facilita la disciplina. En ese instante se oyó el rumor acompasado y múltiple de un desfile, y simultáneamente apareció en la pantalla una muchedumbre ordenada de cuerpos humanos uniformados, que sólo se veían de cinturas abajo, cubiertos de pie y pierna con botas y bombachas. Estallaron entonces aplausos aislados de simpatizantes nazis. Era el estado de ánimo peculiar de la ignorancia y de la ingenuidad, tan conocido y bien explotado por los tiburones totalitarios. Al pronto siguió, truco instantáneo del cine, la muchedumbre de los cuerpos enteros: ¡eran soldados soviéticos! Los aplausos se trocaron en silbidos, que al punto ahogaron a otros aplausos mucho más nutridos.

El episodio me pareció síntoma de la lucha entre la psicosis totalitaria, por fortuna insignificante en la República, y el infalible y potente instinto de la cultura política, que muestra de modo inequívoco, casi en su totalidad la opinión pública (1).

(1) Este capítulo fué una conferencia que el autor debió pronunciar en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, el año 1941, cuyos antecedentes se contienen en la carta que sigue, dirigida en su oportunidad al entonces vicedecano, doctor Padilla.

Buenos Aires, octubre 27 de 1941.

Señor doctor  
Roberto G. Padilla  
Presente

Distinguido doctor:

He recibido su carta de fecha 23 del corriente, y quedo impuesto de su contenido. Mi conferencia, por falta de oportunidad en este año, se posterga para el próximo.

Puedo ahora puntualizar algunos hechos de este singular episodio. Recibí su nota el día 4 de octubre ppdo., y la contesté inmediatamente, aceptando su invitación, y fijando como argumento: *los sistemas totalitarios*. El día 8 me habló por teléfono el Dr. José M. Videla Aranguren, para pedirme en su nombre el cambio del título. Accedí a su pedido, hasta por mi propio interés, porque no deseaba se me confundiese, aunque fuera por pocos días, con un propagandista de aquellos sistemas.

Expresé a su representante, sin embargo, que no variaba el contenido:



hablaría como profesor universitario, en forma impersonal, documentada, como lo pide la seriedad de la investigación científica.

Era indudable que el Dr. Videla Aranguren procedía debidamente autorizado. Lo sé un hombre de conducta intachable, incapaz de atribuirse una representación que no le corresponde. Cuarenta y ocho horas más tarde recibí del mismo Dr. Videla Aranguren el modelo impreso de las invitaciones repartidas con el nuevo título: *El Estado y los nuevos sistemas político-sociales*. Así se publicó también el anuncio de la conferencia, en la sección universitaria de *La Nación*.

Objeté asimismo a su representante la fecha del 15 de octubre por ser la misma ya fijada para que el Dr. Saavedra Lamas, — que, según el Dr. Videla Aranguren, deseaba concurrir a tan importante acto de intercambio universitario, — debía de hacerse cargo en forma solemne del rectorado de la Universidad.

Poco después sobrevino lo que yo había supuesto: las clases del día y, por consiguiente, la conferencia, fueron suspendidas. Y esta es la hora en que no hay fecha disponible para este año, en razón de otras disertaciones de profesores extranjeros, según Vd. me comunica, ya señaladas de mucho tiempo atrás. Parece, pues, por lo que se ve, que también pudo preverse con igual antelación la inconveniencia de la fecha fijada para la mía. Se trata sin duda de una distracción de la secretaría, imputable como suele decirse a exceso de trabajo, y también (por qué no decirlo?) a la inferioridad de este asenderado conferencista nacional, comparada con la de los foráneos, que bien puede repetir la advertencia del Evangelio: nadie es profeta en su tierra.

Me induce a suponerlo el hecho de que fué el pro-secretario, Señor Boero, quien, por encargo suyo me comunicó que mi conferencia quedaba suspendida «por pocos días», y que oportunamente se fijaría otra fecha de este mes, para que pudiese realizarse.

Desde el primer instante, desde los primeros días de mayo, en que el Dr. Videla Aranguren me habló de este asunto, le manifesté con franqueza mi opinión: la conferencia, que ya me había sido solicitada de palabra por el Dr. González Gowland, no se daría. Por él supe que algunos consejeros cuyos nombres ignoro, y entre los cuales, huelga decirlo, no lo incluyo, no deseaban que yo fuese invitado a disertar en la Facultad de Derecho, por supuestas divergencias ideológicas ocasionadas a provocar disturbios.

Algo después supe con sorpresa que se me había enviado el 10 de junio, una nota de invitación subscripta por el Dr. González Gowland, que no llegó a mi poder. Tuve muy tardío conocimiento de ella por el Dr. Videla Aranguren. La primera que efectivamente vino a mis manos fué la suya de los primeros días de octubre.

No fui yo quien tuvo la iniciativa de esta infortunada invitación, Vd. sabe que nunca he pedido cátedras a la Facultad de Derecho. Serían para mí un honor que estoy muy lejos de desdeñar, pero no las necesito ni agregan nada a mi renombre universitario, cuyo prestigio — puedo recordarlo con alguna jactancia — ha traspuesto hace ya mucho tiempo las fronteras de nuestra patria.

*modesto  
el puke?*

He resuelto desistir de la conferencia que me fué pedida, pero quedo de todas maneras reconocido a su sinceridad y a sus atenciones.

De Vd. atento y S. S.



## CAPÍTULO IX

### La Fluctuación Cíclica de la Actividad Económica

SUMARIO: 102. La teoría *cuantitativa* de la moneda. 103. La teoría monetaria del ciclo. 104. Consecuencias sociales de la inflación monetaria. 105. La política monetaria, según J. M. Keynes. 106. Perturbaciones del ahorro y de la producción. 107. El dinamismo de la producción de la riqueza. 108. Fluctuaciones del ahorro futuro. 109. La condición de equilibrio. 110. Versión gráfica de las ecuaciones dinámicas de Keynes.

102. El llamado *principio cuantitativo o teoría cuantitativa* de la moneda, sobre la dependencia entre el valor unitario de aquélla y su cantidad es muy antiguo. Se lo encuentra ya, no sólo en algunos antiguos economistas italianos, sino en Hume y en Locke. Pero como todos los teoremas monetarios fundamentales, es una de las contribuciones que la ciencia debe a David Ricardo.

La ecuación de aquella teoría, en su forma completa, como la formuló I. Fisher, es <sup>(1)</sup>:

$$PT = MV + M'V', \quad (I)$$

en la que  $P$  es índice o promedio ponderado de los precios por mayor,  $T$  el índice de las transacciones en la unidad de tiempo (el año),  $M$  la moneda en poder del público,  $V$  su velocidad de circulación,  $M'$  los depósitos bancarios a la vista o

<sup>(1)</sup> I. FISHER, *Purchasing power of money*, capítulo II, N° 2.

depósitos de moneda, y  $V'$  la velocidad de circulación de los mismos (1).

(1) Esta fórmula procede indudablemente de la llamada fórmula de Cambridge o de Marshall:

$$P = \frac{kR}{M} [c + h(1 - c)].$$

en la que  $R$  es el rédito total de la colectividad expresado en numerario,  $k$  la proporción del mismo que se mantiene en forma de títulos de moneda legal,  $c$  la proporción de dinero líquido en poder del público, y  $h$  la proporción de la moneda legal a los depósitos.

En su *Tract on Monetary Reform* (1924), Keynes prefirió destacar en la fórmula de la teoría cuantitativa las costumbres monetarias y bancarias del público, y escribió:

$$M = P'(K + RK'), \quad (II)$$

en la que  $M$  es la moneda total en circulación,  $P'$  el índice monetario o precio de la unidad de consumo (el kilogramo de cosas, en general, por ejemplo),  $A$  el número de unidades de consumo compradas con dinero en poder del público,  $R$  la proporción de los saldos bancarios en efectivo respecto al importe de los depósitos a la vista, y  $K'$  el número de unidades de consumo compradas con estos depósitos. El paréntesis expresa las costumbres monetarias y bancarias.

La relación entre (I) y (II), entre el índice Fisher o fórmula de las operaciones al contado y el de Keynes o fórmula de las disponibilidades líquidas, es la siguiente. Del punto de vista teórico  $P$  y  $P'$  son diferentes. Dos artículos del mismo precio como objetos de consumo tienen distinta importancia relativa como objetos de operaciones monetarias. Sea  $f$  la proporción de  $P'$  a  $P$ :

$$\frac{P'}{P} = f,$$

que puede escribirse:

$$P' = Pf.$$

Substituyendo  $P'$  y  $P$  por sus valores en (II) y en (I):

$$P' = \frac{M}{K + RK'} = Pf = \frac{MV + M'V'}{T} \omega f$$

donde  $w$  es la proporción de los depósitos de moneda respecto a los depósitos totales. J. M. KEYNES, *Treatise on Money*, libro III, cap. XIV.

103. La teoría monetaria del ciclo, escribía pocos años hace B. Foá, es un fénix singular de nuestra ciencia, que consumido por un riguroso análisis crítico resurge siempre intacto de sus propias cenizas. Ofrece la ventaja de una tentativa de síntesis muy sugestiva, aunque de vez en cuando deba estimarse incompleta o insuficiente (2).

La observación, exacta en general, no podría sin error aplicarse a las ecuaciones de Keynes, que tienen por objeto definir el equilibrio dinámico del mercado monetario, corrigiendo la insuficiencia de las ecuaciones estáticas tradicionales de I. Fisher y A. Marshall, esto es, explicar los fenómenos intermedios que se verifican entre dos posiciones de equilibrio, y además, en términos monetarios, aunque no por factores exclusivamente monetarios, el ciclo de la crisis general y periódica.

Esas ecuaciones serían así una síntesis vigorosa y original de las modernas versiones de la teoría monetaria del ciclo, en cuanto tienen de aceptables. Sería pertinente aplicar a ellas y, desde luego a la síntesis de Keynes, esta juiciosa observación del mismo Foá. «No pretenden reducir todas las causas del ciclo a una sola, sino contemplarlas a todas desde un mismo ángulo visual». Se trata en realidad de todas las relaciones de producción y distribución, según fluctúan durante las distintas fases del ciclo.

104. En su *Monetary Reform*, al estudiar las consecuencias sociales de la inflación, insistía Keynes particularmente sobre la distinción entre clases *activas* y *pasivas*. Una mudanza en el nivel general de los precios, escribía entonces, un cambio en la unidad que determina las obligaciones de los deudores de dinero, los cuales toman decisiones que ponen en movimiento la producción, hacia los acreedores, que permanecen inactivos una vez prestado su dinero, origina una redistribución de ri-

(2) B. Foá, *Recenti teorie monetarie del ciclo*, Giornale degli Economisti, diciembre, 1931, pág. 847.

queza entre los dos grupos (1). Tratábase de variaciones efectivas ya verificadas. En su *Treatise on Money* (1930), abandona o modifica en parte su criterio.

En *Monetary Reform* había escrito: «La inflación monetaria es injusta, la contracción dañosa. De una y otra, si dejamos de lado inflaciones exageradas como la de Alemania, la contracción es tal vez peor, porque es más grave, en un mundo empobrecido, provocar la desocupación que desilusionar a los rentistas... Es fácil concordar en que uno y otro son males que se deben evitar» (2).

Estas comparaciones desaparecen del *Treatise*, donde, prescindiendo de toda consideración de política monetaria y desocupación de trabajadores, se formulan con criterio rigurosamente teórico las ecuaciones del equilibrio monetario del mercado. Se supone, sin embargo, una sociedad de productores, empresarios, trabajadores, hombres de negocios y banqueros, dirigidos, orientados por lo menos, mediante el gran mecanismo regulador del banco central. El costo total de la producción es, pues, el rédito monetario de la colectividad, y el ahorro, diferencia entre rédito monetario y gasto de consumo, no supone de necesidad una clase pasiva de rentistas, sino una distinción entre consumidores y productores, mejor dicho, una distinción entre la actividad de éstos en cuanto consumen, y en cuanto concurren a la producción.

Pero el ahorro comprende distintas clases, el *productivo* que se invierte luego en la producción, el *improductivo* que se disipa en actos de consumo, cuyo tipo más frecuente y característico es el de los empréstitos públicos.

En el ahorro productivo se distinguen a su vez tres formas: ahorro espontáneo, que corresponde la noción corriente: ahorro *automático*, propio de los tiempos de inflación monetaria,

(1) J. M. KEYNES, *A tract on Monetary Reform*, págs. 4 y 39, Londres, 1924.

(2) J. M. KEYNES, *Ibid.*

resultado de la creación extraordinaria de depósitos por parte del sistema bancario (descubiertos y redescuentos bancarios), el cual provoca *transferencias de consumo* de unos grupos a otros (corresponde al *compulsory saving* de J. Stuart Mill), esto es, redistribuciones de réditos monetarios; y ahorro *inducido*, que se verifica después de un proceso de ahorro automático, cuando al disminuir el poder adquisitivo de la moneda por aumento de los precios, los empresarios a su vez disminuyen su actividad productiva, para restablecer una justa proporción entre las nuevas cantidades producidas y las anteriores existentes. Estas distinciones fueron originariamente formuladas por D. H. Robertson (1).

Todas ellas responden esencialmente al propósito de proporcionar la cantidad de medio circulante en el mercado con las exigencias del proceso productivo, y con aquellos retardos y aceleraciones en los ciclos de la producción, de los cuales las variaciones de las cantidades disponibles son uno de los datos más significativos.

La semejanza entre la sociedad de Robertson y Keynes, donde tales hechos se verifican, y una sociedad de tipo soviético, comunista, según la describen escritores imparciales como A. Feiler y C. Hoover, es patente. Pero en rigor, las hipótesis implícita o explícitamente formuladas por los primeros, y las descripciones de los segundos, son superfluas. Desde 1873, como se ha dicho, en que L. Walras demostró rigurosamente, por vez primera, el teorema de la libre concurrencia, sabemos que el problema de la producción y distribución y, por tanto, el problema monetario correlativo, no dependen sino muy accesoriamente de la forma de la organización social. El equilibrio monetario del mercado es el mismo, así se trate de una sociedad individualista o de una sociedad colectivista, si se quiere una distribución equitativa, conveniente, del rédito monetario de la colectividad.

(1) B. Foá, *Op. cit.*, Giornale, pág. 856.

105. En el último de sus libros, Keynes vuelve sobre el arduo problema. Allí reaparecen las consideraciones de política monetaria y desocupación obrera, inseparables, en el mundo actual, del estudio teórico de aquel problema. Keynes usa de modo exclusivo dos unidades fundamentales de cantidad, a saber: cantidades de *valor-moneda* y cantidades de *ocupación*. La primera es homogénea, la segunda puede serlo, convenientemente definida. Para diferentes grados y clases de trabajo y salarios de remuneración más o menos estable, propone tomar una hora de trabajo común, y pesar una hora de trabajo especialmente remunerado como dos de trabajo común. Llama *unidad-trabajo* la que mide la cantidad de ocupación, y *unidad-salario* el salario-moneda de la unidad-trabajo. Si  $E$  es el rédito monetario de la colectividad,  $E'$  el monto de los salarios, y  $W$  la unidad-salario.  $E' = N.W$  (siendo  $N$  la cantidad de ocupación <sup>(1)</sup>).

Aunque no recuerda explícitamente la demostración de Walras, ella está como sobreentendida en sus análisis y conclusiones acerca de los problemas que plantea una ocupación plena, en sus relaciones con la inversión del ahorro productivo y la tasa de interés más convenientes.

Salvo en una comunidad socializada, dice, donde la política de los salarios se establece por decreto, no hay medio de asegurar reducciones uniformes para toda clase de trabajo. Tal resultado sólo puede realizarse por una serie de cambios graduales, irregulares, que no se justifican por ningún criterio de justicia social o arbitrio económico, y que no podrían completarse sino después de luchas desastrosas, en las que aquellos que se hallasen en posición más débil sufrirían más, comparativamente, que los otros.

Un cambio en la cantidad de moneda, agrega, se incluye por otra parte en la posibilidad de muchos gobiernos, mediante las llamadas operaciones de *mercado abierto* (emisión a cambio

(1) J. M. KEYNES, *The General theory of employment interest and money*, pág. 41, Londres, 1936.



de un bono consolidado de crédito público y retiro de la misma, según las circunstancias). Teniendo en cuenta la naturaleza humana y nuestras instituciones, sólo un insensato preferiría una política de salarios flexibles a una política monetaria flexible.

Prescindamos de los precios *dirigidos* o de monopolio que se determinan por consideraciones distintas de las que imponen los costos marginales. Si los salarios en moneda son rígidos, los cambios que se verifican en los precios dependen principalmente de la disminuída productividad marginal de la ocupación existente, que corresponde a un aumento de la producción.

El más alto grado de cordura pide se mantenga invariable la relación entre el trabajo y los otros factores cuya remuneración se fija por contrato, en términos monetarios, señaladamente *la clase de los rentistas*, mediante una institución determinada o el Estado. Si clases importantes deben recibir sus remuneraciones fijadas en términos de moneda, la justicia o el arbitrio social se sirven mejor si las remuneraciones de *todos* los factores (la bastardilla pertenece al texto) se mantienen rígidos en términos de moneda.

106. «Perturbar el ahorro, escribía en 1927, en una crítica de *Monetary Reform*, desilusionando a los rentistas, es cosa por lo menos tan grave como perturbar la producción de la riqueza, provocando la desocupación obrera» (1). Keynes como puede verse, llegó a reconocerlo de manera explícita en 1936.

El método que aumenta la cantidad de moneda en términos de unidades-salario, disminuyendo la unidad-salario, aumenta proporcionalmente la carga de las deudas; en tanto que el método de llegar al mismo resultado, aumentando la cantidad de moneda, mientras permanece rígida la unidad-salario, tiene un efecto diametralmente opuesto. Considerando el peso excesivo de muchos tipos de deudas, sólo un insensato podría preferir el primero (2).

(1) L. R. GONDRA, *Estudios de historia y economía*, pág. 239. Buenos Aires, 1930.

(2) J. M. KEYNES, *General theory*, págs. 267-269.

En otros términos, disminuyendo la unidad-salario se rebaja el salario; aumentando la cantidad de moneda en circulación, y manteniendo invariable la unidad-trabajo, por el contrario se lo aumenta.

Tal es la conclusión de Keynes, válida huelga decirlo, para pueblos de buenas costumbres monetarias, y que sólo recurren a la inflación en casos de necesidad extrema como el de la guerra; peligrosísimo para pueblos de malas costumbres monetarias, regidos por gobiernos que profesan y practican como un axioma, el despilfarro y la inflación de la hacienda pública.

No obstante las precauciones y el rigor de las definiciones cuidadosamente formuladas por especialistas como Robertson y Keynes, las trocatintas e incongruencias de los políticos y hombres de negocios son de una frecuencia desoladora.

El rasgo distintivo de la inflaciones es la *redistribución de réditos*, las famosas transferencias de consumo que siguen a ella y al alza general de los precios. Aquellos réditos son desigualmente heridos por la inflación. Unos individuos se ven más ricos; otros más pobres. Todos se ven, pues, forzados a redistribuirlos.

Pero los políticos y hombres de negocios no suelen distinguirse por la coherencia y lógica de sus razonamientos, a ratos singularmente graciosos. Se provoca una formidable expansión de la producción (*causa*); sobreviene un crecimiento enorme de la masa total de réditos y consiguiente aumento de consumos y precios (*efecto*). Se protesta entonces contra este aumento. ¡Se quiere deliberadamente la causa y se exterioriza luego indignación por el efecto! Tal es el caso de las leyes proyectadas por Mr. Roosevelt para combatir la inflación.

107. Las cantidades económicas pueden considerarse como *fondos* o como *flujos* o *corrientes*. Es un concepto de fondo la cantidad total de la producción *en un instante dado*; es un concepto de flujo la cantidad de bienes productivos que afluye al mercado *en un período determinado*. Con el concepto de fondo analizamos el equilibrio *estático*; con el de flujo el equilibrio *dinámico*.

Para Keynes, en tema de dinámica, la producción es un doble flujo de bienes de *consumo* y bienes de *producción* o nuevos bienes de *inversión* (capitales nuevos en la terminología walrasiana). Debe, pues, considerarse un índice o *nivel de precios* de consumo y otro de nuevos bienes de inversión. El equilibrio móvil de la producción total se verifica cuando uno y otro índice se igualan con el costo unitario de la producción total, que también denomina tasa monetaria de ganancias-eficiencia (*money-rate of efficiency-earnings*).

El costo de la producción total es el rédito monetario de la colectividad. Dividido este costo por el volumen de la producción, se obtiene el costo unitario de la misma. Sea  $E$  el rédito monetario de la colectividad,  $O$  el volumen de la producción,  $R$  el flujo de bienes de consumo,  $C$  el de nuevos bienes de inversión. Por hipótesis  $O = R + C$ . Si  $II$  es el índice o nivel de los precios de la producción total:

$$II = \frac{E}{O}$$

Sea, por otra parte,  $I$  el valor de los nuevos bienes de inversión,  $I'$  el costo de los mismos. El flujo de bienes de consumo es por hipótesis  $\frac{E}{O} R$ ; el de los nuevos bienes de inversión  $\frac{E}{O} C = I'$  valores entrambos monetarios por definición. El valor total de la producción o rédito monetario de la colectividad  $E$  incluye la retribución *normal* de los empresarios (salario directivo, según la nomenclatura walrasiana), distinto de los beneficios (*profits*) debidos a oscilaciones generales de los precios.

Una estabilidad del nivel de precios en su conjunto, es perfectamente compatible con el hecho de que los beneficios de empresarios determinados sean positivos o negativos: las pérdidas de unos en el conjunto compensan los beneficios de otros. Tal es la diferencia entre un equilibrio dinámico y el estático, definido por Walras mediante la hipótesis de un empresario ideal que, incluyendo en su costo el salario directivo, no realiza ganancias ni pérdidas.

El valor de  $I'$  puede escribirse:

$$\frac{E}{O} = \frac{I'}{C}$$

Por otra parte sea  $P'$  el índice o nivel de precios de nuevos bienes de inversión. Por hipótesis:

$$I = P'C.$$

Por consiguiente:

$$P' = \frac{I}{C} \text{ (}^1\text{)}.$$

(<sup>1</sup>) Las hipótesis y definiciones precedentes permiten escribir las ecuaciones del equilibrio dinámico, siendo  $S$  el flujo del ahorro corriente de la colectividad (diferencia entre rédito monetario y gasto de consumo):

$$P = \frac{E}{O} + \frac{I' - S}{R}, \quad P' = \frac{E}{O} + \frac{I - I'}{C}$$

Si  $S = I' = I$  (condición de equilibrio) los segundos términos, en las ecuaciones precedentes, se anulan, y  $P$  y  $P'$  igualan a  $\frac{E}{O}$  esto es, al índice o nivel de precios de la producción total.

El valor de  $P$  resulta de las siguientes transformaciones:

$$PR = E - S,$$

que puede escribirse, recordando que  $O = R + C$ , e  $I' = E \frac{C}{O}$ ,

$$PR = \frac{E}{O} (R + C) - S,$$

o sea:

$$P = \frac{E}{O} + \frac{I' - S}{R}.$$

De modo análogo, el índice o nivel de precios de la producción total,

$$H = \frac{PR + P'C}{O},$$

que, teniendo en cuenta las definiciones precedentes, puede escribirse:

$$\Pi = \frac{(E - S) + I}{O} = \frac{E}{O} + \frac{I - S}{O}.$$

Si la condición de equilibrio ( $I = I' = S$ ) se verifica, el segundo término se anula también en las ecuaciones del equilibrio dinámico y los empresarios que producen bienes de consumo y nuevos bienes de inversión, en su conjunto, se hallan en el límite de los costos totales. Si el ahorro corriente es mayor que el costo y el valor de las nuevas inversiones, los empresarios reciben el costo y *algo* menos. Están en pérdida. Si por el contrario es menor, los empresarios reciben el costo total y *algo* más. Están recibiendo en su conjunto beneficios que se suman a sus retribuciones normales. Este *algo* que se resta y se suma sucesivamente a los costos totales, corresponde a las pérdidas que la producción soporta durante la fase de depresión del ciclo, y a los beneficios que se obtienen durante la fase de prosperidad. El índice o nivel de precios de la producción oscila por debajo y por encima de los costos totales. Tal es en suma la fluctuación normal del ciclo económico (1).

108. El exceso de las inversiones sobre los ahorros resulta posible, no por abstención voluntaria de consumo correspondiente a un menor gasto del mismo, sino por abstención *involuntaria* de muchos réditos, que se origina con el alza de los precios y el disminuído poder adquisitivo de aquéllos, o sea, por un proceso de ahorro *forzado* (o *automatic lacking* como dice Robertson).

La expresión es no solamente impropia, sino que corresponde a una conjetura sin fundamento. «Es posible, dice Robertson, que una parte del público trate de restituir el valor real de la moneda a su antiguo nivel, y que para tal fin disminuya su consumo, realizando un acto adicional de ahorro más allá de lo que se proponía, compelido por los bancos» (2). ¿Cómo

(1) J. M. KEYNES, *Treatise*, libro III, caps. 10 y 11.

(2) D. H. ROBERTSON, *Theories of banking policy*, «Económica», volumen VIII, 1928, pág. 134.

se podría comprobar esta conjetura sobre las intenciones y actos del público? En rigor, el alza general de los precios que origina este supuesto ahorro forzado corresponde a la masa considerable de billetes que los bancos, mediante el redescuento, arrojan al mercado, esto es, a un aumento del volumen de *E*.

No se trata, pues, de un ahorro forzado y presente, sino de un ahorro *futuro e incierto* que se capitaliza según la tasa corriente, actual, del descuento bancario. Si este ahorro futuro se realizase, la depresión no existiría o, por lo menos, se atenuaría considerablemente (1).

Los hechos prueban que, con el alza general de los precios, muchas empresas marginales ven sus beneficios futuros disminuidos, pues, aunque no sean inferiores a las actuales en cuanto a su organización técnica, han surgido en un período de costos crecientes. Las beneficios esperados tienden a disminuir, y hasta se transforman en pérdidas. La previsión de una prosperidad indefinida es errónea. Le sigue inevitablemente la depresión. El consumo jamás se adapta con exactitud a la producción que lo precede, y peca siempre por exceso. Todos los fenómenos económicos y sociales se verifican por esto en forma ondulada.

109. La condición de equilibrio depende de que la división del rédito monetario entre ahorro y gasto de consumo sea o no igual a la repartición del costo de la producción total entre nuevos bienes de inversión y bienes de consumo. Si es igual, el volumen del ahorro corriente a su vez se iguala con el costo de producción de los nuevos bienes de inversión. Si por el contrario una y otra repartición son desiguales, pueden darse dos casos: que el volumen del ahorro corriente sea mayor que el costo de producción de los nuevos bienes de inversión, porque la propensión de los consumidores se incline más al ahorro que a la inversión, y en tal caso los empresarios soportan pérdidas, como acaece durante la depresión; o que el costo de los nuevos bienes de in-

(1) L. R. GONDRA, *Tratado*, curso general, § 193.

versión sea mayor que el volumen del ahorro corriente, hecho característico de la prosperidad, y los empresarios obtienen beneficios que exceden a sus retribuciones normales.

El índice de precios de los nuevos bienes de inversión depende del índice de los precios previstos para los frutos de aquéllos en un futuro próximo, y de la tasa de interés a que tales frutos futuros son inmediatamente capitalizados, como se dijo. Los movimientos de ambos índices son interdependientes, y tienen en general el mismo sentido. Los beneficios de los empresarios que fabrican bienes de consumo provocan los beneficios de los empresarios que fabrican nuevos bienes de inversión, y recíprocamente. Otro tanto ha de decirse de las pérdidas de unos y otros.

Por último debe observarse que todas las cantidades económicas, así como las relaciones e índices que comprenden las ecuaciones enunciadas, son funciones. El rédito monetario de la colectividad  $E$  es función del costo y del valor de los nuevos bienes de inversión, y del volumen del ahorro corriente, los cuales a su vez son funciones de los retardos y aceleraciones que se verifican en los procesos productivos y, en definitiva de la variable independiente *tiempo*. Si llamamos  $T$  a esta variable, podemos escribir:

$$E = f(I, I, S) = F(T) \quad (1)$$

La ecuación (1) puede escribirse:

$$F(T) = F[f(T)].$$

Sea  $Y$  el fruto esperado de los nuevos bienes de inversión y

(1) Diferenciando la (1) respecto a  $T$ :

$$\frac{\delta E}{\delta T} = \frac{\delta E}{\delta I} \cdot \frac{\delta I'}{\delta T} + \frac{\delta E}{\delta I} \cdot \frac{\delta I}{\delta T} + \frac{\delta E}{\delta S} \cdot \frac{\delta S}{\delta T}$$

$D$  la tasa corriente del descuento bancario. El índice  $P'$  es a su vez función de estas dos variables  $Y$ , en definitiva de  $T$ :

$$P' = \Phi(Y, D) = \varphi(T) \quad (I)$$

La (II) puede escribirse:

$$\Phi(T) = \Phi[\varphi(T)].$$

Trátase de funciones continuas, máximas y mínimas, cuyas derivadas parciales respecto a las distintas variables son sucesivamente positivas y negativas, durante la prosperidad y la depresión.

110. De las ecuaciones dinámicas de Keynes puede darse la siguiente representación gráfica. Sea la curva  $B$  en el diagrama inserto en la figura 6, la de la demanda de los bienes de consumo, y la  $A$  la de los nuevos bienes de inversión. Hay una sola posición de la recta  $AD$ , para la cual el área  $CD.CF$ , costo total de los nuevos bienes de inversión se iguala con el volumen del ahorro corriente  $S$ . En tal posición el índice  $BE$  de los precios de bienes de consumo y el índice  $CF$  de los de los nuevos bienes de inversión igualan al índice del costo de la producción total.

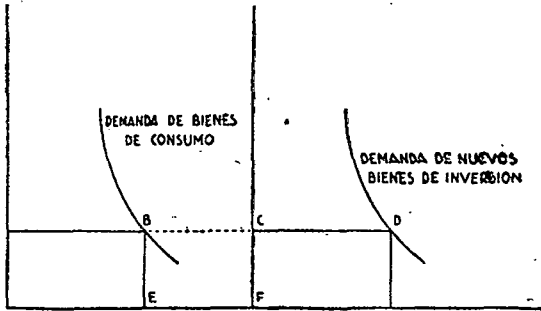


Fig. 6

Si  $S$  es mayor o menor que el área referida, esto es, si la propensión de los consumidores se inclina más al ahorro que a la inversión, o, por el contrario, prefiere la inversión

al ahorro, los empresarios de la producción soportan pérdidas

(<sup>1</sup>) Diferenciando la II respecto a  $T$ :

$$\frac{\delta P'}{\delta T} = \frac{\delta P'}{\delta Y} \cdot \frac{\delta Y}{\delta T} + \frac{\delta P'}{\delta D} \cdot \frac{\delta D}{\delta T}$$



o realizan ganancias que se originan con la baja o el alza general de los precios, según se trate de la depresión o de la prosperidad. En el punto equilibrio,  $S = CD.CF$ ,  $BE = CF$ , esto es, el índice de precios de los bienes de consumo y el de los nuevos bienes de inversión son iguales y corresponden al índice de precios de la producción total. La desigual  $S < CD.CF$ , es el síntoma del ahorro futuro.

A P E N D I C E



BIBLIOTECA





I

DIBLIOTECA

## A Propósito de la Especulación y los Precios Máximos

1. Los precios máximos, por muy loables que sean los propósitos que los inspiren, como lo son en el caso de las medidas tomadas por el Poder Ejecutivo y de las que acaba de aprobar el Congreso, son siempre ineficaces. Lo demuestra una experiencia histórica milenaria, desde los tiempos en que el emperador Diocleciano, en el año 301 de nuestra era, los estableció en su famoso edicto *De pretium rerum venalium*, para combatir una carestía muy persistente.

Muchos años hace, y a propósito de medidas análogas, escribió un economista eminente: «Los sucesores de Diocleciano y de muchísimos gobiernos llamados de ignorancia decretan los precios máximos y los precios forzosos, olvidando cuánto habían censurado y zaherido las providencias análogas de que habla la historia» (V. Pareto, *Fatti e teorie*, Firenze, 1920).

La ley del máximum fué impuesta durante la Revolución Francesa, el 4 de mayo de 1793, a instancia de las autoridades departamentales de París, y reforzada, al parecer por la ineficacia de sus primeras disposiciones, en ley del 29 de septiembre. Imponíase a todos la venta «en el mercado», fijándose como salarios y precios máximos los de 1790, aumentados los primeros en un tercio, y los segundos en un medio. Determinábase la lista de los géneros de primera necesidad, y se penaba con la muerte a los monopolistas, definiéndose rigurosamente la maniobra de monopolio.

Los comisarios encargados de su cumplimiento podían entrar en todas partes, compulsar los registros y las facturas, dispersar o fraccionar los disponibles, visitar granjas y graneros.

Esa ley tenía por justificación el estado de guerra; pero sus resultados fueron contraproducentes. Dice de ella M. Marion, en su *Historia Financiera de Francia desde 1715* (París, 1919): «A nada menos tendía que a tratar como enemigo público a quienquiera que tuviese valor para efectuar el comercio de cosas sobre cuya escasez había quejas».

En este caso como en otros parecidos, la ley produjo el retraimiento del comercio, con todas sus graves consecuencias, la desocupación y el aumento de la carestía, reagravadas asimismo por la inflación monetaria y el estado de guerra.

2. Es muy sabido que el consumo, la demanda de bienes de consumo, depende de los precios. Como se dice matemáticamente, la demanda de todos y de cada uno de aquellos bienes es función de todos los precios. La ley del *máximum* opera sobre los precios, manteniéndolos en un nivel determinado, como previene el proyecto del Poder Ejecutivo, para defender las demandas, esto es, el interés de los consumidores.

En general, su efecto es, como se ha dicho, ineficaz. El vendedor deja de vender y abandona el negocio, cuando la venta le ocasiona pérdida; o defrauda en la calidad, en el peso y en el número de unidades, según la índole del negocio, por procedimientos cuya fiscalización es muy difícil y hasta imposible. En tal caso el consumo decae, y el nivel de vida desciende. La carestía se acentúa, particularmente, para todos aquellos bienes cuyo precio de costo se ha elevado en forma efectiva, y los resultados, a la larga, son los mismos del racionamiento.

El racionamiento es doloroso para la población, cuando proviene de una disminución efectiva de los bienes de consumo, sea por agotamiento de los disponibles y disminución de las cantidades producidas o importadas, o por efecto de la misma carestía. Es esto lo que ocurre durante el estado de guerra, en una plaza sitiada o en un país beligerante sometido a riguroso bloqueo.

3. Más fácil y eficaz sería, teniendo en cuenta el recordado principio (demandas, funciones de todos los precios) actuar sobre el consumo, esto es, sobre las demandas de bienes de consumo, imponiendo a la población una especie de racionamiento, que no sería doloroso, pues no se impone para remediar una carestía, sino para neutralizar una maniobra ilícita de la especulación que nada justifica.

Si el especulador aumenta sus precios en 15 por ciento, por ejemplo, el consumidor que gastaba 10 se ve forzado a pagar 11.50. Pero si éste neutraliza la maniobra, disminuyendo en 15 por ciento su compra, el especulador recibe 9.78 en vez de 10 que recibía antes de elevar el precio.

Un acuerdo espontáneo entre los consumidores, realizado instantáneamente para neutralizar la maniobra del especulador, es imposible. Ante el alza de los precios, el mercado reacciona lentamente, procurando entretanto al especulador, grandes beneficios. Tal es la maniobra del *corner*, reprimida por las disposiciones penales de la ley número 11210.

La acción del gobierno tendría por objeto remediar instantáneamente la lentitud con que reacciona el mercado ante un alza de precio, imponiendo, en forma de suave racionamiento, un acuerdo de los consumidores que anule la maniobra de la especulación.

Este arbitrio, al repetirse durante pocos días, ampliamente difundido entre los consumidores mediante una activa propaganda radiotelefónica que les explicase su objeto, para que todos coadyuven en la medida de cada una de sus compras, provocaría el derrumbamiento de la maniobra especulativa, ocasionando graves pérdidas a los especuladores.

res. Los disponibles que quedaran sin venderse provocarían a breve término la baja del precio; o deberían ser destruídos por exigencia municipal, en razón de su mal estado.

4. El gobierno puede, por su parte, teniendo el contralor de ferias y mercados, vigilar la estricta aplicación de la medida, exceptuando de ella los casos justificados de alza de precios, que tengan por objeto defender un disponible en trance de rápido agotamiento. Algunas resoluciones tomadas por el Poder Ejecutivo y por la Municipalidad de la capital, responden a este fin de vigilancia y fiscalización de los disponibles existentes, y son acertadas. Ejemplo significativo: la provocada por un acaparamiento de papas. Como ésta, muchas otras.

No sería necesario, en cambio, actuar con igual rigor sobre los precios de las materias primeras y sobre los disponibles de las mismas, pues dominado en la forma dicha el mercado de los bienes de consumo, nadie sería tan necio que intentase la maniobra, sabiendo que difícilmente podrá vender a los nuevos precios en alza. Los productores a su vez estarán atemorizados por la eventual disminución del consumo, y no se inclinarán a producir nuevas cantidades de productos, que habrían de venderse con pérdida.

Es también muy sabido que el volumen de los bienes de consumo influye decisivamente sobre el de los bienes del productor o nuevos bienes de inversión (materias primas, herramientas, máquinas, etcétera). Una restricción del consumo restringe a su vez la preparación de los productos, de las materias primas etcétera.

El gobierno puede así, manejando firme y discretamente la limitación del consumo que a nadie ha de resultarle dolorosa por el fin a que tiende — como maneja el mercado de títulos, aunque por otros medios — anular la especulación ilícita, y fiscalizar la lícita, es decir, la que tiene por fin moderar un consumo excesivo, y un acaparamiento injustificado de los consumidores, defendiendo así los disponibles que sea necesario defender.

Los consumidores no pueden intentar con éxito la restricción del consumo a fin de neutralizar el alza de los precios, porque no están organizados, como lo están, por ejemplo, en ciertos países, las cooperativas de consumo, y los sindicatos de trabajadores. Tanto aquéllas como éstos defienden los precios y los salarios, asegurándose beneficios, que, de otro modo, irían a los empresarios de la producción y del comercio.

La acción del gobierno tendría en nuestro caso el objetivo de remediar las malas consecuencias de la falta de organización, haciendo imposibles ciertas maniobras muy censurables. Esa acción tendría que realizarse, mediante muchas de las medidas ya convertidas en disposiciones del proyecto de ley que acaba de sancionar el Congreso, y que pueden condensarse así: vigilancia y fiscalización rigurosa de los disponibles y depósitos de mercaderías (1).

(1) Publicado en *La Prensa*, el 8 de septiembre de 1939.



BIBLIOTECA

II

## Ch. Andler y los Orígenes del Pangermanismo Consideración Preliminar

1. El autor de esta traducción, fruto quizás algo mezquino de sus ocios literarios, la dedica especialmente a los nazis argentinos de buena fe y raza no germánica. Sabrán así el desprecio que les tienen consagrado los escritores y representantes del pangermanismo. La enseñanza de éstos, por más de un siglo, se ha inculcado a escoplo y martillo en las cabezas alemanas, con tan monótona repetición de sus temas, que ha llegado a ser en ellas como la expresión de la más alta sabiduría histórica, política, económica, religiosa, etcétera.

También espera el autor de la traducción que con la lectura de la misma, aunque sobre este particular no se forja ilusiones, puedan estimar de algún modo el cielo que los nazis les tienen prometido, si el progreso de la herramienta naval y militar pusiese a nuestro país en «la esfera de acción» de aquéllos: caso que espera suceda para las calendas germánicas.

La magistral *Introducción* de Andler, profesor que fué de lengua y literatura alemanas en la Facultad de Letras de París, no necesita ser presentada. Cualquier lector medianamente culto puede, a su simple lectura, comprender ahora la significación real de los comunicados y acontecimientos que llenan las columnas telegráficas de los diarios, y la intención, antes recóndita y hoy confesada sin rodeos, de organizar una *nueva Europa* que, con los remiendos y adaptaciones inevitables, no es otra cosa que el viejo amaño pangermanista. De ello parece haberse percatado Staline.

2. Pueden advertirse sin dificultad los dos grupos bien definidos de pangermanistas. Los prudentes, Federico II y Bismarck, hombres de genio, acariciaron la posibilidad de realizar el proyecto de una hegemonía germánica, contenida dentro de límites firme y cautelosamente fijados para no perderlo todo. Los extremistas de «la más grande Alemania», que suelen cubrir de injurias y tachan de medrosos a los primeros, forjaron el mito revolucionario del Pangermanismo, para conmovier y arrastrar a la gran masa de los filisteos alemanes, en la que

prevalece un espíritu de obediencia casi milenaria, impuesto por dictaduras indígenas o extrañas, que llaman disciplina *social*. En esa masa se reclutan los ejemplares más representativos de la demagogia totalitaria, desde el falsete agudo de la presuntuosidad racista, hasta los registros más graves de la total ausencia de escrúpulos, psicosis que suele denominarse *nacionalismo*.

Rasgo común de unos y otros es el desprecio de las *razas* no germánicas, es decir, de los latinos *degenerados*, según les califican, eslavos, amarillos, negros y cobrizos. Sobre ellos ha de predominar algún día el arianismo puro de la raza germánica, predestinada por Dios, según el pangermanista Paul de Lagarde, para ejercer imperio sobre las otras.

Sería ingenuidad emprender a demostrar que la raza no es un hecho histórico sino un concepto abstracto bastante discutible, que no hay razas puras, habiendo fracasado todas las tentativas de definir las, y que los presuntos *arios* no son otra cosa que una conjetura lingüística de quienes se dedican a tales estudios y esparcimientos. Bien lo saben los antropólogos y filólogos alemanes de los buenos tiempos, quiero decir, de los tiempos en que ellos podían opinar libremente sobre estas cosas, sin exponerse a una temible insinuación de la Gestapo.

El *pangermanismo*, como sus hermanos carnales de medio pelo, el *fascismo* y el *comunismo*, engendrados todos ellos por diferentes padres putativos en un mismo lecho marxista, son, diría Georges Sorel, imágenes de lucha y acción futura, mitos revolucionarios, como lo fueron en el pasado la *revolución social* y la *huelga general revolucionaria*, hoy arrumbados en los desvanes demagógicos por el estrago del tiempo. Sirven para lo que sirvieron éstos antaño: para que las manadas de adeptos, pobres búfalos dice Andler, a la voz de los amos, arremetan contra los comederos de los rivales y los limpien, a fin de que aquéllos puedan ocuparlos.

Después de lo dicho, resulta ocioso agregar que las *preponderancias* y *predominios* de que da cuenta la historia del mundo no se deban a luchas de razas sino de naciones, y sus resultados, más o menos considerables, conducen siempre a la decadencia de los vencedores, en períodos más o menos prolongados. Por esto, un eminente historiador alemán, R. Mayr, propone dividir la historia del comercio mundial en eras, éstas en edades y éstas en períodos, denominando a estos últimos por el nombre del pueblo que ejerció la preponderancia comercial. Y así distingue: el período oriental antiguo (4000-850 a. C.); el período helénico cartaginés (850-146 a. C.); el romano (146 a. C. - 527 de C.); el bizancio-islámico (527-1096); el ítalo-hanseático (1096-1492); el hispano-portugués (1492-1600); el holando-británico (1600-1815), y el británico-americano (1815-x) (1).

3. En general, este desprecio de supuestas razas inferiores es chifladura común de los pueblos anglo-sajones y germánicos. Pero aquéllos,

(1) R. MAYR, *Storia del Commercio, etc.*, pág. 3, Milán, 1915.



aleccionados (y a veces duramente) por la experiencia, han terminado por desistir de sus alardes de superioridad, y avenirse a tratar a sus clientelas extranjeras y coloniales en un riguroso pie de igualdad, distinguiendo solamente los países importadores de los exportadores de capitales, y entre aquéllos, los que cumplen de los que no cumplen sus obligaciones y compromisos financieros.

De ahí ha resultado el espléndido espectáculo del Imperio Británico, sociedad, de naciones independientes, vinculadas por tradiciones, sentimientos e intereses comunes, *Confoederatio latissima*, como la quería Frantz para los pueblos de raza germánica, en que Inglaterra dejó hace ya tiempo de ser metrópoli — concepto a que los pangermanistas continúan ciegamente aferrados — para trocarse en madre-patria, que sus hijas han corrido a defender con fuerzas imponentes. Tal es hoy esta grande organización del futuro, que no lograrán vencer los alemanes, con sus doctrinas anacrónicas de dominación racial y poderío puramente material.

4. Basta hojear cualquier libro de historia económica, el clásico e insospechado estudio de Mayr que acaba de citarse, por ejemplo, para comprobar que la historia de las Hansas con que se pavonean los pangermanistas fué sólo un episodio (no el más importante, desde luego) de la formación del mundo moderno, en los albores del capitalismo. Como acontecimiento específicamente político-comercial, las ligas Hanseática y Riniana fueron precedidas por las repúblicas italianas del Mediterráneo, Amalfi, Pisa, Génova y Venecia. De esta última, durante el apogeo de su comercio de Levante, los hanseáticos y rinianos, fueron, con su *Fondaco de' Tedeschi* — donde trabajaron como *sensali* (corredores) artistas célebres, Gentile y Giovanni Bellini y el Tiziano — clientes y protegidos de los venecianos <sup>(1)</sup>.

El gran movimiento del capitalismo proviene de las Cruzadas y del restablecimiento de las relaciones mercantiles entre las *escalas* de Levante y el Occidente europeo. Este movimiento de transformación espiritual y material se hallaba en su apogeo a mediados del siglo XIII, y había estrechado las múltiples relaciones de interdependencia social y religiosa, política y económica entre las distintas regiones de la Europa central y occidental.

Como quiera que se explique, — y las conjeturas unilaterales van desde la de W. Sombart, que lo atribuye principalmente al aumento de las rentas del suelo, correlativo de la emancipación de los comunes, durante los siglos XI y XII, hasta la de Stieder y Heymen, que dan importancia decisiva al incremento de las ganancias del comercio y de la industria, después de las Cruzadas, — lo evidente es que nada tiene que ver con aquel grande movimiento de transformación el factor étnico, ni mucho menos que la contribución de los pueblos germánicos fuera

(1) R. MAYR, *Stor. del Commercio*, págs. 88-105.

comparable con la de los pueblos latinos del Mediterráneo (4). Pusieron en evidencia el influjo decisivo de éstos, dos eminentes historiadores alemanes de los buenos tiempos de libertad espiritual y política: W. Heyd y A. Schaube.

5. La preocupación de pueblos y razas superiores o inferiores, de pueblos y razas progresistas y pueblos y razas en estado de descomposición o corrupción, es el rasgo más persistente de la presuntuosidad y del desprecio con que los países acreedores o exportadores de capital suelen tratar a los importadores o deudores. La verdad es que tal presuntuosidad no tiene de ordinario más fundamento que una ignorancia, ya proverbial, de los primeros respecto a la geografía y la historia de los segundos. Por lo demás, este orden de relaciones es muy tornadizo; y así, es probable que, después de esta guerra, de la que vencedores y vencidos saldrán quizás extenuados, se truequen los papeles, y éstos vayan a parar, de manos de los acreedores a las de los deudores.

Para las personas que no conocen las interioridades del capitalismo — palabra muy prostituída por los macaneadores del nacionalismo, y por aquello de que las palabras *meretriculae* — no serán inoportunas las siguientes explicaciones.

Toda empresa de ocupación y explotación económica de un territorio, es decir, toda empresa industrial o comercial, como quiera que se realice, necesita una acumulación *previa* de ahorro y la transformación ulterior de éste en capitales, maquinarias, materias primas y capital circulante o monetario, con que se pagan los *anticipos* de la producción, a *cuenta* del producto futuro.

La masa total de ahorro disponible, para todo país que no se halla en estado de miseria o depresión crónica, depende de la *previsión* de riquezas futuras, esto es, del grado de cultura general, y de las fluctuaciones del *ciclo* económico, con sus fases de prosperidad y depresión. Esa masa de ahorro es más abundante en los países densamente poblados y de más antiguo desarrollo industrial, que en los países menos poblados y de más reciente desarrollo industrial. Los primeros, se dice, son países *exportadores*, los segundos, *importadores* de capitales (humanos, mobiliarios, monetarios). El interés que se paga por el uso de los capitales es comparativamente más alto en éstos que en aquéllos.

No se crea, sin embargo, que los países exportadores realicen, a expensas de los importadores, tan grandes negocios como supone la imaginación popular. Las inevitables fluctuaciones del ciclo de los negocios permiten compensar las pérdidas y beneficios ínfimos de unos años o ejercicios con las grandes ganancias de otros; y a la larga, como lo demuestran estadísticas depuradas de más de ciento cuarenta años, los prestamistas o *ahorradores* obtienen a duras penas la restitución o amortización de los capitales prestados y el interés corriente. Y de esta ley se ha demostrado que no se escapan ni los usureros, cuyos intereses

(4) R. CAGESSE, *Storia del Comercio*, págs. 98-107, Firenze, 1922.

feroces incluyen altísimas primas de seguro, para cubrir los enormes riesgos que corren.

Lo demás es leyenda con que se explota o trata de explotar — no siempre con éxito — la credulidad de prestamistas o ahorradores incautos, «argomento di sogno e di sospiri», como decía el poeta, para filisteos famélicos, e inagotable fuente de mitos revolucionarios (comunistas, nazistas, fascistas *ad altri*) para uso de bandas temibles que pescan a río revuelto en tiempos de convulsión social. Todo ello sin contar con las suspensiones de pago, *nacionalizaciones* y *bloqueos* de capitales; rebatos gigantescos a veces, con que en esos mismos tiempos, los *especuladores*, las clases *activas* de las más novedosas teorías monetarias, escamotean honitamente los dineros de los *rentistas* o clases *pasivas* de estas mismas teorías, con muy graciosas metalepsis y argucias que torturan los textos legales más claros, para hacerles decir lo que no dicen, como demostraba el lobo al cordero el derecho que tenía a devorarlo. Y los lobos de todas las razas, de todos los sementales demagógicos y de todas las regiones, son siempre lobos, y nada más que lobos.

No hay pueblos puros ni pueblos corrompidos. El fondo popular de todos los países, donde reside originariamente, y de donde toda autoridad emana, según la clásica doctrina de Santo Tomás de Aquino, no se corrompe nunca (*Summ. Teolog.*, 1, 2, c. CV, a. 1.) Es esto lo que suele expresar la sabiduría de la sentencia popular: *vox populi vox dei*. Se corrompen, en cambio, y se disgregan, los grupos gobernantes, y este proceso de descomposición se realiza, probablemente, con mayor celeridad en los regímenes totalitarios que en los regímenes democráticos. El despotismo no puede prolongarse indefinidamente; mientras que la libertad política,— y otro tanto ha de decirse de la económica,— tiene vitalidad perpetua, y se regenera continuamente a sí misma, salvo las insidias consabidas de la demagogia y la burocracia.

Sea lo que fuere, la historia del siglo XIX enseña profusamente que tal expresión de presuntuosidad es la herida por donde resuelan los países acreedores, cuando sus deudores no les pagan; y entonces pagan justos por pecadores. *South America, les sauvages américains*, son las manifestaciones más frecuentes de este despecho de los acreedores europeos, generalmente ingleses, franceses o belgas. Declaro ignorar cuál es la manifestación alemana correspondiente. No ha de haberse difundido tanto como las otras, sin duda, porque el capitalismo germánico, más reciente que sus congéneres, no ha participado mucho en esta clase de negocios de los países denostados. Dejemos a los germanófilos la ilusión de que este capitalismo ha de ser más bondadoso que los otros.

Debe decirse, sin embargo, que el desdén de los acreedores ha estado, en lo que va de siglo, expuesto a percances, que a veces asumen formas campanudas de nuevas teorías económicas y sociológicas. En 1896, Vilfredo Pareto escribía: «Se dijo, cuando la República Argentina co-

locaba empréstitos en Europa que la estadística de exportación daba al parecer cifras mayores que las que debieron inscribirse... Las personas que poseen tierras en la República Argentina, en España, etc., apenas tuvieron quejas por daños inferidos a su propiedad, en tanto que las que importaron moneda en esos países fueron en parte despojadas por el curso forzoso (1). Agreguemos, para mayor claridad que las dos formas de la expoliación eran, para los acreedores del exterior, *la suspensión del servicio de la deuda pública*, eufemismo con que se decoraba y decora, el hecho de no pagar lo que se debe, y para los acreedores del interior, el *curso forzoso* otro eufemismo con el que se disimula elegantemente, el de pagar uno, verbigracia, por lo que se debe pagar dos o tres; o como dice el mismo Pareto el hecho de restituir un buey con la fotografía del animal.

Tal era hacia 1896, la opinión corriente en Europa, sobre la seguridad de los capitales monetarios prestados a los países deudores. Después de la gran guerra de 1914, el eminente economista se vió forzado a variar su opinión. Porque los daños parciales que habían sufrido aquellos capitales en América del Sur eran ínfimos, comparados con las rapiñas gigantescas de las *suspensiones* del servicio de las deudas de guerra, y de las *inflaciones* monetarias que, después de aquella, debieron soportar los rentistas del viejo y del nuevo continente.

«Desde los orígenes de la historia hasta nuestros días, escribió entonces Pareto, se observa que jamás, ni antes ni ahora, se mantuvo incólume durante períodos largos la propiedad privada, (2). Las censuras implacables que antes se propinaban a los países de *South America* se transformaron así, en la mente del insigne pensador, en nuevas teorías sociológicas, sobre la propiedad, la moneda y la circulación de las aristocracias, fundadas en la distinción marshalliana de período *breve* y período *prolongado*. Las minúsculas rapiñas hispanoamericanas necesitaron de la experiencia europea de nuestros días, para elevarse a la categoría y dignidad de doctrina sociológica.

Hay que decir, por último, en honor a la verdad, que los ejemplos más significativos de estas formas de expoliación, fundamento de la nueva doctrina paretiana, se vieron, no en *South America*, que, en general, cumplió como buen deudor, sino en los pueblos de la privilegiada raza germánica. Estos, como cualquier deudor de tres al cuarto, se quedaron con lo ajeno, encubriendo el afano con las consabidas metonimias, *socialización*, *nacionalización*, *expropiación* (no pagada, naturalmente), *bloqueo* de los capitales recibidos en préstamo, regadas todas ellas, con las abundantes lágrimas de cocodrilo que los descontentos y vencidos de 1918 derramaron sobre los Tratados de Versalles.

Estas deben ser, seguramente, las grandes dotes de capacidad y ad-

(1) V. PARETO, *Cours d'économie politique*, vol. I, §§ 515 y 546. Lausanne, 1896.

(2) V. PARETO, *Fatti e teorie*, pág. 130. Firenze, 1920.

ministración por las cuales, según el pangermanista Federico List, han demostrado los pueblos de raza germana su gran superioridad sobre los de las otras razas. Y con esto, basta y sobra para no seguir ocupándonos de él. Sería grotesco, en verdad, tomar en serio los *chistes alemanes*, dignos de Frantz y Fritz, de este pedantón insufrible, que llama «ciencia del crecimiento de las naciones» a la economía política, y afirma con gravedad cómica haberla descubierto, decenas de años después de Cantillon, los fisiócratas, Adam Smith y David Ricardo, y que pretende proyectar hacia el futuro las curvas estadísticas, por la más extravagante de las extrapolaciones, con ignorancia matemática sólo comparable a su ingenuidad.

Se comprende, pues, la admiración de los filisteos alemanes por este personaje de sainete que tanto halaga la vanidad nacional. No es, en cambio, explicable que un historiador de la talla de Treitschke desarrolle profusamente su teoría del *Estado-potencia*, sofisma indigno de su inmensa cultura, si no debiéramos ver en ella un recóndito propósito de propaganda política y militar.

El Estado es potencia, y nada más que potencia, pero ésta sólo se prueba en la guerra. En la paz, el Estado no es potencia y, por tanto, no es Estado; o es potencia comparable a la de la ballena vieja y desdentada del poeta Bartrina, que no se atrevía ya a subir a la superficie en busca de peces chicos con que alimentarse, los cuales, por respeto a la tradición, bajaban al fondo del mar, a dejarse devorar por ella. Y si el Estado es vencido en la guerra deja de ser potencia y, por consiguiente, de ser Estado. *Parturiunt montes nascetur ridiculus mus.*

6. Nada hay más característico del genio inglés que la distinción marshalliana de período breve y período prolongado (*long and short periods*). Si se trata de un período breve, podemos sin mayor arbitrariedad considerar que ciertas fuerzas sociales y económicas son constantes y no influyen sobre un hecho determinado; o no influyen sobre determinadas variaciones del mismo. En cambio, si se busca la tendencia que, en definitiva, prevalece dentro de un período de tiempo suficientemente prolongado, es erróneo admitir la constancia de aquellas fuerzas.

El elemento *tiempo*, dice Marshall, es la causa principal de aquellas dificultades que en las investigaciones obligan al hombre, con sus facultades limitadas, a ir avanzando paso a paso, dividiendo la cuestión compleja en varias partes, estudiando sólo una de éstas a un tiempo, combinando finalmente los resultados parciales. El estudio de un grupo de tendencias se aísla mediante el supuesto de que las demás circunstancias permanecen iguales (1).

Era esta flema británica la que, a mediados del siglo XIX, zahería Dickens, durante una época en que las condiciones sociales y políticas

(1) A. MARSHALL, *Principios de Economía*, lib. V, cap. V, núm. 2.

de Inglaterra eran muy parecidas a las de los países despreciados por los pangermanistas, recordando festivamente el *Ministerio de las Circunlocuciones*, el más importante de todos los ministerios, pues sin su conocimiento e intervención, no se podía despachar negocio alguno. Si se llegaba, por ejemplo, a descubrir una segunda conspiración de la pólvora, treinta minutos antes de la hora fijada para poner fuego a la mecha, nadie se consideraba con derecho a impedir que volase el edificio del Parlamento, antes que aquel ministerio hubiese nombrado una comisión tras otra, y expedido centenares de informes oficiales (Ch. Dickens, *Little Dorrit*, 1848).

7. Es forzoso admitir que este método, irreprochable en los períodos de tranquilidad, o cuando se trata de estudiar fenómenos muy complejos, no es adecuado en tiempo de guerra, ni mucho menos permite fundar previsiones, así sea de lo que sucederá mañana o diez años después.

Si se trata de lo que puede ocurrir de un día para otro, ni siquiera es lícito admitir que las demás circunstancias permanecen sin variación. Porque éstas, por efecto del hecho estudiado, están cambiando con celeridad que el mismo observador ni siquiera sospecha. A ello se debe, probablemente, la facilidad con que ciertos críticos militares de reconocida tendencia profesional germanófila previeron la derrota de Francia, mientras los vencedores se vieron muy sorprendidos por la facilidad de su victoria.

El observador se halla expuesto entonces, no a formular una previsión, sino lo que tal cual vez desea que suceda según sus propios sentimientos; lo que él dice para su colete: ojalá suceda. Tal es el tipo de sofisma que prevalece en los comentarios y consideraciones de los pangermanistas y de algunos críticos militares. No se trata de previsiones sino de deseos, expresiones de ojalatería económica, política y militar, como se dijo en España, festivamente, en los días de los *pronunciamientos*.

8. Los hechos prueban que las fuerzas sociales y económicas no despliegan sus efectos inmediatamente, sino en períodos de tiempo más o menos prolongados. Los efectos *inmediatos* de aquellas fuerzas pueden diferir y difieren en general de los efectos finales o remotos, según sea el conjunto de datos o condiciones que, en el transcurso del tiempo, se sustituyen o agregan a los originales. Estas condiciones nos ayudan a comprender las peripecias de la gran guerra de 1914, los efectos inmediatos de sus primeras operaciones, opuestos a los de las últimas o finales. Nos ayudan también a comprender las primeras operaciones de la guerra presente, que no es más que una *continuación*, separada de aquélla por una larga tregua de veinte años, fruto de muchos errores y debilidades, y que el historiador futuro denominará tal vez: *Segunda Guerra de Treinta Años*.

Aunque beligerantes y no beligerantes (la neutralidad es un concepto anticuado que nadie respeta) continúan la política de sus antecesores, con independencia de las formas institucionales, como la historia mo-

derna y contemporánea lo evidencia, esta lucha gigantesca, a la que los no beligerantes no podemos permanecer ajenos, es el choque de dos grandes concepciones de la vida y de la historia, y de su desenlace depende, sin duda, el porvenir de este caudal común que llamamos *civilización*. En esa lucha están comprometidas las mentalidades de dos grandes grupos predominantes, a saber, la que representa el llamado sistema institucional *totalitario*, que antaño se llamó simplemente comunista o colectivista, y la que representa el sistema democrático, propio de los gobiernos representativos, con todas las fallas de que unos y otros adolecen y los diferencian de sus respectivos esquemas teóricos.

Las *minorías organizadas*, partidos políticos o grupos gobernantes tienen, probablemente, una composición normal media igual a la de la sociedad que representan. No son en sí mismas ni mejores ni peores que aquélla; en otros términos, poseen las mismas características (buenas y malas cualidades, si estas expresiones tienen un sentido bien determinado) de la sociedad, y reflejan el estado general de cultura de ella. Pero pueden ser y son a menudo, momentáneamente distintas de la sociedad, por su consistencia moral e intelectual. Esta disparidad, resultado natural del desgaste y descomposición de los grupos predominantes, es el efecto del dinamismo propio de la lucha política y, a su vez, causa de graves crisis que afectan a toda la sociedad (1).

9. El régimen totalitario difiere poco, en cuanto a facultades ejecutivas, del régimen de la Alemania imperial (en el que la acción limitada del *Reichstag* no dificultaba en lo más mínimo la del emperador): es más expeditivo en la concepción y ejecución de sus planes, así de paz como de guerra. Tiene, pues, considerable ventaja sobre las democracias, sometidas a controversias y trámites lentísimos de orden político y parlamentario, que los hechos están poniendo en evidencia.

Baste a demostrarlo el episodio siguiente. En los últimos días de 1937, los asesores militares y financieros de Hitler dijeron a éste con franqueza, que Alemania no se hallaba en condiciones de afrontar una guerra de larga duración, por falta de reservas monetarias, de materias primas y de material de guerra adecuado. Las columnas motorizadas y blindadas (*panzerdivisionem*) habían fracasado ante una defensa obstinada, durante la guerra civil española. Faltaban, además, reservas de hombres adiestrados en cantidad suficiente. Todos ellos fueron separados de sus puestos y comandos. Poco más de dos años después, la Alemania nazi acomete a sus enemigos, demostrando inopinadamente, — aunque los resultados, hasta hoy, están muy lejos del triunfo, — la capacidad militar y financiera que, según Schacht, Papen y los

(1) L. R. GONDRA, *Tratado de Economía política*, curso general, parte II, cap. IX.

generales von Blomberg y von Fritsch, le faltaba, y que los nazis improvisaron en gran parte, con celeridad (1).

10. Estas ventajas, más aparentes que reales, están compensadas con exceso por el daño, es decir, por el costo fabuloso del régimen mismo. Su armadura onerosísima concluye por agotar al país que la soporta, con más eficacia destructiva que la hostilidad de sus presuntos enemigos. Coincidencia singularísima: todas las tituladas dictaduras totalitarias tienen por efecto un crecimiento elefantiásico de la burocracia y de la demagogia, cuyo modelo fué la dictadura jacobina, inaugurada el 10 de agosto de 1792. Dice de ella su historiador y apologista, Albert Mathiez: «La nueva burocracia terrorista lo invadió todo. El abuso fué tan chocante que Dubois-Crancé propuso la expulsión de los clubs. Pero su carta, leída en el Club de los Jacobinos, provocó gran escándalo. Su autor fué acto continuo denunciado al Comité de Salvación Pública como indulgente y desorganizador» (2).

Sus imitadoras de nuestros días, los sistemas totalitarios, traen a la memoria las frases sangrientas que el novelista pone en boca del doctor Miquis: «Hagamos una revolución para destruir el comunismo, y esto es lo práctico, porque hacer revolución por establecerlo es como si encendiéramos el gas de las calles en pleno día. Revolución, pues. Suprimamos la administración, que es una hipocresía del reparto universal; suprimamos el presupuesto, que es la forma numérica del *restaurant* nacional; suprimamos las contribuciones, que son el almaceñaje omnímodo de que se nutre el comunismo...» (B. Pérez Galdós, *La desheredada*, 1881).

11. Pero los efectos de esta abrumadora carga impositiva sólo se hacen sentir a la larga. El gran paciente nacional, reducido a impotencia por una minoría gobernante poderosamente armada, debe resignarse a sobrellevar esa carga. En cambio, otros graves defectos del régimen pueden hacerse sentir gravemente a breve plazo. La opresión dictatorial no puede prolongarse mucho tiempo, durante el estado de guerra. La absoluta falta de libertad y publicidad mantiene a ciegas al dictador, que sólo sabe del descontento latente de la población, llegado el caso, lo que le dicen funcionarios y covachuelistas, los cuales, por comer del régimen, tienen interés en desfigurar u ocultar la verdad.

La población a su vez lo ignora todo, sobre la marcha próspera o adversa de los negocios públicos: sólo sabe de ella lo que el dictador quiere o puede decirle; y es superfluo agregar que éste oculta sistemáticamente lo malo y exagera lo bueno. Durante la guerra, *un contraste muy prolongado entre decantadas victorias y el sufrimiento y las privaciones de aquélla, puede tener efectos desmoralizantes, que disminuyen pavorosamente su capacidad de resistencia.*

(1) Véase el documentado estudio: M. FUCHS, *Un pacte avec Hitler*, págs. 99 y sigs., cap. III. París, 1938.

(2) A. MATHIEZ, *La Revolución Française*, vol. III, pág. 106. París, 1927.



*De ahí la concepción de la llamada guerra fulmínea (Blitz Krieg). El dictador está condenado a ganar la guerra en el menor tiempo posible y a todo trance. Una demora de pocos meses puede ser fatal para el régimen, particularmente, — dada la prodigiosa complejidad de la vida económica contemporánea — si la escasez de subsistencias impone un racionamiento demasiado doloroso a la población, por la necesidad de alimentar y abastecer a las tropas, en detrimento de ella. Hay cosas que ninguna dictadura, por grande que sea su poder, puede remediar o impedir. Una desmoralización y un descenso repentino, por ejemplo, de la escala productiva (1).*

12. La Inglaterra democrática, por el contrario, con una capacidad económica mucho mayor, y una tará burocrática y demagógica comparativamente mucho menor, hállase en situación opuesta. A pesar de su inmensa superioridad en todo género de recursos, debe afrontar, como afronta en estos momentos, el peligro de la guerra fulmínea.

La lentitud de sus decisiones, a la cual, en un estado de emergencia puede, sin embargo, poner remedio con el apoyo de toda la población, es el defecto capital del sistema, y le ha traído los graves peligros que hoy se ciernen sobre ella. Pero éstos se hallan compensados por el hecho de saberrse a ciencia cierta — rasgo característico de todo régimen de libertad y publicidad — si puede contarse con la capacidad de resistencia de la población.

Si pues logra Inglaterra, como todo parece demostrarlo, conjurar esos peligros, y paralizar la ofensiva desesperada de su enemigo, a la larga (período prolongado) la superioridad de recursos, y los efectos hoy necesariamente lentos de las decisiones ya tomadas, a fin de aumentar en escala gigantesca su poderío bélico, darán cuenta de aquél.

L. R. G.

Buenos Aires, junio de 1940.

(1) El autor subraya estos pasajes, porque los hechos le han dado la razón. Este estudio fué publicado por la Facultad de Ciencias Económicas en agosto de 1940.

### III

#### Los Orígenes del Pangermanismo (1800-1900)

1. El autor desea reunir la documentación más significativa que se conoce, sobre el movimiento de ideas que se denomina *pangermanismo*, en una serie de volúmenes substanciales. Ha visto la luz pública en Francia, desde los comienzos de la guerra de 1914, muchedumbre de apreciaciones, a menudo elocuentes, firmadas algunas por nombres ilustres, sobre el espíritu pangermanista. Se han mezclado a esas manifestaciones, demasiados errores materiales, y a las buenas intenciones que las animaban, una falta de sentido histórico hartamente evidente; para que no sea peligroso permitir que se abran camino procedimientos tan sumarios de polémica.

No se hiere al enemigo en las posiciones que ocupa, si no se estudian de cerca su configuración y sus defensas. Me parece cosa vana buscar los antecedentes de la mentalidad alemana actual en el error químico con el que Stahl, y toda la Europa del siglo XVIII creían poder explicar el fenómeno de la combustión por la flogística. Y hasta podría decirse ciertamente que las rarezas experimentales en que tropezó Lavoisier, y de las que no pudo triunfar el instrumental científico de entonces, contribuyeron mucho a justificar la resistencia de sus adversarios. Quiera Dios que en nuestro frente de batalla nos veamos, no ante químicos muy avisados, de los que inventan, con los últimos procedimientos de la técnica, «líquidos espontáneamente inflamables», que, al proyectarse, desencadenan «una onda de llamaradas de un largo y ancho útiles de veinte metros», sino ante soñadores como Stahl en gestación de teorías sobre la flogística.

Uno de nuestros hombres de ciencia más universales y, al propio tiempo, uno de los pensadores más ingeniosos de nuestro tiempo, Félix Le Dantec, litiga de mucho atrás contra los neo-darwinianos alemanes de la escuela de Weismann; y en esta querrela no pocos especialistas y filósofos estiman que se halla en franca ventaja. La amargura del pleito es tal en Le Dantec, que, a su juicio, todo el pensamiento alemán adolece de las taras escolásticas de la biología weismanniana. Esto no es creíble, y el mismo Le Dantec lo reconocerá algún día, cuando sus doctrinas le hayan valido en Alemania el número de adeptos que merecen.

Pero los partidarios de Weismann, así fuesen legión, nada nos ense-

ñarían en su obstinación acerca del pensamiento y el cálculo político muy preciso y exento de quimeras que se denomina pangermanismo.

Cuando la obligación de honrar nuestra firma nos exigió atacar en Bélgica sin artillería pesada y con una ametralladora contra siete, Bergson sostuvo que la civilización francesa hallaría en el fondo de su iniciativa creadora una superioridad moral que daría cuenta de la civilización enteramente mecanizada de los alemanes. Hoy, cuando disponemos de ametralladoras y cañones pesados, descubre que la filosofía francesa tiene el mérito único de apoyarse en la ciencia positiva. Hubiera sido preferible quizás convenir en que Alemania, que había premeditado la guerra, hablara preparado con todos los recursos que la ciencia moderna le suministraba. Francia, con haber participado tanto en la creación de la ciencia positiva moderna, ha quedado a menudo en gran retardo, respecto a las aplicaciones industriales y militares que de ella pueden sacarse.

2. En el esfuerzo prodigioso que sus gobernantes le han exigido, el pueblo alemán está muy lejos de haber pecado por falta de coraje y de un verdadero espíritu de sacrificio; y se ha sabido exaltarlo con recuerdos, gloriosos algunos de ellos. La condenación de aquel pueblo está en su espíritu puramente gregario que le hace abalanzarse con impulso de búfalo, cuando los amos de la manada le dan la señal. Está como abismado en una incultura política persistente, de que adolecen hasta sus mayores ingenios, y que en cuanto a la masa, lo hace completamente incapaz de fiscalizar a sus amos. Vive en una total ausencia del sentido y el gusto de la libertad. Goethe decía de franceses y alemanes, que forman «moral y políticamente un contraste eterno»; pero no concebía entre ellos una lucha sangrienta, ni aun como motivo de escultura.

Es menester repetirlo incesantemente: nosotros, franceses, hemos tenido aliados entre los grandes alemanes de otras épocas; y será forzoso que los evoquemos para pedirles un juicio acerca de su pueblo hoy extraviado. No sé de una sola palabra verdaderamente humana que se haya proferido en la Alemania contemporánea. No es ello, sin embargo, una razón para proceder como uno de nuestros más brillantes novelistas, que pretende releer los clásicos alemanes, y que, con tal pretexto, intenta deslucir con ineptos comentarios una de las obras maestras más puras de la poesía contemporánea, el *Fausto* de Goethe, o cubre de injurias a Nietzsche, el teorizador doliente del sacrificio absoluto, de la «virtud pródiga de sí misma», de la profusión interior.

Triste es en verdad este desfallecimiento de algunos de los jóvenes guías de nuestras letras; pero mucho más triste aun el total eclipse de los viejos maestros. Sé de uno de ellos, maestro de todos nosotros, cuya vida se ha empleado en referirnos una historia de la filosofía alemana, y ha conquistado su gloria más auténtica y durable al enseñarnos la obra de Leibnitz, Kant y Fichte. Entre sus laureles más antiguos, en el Instituto de Francia cuéntase un trabajo sobre Jacob Boehm, «el

filósofo teutónico». No establecía entonces la antinomia de *Germanismo* y *Humanismo*. Nos hacía comprender que la Francia napoleónica hubiera podido tomar alguna cosa de Alemania, y que la Francia nueva se había regenerado, abriendo su espíritu a todas las realidades morales, hasta las descubiertas por otros pueblos.

Los que tales cosas aprendieron de él, guárdanle un reconocimiento que no se extinguirá. Y por esto mismo asisten en silencio, con estupor doloroso, a no sé qué tentativa de halagar preocupaciones que no son solamente como el humo de una llamarada momentánea de irritación, pero también pretextos con que personalidades de grande influjo social, en plena crisis de la patria, encubren una obra disimulada de captación de influencia.

3. Mucho esperamos de la regeneración del pueblo alemán. Lo esperamos de su derrota misma, que es menester sea decisiva e irremediable. Es menester que aprenda a estimar lo que cuesta el haberse confiado a la hegemonía prusiana. Es menester que restablezca una Bélgica íntegra, indemnizada de todos sus males: que condene solemnemente el crimen abyecto por el cual la devasta y ensangrienta. Es forzoso que restituya Alsacia-Lorena hasta sus fronteras de 1789; que restituya Schlesvig y devuelva su integridad a Polonia hasta el mar; que su cómplice Austria-Hungría emancipe y devuelva al destino que deseen los trece pueblos de raza y lengua diferentes, sobre los que alemanes, austríacos y magiares asientan una dominación secular y opresiva. Es menester que el pueblo alemán arranque de sí mismo hasta la última raíz del militarismo prusiano, hasta la última veleidad de imperialismo conquistador.

Día llegará en que el pueblo alemán hará por sí mismo, a la luz de los desastres que él habrá concitado por sobre su cabeza, el trabajo de crítica valerosa y consciente que Francia hizo de sus instituciones, de sus costumbres, de sus defectos, después de 1870, y por el cual se desprendió para siempre de toda veleidad napoleónica.

El pueblo alemán, siempre que se le ayude, hará de tal modo el proceso de sus gobernantes. Devolverá al cultivo de sus tierras la turba de hidalgos famélicos, campesinos y milicos ociosos, mimados por el servilismo de las clases adineradas y la debilidad de sus mujeres. Cesará de seguir la falsa ciencia de los demagogos asalariados que lo hartan de adulaciones desmesuradas y ensueños monstruosos de no sé que supremacía moral, providencialmente otorgada sólo a él. No escuchará ya la finanza cínica y aventurera, preocupada de aplastar, en la Francia republicana, en la Gran Bretaña y en la Bélgica libres, los grandes hogares donde se alimenta el pensamiento de la emancipación de las clases trabajadoras.

Todos esos demagogos, y desde luego el emperador — politicastro de lance, militares ávidos de gloria, doctores impacientes de popularidad, que construyen para su pueblo ese plan desmesurado de imperio continental, uno de cuyos pies estaría en el peñón de Heligoland y el

otro en la desembocadura del Eufrates y el Tigris, plan de un imperio colonial, hecho con los despojos de tres o cuatro naciones desmoronadas — serán puestos quizás un día en presencia de las ruinas, de la sangre y la vergüenza acumuladas, y se verán tal vez apostrofados, en su propia humillación física y moral, con el grito: «¡he ahí lo que habéis hecho de mí!».

Entonces y sólo entonces, se podrá renovar la mutua comprensión con el pueblo alemán, restituido a su verdadera naturaleza, que nadie amó tan ingenua y tiernamente como Francia. Pero el vínculo espiritual entre el pueblo alemán regenerado y nosotros, franceses, es la tradición alemana de antaño, la de Kant y Beethoven, la de Goethe, Schiller, Boerne y Heine la de todos los *buenos europeos* cuya descendencia llega hasta Nietzsche. Todo ello es sabio y digno, y trabaja para nosotros en lo íntimo del pueblo alemán.

Desembarcando en la estación de Colonia, cuando se descubre la catedral, nos hallamos en presencia de una fachada inmensa, que parece como sofocada por dos torres colosales. Esa expresión gótica de profesores, obra de sabios arquitectos del siglo XIX, que aplican pedantescamente reglas artificiosas, es el símbolo de la Alemania contemporánea, ansiosa de lo inmenso, de dominar el horizonte por su masa: poco le importa le mediocridad del trabajo. Mas cuando se penetra bajo las bóvedas, cuando se avanza por entre la claridad de los ventanales, lo que se descubre al cabo de una selva de pilares modernos es un coro viejo y encantador, un ábside rodeado por una guirnalda de capillas, como sólo se encuentra en Francia, donde se reconoce, reproducida con fidelidad conmovedora, la nave y el coro, y las capillas mismas de la catedral de Amiens. Es esta iglesia pequeña, encuadrada en la grande, el alma verdadera de la pesada catedral de los profesores. Hay en el fondo de la Alemania de hoy, desmesurada bajo su armadura de trivial poderío, una Alemania tal, que no es Prusia, y que fué grande, rica de afecto, de bienes y de fuerza. Nos es necesario redescubirla, desprenderla y emanciparla.

4. Los alemanes tienen la costumbre de reprochar al pueblo francés su sed inmoderada de gloria. Es como reprocharle hábitos lingüísticos que han llegado a ser muy ajenos a nuestra democracia enteramente rústica, obrera y a medias burguesa. Pero no hay pueblo más ridículamente retrospectivo que el pueblo alemán, y cuyo espíritu se haya rellenado con tanta ingerencia escolar de cuentos acerca de su grandeza antigua. Y entre tales desvarios no hay uno solo que se resigne a tener por definitivamente sepultado en el polvo de los siglos con los cuales feneció. En el origen del pangermanismo, hay cuatro espejismos de grandeza pasada; y en tales recuerdos, dos tradiciones estrictamente prusianas y dos alemanas.

PRUSIA ES EN PRIMER LUGAR LA SUCESORA DE LA ORDEN TEUTÓNICA. Representa al germanismo rechazando al eslavismo. Del fondo de Holanda y de la baja Sajonia, es decir, de países situados sobre la

margen izquierda del Elba, desde el siglo XI habían acudido millares de campesinos, llamados por obispos y conventos. Calculaban estas autoridades eclesiásticas que la afluencia de colonos multiplicaría las iglesias y ocasionaría un incremento inmenso de los diezmos. Turingios y franconios proporcionaron el mayor contingente de emigrantes, al sur de una línea entre Halle y Torgau, hasta Silesia: trabajo lento, así de guerra como de cultivo.

Las poblaciones wendas y obotritas defendieron el terreno paso a paso. Fué necesario exterminarlas o reducirlas a servidumbre. Berlín y la marca de Brandeburgo fueron así conquistas realizadas contra pueblos desaparecidos, de los que todavía sobreviven, sin embargo, en Lübben, sobre el Spreewald, aldeas lacustres, accesibles únicamente por agua, donde la población wenda se ha conservado con su lenguaje. La más resistente de aquellas poblaciones paganas fué una horda que por lengua y raza se aproxima a los lituanos: el pueblo boruso o prusiano. Nada habían podido contra ella obispos y congregaciones monásticas. Fué menester una congregación militar, la orden de los caballeros teutónicos, a la que el Papa cometió la tarea de llevar el Evangelio a esa tierra prusiana.

La evangelización duró trescientos años. Una antigua crónica rimada del siglo XIII, *Expedición al país de los borusos*, desenrolla como un fresco sangriento y movido, la horrible lucha. Cuando terminó, hacia el año 1330, sólo quedaban raros vestigios lingüísticos del pueblo boruso, y su nombre que los vencedores le robaron. Porque los alemanes que habitan entre Stettin y Koenigsberg se dicen abusivamente prusianos, del nombre de un pueblo eslavo que ellos exterminaron. Pero a lo largo de la costa báltica y en los pasos de los ríos los alemanes edificaron castillos fortificados, de los cuales subsiste un corto número. El de Marienburg es el más grande y como el símbolo de todos ellos. Es una acumulación de castillos macizos vinculados entre sí por murallas almenadas. En el corazón del recinto, dominado por una ancha iglesia, un claustro de arcadas ojivales sirve de reducto central. En ese claustro termina un laberinto de corredores que comunican con las salas abovedadas de guardia, los salones de reunión de los caballeros, el refectorio monumental, el departamento del gran maestro, y más lejos las oficinas y los almacenes.

Una comprensión inverosímil de las necesidades prácticas revela el sentido realista de ese pueblo. Caloríferos de aire caliente, cloacas perfeccionadas abiertas en el torreón enorme, para evitar la pestilencia de las multitudes: nada falta de las que podía imaginar un arte ya extraordinario de organizar y sanear el alojamiento previsto de muchedumbres humanas, y para el amontonamiento prodigioso de armas y vituallas. Pero en los capiteles de las columnas graníticas que soportan las bóvedas de las salas, unas a modo de amplias copas de palmeras se abren para sostener los arcos de aquellas bóvedas: Oriente de piedra que los caballeros habían traído de las Cruzadas, el cual

les recuerda el Oriente verdadero que no han renunciado a conquistar. Esta herencia de los caballeros teutónicos pasó a los Hohenzollern, cuando por disolución de la Orden, en 1525, un gran maestre, Alberto de Hohenzollern-Anspach, llegó a ser *príncipe de Prusia*, vasallo del rey de Polonia.

5. LA SEGUNDA TRADICIÓN ES LA GRANDEZA MILITAR PRUSIANA. Los Hohenzollern de Brandeburgo recogieron la herencia de la Orden teutónica, cuando se extinguió la rama de los Hohenzollern-Anspach. Un gran elector de Alemania, vasallo del emperador, llegó a ser también vasallo del rey de Polonia. Era la suya una situación imposible. Desde entonces la hostilidad fué ostensible o latente entre los Hohenzollern, enseñoreados en Prusia, y el rey de Polonia su soberano. No es éste lugar para decir, por qué serie de felonías y alianzas contraídas, una vez con los suecos, otra con los moscovitas, pudo Prusia consumir sus usurpaciones en perjuicio de aquél. La gloria de los reyes de Prusia fué forjada con tales usurpaciones. Nada más legítimo que Prusia realizase por grados la unidad de su territorio, y rechazase al invasor sueco que, desde los tiempos de Gustavo Adolfo, había instalado una cabecera de puente sobre la costa del Báltico, en Pomerania; pero a su vez ella pisoteó a los pueblos vecinos.

Desde el reinado de Federico Guillermo I, que forjó el instrumento de tal unidad, el ejército, y desde el de Federico II, que fué el primero en usarlo, para maravillar al mundo, Prusia fué una monarquía militar. Con ello no se intenta negar que prestase a menudo servicios a la civilización. No se crea la más poderosa sociedad militar del mundo sin fuertes cualidades de temple y espíritu. Para alimentar su ejército desmesurado, la monarquía prusiana del antiguo régimen tenía necesidad de una hacienda pública muy sólida, una prosperidad agrícola e industrial capaz de hacer frente a los gastos de guerras inmensas y prolongadas. Tenía necesidad de una disciplina social fuerte e ilustrada. Érale menester la ciencia, la instrucción elemental y superior, para asegurarse la superioridad que el saber puede dar en la guerra. Los intelectuales alemanes tienen razón, cuando afirman que los destinos de la civilización prusiana están ligados a los del militarismo prusiano. Pero la cultura específicamente prusiana nada tiene de común con la cultura alemana de la Edad Media que dió los grandes sistemas místicos, que importó de Francia el arte de las catedrales, y que se extendió en la vida, llena de embeleso, de las ciudades alemanas del Renacimiento, Nuremberg, Augsburgo, Colonia, y más tarde en la filosofía y en la música alemanas.

Prusia desarrolló los métodos de la ciencia, la crítica racional, un espíritu jurídico de agudeza romana, una preocupación por las realidades económicas, fiscales y sociales que transformó toda la vida humana en un cálculo dirigido a exigirle un máximo de rendimiento. Mentalidad de colonos militares, ocupada en aparejar un terreno in-

grato, en desalojar a sus antiguos poseedores, en crear el bienestar amplio y grosero de una población ruda.

Federico II es el *hombre representativo* de ese pueblo robusto, y llegó a ser, para toda Alemania septentrional y occidental, desde el siglo XVIII, un héroe nacional, porque, según la frase de Goethe, después del agotamiento de la Guerra de Treinta Años y de las luchas contra Luis XIV dió al pueblo alemán «el primer contenido de una vida superior». Haber batido a los ejércitos austríacos y franceses en dos guerras que son maravillas de estrategia innovadora; haber hecho del ejército prusiano un instrumento de ofensiva flexible y fuerte, que pudo asestar los golpes de Rosbach en Turingia y de Leuthen en Silesia (5 de noviembre y 5 de diciembre de 1757); haber hecho de Prusia una gran potencia, por la derrota reiterada de las dos mayores naciones militares de Europa: todo ello inflaba de orgullo el corazón de los alemanes humillados tantas veces.

Olvidábase que él había violado la neutralidad de Sajonia, con un ataque repentino; que por un atentado sin ejemplo en el derecho de gentes, había sitiado al ejército sajón en Pirna, a donde se había retirado para conservar su neutralidad; y que lo había incorporado por fuerza al ejército prusiano, después de la capitulación. Este realismo nuevo fué el que demoralizó por contagio a la nación alemana entera.

La conquista de Silesia por Federico II incorporó por vez primera poblaciones polacas a Prusia. El éxito de esta conquista decidió la iniquidad prodigiosa que, consumada tres veces, en 1772, 1793 y 1795, se denominó «partición de Polonia». Según ésta la frontera prusiana se transportó hasta Kovno y Grodno sobre el Niemen, y de norte a sur dejó a Prusia, Bialystock, Varsovia, Czentoehowa: fronteras estratégicas que Napoleón acertó en el tratado de Tilsitt, y que Prusia no reconquistaría en 1815. Pero no las olvidó: lo que reclama en este momento es su parte del viejo raptó, que uno de sus ex cómplices parece retener desde hace un siglo.

6. EL TERCER RECUERDO ES EL PRESTIGIO DEL SANTO IMPERIO. Con la conquista y las victorias de Federico II, Prusia comenzaba esta obra de división interior, por la cual Austria sería desalojada de Alemania. Quedábale a ésta el prestigio de la vieja corona imperial. Quedábale también el de su tradición militar, rejuvenecido por las victorias del príncipe Eugenio contra los turcos. Después de haber afrontado a Prusia, fué visible que su importancia en el Imperio declinaba. Aquellas victorias contra los turcos fueron el último grande acto imperial. La batalla de Zenta (11 de septiembre de 1697) no había sido olvidada por el pueblo alemán a principios del siglo XIX. Sólo la educación prusiana logró borrar de su memoria esos recuerdos. El canto que todavía hoy anima al soldado austriaco y le recuerda cómo el príncipe Eugenio conquistó para el emperador «la ciudad y fortaleza de Belgrado», era coreado por los imperiales durante las guerras de la Revolución y el Imperio. Casos hay en los que la historia literaria explica



la historia política. La ambición de conquistar a Belgrado y de abalanzarse hacia Turquía nunca desapareció del pensamiento austríaco o alemán.

El Santo Imperio derrumbado en 1805, subsistió como nostalgia que los poetas supieron avivar. Viejas leyendas estaban ya como arraigadas en el espíritu del pueblo. Recordábase que entre los emperadores, uno hubo iniciado en las ciencias ocultas y en todas las artes de la magia. La morada de los muertos era para los germanos primitivos una alta colina que suponían hueca y frecuentada por espectros. Allí era donde, sin duda, vivía el emperador con todos sus guerreros enjaezados aunque dormidos. ¿Estaba ese sitio en Goslar, en Geroldseck, en Salzburgo, en Kaiserleuten o en Kyffhäuser?

Cada región del imperio conocía su montaña de muertos, de donde imaginaba que un día, por arte de magia, desfilarían triunfalmente los ejércitos imperiales resucitados. Los románticos alemanes del siglo XIX recogían esas leyendas, y hacían de ellas novelas, como Arnim, o baladas, como Rükerct. En la desmembración alemana que, a pesar de todo, subsistió después de las guerras de 1815, esas leyendas evocaban el ensueño de una Alemania que comprendería, más allá de las fronteras políticas existentes, a todos los individuos de lengua germánica, y que sería realizado por un gran monarca y por el desbordamiento de los viejos ejércitos de los Hohenstauffen sobre el mundo.

El imperio y la protección de un poderoso monarca no hicieron por sí solos la grandeza legendaria de la Alemania medieval. También el pueblo tuvo su parte en ella. La gloria de la burguesía alemana era la obra de las ciudades federadas en potentes asociaciones comerciales. La más importante fué aquella Liga Hanseática de las ciudades marítimas, cuyas colonias jalonaban toda la costa del mar Báltico hasta Riga.

Las *Fantasías Patrióticas* de Justino Moeser habían traído a la memoria en 1767, en una prosa clásica, esta grande historia de las ochenta y cinco importantes ciudades de Alemania del norte, federadas para una poderosa empresa de comercio marítimo y de protección. Sobre todo el frente norte de Alemania esos comunes vivaces alineaban su arquitectura grande y simple: gótico de ladrillo del que Lübeck ha conservado los monumentos más bellos. Enorgullecíanse ahora los patriotas de este poderío marítimo, hijo vigoroso del espíritu municipal de siglo XIV. Habíase dado el caso de que la Hansa obligase a Inglaterra, a celebrar la paz en 1475; como forzó a Felipe el Hermoso a prohibir el comercio entre aquella y las costas francesas. En el siglo XVI la flota hanseática de guerra contaba veinticuatro navíos de alto bordo: lo suficiente para dominar los mares próximos y ser temida en los otros.

No hay recuerdo más tenazmente conservado que el de esta Hansa comerciante y belicosa, en las ambiciones secretas de la Alemania actual. El saber cómo el poderío marítimo de las ciudades alemanas, precursor de todos los otros en la Europa septentrional, pudo pasar

a Holanda y luego a Inglaterra, es uno de los estudios que los alemanes han emprendido con mayor pasión. El discurso que Guillermo II pronunció en Hamburgo el 20 de junio de 1911 lo prueba:

«Me dije a mi advenimiento que los problemas que la Hansa había intentado resolver sin conseguirlo por sí sola porque no la sostenía el poder ejecutivo del Imperio, debían recaer sobre el Imperio Alemán resucitado. Tales eran simplemente los deberes de una vieja tradición que era necesario volver a tomar».

De tal manera los reyes de Prusia, coronados ahora como emperadores alemanes, después de reanudar en Polonia la vieja política alemana de extirpación de los eslavos, fantasean al presente con reconstituir la supremacía marítima de las Hansas. Todos esos ensueños de gloria alemana, que llegan hasta su coincidencia en una sola y prodigiosa quimera — un imperio bicéfalo austro-alemán, extendido desde el mar del Norte hasta el Adriático, ambicioso en Oriente, tutor de Italia, presto a desbordarse sobre todas las fronteras hasta los confines alcanzados antaño por la soberanía del Santo Imperio, opresivo en Polonia como la Orden Teutónica, militarizado a ultranza como la vieja Prusia de Federico II, y además dominador en los mares — se prolonga en la conciencia alemana actual: la fusión de todos esos ensueños, es lo que nosotros llamaremos: *pangermanismo*.

## I

El pangermanismo se ha dilatado en nuestros días; pero estuvo siempre como en germen. El Santo Imperio mismo no fué sino la quimera brutal, revestida de oropeles y mentiras, de un imperio romano reconstituido por «la nación germánica». La novedad que nosotros conocemos es el pangermanismo asentado sobre la potencia prusiana. Comenzó a la muerte de Federico II, el más grande de los reyes de Prusia. Este rey no tuvo duda de que, durante su vida, en su propio ejército, no faltaban oficiales que le discutían su genio militar. Apenas desapareció a pesar de la conquista de Silesia y Polonia, hubo quien no le tenía por un conquistador bastante grande.

Dietrich von Bülow, genio inventivo y, además, aventurero extravagante, fué uno de aquellos oficiales descontentos que miraban desde lo alto, en estilo sarcástico, al gran rey. Teníale por filósofo demasiado amigo del reposo, a quien faltaba el fuego de los grandes designios de gloria, inteligencia demasiado profunda, en la que el pensamiento harto claro disolvía la pasión necesaria para las grandes acciones. Por encima de las dos ciencias que Bülow pretendía haber inventado, la *estrategia política* y un nuevo *sistema de guerra*, que Federico II había ignorado, fuerza es confesar que sus reproches a éste merecen la mayor consideración.

Bülow señaló con razón que se intentaba llevar a efecto una obra funesta según él y de consecuencias inmensas para el futuro: la separación del norte y del sur de Alemania. En ello Bülow fué tan perpicaz como Mirabeau, que había previsto para el siglo XIX el duelo decisivo entre Prusia y Austria. Para esta eventualidad, en la que libertad europea de pensar le parecía comprometida, Mirabeau formulaba ingenuamente votos por la Prusia filosófica contra la Austria católica y absolutista.

El prusiano Dietrich von Bülow denunciaba como criminal esta política prusiana, inaugurada por Federico II, y que había contribuido no poco a debilitar al Imperio alemán, por la secesión de Prusia, antes vasalla y en adelante rival de Austria. Y si el Imperio se halló demasiado débil para resistir a los franceses bajo Napoleón, los alemanes deben atribuirlo a la sublevación de los reyes de Prusia contra sus soberanos. Lo más grave fué que a su vez Prusia, como Bülow lo preveía en 1801 y 1805, resultó también harto débil ante el ataque napoleónico. Si la monarquía pereció, culpa era de Federico II. Esta culpa moral había sido un error: Federico II erraba siempre por causa de su mediocridad para el mal. Felón respecto al emperador su soberano, y al rey de Polonia que azuzaba a la guerra contra Rusia, para una segunda partición de los despojos polacos, quedaba sin embargo tímido en su felonía. No supo cometer uno de aquellos crímenes que la historia perdona por su misma grandeza. Dejó tomar a sus cómplices una parte demasiado grande de Polonia, como había descuidado en 1763 la conquista de Westfalia. Se abstuvo de conquistar al Austria misma, como hubiera podido hacerlo, de permanecer aliado a Carlos Alberto de Baviera, en vez de abandonarle, cuando María Teresa en 1742 le ofreció Silesia.

Winterfelt, uno de sus principales generales, había propuesto ese plan: conquistar Alemania íntegra o morir. Esta conquista de Alemania tenía entonces muchísimas probabilidades de realizarse, si se hubiese puesto en ella inteligencia, audacia y una «tenacidad invencible». Hoy, decía Bülow, es quizá demasiado tarde, porque se ha despertado la desconfianza del mundo. El pensamiento recóndito de la política y del militarismo prusianos ha sido siempre, sin embargo, realizar por la fuerza la unificación de Austria y Alemania.

Una vez en esta hermosa vía, Holanda y también la península balcánica vendrían por añadidura. Por su seguridad, Bülow es ya un pan-germanista. Por otra parte, su sistema se halla imbuído de la doctrina de las «necesidades militares». No se trata de decir hasta qué punto fué un innovador en táctica y estrategia teóricas. Nociones que son hoy familiares, la *base*, la *línea de operaciones*, fué él quien primero las formuló. Mucho había aprendido de los generales de la Revolución.

La guerra revolucionaria de las masas y esta sabia geometría prusiana de las *bases* y *líneas de operación*, lo esencial de la práctica francesa y de la teoría prusiana son los elementos que él se esfuerza por conciliar en una síntesis nueva. De donde resulta un robusto determinismo

histórico cuyo motor es «la necesidad militar». Hay para todo estado una «esfera de acción» estratégica, según la cual, tiende por la masa de su población a llenar íntegra esa esfera de acción. La esfera no es ilimitada, porque hay para toda fuerza militar, apoyada sobre una base dada, un límite que no puede trasponer, sin ser más débil que una fuerza enemiga igual o hasta inferior, que podría cortarla de su base. Nociones simples pero suficientes para transformar el arte de la guerra y las perspectivas de la política.

No hay ya guerras defensivas, en efecto, si el secreto de la victoria consiste, sobre todo, en cortar la línea de operación del enemigo. Puedense definir fácilmente los límites naturales de los estados: son aquellos límites más allá de los cuales, una ofensiva no podría tener éxito porque la línea de operación podría serle muy fácilmente cortada. Pero si se advierte que en la guerra la masa se impone, porque puede, a densidad igual del frente, envolver la línea enemiga y cortarla de su base de operación, compréndense que los estados pequeños ya no pueden subsistir. Serán pues, la presa de los grandes, porque la base militar de aquéllos es forzosamente más corta y menores las masas que pueden mover.

Esta política militar nueva, pues, no podrá guardar consideración a las nacionalidades ni a las lenguas ni a las fortunas ni a los derechos tradicionales. Todo estado tenderá por sí mismo a sus fronteras naturales, que son aquellas donde es estratégicamente el más fuerte, y tenderá ciertamente hacia ellas para no ser vencido. Pero no puede sobrepasarlas impunemente sin debilitarse.

Teniendo esto en cuenta, la esfera de acción del Estado prusiano, que, bajo Federico II, se había satisfecho con invadir al reino de Hannover, no podría detenerse en el Rin. Esa esfera se extiende geoméricamente hasta el Mosa; y ningún empuje francés en sentido contrario podría impedir que la alcanzase. Al este la única frontera natural para Prusia es la que le fué asignada por la tercera partición de Polonia e hizo de Varsovia una ciudad prusiana. Aunque una línea de fortalezas defendiese el Narew y el Vístula, Prusia no podría ser desalojada de ella.

En virtud de esta misma ley que empuja las fuerzas militares, como por una elasticidad natural, hacia las paredes hidrográficas de su recipiente, todo el territorio de Dinamarca debe pertenecer a Prusia. Paralelamente, Austria será tarde o temprano forzada a evacuar Italia y Galicia, porque toda posición al oeste de Tarvis o al norte de los Cárpatos es indefendible para ella. Por el contrario, irradiará en toda la Alemania meridional y el valle del Danubio, que le está como asignado hasta los Balcanes.

Es menester no olvidar este pronóstico. Siempre que Prusia quiso desviar a Austria de los asuntos de Alemania, le indicó esas compensaciones en Oriente. Un pedante megalómano que Federico II izó hasta su ministerio de negocios extranjeros, Ewald-Friedrich von Hert-

zberg, había ya intentado ese plan con maquiavelismo de maniaco. Fué a Hertzberg, a quien su rey dijo poco antes de morir: «Si yo os hubiese obedecido, no habría tenido quince días de reposo durante mi reinado». Ese mismo ministro embrollón y falto de palabra fué quien hizo invadir a Holanda por las tropas prusianas en 1786, por un ligero vejamen que los *patriotas* holandeses, sublevados contra el partido borosófilo del estatúder, habían inferido a su mujer la princesa de Prusia.

La idea de que Hertzberg parecía como tocado era, sin embargo, la de empujar a Austria hasta la desembocadura del Danubio, que pertenecía entonces a los turcos. Influía, pues, sobre ella para que tomase parte por los rusos, en la guerra que había estallado entre éstos y los turcos en 1787. Prometía entretanto a la zarina Catalina II la amistad y los subsidios de Prusia y voluntarios prusianos para su ejército, mientras Diez, su embajador en Constantinopla, hacía esperar a Turquía la ayuda prusiana. El siniestro cálculo, a lo que pensaba, había de asegurar una compensación a Prusia en Polonia, y lograría éxito, fuese cualquiera el resultado de la lucha (1).

A decir verdad, él descontaba la victoria de los rusos y los austríacos. Pero los turcos invadieron a Transilvania y Hungría. No por ello dejó Hertzberg de presionar a los turcos victoriosos, para que aceptasen la mediación prusiana, en los mismos términos en que la hubiese ofrecido en caso de ser derrotados: les pidió devolviesen sus conquistas y cediesen, además, Moldavia y Valaquia a los austríacos, y en cambio aquéllos restituirían Galicia a Polonia, que a su vez indemnizaría a Prusia con cesiones de territorios. Hertzberg osó, formular esas proposiciones a Turquía, y decirle que al acceder a ellas, haría de Prusia un aliado para siempre, desinteresadamente. Según esta diplomacia de intriga era mostrar *desinterés*, imponer a Turquía, en un lenguaje conminatorio, sacrificios que muy luego se haría pagar en especie por las potencias que se beneficiaran inmediatamente.

Por vez primera Turquía pudo medir el *desinterés* prusiano en los Balcanes. Si a ello se agrega que para Dietrich von Bülow el plan no se hallaría completo sino cuando Austria, engrandecida en los Balcanes y Baviera, fuese a su vez conquistada por Prusia, explicase por qué debemos tenerle por antecesor auténtico de los pangermanistas actuales.

## II

En las horas de neutralidad oscura, bajo el Consulado, y en las peores de la derrota bajo el Imperio, Prusia no olvidó estos reveses. Un tal Ernst-Moritz Arndt, en 1802, en *Germanien und Europa*, a tiempo

(1) Sobre Hertzberg, véase: MAX DUNKER, *Friedrich Wilhelm II und Graf Hertzberg* (Historische Zeitschrift, vol. 37. 1877); PAUL BAILLEU, *Graf Hertzberg* (ibid. vol. 42, 1879).

que protesta «contra la engañifa del viejo equilibrio europeo. logrado sólo por la fuerza», vuelve a la doctrina de las fronteras estratégicas y de la masa militar. Rehusa, también, el derecho de existencia a las naciones demasiado pequeñas, a las que no puedan poner sobre las armas, por lo menos, 500.000 hombres (cifra enorme para ese tiempo), y que tengan menos de quince millones de habitantes.

Ningún equilibrio, dice, las protege, olvidando que la protección verdadera de aquéllas, podría serles acordada solidariamente por las grandes potencias cuyos límites pretendía determinar. Mientras clama por Polonia, Venecia y Suiza, atropelladas a su vez, pretende asignar límites a las grandes potencias. Todas éstas tienen derecho a llegar hasta el mar, aunque deban de aplastar, para lograrlo, a varias nacionalidades pequeñas. Superfluo es agregar que si trata de limitar a las grandes naciones, lo intenta desde luego para fijar los límites de Francia en el Soma, y para instar a Inglaterra a que renuncie a su vasto y abusivo imperio colonial. Mas para Alemania, infortunadamente desmembrada en los dos trozos de Prusia y Austria, divididos asimismo, desea una refundición que lleve a la unidad de la misma. Implora con grandes clamores por un salvador, «un gran genio tiránico y militar que realice conquistas y ocasiones ruinas» (*Eroberend und verderbend*). (1) Para este doctrinario del derecho «la violación más irritante de la frontera natural alemana» es la existencia misma de Holanda. Una Alemania que se prolongue de los Países Bajos a los Alpes y el Adriático, comprendiendo a Suiza y el Rin con sus dos orillas — el Rin río alemán y no frontera de Alemania — tal es su plan.

Nada tiene de sorprendente, pues, que su ambición aumentase después de 1815. La hinchazón de la victoria dispuso sus escrúpulos de equidad. Hay que leer en *El espíritu del tiempo presente*, el cuarto volumen escrito en 1819. Soliviantado por el Imperialismo nuevo, por la idea «invisible y santa» de la *Deutschheit* viviente y activa, el patriota exaltado reclama mucho más que una Alemania unida para siempre bajo el cetro de su emperador. Necesita salidas para derramar en el mundo el exceso de su población. Las regiones berberiscas, Egipto, Siria, Asia menor, se abren ante ella. Es menester enviar flotas, ejércitos, pero también muchedumbres de colonos: cruzada moderna de la Santa Alianza de las naciones germánicas, que darán Africa y Asia, a una cristiandad alemana de espíritu y de sangre.

¿Se dirá que la Santa Alianza comprende también pueblos fuera de Alemania y asociados a la tarea de la colonización cristiana? Hay que ver cómo crece, con la prosperidad económica, el orgullo alemán. Cuarenta años de espera, durante los cuales Alemania curó las heridas de la invasión y de la victoria, no hicieron sino exasperarla. Cuando Arndt escribió su *Pro populo germanico*, en 1854, resumió la experiencia del medio siglo transcurrido, afirmando que los alemanes, «pueblo pre-

(1) E. M. ARNDT, *Germanien und Europa*, 1802, pág. 421.

destinado de la lucha intelectual», tienen también «el coraje brutal» que asegura el predominio. Tienen las cualidades técnicas del buen colono, del comerciante excelente, del navegante audaz. Tienen una tenacidad igual a la de los anglo-sajones, que extirpa del suelo por el trabajo «a los latinos degenerados». *Extirpar del suelo* a los pueblos rivales y gloriarse de ello como de una virtud: tal es la reivindicación a que llegó, después de cincuenta años, el doctrinario que proclamaba ser necesario a cada pueblo su sitio al sol.

Antes de esta evicción definitiva, arrójase fuera de su dominio tradicional a los pueblos que se encuentran como por azar en la «esfera de acción» militar de Prusia. Cosa es esta curiosa de estudiar, durante la decadencia prusiana, en Jahn, organizador de las sociedades gimnásticas prusianas, quien escribió en 1808, el libro *Das deutsche Volkstum*. También él deploraba entonces la grande falta histórica por la cual se fueron a las manos Prusia y Austria. Pero no hay palabra más sabia que la de José II, en 1770, al anunciar la reconciliación: «para Austria no hay ya Silesia». Se verá en fin la unidad del pueblo desmembrado, que fué «la nación en estado de perpetuo devenir». Un monarca poderoso establecerá su capital en el sitio donde el germanismo hunde su raíz principal. Esta capital no puede ser Viena.

Maravillosa respuesta a las intenciones conciliadoras de José II. Austria íntegra, según Jahn, desciende a la deriva hacia el bajo Danubio. Istria, Dalmacia, Bosnia, Servia, Bulgaria, Besarabia, Valaquia, Moldavia: tales las tierras hacia las cuales ella tiende. Su capital natural es Belgrado y Semlin. El centro verdadero del germanismo se halla en algún punto sobre el Elba, en los territorios que Federico II quiso transformar en campo fortificado. La plaza fuerte, capital de todos los alemanes, se denominará *Teutona*, y habrá de constituirse a mitad de camino, entre Ginebra y Memel, entre Dunkerque y Sandomir, entre Trieste y Copenhague. Será erigida en la orilla del Elba, esto es, en Prusia. ¿Necesítase acaso mucha perspicacia para ver diseñarse ya la idea de una Alemania militar, federada en derredor del núcleo prusiano, y que comprendiese también a Austria? Un Santo Imperio alemán, extendido hasta Besarabia, pero regenerado por la tradición militar prusiana, y prusiano de dirección, es la idea que brota en la mente de los patriotas, durante las guerras de independencia.

### III

EL PANGERMANISMO ECONÓMICO DE 1840. — El cambio que se produjo en el espíritu público alemán entre 1815 y 1854 no se originó solamente de un espontáneo brote de orgullo. Se debió también a un nuevo criterio que consideraba los hechos en su aspecto económico, y que ya puede advertirse en Arndt. Principal teórico de este nuevo germanismo que milita en los negocios, por acción así diplomática como militar, es Friedrich List.

Los patriotas de 1815 alimentaban sus esperanzas con el ensueño del viejo imperio alemán reconstituido y la ambición federiciana de asentar en aquél el predominio de Prusia. En los economistas de 1840 sobrepónense a esas ambiciones, cimentadas en recuerdos, el no menos estimulante del poderío marítimo de las Hansas.

Friedrich List no fué sólo el teórico más conocido del proteccionismo, sino el de las nacionalidades económicas. Dietrich von Bülow había construido un determinismo, según el cual eran atribuidos necesariamente a una nación todos los territorios que se hallaban dentro de su esfera de acción militar. List a su vez forjó un determinismo por el que las naciones se ven forzadas, gradual y necesariamente, a conquistar so pena de morir, todos los territorios que se hallan dentro de su esfera de acción económica. Teníase también List por fundador de una nueva ciencia, la ciencia del crecimiento de las naciones, que denominaba orgullosamente «la ciencia del porvenir». Observar en las variaciones de aquéllas, por estadísticas minuciosas, los grandes hechos permanentes, y prolongar por el razonamiento las curvas así obtenidas para el pasado, es lo que permite a la mente definir los lineamientos del futuro, y a la acción apoyarse en ellos, como ésta se conforme a esa mente observadora y reflexiva.

Entre aquellos hechos permanentes, cuéntanse las cualidades fundamentales de las razas. No se hace economía política con una raza cualquiera. Ni las razas latinas gobernadas por Francia, ni las eslavas gobernadas por Rusia tienen las cualidades que procuran el mayor predominio. Representase List a Francia tal como la forjara Napoleón: todo un pueblo transformado en máquina de guerra precisa y automática sin cualidades agrícolas y manufactureras, salvo en sus provincias germánicas, Alsacia o Flandes; ni tampoco cualidades marítimas; falta, por último, del sentido de la libertad. ¿Cómo sería para ella el porvenir? Francia siente ciertamente su imperfección y su próxima decadencia. Su loca ambición de conquistar la frontera del Rin no es más que la necesidad de asimilarse poblaciones económicamente capaces, esto es, germánicas. En cuanto a Rusia, la tiene por una bestia salvaje entre las naciones, con períodos de somnolencia y sobresaltos de fiereza cuando sale de su embotamiento. Su pretensión de dominar al mundo bárbaro, es decir, a los Balcanes y Asia, puede ser inofensiva, si se la guía o si se la tiene a raya. El peligro de los pueblos occidentales sería solamente permanecer estacionarios frente a esta fuerza que crece con tanta rapidez. Sólo una raza tiene el vigor que es menester para ello: la raza germánica.

De esta raza, ¿sábese cuál es el pueblo que mejor la representa y la conduce? ¿Es acaso Alemania o Inglaterra? List había viajado bastante por países anglo-sajones para sostener al pronto la supremacía de Alemania. Ante la duda, lo que, sin embargo, le parece seguro es que la raza germánica tiene la misión providencial: 1) de dirigir los negocios del mundo; 2) de civilizar a los bárbaros; 3) de poblar los territorios



todavía inhabitados del globo. Alemana o anglo sajona, sólo ella tiene las cualidades de energía vital y prolífica, la capacidad industrial, el don de suscitar el engrandecimiento en el orden, por la disciplina, por el *self government* y por la justicia, de las comunidades perfectas. Pues si esas cualidades son comunes a ingleses y alemanes, ¿cómo olvidar que las ciudades hanseáticas alemanas fundaron la primera potencia naval que conoció la Europa septentrional? ¿No tenían ellas acaso sus factorías en Londres? No fueron navíos hanseáticos los que transportaron las materias primas inglesas y los productos manufacturados de las regiones flamencas, las pieles de Nijni-Novgorod, los productos de las pesquerías noruegas?

El Hansa no duró, porque no conoció ni el secreto de la verdadera división del trabajo social ni las condiciones que aseguraban la permanencia económica de las naciones. Comerciante hábil, no fué, sin embargo, ni creadora de manufacturas ni fundadora de colonias en países cálidos. La marina inglesa y la marina holandesa la sobrepusieron, cuando Inglaterra y Holanda dispusieron de una manufactura indígena y fundaron bajo el trópico imperios coloniales, cuyo tráfico se reservaron. No puede desalojarse del comercio marítimo a una flota que transporta los productos manufacturados o los géneros coloniales de la propia nación. Tal flota encuentra flete remunerador para todos sus viajes. Abastece las colonias con productos industriales metropolitanos, y la metrópoli con géneros coloniales.

Grandes factores de poderío: una federación de ciudades libres no puede asegurarlos. Es menester el *hinterland* de una nacionalidad unida, cuyas fuerzas productivas en su totalidad vierten sus productos por evacuación marítima; y una soberanía nacional que sepa sostener por la fuerza la iniciativa de sus propias ciudades libres. Un imperio que sería federación de poderosas ciudades, no sólo marítimas pero también industriales, y que tendría bajo los trópicos sus mercados de compra, protegidos por una metrópoli militarmente poderosa: tal el estado ideal de List. Lo deduce a la vez de la historia fracasada de las Hansas alemanas y de la historia próspera de Inglaterra. Y así una ambición se apodera de List: es menester que Alemania recupere la supremacía económica y naval que tuvo en la Edad Media y perdió por un error de doctrina. El error es reparable, desde que en ella han nacido los teóricos poseedores de «la ciencia del porvenir».

Esta conquista de la hegemonía supone una política enérgica y sabia, dirigida: 1) contra Inglaterra; 2) contra Rusia.

1) Contra Inglaterra es menester organizar el continente. Napoleón I, que fué el gran maestro de la estrategia, conoció también los métodos que establecen la hegemonía económica. Su *sistema continental*, al que se opusieron las mismas naciones que contribuyó a enriquecer, debe imitarse ahora, pues ha dejado de ser un instrumento de dominación napoleónica. Hacer de todo el continente una unidad comercial cerrada no es ya una idea escandalosa, si Alemania y no Francia es el

centro de tal unidad. Se haría entrar de grado o por fuerza, en esta federación aduanera, a Bélgica, Holanda y Suiza. Austria se consideraría instantáneamente incluida en ella. Francia misma no sería excluida, si curase de toda veleidad de conquista militar. Una representación parlamentaria común, una flota común, podrían ser los primeros medios que usase aquella confederación, a fin de asegurarse su unidad de pensamiento y de acción; pero— bien entendido— su foco y la residencia de su parlamento estarían en Alemania.

Acto continuo se realizaría la comunidad de las ventajas comerciales. List propone una como sociedad cooperativa de naciones, en la que todos los beneficios serían repartidos *a prorrata* de los respectivos aportes. El Extremo Oriente sería valorizado por la vitalidad, la inteligencia y el orden europeos. Los puertos de Oriente llegarían a ser ciudades libres, donde los agentes europeos serían, ante las autoridades indígenas, consejeros predilectos, diplomáticamente protegidos. Austria se extendería hasta el mar Rojo y el golfo Pérsico. Nacería una marina de guerra alemana. Fundaríanse colonias prusianas en tierras australianas y neo-zelandesas, donde Inglaterra ha puesto su pabellón sin explotarlas realmente. ¿Cómo podría Inglaterra resistir a todas las marinas y fuerzas económicas de la Europa central coligadas? Pues Alemania, más que cualquiera otra potencia, posee la energía vital y la aptitud económica, adivínase a qué nación irían de preferencia los beneficios de la asociación instituída para no acordar privilegios a ninguno de sus miembros.

2) Lo que se destaca más, cuando se examina la política recomendada por List respecto a Rusia es la formación de un inmenso imperio germano-magiar que serviría de baluarte contra el empuje eslavo: como una barrera opuesta al avance ruso hacia los Balcanes. Hungría siente, sin duda, poca simpatía por los alemanes; pero ha visto lo que Rusia hizo de Polonia: Hungría «se ha encabritado ante un cadáver». Corresponde a los alemanes amansar a esta Hungría amedrentada, amistosamente, con auxilios substanciales. List halla con inteligencia y prontitud el método que el gobierno alemán ha seguido siempre. Sugiere al germanismo el de los sacrificios provisorios. No hay que forzar la germanización de los magiares, a que se rehusaría tanto el espíritu caballeresco como el talento político de los mismos. Es menester enviarles, en cambio, los capitales, la capacidad económica de los alemanes; y dirigir hacia las llanuras danubianas la corriente de la emigración alemana, hoy perdida para Alemania. ¿Sería acaso inevitable que Hungría y Transilvania viesén duplicada su población cada treinta años por la fecundidad alemana?

Cuando tengan sesenta millones de habitantes en lugar de los doce que la pueblan en 1842, no habrá fuerza en el mundo, capaz de impedir a Hungría su avance hacia el mar Negro: acontecimiento decisivo que tendrá a raya para siempre la ofensiva rusa contra Constantinopla. La herencia de Turquía no está prometida sino a la raza germá-

nica. El germanismo realizará su marcha envolvente, al abrigo de la extremidad del baluarte que, a modo de cabecera de puente, se habrá constituido por su posición estratégica sobre los Cárpatos y el Danubio inferior, guarnecido por sesenta millones de alemanes.

Ocioso es agregar que en el desarrollo de esta idea, List retrocedió provisoriamente algunos pasos, cuando en 1840 le pareció probable una guerra contra Francia. Desde entonces Alemania sintió un apetito tan voraz, y a fin de satisfacerlo, sus pensadores la preparaban para una guerra sobre dos frentes: una guerra sobre tres, ni los más ambiciosos de ellos la concebían. Hasta el reinado de Luis Felipe, los alemanes creyeron a Francia, definitivamente fuera de todo juego; y teóricos tales como List sugerían ya en aquel tiempo a los alemanes, preparativos marítimos, a fin de amenazar a Inglaterra. La guerra contra Rusia, para que Alemania recogiera la herencia balcánica, entró siempre dentro de las previsiones alemanas.

Cuando en 1840 se advirtió que Francia revivía, comprendió List que Alemania debía de abatirla en primer término, y ofrecer a Inglaterra su amistad. Le designó, pues, a Egipto y Asia menor para que las ocupase, siempre que los ingleses quisieran tolerarlo, con el ferrocarril a Bagdad, que él preconizaba, para establecer un tránsito directo entre Holanda y el Golfo Pérsico. Este tránsito sería como la arteria central, a la que afluirían los canales principales de la futura confederación agrupada en torno de Alemania.

De tal manera, por su ciencia y su actitud política, List precede a la política alemana contemporánea. Como ésta, se revela en métodos que une a la presión enérgica, la persuasión reflexiva. Estrangula a Holanda por la amenaza de graves tarifas de represalia, y para obtener que Inglaterra consienta en el *Zollverein* alemán, la pone ante el dilema famoso, que ofrece alianza o guerra, pero guerra inmediata. Es menester recordar ese plan que, so pretexto de reivindicar la igualdad de tratamiento para todas las potencias germánicas, exige Asia menor o Turquía para Austria, Hungría o Mesopotamia para la colonización alemana, Nueva Zelandia y una parte de Australia para Prusia; y ante todo integración en un dominio económico, administrado por Alemania, de todos los países situados entre Ostende y el mar Negro.

La idea capital de List es la que más ha sobrevivido entre todas las que Alemania produjo durante el siglo XIX. Ninguna hubo que más inspirase a los estadistas alemanes contemporáneos. En ella tomaban su inspiración los consejeros que redactaban las arengas oficiales de Guillermo II. Era una continuidad de enseñanza a la que ni el mismo Bismarck pudo substraerse. Pero el principal de los discípulos que la recogieron fué aquel joven mayor von Moltke, quien encargado de una misión militar en Turquía, escribió de 1841 a 1845 los tratados acerca de la cuestión de Oriente que hoy pueden leerse en sus *Obras militares*.

En aquel principado alemán que Moltke quería fundar en Jerusalem, con un príncipe alemán por soberano, con funcionarios civiles y mili-

tares alemanes, se reconoce el método de infiltración preconizado por List. En aquella su previsión de una Austria que hubiera podido abrir los brazos a la Servia suplicante, hállase comprendida toda la política austrohúngara bosquejada en el Congreso de Berlín. En aquella melancolía de Moltke, lamentándose de ser la riqueza de la sangre alemana perdida en el Far West, cuando Valaquia se halla próxima, y podrían propagarse hasta las bocas del Danubio la lengua, las instituciones y la cultura alemanas, ¿quién no reconoce el plan monótono pero tenazmente proseguido que se encuentra en los escritos de la *Liga Pangermanista* de hoy?

#### IV

LA CRISIS DE 1854 Y LA NUEVA POLÍTICA PRUSIANA. No en vano deben recordarse estas doctrinas antiguas. Ellas fueron poderosamente actuales en su tiempo. Fueron además los síntomas de una disposición de espíritu que no ha desaparecido. El plan pangermanista estuvo a punto de realizarse en 1854, y el proyecto fracasó por la vacilación de Prusia y Austria. Si aquélla hubiese tenido un Hertzberg en 1854, durante la guerra de Crimea, cuando Austria ocupaba Moldavia y Valaquia ¿no hubiera sido posible acaso echar ante Rusia ese *cerrojo* y cerrarle el camino de la península balcánica?

Austria ocupó los principados balcánicos, mas por no haber declarado la guerra a Rusia, no pudo conservarlos. Prusia, obligada por un acuerdo a marchar junto con Austria, si la guerra estallaba, disuadió a ésta. De donde se siguió que, al llegar la paz, no pudiesen obtener ninguna compensación en Polonia. Por última vez, en 1859, Austria hubiera podido efectuar la conquista de los Balcanes sin disparar un tiro. Napoleón III y el Piamonte, de acuerdo con Inglaterra, le ofrecían los principados danubianos a cambio de Lombardía. Francisco José prefirió la guerra contra Francia, después de haber vacilado ante la guerra contra Rusia. No logró los principados y, de todos modos, perdió a Lombardía. Ningún acontecimiento, durante el siglo XIX, tuvo mayores consecuencias. Debemos habituarnos a pensar que el punto en que los acontecimientos de la historia alemana toman otro giro se fija en aquellos años que transcurren entre la guerra de Crimea y la de Italia. Durante ellos, Prusia y Austria experimentaron el mayor contraste desde 1815. Lo sufrieron por su culpa, y con su sueño de Oriente, Alemania sacrificó entonces la supremacía que pretendía sobre Austria: ésta debió su sinsabor a la debilidad de su política; Prusia el suyo, a causas más complejas. La amistad personal estrecha del rey Federico Guillermo II y el zar influyó por mucho, y hasta su repugnancia a entrar en un nuevo sistema de alianzas hostil a Rusia, en el que, por añadidura, Napoleón imponía la ley.

Otra causa más poderosa fué que Prusia había tenido en la Dieta de Francfort, como lo tendría desde 1858 en San Petersburgo, un

representante que sostenía una nueva política «específicamente prusiana», cuyo fin era desde luego quebrar la Confederación germánica en la que Prusia prevalecía, para rehacerla después de abatir a Austria. Ese representante era Bismarck.

La política de Bismarck señala un retorno al *federicianismo*, reprochado por Dietrich von Bülow a los estadistas del gran rey, retorno que, en vez de unir a Prusia y Austria, poníalas una frente a otra. ¿Fué realmente un error? Nosotros lo creemos así, y los acontecimientos de 1914 a 1916 van a probarlo. Más no era un error del punto de vista de la política «específicamente prusiana», en el supuesto de que tal política tuviese un porvenir seguro. Pues esta política dió a Prusia los triunfos de 1866, y a la Alemania unificada los de 1870, sin contar medio siglo de prosperidad económica, que el prestigio de aquellas victorias y una increíble tenacidad para explotarlas en hora propicia le valieron después al pueblo alemán.

Suele decirse que la nueva Alemania tuvo su principio con Bismarck. Es una perogrullada de la cual se infiere luego, con ligereza, que el *pangermanismo* proviene de la era *bismarckiana*. Si el *pangermanismo* es tanto una idea política como la creencia metafísica en una misión peculiar eminente del genio alemán, esta idea no fué la de Bismarck. Este duro realista nunca demostró inclinación a la «política conjetural» de largas miras. Sabía que el futuro durable de los pueblos se prepara por la conquista de sólidos puntos de apoyo en el presente. Y el presente, lejos de tender a unir a Alemania y Austria, había provocado entre una y otra, la guerra que muchos tenían por fratricida.

Pero el instinto popular no yerra, desde luego, porque el nuevo orgullo del pueblo alemán se había ciertamente nutrido de las victorias de 1866 y 1870; y sin este orgullo, la ambiciosa doctrina que pretendía se desbordasen por Europa y el mundo las masas profundas y la cultura tiránica de Austro-Alemania unificada no hubiera podido engendrarse. El orgullo de raza desafiá toda comparación en un Bismarck. Había que oírle en su mesa, durante la campaña de Francia, demostrar que «el porvenir pertenecía a los pueblos germánicos»; reírse de la raza latina, grande, como él lo admitía, por su obra del pasado, pero destinada a disminuir y desaparecer. Sólo la raza germánica, a lo que él decía, conservaba la juventud, el vigor y la aptitud, necesarios a las empresas de grande aliento. Los alemanes, cuando pudiesen curarse su manía nativa del *particularismo*, la discordia y la iniciativa aislada, tornaríanse en un torrente que abatiría irresistiblemente todo obstáculo puesto en su camino.

La existencia de los estados menores de Alemania y el derecho tradicional eran obstáculo que la política *bismarckiana* destruía, desencadenando el torrente de las masas prusianas. Lo que la opinión pública y la historia recuerdan es el trato que se dió a Hesse, Hanover y a la ciudad libre de Francfort. Encuéntrase allí el método en que se inspiró la violación de Sajonia bajo Federico II. Y al cabo de los esfuerzos bis-

marckianos, se halla esta alianza con Austria, que Bismarck pensaba volver durable, orgánica, y en la que veía la resurrección de la vieja idea *grande-alemana*, realizada, sin embargo, por medios que sus adversarios, sorprendidos por ellos, no comprendieron. Descíbrese también esta Triple Alianza, que él decía «prevista por Dios mismo», y que uniría de nuevo todo el gran territorio de la Europa central, por tanto tiempo desmembrado, y reharía el Santo Imperio Romano, por la colaboración de tres grandes potencias. Sólo Francia faltaba, para que se reconstituyese el imperio de Carlomagno. De ahí quizá las insinuaciones que se hizo a Francia para ganarla.

Pero estas miras permanecían como en lontananza; y lo que parece más lejano todavía del pensamiento bismarckiano es la idea de una expansión alemana en Turquía. Tan resuelto como estuviese Bismarck a conservar intacta a Austria, no azuzaba ninguna de sus ambiciones en la región balcánica, y se rehusó siempre a desencadenar por Bulgaria, una guerra europea que podía extender su devastación desde Moscú a los Pirineos y Palermo. En este sentido, fuerza es decir que Bismarck fué el más moderado de los pangermanistas.

Otro tanto ha de decirse de Treitschke, como quiera que tenga una reputación enteramente opuesta. Sin duda Treitschke, según la certera observación de Emilio Dürkheim, «expuso con plena y clara conciencia todo el sistema moral y mental» que acaban de descubrir en el pueblo alemán los hechos desconcertantes de la guerra de 1914-1915, y que, constituido particularmente con la mira de la guerra, permaneció durante la paz en lo más recóndito de las conciencias» (1). Pero puede verse definido ese sistema moral y mental, motor invisible y eficaz de toda la acción alemana: y no se ha definido por ello el objetivo de aquella acción. La misma mentalidad existía en la antigua Prusia; y Heinrich von Treitschke, sajón de nacimiento, es señaladamente el hombre representativo de Prusia.

Treitschke representa ciertamente a una Prusia contraída por completo a unificar a Alemania; y mientras ésta se fundaba, Treitschke no la quería federativa: quería estrictamente centralizada y unitaria, como Prusia misma. Quería que Alemania fuese como una prolongación de Prusia. Hay que confesar también que esta disposición de espíritu era una permanente amenaza para todos los vecinos de Alemania. El espíritu prusiano, los métodos prusianos no constituían, sin embargo, la esencia del pangermanismo: son solamente su medio de acción.

Este espíritu prusiano reside, esencialmente, en una concepción del Estado, de la que derivan formas de acción y de disciplina social temiblemente rigurosas. No debe creerse, sin embargo, que sean de origen étnicamente alemán. No sin razón se han vanagloriado los prusianos de su espíritu esparciata y su disciplina romana. El espíritu del Rena-

(1) Véase el hermoso análisis de E. DURKHEIM, *L'Allemagne au-dessus de tout*. París, 1915.

cimiento italiano, encarnado en un Maquiavelo, no les es extraño. La monarquía militar de un Gustavo Adolfo es un primer bosquejo de la Prusia federiciana. Pero es mucho decir que la Prusia de hoy sea su pervivencia de una fauna social desaparecida de toda otra parte de Europa.

El Estado definido por el teórico del prusianismo es *potencia*, y nada más que potencia. Su función única y, por tanto, su deber, es asegurar y engrandecer esta potencia. No hay para él otra moral que la de impedir se la lastime, por parte de los otros estados. Han porfiado algunos por definir la esencia del Estado: argucia vana. Desde que hay hombres unidos por las formas de la disciplina social que les aseguran la potencia, hay un Estado. Los derechos de este Estado van hasta el límite donde su fuerza se detiene. Hay, según Dietrich von Bülow, una esfera de acción militar de los estados; y según Friedrich List, una esfera de acción *económica* de las nacionalidades. Treitschke vuelve a tomar y generaliza los conceptos: los estados se definen por el radio de acción de su potencia. Un Estado pequeño no lo es: no puede defenderse. No subsiste más que por la tolerancia de los grandes. Pero la ley de los grandes estados es la que ellos se han dado o la que la guerra les impone.

El pensamiento profundo del espíritu prusiano implica que la guerra es moral, inevitable y santa. La guerra es para esas grandes personalidades morales, los estados, el sólo medio de delimitar sus derechos. ¿Quién, pues, sería para ellos el juez? Los estados son potencias absolutas. Cuando se supusiera que hay un pensamiento impersonal para juzgarlos, no habría fuerza que les impusiese los pronunciamientos de aquel pensamiento; y ellos no admitirían una fuerza tal, a menos de ser forzados a ello.

Los estados no se dejan forzar más que por la guerra. En los procesos que se forman entre los estados, cuyas pretensiones chocan entre sí, los únicos argumentos decisivos son las victorias. No hay barbarie sino alta moralidad en enseñar a los ciudadanos de una nación, que sólo deben tener una preocupación durante la vida, a saber, la de dar a su país los medios de vencer, con el sacrificio de los propios intereses privados y del propio esparcimiento.

De tal manera la nación equivale exactamente a su organización militar. Fué justo que la civilización harto refinada de Grecia fuese aplastada por la civilización de Roma. Es también equitativo que una sociedad que desarrolla demasiado sus libertades en detrimento de su disciplina, sea vencida por una nación disciplinada. La demostración de tal hecho resulta de la prueba misma de la guerra en que se miden dos civilizaciones adversarias. La moralidad verdadera se reconoce asimismo por la victoria. Los títulos de la herencia silesiana de Federico II eran quizá jurídicamente discutibles: poco importaban esos títulos cuando se trataba del equilibrio europeo. No hubo usurpación en el hecho de asegurar la influencia durable al único estado viviente

de Alemania. ¿Hubo acaso responsabilidad grave al cometerse una felonía tal? La audacia de las decisiones que comprometen esas responsabilidades permiten descubrir a los monarcas verdaderos y a los jefes dignos de conducir a los pueblos. Prusia tuvo tales reyes y estadistas. Menos aun que en el pasado, ha de dejarse intimidar por «la vocinglería de los estados pequeños». No dejará de arrebatar a los grandes estados vecinos, provincias fértiles y ricas en hombres robustos, como Alsacia, cuando la tome de Francia. Por último, si un destino adverso apresurase la hora de la disgregación de la monarquía austro-húngara, será menester que el Imperio alemán se halle presto a salvar el germanismo, esto es, a incorporar las provincias alemanas de Austria. En este sentido puede afirmarse que el método prusiano es el instrumento de todas las tareas, sin exceptuar de ellas al pangermanismo.

EL PANGERMANISMO ANTIBISMARCKIANO. — Treitschke descubrió quizá de tal manera el pensamiento recóndito de Bismarck. Pero tal vez no fué sino un explorador de avanzada que, en el punto extremo de la vanguardia, contemplaba, explorando el futuro, una iniciativa propia cuyo imprudente arrojó no hubiese aprobado Bismarck.

El esfuerzo propio de Bismarck fué asegurar a la política alemana, por la fuerza, los puntos de apoyo de que había menester para el futuro, y se detuvo en esos puntos. No hay pruebas de que meditase acerca de una marcha ofensiva de Prusia y Alemania, más allá de las fronteras fijadas por los tratados de 1864, 1866 y 1871, y por esto fué atacado en vida, por publicistas y partidos, que le reprochaban el haber recaído en la «falta federiciana». Bismarck construía una Alemania militarmente más fuerte pero políticamente disminuida. No era seguro que los rencores de Austria no persistiesen tenazmente. Aunque reducido a la impotencia y a una amistad conciliadora, el solo hecho de su exclusión volvía imposibles para lo sucesivo, ambiciones que para la *Gran Alemania* antigua no habían sido quiméricas.

El pangermanismo nuevo tiene por cimiento al viejo partido *gran alemán*, para el cual Austria debía seguir siendo parte integrante de Alemania. El Santo Imperio romano es, cabalmente, lo que se propone restaurar, y piensa que, para resucitarlo, no basta dar el nombre de imperio a una Prusia engrandecida. Dos publicistas de gran talento, Paul de Lagarde y Constantino Frantz, representaron en vida de Bismarck este ambicioso pensamiento; y porque la política brutal aunque prudente del canciller les parecía traicionar y aminorar la misión alemana, emplearon su vida en hostigarlo, por medio de panfletos, discursos y grandes obras. El pangermanismo contemporáneo debe a esos dos grandes hombres el más claro de sus programas.

Ambos escritores figuran entre los más escuchados de su tiempo; pero la admiración que se les profesaba fué por mucho tiempo platónica. Bismarck era demasiado poderoso y hallábase harto seguro de su método de acción, para que un movimiento de intelectuales elocuentes pudiese hacerle mella. Lo que Paul de Lagarde y Constantino Frantz



aparejaron en el espíritu alemán, las voluntades oscuras y reprimidas pero muy luego exteriorizadas en un delirio enorme, está hoy ante nuestros ojos.

El punto de partida filosófico de los dos grandes pangermanistas no es el mismo. Paul de Lagarde proviene de Fichte. Esfuérase por despertar en 1870 el entusiasmo bélico de 1813. Representa a las maravillas una peculiaridad del espíritu alemán, mucho más difundida de lo que suele creerse, una hipocondría que, hasta en pleno triunfo, rebosa todavía de amargura, y da en el delirio de persecución. Para esos hombres irritables, ninguna precaución es excesiva, contra vecinos que estiman malévolos por el solo hecho de existir.

Para Paul de Lagarde no hay otras tareas en el mundo que las religiosas :la religión como el pensamiento nace de la vida misma. Toda nación como todo individuo se crea necesariamente su religión. Detener una nación en su crecimiento es inferirle un daño mucho mayor que el daño material: es como si se impidiese nacer a una gran persona moral y religiosa; es quitar a esta nación y a todos los ciudadanos de la misma, una posibilidad de asegurar su salvación: obra sacrílega, que usurpa las prerrogativas divinas. Dios no ha de permitirlo, cuando se trata de una raza tan altamente dotada para la investigación religiosa, como la raza germánica.

Dietrich von Bülow, Friedrich List y Einrich von Treitschke asignaron a cada nación una esfera de acción militar o económica, una esfera de potencia. Paul de Lagarde define para cada una de ellas una esfera de acción religiosa. Pero esta misma vida espiritual supone condiciones materiales. Si un pueblo ha de alumbrar una religión nueva, acaso libertadora del mundo, ha menester de una extensión suficiente de tierras para multiplicarse y defenderse.

Paul de Lagarde guardaba rencor a Bismarck, porque, pudiendo hacerlo, no realizó las condiciones que asegurarían el destino religioso del pueblo alemán. Pudo tomar a Francia la ciudad de Belfort y todas las alturas de los Vosgos; pudo también conquistar Luxemburgo; y no lo hizo. Sobre la frontera oriental, igual imprevisión: la caballería cosaca puede por un golpe de mano apoderarse de la desembocadura del Vístula, desde el Pregel, desde el Memel. No quiere recordarse que Varsovia perteneció a Prusia, y que la línea de Vilna, Grodno, Brest-Litowsk es necesaria para la tranquilidad de Alemania. Cultívase una imposible amistad rusa, cuando ante todo es indispensable expulsar a Rusia de Polonia y de las orillas del mar Negro.

A esta grave aberración, únese la política de guerra contra Austria: ésta carece ciertamente de una raza dirigente bastante numerosa. Con diez millones de austríacos, ¿cómo podría frenar otros tantos magiares y catorce millones de otros pueblos, casi todos eslavos? Págase hoy el error de haber querido impedir a Austria, que se anexionase a Baviera y se extendiese hasta el Rin, error que proviene de Federico II. Expíase el crimen de haber arrojado a Austria de Alemania, que Bismarck

comparte con Federico II. El germanismo expía lo que fué culpa de algunos hombres.

Queda una salida: volver al plan de Federico List, esto es, colonizar a Hungría y las regiones eslavas de Austria. Tiene Alemania exceso de príncipes sin principado, demasiados hidalgos pelones en asedio de las antecámaras ministeriales, exceso de proletarios sin un hato de tierra. Hungría y las provincias eslavas de Austria tienen demasiadas nacionalidades sin príncipes; demasiadas regiones mal administradas; exceso de tierras insuficientemente cultivadas. Puede hacerse un cambio: en Hungría, Eslavonia y Bohemia, los príncipes alemanes pueden hallar soberanías; la *gentry* alemana podría encontrar dominios y funciones honoríficas; el exceso del proletariado alemán, tierras cultivables, a precio módico.

En los territorios reservados se encerrarán las aglomeraciones humanas no germánicas de Hungría y las regiones eslavas, como los Pieleros de América. Serán deportados a las orillas septentrionales del mar Negro evacuadas por los rusos, todos los rumanos de Moldavia y Valaquia, para dejar el sitio a los alemanes.

La emigración alemana cuyo torrente se pierde en los Estados Unidos, sin beneficio para la metrópoli, será prohibida para toda otra región que no sea Austria-Hungría. Una unión aduanera durable y una alianza militar permanente unirán los imperios de los Habsbourg y los Hohenzollern. Habrá en fin una Europa central digna de tal nombre, territorio coherente y protegido, que podrá denominarse *Germania*, y un imperio alemán; en tanto que hoy no existen sino miembros desunidos y mal defendidos. Tal plan, el único digno de la política alemana, según Paul de Lagarde, creará el cimiento de una cultura alemana prevista en los designios de Dios. Oponerse a este plan es, pues, atacar a los alemanes en lo que tienen de más sagrado. No hay duda entonces de que Alemania tiene, otorgado por Dios mismo, el derecho de imponer por la fuerza el plan necesario a su salvación.

Entre Constantino Frantz y Paul de Lagarde hay una relación semejante a la que hay entre Bismarck y Treitschke. Paul de Lagarde es unitario riguroso como Treitschke, pero extendería a Prusia hasta el mar Negro y el Argonne; en tanto que Treitschke la detiene en los Vosgos y en las fronteras de Silesia. Constantino Frantz es federalista como Bismarck; pero es antibismarckiano por su noción del derecho público, donde Treitschke daba completa adhesión a Bismarck.

Alemania no ha producido jamás, quizás, un genio más opuesto al prusiano que Constantino Frantz, prusiano de la provincia de Sajonia. Todo cuanto en la doctrina prusiana nos hiere, a saber, el racionalismo de Estado que coloca la salvación pública por encima de la moral, ese *jus utendi et abutendi* que reclama para el Estado, respecto a todas las realidades sociales de que la potencia se ha enseñoreado, y de que ella usa, como bajo el derecho privado no se usa sino de los objetos materiales, lá política de anexiones continuas que proviene de tal no-

ción del derecho, y es como el fundamento de la Alemania actual: todo ello es objeto de animadversión violenta por parte de Constantino Frantz. Su filosofía propia de la historia es de total inspiración cristiana. Y pues el Cristianismo no concibe ninguna nación sino en su relación con la humanidad, ni concibe la humanidad sino en relación con Dios, ¿cómo habría Frantz aprobado una política «específicamente prusiana» como la de Bismarck?

Frantz es, en verdad, el último adepto del Santo Imperio romano germánico. Estos términos han de tomarse en su sentido literal: tratase de un imperio donde el espíritu romano sería *regenerado* por el Cristianismo, y del que la nación alemana sólo sería el sustentáculo. Según esto, el Santo Imperio fué siempre una institución superior a las naciones: noción ciertamente muy ajena a Prusia, estado estrechamente nacional, y formado por modo artificial, en este período de disolución europea, en el que todos los pueblos, estrechados sobre sí mismos, consolidáronse por la fuerza, sin consideración por sus vecinos. A este período crítico ya terminado, ha de suceder, según Constantino Frantz, una nueva era orgánica de reconstrucción, que será la de la Alemania imperial restaurada.

Hay aquí, como puede verse, la grave tergiversación de una idea que se anunciaba tan simpática. Constantino Frantz ve claro cuando juzga a Prusia, pueblo de colonos rudos que, en su dura labor de desmonte y exterminio, forjóse un carácter dominador y brutal. Es perspicaz en su juicio sobre Austria-Hungría, *marca* o frontera militar también ella, donde los magiares, al contacto de los turcos, forjáronse también una mentalidad no menos ruda de colonos, y donde la dinastía guarda las tradiciones absolutistas, que son como supervivencia de una época, en la que fué menester oprimir por la fuerza, a quince pueblos conquistados.

La Alemania verdadera no es la de sus *marcas*: no puede seguir, pues, ni la política de los Habsburgos ni la política prusiana. Alemania está íntegra en aquella su parte occidental, que es el foco de su civilización más antigua, y cuya desmembración ulterior la redujo a la impotencia. En el centro de la nueva Alemania estaría esta Alemania occidental, reunida en un conjunto federativo, y con la cual estarían también reunidas, por el mismo vínculo federal y no por vínculo de soberanía, las marcas antiguas, Prusia y Austria, que de ella emanaron y después quisieron tiranizar.

¿Por qué hay peligros terribles para Europa, como latentes, así en esta doctrina como en la de Lagarde? Porque la idea de reconstruir una Europa central bajo la hegemonía prusiana entraña la desmembración de los vecinos. ¿Cómo entendernos con el teórico que reprocha a Bismarck el no haber humillado con bastante severidad a Francia, y no haberle arrancado Flandes y Lorena? Un gran ducado de Metz, con un príncipe de Nassau por soberano, a quien tocarse después la herencia de Luxemburgo; una Alsacia reunida al país de Baden; un Franco Condado, una Borgoña y una Saboya autónomas, y vinculadas

a la Confederación germánica: tal era el proyecto de Constantino Frantz. No es consolador para nosotros, que él pretendiese de tal modo, no *conquistarlas* sino *emanciparlas* de la política de piratería francesa, cuando Francia se apoderó de los Tres Obispos.

Por el frente oriental, esta política cristiana no es menos inquietante. Constantino Frantz no habría dejado aplastar a Polonia en 1863, como lo hizo Bismarck para obtener la neutralidad de Rusia en 1866 y 1870. No supongamos por esto que piense en la emancipación de Polonia. La gran guerra ofensiva contra Rusia, que le parece necesaria, y que Alemania debe afrontar de concierto con Austria, tendría por objeto, ante todo, alejar la frontera alemana hasta el Düna y El Bug, y hasta el lago Peipus en Rusia. Una vasta circunvalación de ducados polacos, con sus capitales en Bromberg, Gnesen, Posen, Vilna y Varsovia, protegería el corazón del Imperio. Austria sería extendida hacia los Balcanes. Bismarck pronunció una palabra irreparable, cuando declaró que la cuestión de Oriente «no valía los huesos de un granadero pomeriano». Según Constantino Frantz, «la colonización de Oriente ha de considerarse como cuestión vital para Alemania».

De tal suerte se constituiría en el centro de Europa un conjunto comparable al antiguo Santo Imperio. El núcleo central del mismo se compondría de los viejos estados alemanes situados al oeste del Elba. Prusia y Austria-Hungría, países de colonización, agregaríanse, por un tratado ofensivo y defensivo perpetuo, a esta federación, en la que el espíritu prusiano no tendría ya carácter de dirigente. Todos los estados que se escalonasen desde las orillas lituanas por el Beresina, hasta las bocas del Danubio y los de lengua holandesa, flamenca, francesa o alemana, que, desde el mar del Norte a los Alpes de Saboya, formasen como un rosario de ducados en estrecho enlace con Alemania, se reunirían en una *Confoederatio latissima*, mediante un parlamento común, y tratados más flexibles y convenciones militares y aduaneras, discutidas en aquel parlamento.

Esta grande obra, decía Constantino Frantz, bien vale una guerra que será la última; será también el aniquilamiento de Prusia, que se fundiría dentro de una Alemania, cuya función propia, como en la Edad Media, sería realizar la unión entre los pueblos. Pero esta política suponía, en la mente de Constantino Frantz, la neutralidad de Inglaterra. Suponía el abandono de un ensueño: el de «la más grande Alemania, más allá del mar», conquistada por fuerza de armamentos navales. La supremacía alemana en el mar no podría forjarse sino sobre las ruinas de la potencia británica, y si ésta siente acentuarse la amenaza alemana, uniríase a los enemigos que Alemania se halla obligada a provocar por sí misma, si ha de realizar su misión en el mundo.

De todos los orgullosos recuerdos con que se ha compuesto el ensueño pangermanista, el de las Hansas enseñoreadas de los mares es el único que Constantino Frantz aconseja a sus compatriotas dejen adormecer. Advertencia sabia, a la que, sin embargo, han permanecido insensibles.

Por esto, se realizará sin palabrerío, por consentimiento de Inglaterra a la coalición necesaria de los estados europeos insurreccionados, otra previsión de Frantz: el derrumbamiento próximo de un imperio fundado en el principio prusiano de la fuerza pura.

\*  
\* \*

Puede dudarse acerca de la demostración que acabamos de hacer, cuya verificación documental será posible con la antología de escritores pangermanistas que sigue a continuación (1). ¿Qué relación, se dirá, pueden tener los acontecimientos de hoy (1915) con los viejos libros escalonados entre 1800 y 1900? Pues que los libros de los escritores pangermanistas hoy más escuchados, los manifiestos de las ligas navales o coloniales, los programas de los partidos imperialistas o conservadores, beben, todos a una, en aquellos viejos libros. Haremos la demostración complementaria en otras antologías (2). Tan minuciosa como sea, sin embargo, puede no parecer convincente. ¿No podría decirse acaso que todos esos proyectos habrían permanecido como en la crisálida de la utopía sin el poderío alemán que ha intentado insuflarles vida tan temible? Y cuando ese poderío alemán se constituyese, ¿no habría engendrado por sí solo, ensueños parecidos a los que pueden leerse en las páginas de la antología?

La objeción carece de consistencia. No hay en la historia concreta, de un lado la vida del espíritu, y de otro al de la acción. El pensamiento emana de la vida, y, recíprocamente, la estimula. Las ideas son síntomas pero también llamamientos. Traducen necesidades, urgentes o inciertas, que comienzan como a brotar de la conciencia; pero también se fijan y concentran deseos difundidos, que aun no tenían objeto. Los gobernantes de un pueblo crecen en esta atmósfera de ideas o de voluntades colectivas que se congregan o están ya tradicionalmente fijadas. En ella se impregnan de los deseos comunes, mediante fórmulas que los libros les proporcionan. A tales ideas, algo agregan o recortan; pero mucho es lo que de ellas conservan, para conducir luego al pueblo, con palabras a las cuales ellos saben que aquél, por educación, ha de ser dócil. La predicación pangermanista tiene ya un siglo de edad, y ha entrado profundamente en el pueblo alemán, por una enseñanza y una repetición y tan monótonas de sus temas principales, que aquel pueblo, por fuerza de la costumbre, ha llegado a creer en ellos como si fuesen la verdad.

CHARLES ANDLER.

(1) CH. ANDLER, *Les Origines du Pangermanisme*, París, 1915.

(2) CH. ANDLER, *Usages de la guerre et la doctrine de guerre de l'Etat-major Allemand*, París, 1915. Id., *Le pangermanisme, ses plans d'expansion colonial dans le monde*, París, 1915. Id., *Le pangermanisme philosophique: 1800-1914*, París, 1917. Id., *La décomposition politique du socialisme allemand, 1914-1919*, París, 1919.



IV

BIBLIOTECA

De Cómo el Perro del Hortelano Puede Ser un  
Proteccionista Infortunado

1. Que todo derecho protector, desde el punto de vista económico, importa una destrucción de riqueza, es verdad tan evidente que sería ofender la ilustración del lector, emprender de nuevo a demostrarla. De muchos años a esta parte, sólo un escritor rumano de tres al cuarto, un tal M. Manoilescu, autor de un libro infelicísimo, *La teoría del proteccionismo y del cambio internacional*, osó ponerla en duda.

Comparó la teoría ricardiana que había demostrado definitivamente las ventajas del comercio internacional, a las viejas diligencias, las cuales debían reemplazarse con los veloces trenes de la novísima teoría manoilescu. Se le replicó que si, en vez de usar sus trenes, hubiese viajado en diligencia, habría tenido más tiempo para contemplar el paisaje que ofrece la ciencia económica, según fué forjada durante ciento cincuenta años por los esfuerzos de nuestros predecesores.

Verdad que procediendo así, habría tenido la amargura de verse forzado a renunciar a sus descubrimientos y teorías; pero, como compensación, hubiera tenido el consuelo de saber que, sobre los problemas que nos afligen, tanto a él como a nosotros, ha dicho la ciencia lo que podría decir de fundamental, y que no nos queda otra satisfacción «que la de cincelar en las columnas inmovibles de la teoría clásica» (E. Corbino).

Esto no importa condenar el proteccionismo, que se justifica por motivos políticos (en el buen sentido del vocablo), militares y hasta económicos, en casos bien determinados, como puede comprobarse, consultando cualquier tratado serio de la materia.

2. Casos hay, sin embargo, en que la política proteccionista es mal negocio para sus propios beneficiarios, que tal cual vez ganarían más de los que ganan y estorbarían menos, si renunciasen a ella o la rigiesen con mejor acuerdo y buen sentido, y permitieran la concurrencia del producto similar extranjero, cuando la propia producción es insuficiente, y aunque se provocase de tal suerte la baja del precio de venta.

Para comprenderlo es necesario recordar que la política proteccio-

nista crea en favor de sus beneficiarios un monopolio, y que el precio más elevado no es el que da mayor ingreso al monopolista. Es necesario, además, recordar que hay consumos *inelásticos*, como los hay también *elásticos*. Un consumo es inelástico, cuando la curva de su demanda tiende a disponerse muy verticalmente, como la CD de la figura 7. Es elástico, cuando esa curva tiende a disponerse muy horizontalmente, como la C'D' de la misma figura.

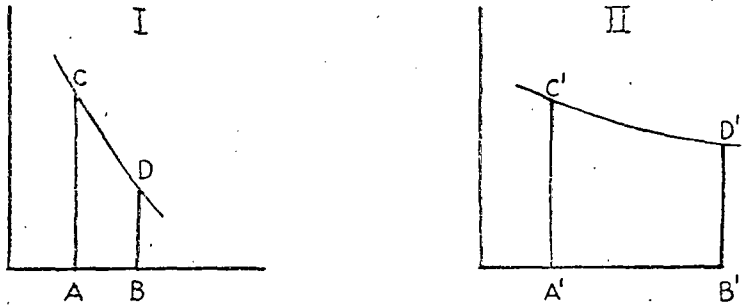


Figura 7

Para el primero, una disminución relativamente grande del precio no provoca un aumento considerable del consumo, expresado en el eje horizontal A B, porque los deseos de los consumidores disminuyen rápidamente. Para el segundo, una leve disminución del precio provoca un aumento relativamente grande del consumo, como el expresado en el eje horizontal A' B', porque los deseos de los consumidores disminuyen con lentitud. En otros términos, porque la demanda llega con mucho retardo a su punto de saturación; y si se quiere, sanchescaamente, porque los hombres tardan mucho en hartarse de ciertas cosas.

La figura 7 demuestra, como puede verse, que un descenso relativamente grande del precio, como el de AC a BD (los precios se expresan por perpendiculares al eje horizontal), no provoca sino un aumento muy pequeño del consumo, como el de A a B; mientras que un descenso leve, como el de A' C' a B' D', ocasiona un aumento relativamente grande del consumo, como el de A' a B'.

3. Supónganse dos países productores de carne, a saber, Estados Unidos, con su producción insuficiente para un abundante consumo interno, pero no a un precio moderado y capaz de provocar un grande aumento de aquél, y la República Argentina con su producción sobradamente mayor que la del consumo interno. País importador en potencia el primero; país exportador el segundo; aquél, con política proteccionista que asegura un monopolio a sus productores, en evidente perjuicio de los consumidores; éste, con su política de libre exportación.

En la figura 8, AB es la curva de la demanda de carne en Estados Unidos, OM el consumo interno, MP el precio de venta a los consumidores, el área EU el costo total del producto, y la superficie sombreada verticalmente, el beneficio total de los productores de carne. Como se trata de un consumo muy elástico (Estados Unidos es hoy un país de salarios en alza, de gran actividad industrial y de alto nivel de vida), si se suprime la barrera proteccionista y se permite la libre importación de carne argentina, el consumo interno crecerá de OM a O'M'; el precio de venta descenderá de MP a M'P', y el beneficio de los productores estará representado entonces por el área sombreada oblicuamente, que, como el gráfico lo evidencia, es mayor que el área sombreada verticalmente. El consumo de carne argentina está representado por la superficie A (en cantidad y valor). Se supone (hipótesis la menos

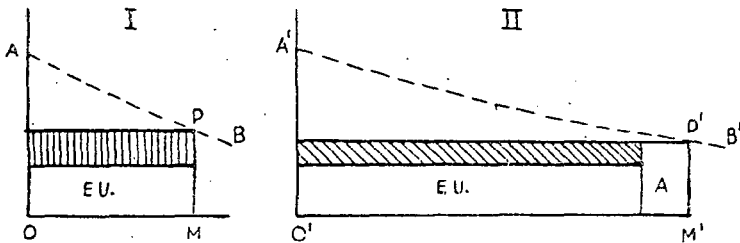


Figura 8

favorable a nuestro razonamiento) que el costo unitario de la carne americana no varía; esto es, que la altura de la superficie EU es la misma en uno y en otro gráfico. Si ese costo descendiera, en función del mayor consumo, el beneficio de los productores americanos sería también mayor.

4. El consumo anual de carne en Estados Unidos (promedio anual de los años 1937-1939) es de 3.651.000 toneladas, esto es, un consumo anual medio de 26 kilogramos por habitante, poco más o menos, sobre una población de ciento treinta millones. Este mezquino consumo, que más parece un racionamiento, se explica por el alto precio que se paga en el mercado de Chicago a los productores: \$ 0,87 por kilogramo de peso vivo (en agosto de 1940). Comparando los precios del producto en Estados Unidos y en la República Argentina (en aquél \$ 0.87 y en ésta \$ 0.31), es fácil comprender que la entrada de la carne argentina en el mercado americano provocaría en éste una baja no muy acentuada del precio de venta al consumidor, en razón de la cantidad relativamente pequeña que podría importarse, y que no sería mayor de 150.000 toneladas.



Pero esta cantidad aumentaría el consumo y daría muy probablemente un apreciable aumento de beneficio a los productores americanos. El gráfico de la figura 8 ilustra también la maniobra típica de monopolio que aquéllos podrían realizar. Esos productores tratarían, en efecto, de disminuir la altura del rectángulo EU, costo unitario de la carne por ellos producida, si éste descendiera en función del mayor consumo. Aumentarían así la superficie sombreada oblicuamente, que representa su beneficio total de productores. Cuando la superficie del rectángulo O'M'D', inscripto a la curva de la demanda A'B' es máxima, los productores americanos y argentinos se hallan en un punto de Cournot, esto es, logran el mayor beneficio, sean sus costos de producción constantes, o variables en función decreciente del consumo.

Sabido es que el ingreso total del monopolista empieza en cero, pasa por un máximo y termina en cero. A un precio más alto que el del consumidor mejor dispuesto, la cantidad vendida sería cero, que multiplicada por ese precio, daría un ingreso de cero. Al precio cero, el monopolista colocaría en el mercado una cantidad determinada, que multiplicada por cero, daría también cero. Entre uno y otro extremo el ingreso del monopolista es máximo (1).

5. Esta demostración de los tiempos de Agustín Cournot y Alfredo Marshall no es ignorada por los eminentes economistas americanos, discípulos suyos. Pero en Estados Unidos también se cuecen habas, como en todas partes; y los politicastros, que no deben confundirse con los políticos u hombres realmente versados en las cosas de la política y del gobierno (huelga decir que también los hay en Estados Unidos, y de gran fuste) prefieren a los curanderos.

Pedir, pues, a los curanderos que entiendan o quieran entender esta demostración es como pedir castañas al camuesó. Y así se prueba una vez más, como quiera que la probanza por los motivos consabidos sea inútil, que el perro del hortelano, cuando se mete a proteccionista, ni come las berzas ni las deja comer al amo. Y casos hay en que éste se queda en la palmera, por habérselas comido el perro.

(1) Véase L. R. GONDRA, *Tratado*, curso general, § 292, donde se demuestra esta porposición.

## El Teorema de los Costos Comparados

### Una nueva demostración <sup>(1)</sup>

Al eminente matemático brasileño  
 Profesor OCTACILIO NOVAIS

1. El ejemplo ricardiano de dos hombres que fabrican simultáneamente zapatos y sombreros, de los cuales uno tiene ventaja sobre el otro en ambas producciones (20 y 33 % respectivamente) es característico de las ventajas que trae consigo la división del trabajo, y condición necesaria pero no suficiente. Es necesario, además, que esos grupos sean *no concurrentes*, como los calificaría muchos años después Cairnes (*Some Leading principles of Political Economy*, 1874), esto es, que exista entre ellos concurrencia de productos pero no de capitales o servicios productivos, en razón de «la dificultad con que el capital se traslada de un país a otro en busca de un empleo más provechoso» <sup>(2)</sup>.

En el ejemplo ricardiano, dice Pareto, se comprende al pronto cuáles son los *sacrificios* a que alude su autor, porque consideramos, no dos colectividades sino dos hombres, y porque se suponen las dos mercancías producidas únicamente con trabajo. La observación no tiene fundamento. Parece una inexplicable distracción del insigne economista, que a propósito de la teoría marxista del valor, en un estudio célebre, había formulado la distinción correcta entre trabajo *anterior*, ahorro o capital y trabajo *actual* o trabajo propiamente dicho <sup>(3)</sup>.

Ya se tratase de trabajo individual o de la producción en su conjunto, Ricardo afirmaba que las mercancías *tienden* a cambiarse unas por

<sup>(1)</sup> Publicado por la Revista de Ciencias Económicas, Comerciales y Políticas de Rosario, 3ª serie, tomo X, 194.

<sup>(2)</sup> D. RICARDO, *Principles of Political Economy and Taxation*, pág. 116. Ed. Gonner, London, 1913. Sobre la teoría de la división del trabajo, véase el excelente estudio de J. BARRAL SOUTO, *Los principios fundamentales de la división del trabajo*, Imprenta de la Universidad de Buenos Aires, 1941.

<sup>(3)</sup> V. PARETO, *Manuale di Economia Politica*, pág. 487, nota Milano, 1909, Cf. K. MARX, *Le Capital*, Introd. de V. Pareto, Paris, 1893.

otras según la cantidad de trabajo que contienen, y el costo de producción en moneda era para él, tanto el trabajo como las ganancias: «Cost of production, in money, means the value of labour as well as profits» (1).

2. Pareto formula correctamente las condiciones necesarias y suficientes para que el teorema de Ricardo se verifique (2). Sean dice, I y II los individuos del ejemplo ricardiano, y A y B las mercancías. Mientras II fabrica una unidad de A, I fabrica x, y mientras II fabrica una unidad de B, I fabrica y. Además por hipótesis es:

$$y > x > 1.$$

A continuación, sin embargo, introduce la variable tiempo (número de jornadas de trabajo); y, al distribuir esta variable t entre las dos producciones, dándole arbitrariamente valores numéricos,  $t' = 30$ ,  $t'' = 30$  ( $t' + t'' = t$ ) en alguno de sus ejemplos el teorema resulta desmentido. Para eludir esta dificultad introduce también de modo arbitrario, una consideración sobre los gustos de los individuos. «No sabemos, agrega, si teniendo en cuenta los gustos de los individuos, hay o no compensación (entre una menor cantidad de A y una mayor de B, al pasar del aislamiento al intercambio). Si la hay la proposición de Ricardo es verdadera; si no la hay es falsa» (3).

Los costos comparados se refieren, no al tiempo (número de jornadas), sino a las productividades marginales comparadas de los capitales invertidos. Ya se trate de capital, habilidad o destreza personal o de capital propiamente dicho, invertido en la producción (el costo, como acabamos de ver, depende, según Ricardo, de la cantidad de uno y otro), la relación de los costos comparados es la de las productividades marginales comparadas. Ricardo siempre habla de *capitales*, de su facilidad o dificultad para pasar de un país a otro.

La corrección paretiana es, pues, errónea y tanto más inexplicable, si se considera que en el *Cours* había interpretado correctamente el teorema ricardiano (4). Sean:

$$\left. \begin{aligned} \frac{\varphi_{1.a}}{p_a} &= \frac{\varphi_{1.b}}{p_b} = \dots = \frac{\varphi_{1.s}}{p_s} = \dots \\ \frac{\varphi_{2.a}}{p_a} &= \frac{\varphi_{2.b}}{p_b} = \dots = \frac{\varphi_{2.s}}{p_s} = \dots \end{aligned} \right\} \quad (1)$$

las ecuaciones de equilibrio de los gustos, de los individuos I y II, en las que los símbolos  $\varphi$  y  $p$  son respectivamente las utilidades margi-

(1) *Letters of David Ricardo to Mac Culloch*, pág. 176, New York, 1895.

(2) V. PARETO, *Manuale*, pág. 469, nota.

(3) V. PARETO, *Manuale*, pág. 469.

(4) V. PARETO, *Cours d'économie politique*, 103, nota 1, Lausanne. 1896.

nales y los precios, y  $S, T, V, \dots$ , los capitales de que uno y otro disponen.

Sean, por otra parte,  $a$  y  $b$  los coeficientes de fabricación, esto es, las cantidades de cada uno de aquellos capitales, necesarias para obtener unidades de  $A$  y de  $B$ . Por definición el costo unitario de ambas, bajo libre concurrencia igual al precio de venta, es:

$$\left. \begin{aligned} p_a &= a_s p_s + a_t p_t + a_v p_v + \dots \\ p_b &= b_s p_s + b_t p_t + b_v p_v + \dots \end{aligned} \right\} \quad (2)$$

Las ecuaciones (I) dan para cada individuo:

$$\left. \begin{aligned} \frac{p_a}{p_b} &= \frac{\varphi_{1,a}}{\varphi_{1,b}} = \frac{\varphi_{2,a}}{\varphi_{2,b}} \\ \dots & \dots \dots \dots \\ \frac{p_s}{p_a} &= \frac{\varphi_{1,s}}{\varphi_{1,a}} = \frac{\varphi_{2,s}}{\varphi_{2,a}} \\ \frac{p_t}{p_a} &= \frac{\varphi_{1,t}}{\varphi_{1,a}} = \frac{\varphi_{2,t}}{\varphi_{2,a}} \\ \dots & \dots \dots \dots \end{aligned} \right\} \quad (3)$$

Dividiendo por  $p_a$  las ecuaciones (2)

$$\left. \begin{aligned} 1 &= \frac{p_s}{p_a} a_s + \frac{p_t}{p_a} a_t + \frac{p_v}{p_a} a_v + \dots \\ \frac{p_b}{p_a} &= \frac{p_s}{p_a} b_s + \frac{p_t}{p_a} b_t + \frac{p_v}{p_a} b_v + \dots \end{aligned} \right\} \quad (4)$$

e introduciendo en estas ecuaciones los valores hallados en (3):

$$\left. \begin{aligned} \varphi_{1,a} &= a_s \varphi_{1,s} + a_t \varphi_{1,t} + a_v \varphi_{1,v} + \dots \\ \varphi_{1,b} &= b_s \varphi_{1,s} + b_t \varphi_{1,t} + b_v \varphi_{1,v} + \dots \end{aligned} \right\} \quad (5)$$

Como  $\varphi_{1,a}$  y  $\varphi_{1,b}$  son las utilidades marginales de  $A$  y de  $B$ , éstas miden la suma de sacrificios hechos para obtener las últimas cantidades de ambas. Las ecuaciones (4) y (5) nos permiten escribir:

$$\frac{p_b}{p_a} = \frac{b_s \varphi_{1,s} + b_t \varphi_{1,t} + b_v \varphi_{1,v} + \dots}{a_s \varphi_{1,s} + a_t \varphi_{1,t} + b_v \varphi_{1,v} + \dots}$$

En el punto de equilibrio los precios son proporcionales a los costos expresados en utilidades. Si en vez de tener:

$$\frac{b_s \varphi_{1,s} + b_t \varphi_{1,t} + b_v \varphi_{1,v} + \dots}{a_s \varphi_{1,s} + a_t \varphi_{1,t} + a_v \varphi_{1,v} + \dots} = \frac{b_s \varphi_{2,s} + b_t \varphi_{2,t} + b_v \varphi_{2,v} + \dots}{a_s \varphi_{2,s} + a_t \varphi_{2,t} + a_v \varphi_{2,v} + \dots}$$

el primer miembro fuese mayor o menor que el segundo, los cambios continuarían. Tal es, según Pareto, la versión de los costos comparados en la correcta enunciación del *Cours*. Los cambios continuarían mientras los grupos fuesen *no concurrentes*. Esta versión aparece después oscurecida en el *Manuale*.

3. Véase ahora cómo puede demostrarse la proposición de Ricardo, prescindiendo de toda consideración sobre el tiempo y los gustos de los individuos. Suponemos grupos de individuos o países no concurrentes, según la referida expresión de Cairnes, exacta interpretación del concepto ricardiano, entre los cuales la concurrencia es *incompleta*, de mercancías pero no de capitales.

Llamamos productividad marginal al pequeñísimo incremento en la cantidad  $Q$  de mercancía, que corresponde al pequeñísimo incremento de uno de los capitales, permaneciendo constantes los demás. Sea  $C_1$  el capital total de  $I$ , dividido en dos cantidades  $H_1$  y  $K_1$ , dedicados a la producción de  $A$  y  $B$ , y  $C_2$  el de  $II$ , igualmente dividido en dos cantidades  $H_2$  y  $K_2$ , a la producción de aquellas mercancías. Por hipótesis:

$$C_1 = H_1 + K_1$$

$$C_2 = H_2 + K_2.$$

Las  $CC$  son constantes; las  $HH$  y las  $KK$ , variables, porque los capitales se remueven en cada país, de la producción de  $A$  a la de  $B$ , o viceversa, buscando su mayor remuneración. Bajo concurrencia *completa*, toda remoción cesa cuando la última unidad de cualquiera de los capitales obtiene en una u otra de las dos producciones la misma remuneración en moneda (<sup>1</sup>). Bajo concurrencia *incompleta* las derivadas parciales de las  $QQ$  respecto de las  $HH$  o de las  $KK$  son positivas, porque las  $QQ$  son funciones crecientes de las  $HH$  o de las  $KK$ . Al pasar del aislamiento al intercambio,  $Q_{1,b}$  y  $Q_{2,a}$  son funciones crecientes de  $K_{1,b}$  y de  $H_{2,a}$  respectivamente.

Llamemos  $r$  a la productividad marginal. En consecuencia, tendremos para  $I$  y  $II$ :

$$I: \frac{\delta Q_{1,a}}{\delta H_{1,a}} d H_{1,a} = r_{1,a}, \quad \frac{\delta Q_{1,b}}{\delta K_{1,b}} d K_{1,b} = r_{1,b}.$$

$$II: \frac{\delta Q_{2,a}}{\delta H_{2,a}} d H_{2,a} = r_{2,a}, \quad \frac{\delta Q_{2,b}}{\delta K_{2,b}} d K_{2,b} = r_{2,b}.$$

(<sup>1</sup>) L. R. GONDRA, *Tratado de Econ. Polit.*, curso general, apénd., § 28, *in fine*. Buenos Aires, 1940.

Las hipótesis de Ricardo son:

$$r_{1.a} > r_{2.a}$$

$$r_{1.b} > r_{2.b}$$

$$r_{1.a} < r_{1.b}$$

$$r_{2.b} < r_{2.a}$$



Las dos primeras desigualdades significan que I aventaja a II en ambas producciones. La tercera, que la ventaja en la producción de A es menor que en la de B. La cuarta, que la desventaja de II es menor en la producción de A que en la de B.

Sean  $N$  y  $N'$  dos números enteros, positivos, vinculados por la siguiente relación:

$$N > N' > 1.$$

Esta relación es experimental. Fué siempre confirmada por las observaciones en que Ricardo fundó la enunciación de su teorema, como lo demuestra la lectura del capítulo que dedicó al comercio internacional, en sus *Principles*.  $N$  y  $N'$  deben, pues, elegirse convenientemente, en estricta conformidad con aquellas observaciones.

Ricardo tuvo en cuenta las relaciones comerciales entre Inglaterra y Portugal, tales como quedaron después del Tratado Methuen (1704) y otros casos análogos, observados en Europa, en Asia y en el Nuevo Mundo. No consideró los casos que estaban fuera de su hipótesis, los casos de concurrencia *completa*, en los que, por consiguiente, no se trataba de grupos *no concurrentes*.

Los filósofos escolásticos llamaban *futuribles* a la infinita muchedumbre de casos posibles que no sucedieron o no suceden. El ejemplo numérico de Pareto, expuesto en el § 2, es un futurible. Podrían darse infinitos casos análogos. Todos ellos están excluidos de la investigación científica, que en el estudio de los grupos no concurrente — teoría del comercio internacional — sólo puede abarcarlos casos de la hipótesis, comprobados por los hechos. En todos ellos *conviene* el intercambio.

4. Las producciones de I y II, bajo régimen de aislamiento son las expresadas en el cuadro siguiente:

		I	II
a)			
	A	$N' r_{1.a} + N r_{2.a}$	
	B	$N r_{1.b} + N' r_{2.b}$	

Al pasarse del aislamiento al intercambio, del cuadro *a*) al cuadro *b*), *I* se dedica exclusivamente a la producción de *B*, en que su ventaja comparativa es mayor, y abandona a *II* la producción exclusiva de *A*, en la que su ventaja comparativa es menor:

	I	II
b)	—	$2 N r_{2.a}$
B	$2 N r_{1.b}$	—

Es evidente que las cantidades totales producidas son ahora mayores. El intercambio *b* es preferible al aislamiento *a*, prescindiendo de jornadas de trabajo y gustos de los consumidores.

El esquema demuestra que el intercambio conviene a cualquier razón de cambio internacional, comprendida entre las productividades marginales o costos comparados de *I* y *II*. Las productividades marginales comparadas de *I* y *II* en el caso *a* son:

$$pb.a.1 = \frac{Nr_{1.b}}{N'r_{1.a}}, \quad pb.a.2 = \frac{N'r_{1.b}}{Nr_{2.a}}$$

Establecido el intercambio, la productividad marginal comparada, en el caso *b* es para los dos:

$$pb.a = \frac{r_{1.b}}{r_{2.a}}$$

Es evidente que:

$$\frac{Nr_{1.b}}{N'r_{1.a}} > \frac{r_{1.b}}{r_{1.a}} > \frac{N'r_{1.b}}{Nr_{2.a}}$$

## Buena Vecindad y Buen Comercio

1. En tiempos pretéritos el intercambio comercial asumió con frecuencia una forma singularísima, impuesta por la desconfianza recíproca, que los historiadores denominaron *trueque silencioso*. Es clásico el pasaje de Herodoto:

«Cuando los cartagineses querían comerciar con los indígenas del Africa septentrional, depositaban sus mercancías en la playa, encendían una hoguera y volvían a sus naves. Los indígenas, advertidos por el humo, acudían a la playa, ponían cierta cantidad de oro junto a las mercancías y retirábanse a distancia. Desembarcaban luego los cartagineses e inspeccionaban el depósito. Si el oro les parecía valer las mercancías, tomábanlo y se retiraban. Pero si el valor del oro no bastaba, retirábanse de nuevo a las naves. Los indígenas volvían otra vez y agregaban oro, hasta que aquéllos fueran satisfechos. Ninguna de las partes engañaba a la otra. Porque ni los cartagineses tocaban el oro mientras no lo creían de igual valor que el de las mercancías; ni los indígenas tocaban éstas, mientras los cartagineses no se hubiesen llevado el oro».

El comercio internacional desde aquellos tiempos acá puede representarse por medio de un gráfico, como una curva cuyo perfil, de pendiente muy suave, va elevándose hasta mediados del siglo XIX, en que la pendiente se acentúa mucho hasta llegar a un máximo a principios del XX, para decrecer con celeridad después de la guerra de 1914-1918 hasta el presente.

En lo que va del siglo, el comercio internacional (cuyo rasgo característico es el trueque, pues que sólo se pagan en oro sus saldos o diferencias) ha ido decayendo, mientras, por otro lado, iba creciendo la vocinglería demagógica de los tratados y convenciones que suelen acompañarlo, como si el intercambio y la bulla de tal vocinglería variasen en sentido inverso: cuanto más gritan los gobiernos, tanto menos se comercia. Claro está que no entra en este cálculo de incapacidad e intercambio, el gran tratado anglo-francés, del 23 de enero de 1860, que consagró el libre cambio, y orientó la política mundial hasta fines del siglo XIX.



2. A principios de aquel siglo, David Ricardo, el Newton no superado de la ciencia económica, había evidenciado en un ejemplo de genial sencillez la conveniencia del comercio internacional (1817). «Las circunstancias pueden ser tales en Inglaterra, dice Ricardo, que la producción de tejidos requiera el trabajo de 100 hombres durante un año; y si se intentara producir vino, esta producción podría necesitar el trabajo de 120 hombres durante el mismo período. En ese caso, Inglaterra tendría interés en importar el vino, adquiriéndolo por medio de la exportación de tejidos. La producción de vino en Portugal podría necesitar solamente el trabajo de 80 hombres en un año, y la de los tejidos el de 90 en el mismo período. En tal caso, le sería ventajoso a este país exportar el vino a cambio de tejidos. Este intercambio convendría, a pesar de que la mercancía importada por Portugal pudiera producirse en este país con menor cantidad de trabajo que en Inglaterra».

Inglaterra, según Ricardo, daría el producto de 100 hombres por el de 80. El trabajo de 100 ingleses no puede cambiarse por el de 80 ingleses; pero puede cambiarse por el de 80 portugueses, 60 rusos o 120 hindúes. La diferencia se explica, considerando la dificultad con que el capital se traslada de un país a otro en busca de un empleo más provechoso, y la facilidad con que se pasa de una región a otra del mismo país. Tales son los que muchos años después llamaría J. E. Cairnes grupos *no concurrentes*, esto es, sociedades entre las cuales la concurrencia es incompleta: concurrencia de productos y no de capitales.

3. Supónganse dos países, Inglaterra y la República Argentina. La primera produce una determinada cantidad de tejidos con un costo de 80, y una determinada cantidad de grano con un costo de 96; la segunda, produce la misma cantidad de tejidos con un costo de 120 y la misma de grano con un costo de 100. Entre ambas naciones tienen en los costos *comparados* una diferencia notable; para la primera, el costo de los tejidos igual a 80, y el del grano a 96, esto es, una diferencia de 20 %; para la segunda el costo de los tejidos es igual a 120, y el de los granos a 100, esto es también, 20 %. No importa que la segunda tenga costos mayores en las dos producciones.

Si los dos países no fuesen mercados cerrados, la población trabajadora y el capital del segundo tendrían interés en migrar al primero, donde la industria es más *remunerativa*. No pudiendo ser así, es evidente que uno y otro país tienen interés en cambiar aquellos de sus productos en los cuales el trabajo de cada uno es *comparativamente* más eficaz.

Porque si el primero, cediendo tanto de tejidos cuanto puede producir con un costo de 80, obtiene en cambio tanto grano cuanto puede directamente producir con un sacrificio de 96, economiza 16 unidades de costo, o sea, el 20 % del trabajo, que deberá soportar si no cambiare. Si, por otra parte, el segundo, cediendo tanto grano cuanto puede producir con un costo de 100, obtiene tanto de tejidos que no sabrá producir sino mediante el sacrificio de 120 unidades de costo, economiza también el 20 % del trabajo que soportaría no cambiando.

Conclusión: una diferencia en los costos *comparados* es condición necesaria y suficiente para volver ventajoso un cambio entre dos países, a pesar de mayores costos absolutos en todos los ramos de la producción del uno respecto al otro (D. Ricardo, *Principles of Political Economy*, cap. VII. Cf. M. Pantaleoni, *Principios de Economía Pura*, págs. 229-236. trad. L. R. Gondra, Buenos Aires-Madrid, 1918; L. R. Gondra, *El teorema de los costos comparados*, págs. 245-250 de este volumen).

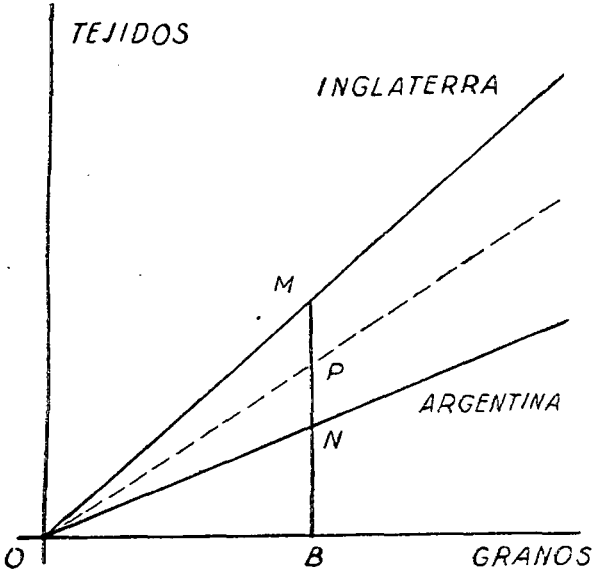


Fig. 9

4. En el gráfico, la inclinación de la recta, OM, definida por el cociente  $\frac{BM}{OB}$  representa los costos *comparados* de los tejidos y los granos en Inglaterra; la inclinación de la BN, definida por el cociente  $\frac{BN}{OB}$  la de los mismos productos en la República Argentina. En aquella, es necesario un costo BM de tejidos para obtener OB de granos; en ésta, un costo de BN de tejidos para conseguir la misma cantidad OB de grano. El gráfico demuestra que, a cualquier costo *comparado* internacional, tal como el expresado por la inclinación de la recta OP, se satisfacen mejor que separadamente las conveniencias de los países. Inglaterra obtiene OB de grano con un costo BP de tejidos, esto es, con una economía de costo igual a MP. La República Argentina ob-

tiene por OB de grano, la cantidad BP, mayor que BN, de tejidos (1). Así, pues, a cualquier razón de cambio internacional, comprendida entre los costos *comparados* de los dos países, el intercambio es preferible al aislamiento.

Esta es la teoría ricardiana del intercambio comercial, la teoría de la buena fe y el buen sentido, la que consulta las verdaderas conveniencias de los dos países. Sería ingenuidad demostrar que no es ella la que inspira la política comercial hoy de moda, sino la teoría manoesca del rábano por las hojas (véase: *De cómo el perro del hortelano puede ser un proteccionista infortunado*, págs. 234-237 de este volumen) que si no consulta las conveniencias de los dos países, contempla, en cambio, las de los grupos predominantes, y los apetitos de las facciones demagógicas al servicio de aquellos grupos en uno de ellos.

5. Estados Unidos, por el convenio sobre préstamo de 110 millones de dólares, acerca de cuya suerte nada sabemos, nos presta esos millones porque sus grupos demagógicos no dejan echar abajo la barrera proteccionista, que nos permitiría pagar nuestras importaciones americanas con aquellos productos en que nuestra industria es más eficaz. A su tiempo deberemos cancelarlos con una exportación de metálico u otro arbitrio monetario equivalente. El préstamo devenga intereses que recargan el valor de las importaciones que pagásemos con su importe.

No puede decirse que la operación tenga por fin un acto de libre comercio entre la República Argentina y los Estados Unidos. Pero no tiene duda que, para Estados Unidos resulta un acto de buen comercio («*fair trade*» en vez de «*free trade*») por medio del cual vende y no compra, y nos impone un medio de pago mucho más costoso que el producto de nuestra industria más remunerativa.

Pues el perjuicio es evidente, pongamos los puntos sobre las íes. Si los americanos, haciendo efectivos los sentimientos de su buena vecindad, pasasen de las buenas razones a las obras, y permitiesen la entrada de nuestras carnes y nuestros granos, la República Argentina tendría las divisas, esto es, los créditos en dólares necesarios para pagar sus importaciones americanas, y la balanza comercial entre los dos países podría equilibrarse sin necesidad del préstamo... *Ergo*, la borrica tiene sabañones, como suele decirse.

Para explicar esta actitud del gobierno americano, hay que recordar el lazo demagógico que lo ata, y además, otro hecho muy impor-

(1) Podemos suponer los precios de los dos bienes, tejidos y grano, expresados en la misma moneda internacional (oro), y la conclusión sería la misma, como es fácil advertirlo. Véase la demostración en el citado estudio sobre los *costos comparados*, págs. 238-243 de este volumen. Cf. L. R. GONDRA, *Tratado*, curso general, §§ 382-383.

tante. Estados Unidos posee hoy más del 70 % del oro del mundo, como lo revela el gráfico. El cuadro inserto demuestra que gran parte de ese oro, denominado «capital monetario errante por motivos no económicos» se ha refugiado en aquel país, buscando, más que la buena inversión, la seguridad.

Toda crisis mundial, como la que ha desatado la guerra, trae consigo la supuesta necesidad de una *esterilización del oro*, según ahora se dice. Esa esterilización se practica en Estados Unidos del siguiente modo: El Tesoro Federal compra el oro importado, emitiendo bonos pagaderos con sus depósitos en los bancos de la Reserva Federal; éstos lo ponen a disposición de los «member banks», que a su vez lo adquie-

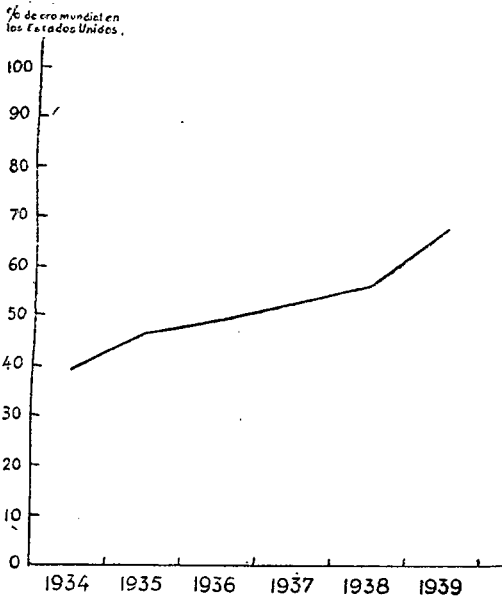


Fig. 10

ren con sus disponibilidades, pero los dejan depositados en los mismos bancos de la Reserva Federal. Así el incremento de oro no varía la circulación ni las obligaciones pendientes: el oro queda esterilizado.

Pero la conservación de ese oro esterilizado representa un gasto inútil y, por tanto, una pérdida. Prestarlo a Buenos clientes del exterior, como la República Argentina y otros países, es excelente negocio que compensa con creces aquella pérdida. Porque, en definitiva, con el negocio de este préstamo y otros por el

estilo, los americanos se quedan con el santo y la limosna.

Sobre este punto, serán probablemente irreductibles, a pesar de la reconocida capacidad y la diligencia que desplieguen nuestros agentes diplomáticos.

Bs. Aires, enero de 1942.

IMPORTACION DE ORO EN ESTADOS UNIDOS

	1937	1938	1939	1940
Enero-Marzo .....	396.033	68.313	745.160	897.733
Abril-Junio .....	633.294	179.661	1.275.917	1.852.804
Julio-Septiembre...	426.260	750.777	864.668	871.546 <sup>(1)</sup>
Octubre-Diciembre	175.936	980.707	688.914	( <sup>2</sup> )
Total.....	1.631.523	1.979.458	3.574.659	3.662.085

(<sup>1</sup>) Julio y agosto; falta septiembre.

(<sup>2</sup>) No hay datos publicados.

FUENTE: *Federal Reserve Bulletin*.



## ERRATAS ADVERTIDAS

Pág.	Línea	Dice	Debe decir
6	12	La V gran	La gran
6	13	<i>pareticua</i>	<i>paretiana</i>
6	17	provea	prevea
15	32	nada	nadas
16	26	políticas y	políticas o
18	21	representan	representan
18	24	Xμ	αμ
22	16	nota 2	nota 1
22	17	página 8	página 20
25	30	YO'Y'O'	YOY'O'
41	5	internas y	internas
45	7	repiten	reproducen
57	2	embriagueuses	embriagueces
57	2	10-20	10-21
60	23	funcionarios y	funcionarios y la
94	13	finnfiero	financiero
139	35	<i>Librairie</i>	<i>Librairie</i>
140	15	representados	representados
145	6	sentimental	sentimental y
148	1	<i>cualquiera fuera</i>	<i>cualquiera fuese</i>
153	32	resuelvía	resolvía
164	13	que no	que sólo
164	14	bajo, sino la	bajo. La
164	15	esto es.	es
176	7	sin embargo con	sin embargo, con
177	22	(1381) la	(1381), la
189	18	heridos	modificados
193	19	lo precede, y	lo precede y
201	24	primas etcétera.	primas, etcétera.
204	39	Heymen	Heynen
211	22	<i>rse</i>	<i>res</i>
244	6	si éste	si el precio
245	10	no suficiente.	no suficiente del intercambio comercial entre dos grupos o países.
249	28	no concurrente	no concurrentes
249	29	abarcarlos	abarcar los
254	42	238-243	245-250



# INDICE

	Pág.
<b>CAPÍTULO I — <u>Nociones fundamentales</u> de dinámica económica.</b>	
SUMARIO: 1. El residuo dinámico de la colectividad. Variaciones espontáneas e inducidas de los réditos. 2. El dinamismo económico-social. 3. Intercambio material y espiritual. 4. Los empresarios. 5. La estructura de las empresas y su tendencia. 6. Variaciones de las cantidades económicas. 7. El conjunto económico. 8. Acción del Estado. 9. Capitalización y descapitalización. 10. Variaciones del rédito nacional. 11. El problema de la previsión. 12. Su posibilidad. 13. Régimen contractual y régimen monopolístico. 14. <u>La política del mal menor.</u> 15. <u>La gran previsión paretiana de 1913.</u> 16. La política del presidente Yrigoyen. 17. El estereograma de las fluctuaciones económicas.....	7
<b>CAPÍTULO II. — <u>Fluctuaciones del intercambio con el exterior.</u></b>	
SUMARIO: 18. Transformaciones interiores y exteriores de la riqueza. 19. Autarquía económica y proteccionismo. 20. Cantidades producidas y aumento de riqueza. 21. Formación e inversión de capitales. 22. <u>Tendencias seculares de la inversión de capitales.</u> 23. Libre cambio y propaganda proteccionista. 24. <u>Proteccionismo y distribución.</u> 25. Ejemplos históricos. 26. Variaciones de la prosperidad económica.....	27
<b>CAPÍTULO III. — <u>El materialismo histórico.</u></b>	
SUMARIO: 27. Su enunciado. 28. Conceptos ambiguos. Actividad política y actividad jurídica. 29. La ilusión dialéctica. 30. Su error fundamental. 31. Materialismo histórico e interpretación económica. 32. Su influencia en la historiografía. 33. Las fuerzas psi-	



	Pág.
cológicas y las correcciones de Marx. 34. El influjo demagógico y la teoría soreliana del <i>mito</i> . 35. Los verbos históricos del despojo y de la matanza.....	44
<b>CAPÍTULO IV. — <u>La decadencia y ruina del imperio romano.</u></b>	
SUMARIO: 36. Los síntomas, corrupción y decadencia. El testimonio de San Pablo. 37. El Peligro germánico y la expansión de la burocracia. 38. La <i>anarquía militar</i> y su verdadero significado. 39. Militarización de la burocracia. 40. La decadencia y ruina del Imperio. 41. Las observaciones de M. Rostovtzeff. 42. La cuestión social y la opresión tributaria. El Cristianismo.....	55
<b>CAPÍTULO V. — <u>El terror jacobino.</u></b>	
SUMARIO: 43. La revolución del 10 de agosto de 1792. Comunismo y burocracia. 44. El historiador Mathiez y la dictadura terrorista. El <i>precio político</i> de la dictadura terrorista. 46. Comunismo y relajación moral. 47. El sofisma de la matanza y del saqueo. 48. Enseñanzas de la revolución inglesa. 49. La rehabilitación histórica de la tiranía robespierrista. 50. El Robespierre de H. Tainé. 51. Los resultados durables de la Revolución Francesa. 52. El Terror jacobino y el pueblo francés. 53. El elenco de la canalla terrorista. 54. La reacción del <i>Terror blanco</i> . 55. Las dos Francias revolucionarias. 56. Extremistas de la derecha y de la izquierda.....	68
<b>CAPÍTULO VI. — <u>La revolución francesa y la hacienda pública.</u></b>	
SUMARIO: 57. La teoría de los <i>antecedentes históricos</i> . 58. Las palabras <i>meretriculae</i> : sofisma del vocablo <i>revolución</i> . 59. La verdadera <i>revolución</i> . 60. La revolución <i>permanente</i> . 61. La primera crisis de autoridad. 62. La Regencia: reacción aristocrática. El <i>Sistema</i> de Law. 63. La inflación monetaria y sus efectos. 64. La hacienda pública durante el <i>antiguo régimen</i> . 65. El reinado de Luis XV: la descomposición moral. 66. La prosperidad económica. 67. La propiedad inmobiliaria. 68. La administración pública. 69. La <i>guerra del impuesto</i> . 70. Reinado de Luis XVI. Necker. 71. <i>Estado pobre en un país rico</i> . 72. Agitación revolucionaria. 73. La crisis de la hacienda pública. 74. Los despilfarros del <i>antiguo régimen</i> . 75. El terror financiero. 76. Nacionalización de los bienes del Cléro. Los <i>asignados</i> . Los <i>mandatos territoriales</i> . 77. La depresión del Terror. 78. La supuesta lucha contra los bribones. El <i>desinterés</i> de las dictaduras. 79. La dictadura financiera del Terror. 80. La reacción Thermidoriana. 81. <i>Antes y después</i> de 1789...	94

**CAPÍTULO VII. — El terror bolchevista..**

SUMARIO: 82. Las primeras insidias derrotistas, Extremismo y perversión sexual. 83. El plan de Zimmerwald y Kienthalt. 84. La leyenda de *la dictadura del proletariado*. Lenine y la banda de los comunistas. 85. La colusión germano-bolchevista. 86. Agitación bolchevista mundial. 87. La maniobra demagógica y el mito comunista. 88. Los sectarios y foragidos del comunismo: su táctica demagógica. 89. Los resultados definitivos de la convulsión bolchevista. La nueva burocracia..... 138

**CAPÍTULO VIII. — Teoría y práctica de la convulsión totalitaria.**

SUMARIO: 90. Generalización de los hechos históricos de la convulsión social. Comunismo, fascismo y nacional-socialismo. 91. El mito fascista. 92. Para despejar equívocos. Algunas definiciones. 93. Discusiones teóricas del problema comunista y experiencias totalitarias. 94. El crecimiento elefantásico de la burocracia. La intervención del Estado en la actividad privada. 95. Transformación de la actividad privada en actividad pública. 96. El problema económico del Estado totalitario. 97. El problema económico del Estado individualista. 98. Los capitales en el Estado totalitario. 99. El problema de la distribución. 100. Caracteres comunes a todas las crisis de la convulsión social. 101. Un episodio significativo..... 160

**CAPÍTULO IX. — La fluctuación cíclica de la actividad económica.**

SUMARIO: 102. La teoría *cuantitativa* de la moneda. 103. La teoría monetaria del ciclo. 104. Consecuencias sociales de la inflación monetaria. 105. La política monetaria, según J. M. Keynes. 106. Perturbaciones del ahorro y de la producción. 107. El dinamismo de la producción de la riqueza. 108. Fluctuaciones del ahorro futuro. 109. La condición de equilibrio. 110. Versión gráfica de las ecuaciones dinámicas de Keynes..... 182

**Apéndice**

I. — A PROPÓSITO DE LA ESPECULACIÓN Y LOS PRECIOS MÁXIMOS 199  
II. — CH. ANDLER Y LOS ORÍGENES DEL PANGERMANISMO. CONSIDERACIÓN PRELIMINAR..... 202

	Pág.
III. — LOS ORÍGENES DEL PANGERMANISMO (1800-1900).....	213
IV. — DE CÓMO EL PERRO DEL HORTELANO PUEDE SER UN PROTECCIONISTA INFORTUNADO.....	241
V. — <u>EL TEOREMA DE LOS COSTOS COMPARADOS. UNA NUEVA DEMOSTRACIÓN</u> .....	245
VI. — BUENA VECINDAD Y BUEN COMERCIO.....	251
ERRATAS.....	257

